La equilibrista que llegó del espacio

PABLO KORNBLUM



Kornblum, Pablo
La equilibrista que llegó del espacio / Pablo Kornblum. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Almaluz, 2022.
336 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-8347-70-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Políticas. I. Título.
CDD A863

Diseño gráfico: Lihuel Sturla; Tamara Sturla

Edición especializada: Lic. Adriana Rodríguez

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por la ley.

Hecho en el depósito que prevee la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Dedicatoria

Para Fanny, gracias por el eterno apoyo y el amor incondicional.

Para Malena y Camila, que puedan, con profunda ternura y pasión, encontrar el equilibrio pleno entre igualdad y libertad.

"Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor"

Ernesto
"Che" Guevara

Prólogo

Diciembre de 2021

La ópera prima literaria del escritor Pablo Kornblum es ni más ni menos que una distopía. Transcurre en una sociedad imaginaria bajo un poder totalitario que sería lo opuesto a la utopía como la pensó Tomás Moro. Se trata de una representación ficticia de una sociedad del futuro cuyas características son verdaderamente indeseables.

Como planteó en su libro anterior, La sociedad anestesiada, en el que realiza un crudo diagnóstico del sistema capitalista y de los efectos de la globalización, en La equilibrista que llegó del espacio Kornblum da cuenta de la brecha que existe en el mundo entre una minoría cada vez más rica, y una mayoría cada vez más pobre.

La piedra basal de toda su obra gira en torno al interrogante respecto de si entendemos los procesos que gobiernan el mundo en el que vivimos. Este es el eje disparador de su inquietud literaria. Pretende clarificar, mientras nos mantenemos anclados a una coyuntura compleja y difusa, el sistema global en el cual estamos inmersos.

Kornblum denuncia a lo largo de su novela que pese al paso de los años y a las mejoras tecnológicas, una gran mayoría de la población todavía sobrevive sin la salubridad, educación e infraestructura acorde a una realidad sin carencias.

Por eso hay un tema que lo obsesiona y que da vueltas en su obra y en su pensamiento: la desigualdad reinante.

Según Kornblum, el capitalismo y su modernidad han sido destructivos para el ser humano. Se trata de un modelo de socialización espiral descendente que tiende a reducir a los seres humanos a la condición de gente sin otra identidad que la de consumidores en el plano económico.

A lo largo de los tres capítulos que componen el libro, se observa una aguda crítica hacia el poder, tanto político como económico. En ese aspecto, señala que los procesos se desarrollan de antemano en las mentes de las elites, mientras que las clases subyugadas se

adaptan. Y remarca que las elites políticas y económicas desean conservar de cualquier manera el statu quo.

Con una prosa clara y directa, la novela indaga sobre la posibilidad de lograr el viraje hacia un sistema político económico más justo, en el que se requeriría entonces una lógica moral y ética diferente, donde la equidad colectiva prime.

Sin embargo, el escenario superador, aquel que verdaderamente podrá cambiar estructuralmente el futuro de las mayorías, dependerá de las capacidades y posibilidades que brindan la conjugación y simultaneidad de una infinidad de variables en cada especificidad geográfica y temporal.

Mientras el sistema capitalista nos mantiene ocupados trabajando, o nos distrae muchas veces con banalidades, Kornblum se anima a pensarlo, a indagar en sus conflictos, y a plantear ideas que nos permitan cuestionar la dinámica sistémica, a romper las estructuras para ir detrás de un halo de esperanza.

Siguiendo los planteos de Albert Einstein, Kornblum busca transitar caminos alternativos, plantear nuevos interrogantes respecto a la forma en que vivimos para obtener resultados diferentes. Y esa es la virtud que conlleva detrás su obra: la del pensamiento crítico y el uso de la razón.

Sus personajes no buscan salvarse solos, sino un destino colectivo y emancipador para la sociedad en su totalidad.

En esa búsqueda hay una mezcla de esperanza y desasosiego. Su novela transita entre dos pilares del pensamiento. Aquel que se desprende de una frase del filósofo Jean Paul Sartre y que dice: "No perdamos nada de nuestro tiempo; quizá los hubo más bellos, pero este es el nuestro", en donde se insta a salir adelante y a vivir con las herramientas disponibles. Y otro más pesimista que se condensa en un comentario de un genio literario como Franz Kafka, en respuesta a su amigo Max Brod cuando éste, harto de tanta pesadumbre, lo increpó: "¡Pero si dices eso, entonces no hay esperanza!". "Ah no", le respondió Kafka con una sonrisa. "Esperanza hay, pero no para nosotros".

Bajo esa esperanza siempre ajena transcurren sufridos días y agónicas noches para muchas personas que no pertenecen a la elite del sistema capitalista.

Si la esperanza finalmente se halla en su obra, ésta siempre puede ser rastreada en el mismo sentimiento: el amor tal como lo interpretó Platón. Es decir, como ese impulso esencial de la filosofía, y que tiene que ver con un deseo de buscar el conocimiento, la felicidad y contemplar la verdad que hay en el otro.

Adentrarse en las páginas de la nueva novela de Kornblum se convierte en un acto compulsivo en busca de un desenlace que dé respuestas a interrogantes que, tal vez aún no se hayan resuelto.

Por Daniel Blanco Gómez

Capítulo 1

La tarde en la Ciudad de Buenos Aires era sofocante. Desde hacía más de medio siglo, las temperaturas en primavera no bajaban de los treinta grados. A pesar de los protocolos firmados para eliminar la agresión al medio ambiente, los discursos gubernamentales continuaban siendo vacíos de verdadero contenido. Y mi cuerpo lo sentía.

Un amigo ambientalista – de los pocos que quedan -, me comentó que la vorágine con respecto a la extracción indiscriminada de recursos naturales no fue suplantada por los cambios tecnológicos y los cuidados necesarios para la generación de una economía verde en su totalidad. Por el contrario, a pesar de que se crearon algunos sectores más amigables para con el hábitat natural, sus desarrollos no fueron en detrimento de una agresiva producción en escala industrial y agrícola, con la consecuente destrucción de casi la totalidad de los bosques, una creciente polución en el aire que hace insoportable la respiración, y el contaminante kilométrico de ríos y océanos con desechos de enorme toxicidad.

Era una batalla que me interesaba, pero tangencialmente. Creo que era más porque lo sentía como una lucha perdida – como tantas otras -, que por mi propio desgano o indiferencia. Además, más me preocupaban otras cosas. En realidad, principalmente una sola: buscar el modo de ganar dinero para permanecer dentro del veinte por ciento de la población que no se encuentra excluida en las miserias de las periferias. Aquellos seres humanos que viven y mueren como animales salvajes a la buena del destino, sobrellevando la cotidianeidad con los escasos recursos que asigna un Estado todopoderoso; un "Gran Hermano" cuyo objetivo es que cada uno de los incluidos en el sistema cumplieran con su deber: el consumir un nuevo bien o servicio todas las semanas de su vida para que la rueda de la economía, de la cual ellos eran prácticamente los únicos beneficiados, siguiera funcionando.

¿Qué pienso yo realmente? Las falsas promesas de 'crecimiento profesional lógico' que vendían las Elites, solo potenciaban mi angustia y enojo. Me sentía un trabajador calificado, con una Licenciatura en Diseño Industrial y una posterior especialización en Maquinaria de Construcción Urbana; sin embargo, nunca había podido insertarme en el mercado laboral. Al menos no como yo

deseaba. Muchas veces me preguntaba si no debería conformarme, sobre todo pensando que la mayoría de mis conciudadanos estaba igual o peor que yo. Era una complacencia en el fondo autodestructiva, pero racional dada el contexto. Solo la fortaleza moral y las ganas de progresar, inoculada principalmente por mis padres, me permitía levantarme cada vez que un golpe anímico hacía mella en mi cotidianeidad.

Mi historia profesional indicaba que primero había trabajado como ayudante en una Pyme nacional, la cual siempre fluctuaba entre la escasez de insumos, las onerosas cargas impositivas, y el oleaje financiero de las crisis económicas recurrentes. Por lo menos eso era el discurso del gerente cada vez que le pedíamos algún mínimo incremento de sueldo o mejoras en las condiciones de trabajo. "Vamos a evaluar sus peticiones", repetía incansablemente con su mirada desconfiada. Realmente frustraba: solo por recibir un veinte por ciento más de ingresos que el mejor remunerado de los trabajadores, defendía a capa y espada los intereses del oscuro dueño (tanto por su pasado delictivo como pirata del asfalto apañado por un político del conurbano, como por sus más que esporádicas apariciones en un entorno empresarial que se sabía era para lavar sus culpas – y su dinero -).

La realidad es que la producción era bastante ineficiente y con mínima innovación. Solo había sobrevivido veintiséis años por el mero hecho de que el mejor amigo del dueño, un viejo militante del eterno partido gobernante, tenía a su vez un primo que era uno de los decisores sobre los contratos que, teóricamente, licitaba el Ministerio de Alineamiento Productivo (o sea el Ministerio que presiona a todas las empresas para que produzcan lo que el gobierno considera necesario). Una rueda giratoria de ineficiencia y corrupción de partidos vaciados de ideología, con políticos solo interesados en enriquecerse ellos mismos. La verdad que poco de todo esto me interesaba en aquel momento; como la mayoría de mis compañeros, solo quería cobrar mi sueldo el día cinco de cada mes.

Lo descripto no se podía acotar a un escenario micro: había una apatía general en la sociedad sobre como el hombre podía mejorar su vida en comunidad. Ello, para mí, tenía un eje causal:

hace tres décadas habían desaparecido completamente las carreras de Ciencias Sociales en las casas de estudio de todos los niveles. No eran productivas y, por ende, innecesarias. Solo servían para el reflexionar y repensar una sociedad donde los valores y objetivos ya se encontraban predeterminados.

Además, las mismas (que incluían los fundamentos económicos, sociales, psicológicos, antropológicos, etc.) eran confusas y ambiguas. Siempre había dos caras de la misma moneda, diversas formas de evaluar la coyuntura, varias maneras de encarar la vida, etc. Y lo indeterminado no se podía permitir, porque implicaba la necesidad de generar un análisis y comprensión de las relaciones humanas. Y ello era aún más que peligroso, ya que podría conllevar a objetivos sociales superadores que alterarían el *Statu-quo* tan preciado por las Elites.

Volviendo a mi vida 'profesional' – si es que mi pasado laboral puede denominarse de ese modo -, mi decisión en la elección de la carrera de Diseño conjugaba una cualidad innata que había desarrollado en el colegio secundario, con la segura posibilidad de trabajar en el taller industrial – de cierta envergadura - de un tío segundo. Ello, pensaba en mi adolescencia, me aseguraría un buen pasar y el trampolín para una carrera laboral ascendente. Grave error de pensamiento en la Argentina cortoplacista: la empresa sufrió una abrupta quiebra después de la gran recesión financiera mundial del año 2073. La séptima crisis global en menos de dos décadas.

Pero en aquel momento, cuando tenía que elegir a que dedicarme el resto de mi vida, decidí igualmente avanzar en una carrera que era 'más promisoria' en relación a otras, ya que los robots todavía no habían podido reemplazar (como había ocurrido en la mayoría de las áreas de la economía) a la creatividad quirúrgica del ser humano. Hoy en día, viviendo hace casi un año prácticamente de mis ahorros - ya que solo tuve algunos esporádicos trabajos particulares -, todavía espero la oportunidad de desarrollar todo mi potencial. Por ello me puse mi mejor camisa, un pantalón a tono con la misma color beige, y los zapatos recién lustrados, para dirigirme a la entrevista laboral. Una más, la tercera en lo que va del mes.

Salvo contadas excepciones, las mismas no servían para nada: todos sabíamos que la mayoría de los trabajos se conseguían por contactos, dejando la mera formalidad para cumplir con las decenas de protocolos inútiles que enmarcaban las buenas conductas empresariales y la ética de la burocracia estatal. En un mundo donde el objetivo es cercenar el margen de análisis y reflexión, ¿qué mejor manera de lograrlo que seguir ortodoxamente los requerimientos verticalistas de quienes detentan la 'verdad absoluta'? Un ordenamiento social escrito sin saber por quién, en qué contexto, o su real porqué.

Caminé ocho cuadras hasta llegar a la parada. Aunque me encontraba a menos de diez kilómetros de las oficinas de la empresa, hasta el centro de la ciudad sería aproximadamente una hora y media de viaje. Debía sentirme un afortunado, vivía en un barrio en donde la mayoría de sus habitantes eran parte de los 'asistentes de las Elites', uno de los cuatro segmentos en los cuales la sociedad argentina se había estratificado casi 'naturalmente': las Elites, los asistentes de las Elites, la clase media (una falacia mediática más, ya que eran todos realmente pobres y carentes, que meramente se diferenciaban de los marginados indigentes solo porque tenían ingresos apenas por encima de la línea de subsistencia), y, finalmente, los excluidos.

Pudimos comprarnos un departamento minúsculo en esa zona dado que heredé la casa donde vivían mis padres – que a su vez era donde habían habitado mis abuelos paternos -, lo que sumado a la venta de un local de ropa en el segundo cordón del Gran Buenos Aires que tenía mi novia (compartido con un hermano - aunque se podría decir que también con los abogados luego de la sucesión provocada por la inesperada muerte de sus padres -), nos permitió juntar el dinero suficiente para acceder a nuestro espacio propio.

Todo muy lindo salvo un pequeño detalle: de magros veintisiete metros cuadrados. Sin embargo, a pesar de la incomodidad, tratábamos de ver el lado positivo: por lo menos se encontraba en un barrio en el que todavía se veía alguna señora mayor sacar a pasear a su perro después de las nueve de la noche. Y no pagábamos alquiler, que ya representaba en promedio el sesenta por ciento de los ingresos de un ciudadano medio.

Después de haber dejado pasar dos colectivos - mejor dicho, que siguieron de largo - la tercera fue la vencida. Una vez arriba, dado que ni siquiera podía mover un brazo para sacar mis auriculares de lo repleto que se encontraba, solo pude atinar a repensar algo que frecuentaba mi mente cada vez que me subía a uno: ¿Cómo era posible que seres humanos viajaran en promedio cinco horas por día en trasporte público, en estas condiciones paupérrimas, solo para llegar a sus empleos? ¿Por qué no rediseñan aquellas urbes atestadas, embebidas bajo una logística obsoleta? ¿Es tan difícil generar un desarrollo adecuado para que la ocupación territorial, la vivienda, y la infraestructura sean homogéneamente sustentables, a tal punto que pueda derivar en una calidad de vida digna? ¿Qué esperan las autoridades para realizar una política demográfica sustentable, donde se eduque con consistencia a una población semi-formada en términos de planificación familiar para poder, de este modo, generar un escenario socio-económico más beneficioso para quienes tienen poco y nada? Evidentemente, la racionalidad y el sentido común solo aplicaban para beneficiar los intereses de las Elites concentradas.

Llegué a la puerta del edificio donde se encontraba la empresa. Era antiguo; tal es así que contaba con un solo ascensor en el medio del palier, construido de aquel hierro que se abría a dos aguas, y que había sido comúnmente utilizado hasta mediados del siglo XX en los edificios de la entonces Capital Federal. Subí hasta el tercer piso y luego de que tocara el timbre, una secretaria poco afable, vestida informalmente y desganada hasta en el delineado su maquillaje, me hizo pasar. "Espere un momento por favor, ya lo van a atender", continuó sin quitar la vista de su teléfono celular. Me senté en unas sillas opacas que había junto a la pared. No había lectura para el ocio; tampoco una televisión donde lograr que el tiempo transcurra con mayor velocidad bajo la hipnosis de algún programa de espectáculos de contenido inerte.

Entonces giré la cabeza ciento ochenta grados. Tampoco tuve suerte: el objetivo de encontrar un botellón donde poder servirme un vaso de agua para refrescarme, se diluyó más rápido que el efecto económico de la 'ilusión monetaria' (me pareció interesante este concepto luego de que hace un tiempo un amigo me explicara

que se da esta denominación cuando los incrementos nominales de salarios quedan rezagados ante la inflación sin que gran parte de la población lo pueda racionalizar en un corto plazo). Igualmente, en épocas de resignación, esto era lo de menos. Al fin y al cabo, simplemente estaba ante una entrevista más y podía resistir con la boca seca. Por suerte, no pasaron diez minutos hasta que, ahora sí con una tibia sonrisa, me indicó que me dirigiera por el pasillo a la segunda sala a la izquierda.

"Bienvenido y gracias por venir" me dijo Juana, de quien sabía su nombre porque lo tenía grabado en una sencilla etiqueta sobre su torso de metal. Es que Juana es un androide, una aleación con forma humanoide – muy similar al cuento 'Yo Robot', escrito por Isaac Asimov en el año 1950 - que, evidentemente, haría de entrevistadora. Esta era una de las limitadas tareas que tenían los androides. Es que a partir del año 2058, las ocupaciones de los robots pasaron a ser meramente operativas, sencillas, rutinarias. Solo debían cumplir órdenes precisas emitidas por los seres humanos.

A principios de marzo de aquel año, un hecho desencadenó el punto de inflexión que obligó a las Elites a tomar cartas en el asunto: luego de una seguidilla de robos realizados por androides, uno de ellos terminó en el asesinato de dos hermanitos de tres y seis años. La policía adujo en aquel momento que era difícil realizar el seguimiento de quienes eran los humanos que manipulaban de manera remota a los robots asesinos, por lo que nunca los pudieron encontrar para castigarlos. Como consecuencia, fue tal la presión social que en mayo se promulgó la Ley de Tareas Exclusivas de los Androides. A partir de ese momento, la tecnología y complejidad aplicada a los robots era parte del pasado: el temor a una rebelión social – sobre todo a que pudiera volver a ocurrir un hecho similar -, conllevó a la finalización de un gran negocio para las Elites.

Lo más interesante es que algunos años después, se confirmó lo que ya se rumoreaba entre sombras. En realidad, a esa altura del siglo XXI no era creíble que no se pudiera rastrearlos; es por ello que no sorprendió cuando salieron a la luz informes con datos muy precisos de los servicios de inteligencia – se cree que fue parte de una lucha interna de las Elites -, los cuales confirmaban que los responsables habían sido una banda de criminales conformada

por algunos hijos de miembros pertenecientes a la Cámara de la Industria Nacional. Igualmente, al final todo quedó en la nada. ¿Era necesario con todo el dinero y el poder que tenían? ¿Lo habrán hecho solo por diversión? ¿Por morbo? Difícil de saber, explicar o justificar.

Al menos, y tal como suelen decir los que no tienen voz ni voto – ni el verdadero poder real -, los reclamos sirvieron para lograr una pequeña victoria en un mar de tantas miserias. Sin embargo, tampoco iba a generarse un juego de 'suma cero' entre las Elites y el pueblo: dado que no determinaba ningún cambio en el modelo de acumulación o en el *Statu-quo*, la nueva jurisprudencia – bajo pena de muerte incluida para quienes la incumplan - también le iba generar un importante rédito político a las Elites gobernantes, quienes lograrían que las masas populares, como en pocas ocasiones, se sintieran 'escuchadas' por sus representantes.

Más aún, no pasó mucho tiempo para que salga a relucir nuevamente la visión schumpeteriana de la 'destrucción creativa' - donde algunas empresas mueren, por diversos motivos, y nacen otras más sofisticadas -, enraizada bajo la lógica política de quienes detentaban el poder. En este sentido, y para que no volviera a ocurrir nuevamente el 'error' que significó la muerte de ambos niños, tres miembros de las Elites ligadas a la industria de la robótica elevaron al gobierno central la propuesta de crear robots visualmente diferentes a los seres humanos. El objetivo primario: con propaganda adecuaba se los sentenciaba, desde el vamos, a un escenario de inferioridad respecto al ciudadano de a pie; este último iba a ser quien, teóricamente, tendría todos los derechos al ser el foco de consentimiento de quienes gobiernan y se deben a ellos. ¿Servilismo y esclavitud máquina-hombre modelo siglo XXI? Puede ser, pero poco le importaba a la mayor parte de la población que deseaba ver cristalizada, de algún modo, su sed de venganza y superioridad 'racial'.

Además, había otro tema no menor: su rápida diferenciación en cuanto al aspecto evitaba que los robots pudieran esconderse más fácilmente y ser utilizados por algún grupo de 'revolucionarios' - aunque prácticamente inexistentes desde hacía años - que quisieran utilizarlos como una especie de 'guerrilla urbana militarizada' de

soporte para implosionar el sistema. Una vez más, el ingenio – con tiempo y experiencia -, lograba que las Elites 'maten dos pájaros de un tiro'.

Mientras todos aquellos recuerdos recorrían mi mente, allí se encontraba Juana. Con empatía, me ofreció un sabroso café y un reconfortable sillón para sentarme. Ello era una causalidad y no una casualidad: la comodidad del entrevistado era un requerimiento gubernamental, cuyo objetivo era generar un obstáculo para con el racionalizar la tendencia creciente de desempleo en pos de un proceso de irreversible automatización. El hacerle creer 'valorado' a quien buscaba trabajo, solo escondía una sombría realidad. Y el mero fin era evitar que la sumatoria de frustraciones individuales, desencante en la tan temida violencia social.

Parecía ilógico que los entrevistados pensarán con tanta profundidad en ello, cuando su necesidad primaria era obtener un trabajo; sin embargo, las Elites sostenían en sus círculos íntimos que cada uno de los elementos marginales de penetración psicológica sostendría su todo. Por ello, también habían exterminado las instituciones que realizaban las estadísticas - como por ejemplo, de un día para el otro desapareció la medición que ofrecía el Índice de Desempleo -. A consecuencia, el escenario de análisis colectivo de las mayorías se había alejado de una potencial comprensión totalizadora: sin elementos cuantitativos y bajo el manto de variables cualitativas bastardeadas, la mayor parte de la sociedad se encontraba adormecida e inconsciente, a pesar de la amplia variedad de problemáticas que los aquejaban.

A diferencia de los psicólogos que reinaban en el mundo de las entrevistas laborales del siglo pasado – ahora innecesarios – Juana no estaba programada para brindarme ninguna respuesta, ni siquiera un mentiroso 'su perfil es muy interesante; lo evaluaremos ya que su contratación podría ser una posibilidad tangible dadas sus características y lo requerido para el puesto'. Luego de realizarme un cuestionario inocuo donde en realidad solo querían medir sensorialmente si estaba mintiendo o no – ya que era común el 'acomodar la información' ante la desesperación por conseguir el empleo -, solo quedaba esperar la respuesta de la androide que, con mi triste experiencia de largo tiempo desocupado, ya sabía de

memoria: “Nos estaremos comunicando con usted en caso de que lo consideremos apropiado. Gracias por interesarse en el empleo”.

Me levanté, agarré el saco de mi traje, salude desganadamente a la secretaria – aunque ella no tuviera que ver con mi reiterada decepción, lamentablemente uno se suele descargar con quien tiene a mano - y en menos de treinta segundos me encontraba en la vereda. Estaba realmente cansado. Cansado de sentirme bastardeado y ninguneado. Sin embargo, para no deprimirme – que sabía que no me llevaría a ningún lado -, decidí no pensar más en la temática laboral. Era un buen momento para ir a comprar el regalo.

El regalo semanal había sido impuesto por el Poder Ejecutivo en el año 2061. En una de las tantas crisis del capitalismo, la recesión era impiadosa, la pobreza obscena y las Elites gobernantes se encontraban paralizadas ante las demandas sociales. Argentina era un país donde solo eran fructíferas las grandes empresas vinculadas a las Elites; donde las pequeñas y medianas eran cada vez menos, languideciendo entre impuestos crecientes, infraestructura inadecuada y falta de financiamiento (tanto para quien quisiera emprender como el empresario que deseara expandirse). Lo única idea brillante – la de siempre - que se le ocurrió al ejecutivo, fue dinamizar el consumo coercitivamente para reactivar el frecuentemente paralizado mercado interno. En otras palabras, todo ciudadano se debía ver obligado a consumir un producto o servicio; el que fuere, más pequeño o más grande, más o menos importante.

¿Cómo haría la mayoría de la población, que vivía con lo justo para llegar a fin de mes, para cumplir con esta premisa? Problema de cada uno. El día quinto del mes subsiguiente, los especialistas en sistemas del Ministerio de Economía, cuyos sueldos eran los más altos de toda la administración pública para que no pudieran ser corrompidos - aunque ellos también se encontraban muy controlados por los Servicios de Inteligencia -, harían el recuento correspondiente de quienes habían realizado la compra requerida. La ecuación era muy sencilla: todos los ciudadanos debían haber completado su cupo. Quienes eran empleados, quienes producían, quienes hacían ‘changas informales’; mismo hasta quienes cobraban la mísera asignación gubernamental.

La teoría económica semi-keynesiana había sido difundida por todos los medios de comunicación de la época: el empresario solo produciría e invertiría si el ciudadano de a pie consumía. Ello justificaba la obligación del ciudadano a comprar; por supuesto, siempre enmascarada bajo el halo del lograr la felicidad de cada uno y colaborar con el bien común (de unos pocos). Como consecuencia, la obligatoriedad se fue convirtiendo solo en una formalidad, donde las mentes se acostumbraron a encontrar la satisfacción en el producto nuevo, en lo diferente. El placer de comprar se había vuelto una necesidad en sí misma, dejando de lado – hasta despreciando en algunos casos -, 'tesoros' conquistados durante la historia de la humanidad como el disfrutar de la naturaleza, el arte, el amor o la amistad, entre otras variables que habían contribuido a la felicidad de los pueblos en los siglos pasados.

Esta política de expansión económica autoritaria (una especie de 'mano invisible atada' del mercado), tenía su per se en que la mayoría de los Estados del mundo – a diferencia de sus enriquecidos gobernantes - se encontraban quebrados económicamente. El sistema capitalista concentrador de riqueza había potenciado las desigualdades y excluido a la mayor parte de la población global: ello se reflejaba claramente no solo en las Elites corporativas y financieras que desentendidas miraban para otro lado (como siempre había sido), sino, y sobre todo, en gobiernos que con mucha complicidad y algo de omisión, se mostraban desbordados. Si a este contexto le adicionamos la corrupción enraizada y galopante, el rol del poder ejecutivo (en todos los niveles), había quedado prácticamente limitado a mantener el orden: la coacción había pasado a ser su fin principal, relegando a un plano secundario – o podríamos decir terciario, con suerte -, a las políticas de generación de riqueza sustentable y distribución de riqueza con equidad.

Luego de bajarme del colectivo unas paradas antes del departamento, caminé solo unos metros por la avenida para ingresar a la casa de electrodomésticos. Ansiaba tanto la brisa fresca proveniente del aire acondicionado, que solo atiné a acercarme al mismo y quedarme unos segundos con los ojos cerrados esperando recomponerme del calor que emanaba del asfalto. Cuando me recompuse, moví mi cuerpo cuidadosamente entre los televisores,

pasé por el sector donde se ubicaban los lavarropas, hasta que finalmente llegué a la zona donde se encontraban un sinfín de productos pequeños, los cuales solían ser los de mayor producción y venta dada la creciente falta de espacio. Más allá de que además son los más accesibles en términos económicos – hecho no menor para un desocupado como yo -, a mi novia le encantan los artículos para el hogar que pueden colocarse en algún estante o repisa; ella sostiene que denotan un fino detalle de practicidad. Aunque fuera en el ambiente divisible donde apenas cabíamos.

Cada vez que pienso en ello, me cuesta creer que solo las Elites vivan en departamentos de más de cien metros cuadrados con salón de usos múltiples y amplios jacuzzis, o en enormes casas con piletas en sus exclusivos y barrios privados. Por su puesto, siempre con custodia las veinticuatro horas del día, devenido del miedo y la desconfianza de todo aquel que no fuera como ellos.

Aunque claro, el resquemor hacia aquel espectáculo obsceno por parte del resto de la sociedad es opaco, confuso, tibio. Los monopolios y la corrupción que les permite tener esa lujuria, no genera violencia o tensiones sociales; su fastuosa vida es sutilmente aceptada dado el bajo nivel de comprensión del ciudadano medio, como así también lo confusa que es la ingente información: cualquier acusación de cómo habían generado el enorme monto de riqueza es una *'Fake News'* cuyo objetivo es la desestabilización. ¿Videos probatorios? Siempre se encontraban 'adulterados'. ¿Declaraciones que los involucraban? Habían sido tomadas escandalosamente 'fuera de contexto'. Y así podríamos seguir.

Por el contrario, el 'privilegio' de ir presos era solo para los 'ladrones de gallinas'; los pobres que robaban para comer o comprar estupefacientes. El resto de los delincuentes de clase media – algo más sofisticados, como los que realizaban entraderas, cometían delitos electrónicos o efectuaban secuestros extorsivos -, eran ejecutados sin juicio previo. Las Elites lo tenían muy claro: las acciones de quienes violaban la ley – menos las de ellos - debían ser visibilizada, ya que causaban un enorme malestar en la mayor parte de la población que sí sentía un verdadero perjuicio ante los robos empíricamente tangibles. Por ende, la violencia extrema era ideal no solo para tapar los desmanejos, sino que además generaba

un contrapeso de gran rédito político para una sociedad que había aprendido a aborrecer la tibieza: aquellos espacios donde los consensos intrínsecos de centro-izquierda y centro-derecha habían promovido una paz democrática décadas atrás, fueron barridos por las inequidades y el desasosiego de quienes ya no creían en nada.

Un ejemplo interesante sobre ello es el manejo de la seguridad privada por parte de las Elites: la misma se encontraba conformada exclusivamente por los esposos/novios de las empleadas domésticas. Era lógico que después de los sucesivos robos violentos que se sucedieron en los barrios privados durante las décadas de 2030' y 2040', se decidiera buscar chivos expiatorios débiles que tuvieran cómplices endógenos. De este modo, a través de 'fallos exprés' de la Elite judicial, se conseguiría un rápido control y castigo a los responsables.

Es por ello que en caso de que hubiera una 'entradera' o intento de secuestro violento en un barrio cerrado, todas las familias que trabajan brindándole servicios a aquel barrio privado serían castigadas. "Sean honestos y vivan bajo una 'pobreza digna'", salían a decir descaradamente las Elites políticas en los medios de comunicación ante este tipo de hurtos. Y lo sostenían con un increíble altruismo inmoral, declamando a viva voz que a pesar de ser parte de las mayoritarias clases empobrecidas, las trabajadoras de casas de familia y quienes protegían la seguridad de terceros, tenían uno de los pocos empleos estables del país. Por supuesto, nunca mencionaron que los magros salarios que percibían eran los que ellos mismos les pagaban.

Al momento de elegir el regalo, la duda comenzó a carcomerme la cabeza: con una inflación galopante, solo me quedaban ochocientos treinta Stateras para comprar dos regalos antes que finalizara el mes. La pérdida del valor de la moneda tenía su lógica bajo una dinámica del consumo permanente, acompañado con altos niveles de emisión que desbordaban una oferta de bienes siempre escasa.

Según trasmitían '*Off the Record*' algunos miembros disidentes de las Elites políticas a la población, las Elites económicas, antes de cada reunión con las políticas, desarrollaban un proceso de extorsión dados sus poderes como productores monopólicos (u oligopólicos 'demasiado amigos') de los recursos estratégicos

(alimentos, energía), 'obligando' a las Elites políticas a autorizar incrementos de precios que potenciaban el ciclo de la economía ficticia. Mientras tanto, las mismas Elites adquirían la mayor cantidad de bienes y servicios posibles, acaparando la totalidad de los productos de primera categoría y dejando para el resto de la sociedad las 'sobras'. Realmente, para el ciudadano medio era complejo comprender la disociación entre la economía real y los artilugios financieros. Pero lo más difícil era su vinculación con las enormes inequidades que implicaban la riqueza de unos pocos ante las miserias de las mayorías.

La economía me interesaba mucho, aunque había cuestiones que me costaba mucho comprender. En su momento, cuando era adolescente, le preguntaba a mi padre para que me explicara. Él, con enorme esfuerzo, siempre terminaba repitiendo la historia de la Statera; básicamente porque era lo único que más o menos creía que sabía.

El nombre de la moneda se había decretado luego de una rebelión social provocada por la hiperinflación del año 2065, donde el pueblo quemó masivamente lo que autodenominó 'papel picado'. Por ende, se decidió borrar todo indicio histórico y nacionalista: Statera significa equilibrio en latín; por ende, su denominación tenía como objetivo borrar todo el rechazo que generaba el Peso Argentino. Y en lugar de próceres que, con sus hitos, habían modificado la vida y la estructura de la sociedad, las representaciones en los billetes pasaron a ser jugadores de fútbol que habían logrado un enorme grado de satisfacción popular a generaciones enteras de argentinos. El fin era claro: eliminar cualquier atisbo que denotara inestabilidad económica o proyecto de cambio social revolucionario.

Pero además, se aprovechó el nombre para darle otro significado. Statera era el apellido del General responsable del Comando Antártico Argentino en el año 2061, siendo él responsable de la defensa del último bastión nacional en el continente más austral del mundo. Una guerra pérdida donde más de setecientos mil argentinos perecieron en combate contra las Fuerzas Armadas de Australia, país que sostenía que solo podrían contener su destruida capa de ozono con los elementos químicos que se encontraban en el subsuelo del área que las Naciones Unidas le había otorgado a Argentina en el año 2049.

¿Cómo se llegó a ese punto de 'no retorno'? Nuestras Elites pedían un precio por la materia prima que los australianos consideraban ilógico: unos minerales raros únicos en el mundo, los cuales permitían desarrollar una tecnología específica que crearía drones supersónicos que potenciarían enormemente las capacidades militares. Como consecuencia, los australianos decidieron obviar la lentitud de la burocrática diplomacia y, con el apoyo del Reino Unido y los Estados Unidos de Norteamérica, tomaron por asalto las bases militares de nuestro país en la Antártida.

Todos los documentos, los oficiales y los prohibidos por el régimen, indican que nos doblegaron fácilmente. Los buques y aviones de combate rusos fueron insuficientes; cuando se les pidió más ayuda, dijeron que necesitaban concentrar su poder militar en otras áreas conflictivas del planeta – en aquel momento había siete conflictos armados de magnitud en el mundo, donde Rusia era protagonista en todos -.

Por otro lado, aunque el gobierno sostenía hasta último momento antes de la derrota que no se necesitaba la ayuda China, algunos académicos opositores sostenían que nuestra alianza ya no les resultaba estratégica: prácticamente se habían llevado todo el petróleo y el litio de nuestro país. Además, gran parte del agua dulce que solían extraer se había contaminado parí passu la destrucción del medio ambiente. Y la paga estaba saldada. Mitad de los billonarios ingresos fueron a parar a la corrupta Elite argentina de aquel entonces, mientras la otra mitad fue utilizada para pagar la deuda externa contraída por las Elites predecesoras.

Todo ello poco importaba. Tal cual propiciaba la propaganda soviética durante el siglo XX, 'Sangre, sudor y lágrimas, como dejaron la vida los héroes de la patria en la Antártida', le pedía la Elite al pueblo, mientras gran parte de este desfallecía desahuciada por la falta de los productos más elementales para sobrevivir el día a día. Siempre buscaban un discurso para desviar la atención de las miserias económicas diarias, hacia las intangibles variables que implicaban el 'valor' o el 'deber ser'.

Después de varios minutos de pensar, me decidí por comprar una licuadora digital, de esas que mientras procesan las frutas muestran en el cartel digital los diversos nutrientes y calorías que

aportan para las 'teóricas' necesidades de cada persona promedio. Era un regalo simple, cuyo valor era de quinientos ochenta Stateras, pero creo que a ella le va a gustar. Y lo más importante, cumplí con mi deber hacia el gobierno.

Tomé el dinero resquebrajado de mi billetera y aboné en la caja. El uso de las tarjetas era más cómodo y el medio ambiente lo agradecía, pero había prácticamente desaparecido luego de un hecho ocurrido alrededor de unos quince años atrás. En aquel momento, un grupo de expertos informáticos, los cuales trabajan justamente en casa de gobierno, robaron cuantiosas sumas de dinero cuando se transferían directamente desde el Banco Central al resto del sistema financiero. Por supuesto, la mayor parte de ello era corrupción destinada a cuentas de las Elites, que luego se fugaron a paraísos fiscales.

Rápidamente, el equipo de ciberseguridad de los servicios de inteligencia fue puesto a trabajar. Un 'error humano' descubrió a los responsables; los buscaron y ejecutaron inmediatamente. Por supuesto, apenas conocido el hecho la noticia se difundió en todos los medios de comunicación. El objetivo ejemplificador tuvo un efecto indirecto: el miedo infundido solo llevó a que el ciudadano medio tuviera temor de verse involucrado en un delito financiero por el mal uso de la tecnología, por lo que dejó de utilizar los medios electrónicos y se volvió mayoritariamente a la dinámica del billete papel. 'Se mató al perro para terminar con la rabia', se podría decir. No importaba que, de este modo, se potenciara nuevamente la economía informal. Cada uno vivía de lo que podía y como podía, ya que siempre el 'Gran Hermano' estatal te buscaría donde estés para que pagues los impuestos que te corresponden. Por supuesto, con excepción de las Elites amigas. Que dicho sea de paso, si continuaban realizando las transacciones electrónicas para sus cuantiosas transferencias de dinero – bien o mal habido -. Su impunidad estaba garantizada.

Tomé fuerzas para enfrentar el calor – y el arrastre del, una vez más, decepcionante día – y caminé las pocas cuadras que me quedaban hasta el departamento. Saludé al vecino del tercer piso en la puerta del edificio y subí al ascensor, pensando en aunque sea disfrutar de la última lata de cerveza que había dejado en la heladera antes de ir a la

entrevista. Ya en el sillón y luego de poner una relajante música de fondo, cerré los ojos para intentar descansar.

A los veinte minutos llegó ella, mi novia. Nos saludamos con un beso seco. "¿Cómo te fue en la entrevista laboral?", me preguntó con una voz que denotaba solo el cumplir la mera formalidad. "Lo mismo de siempre", le respondí con un desgano similar. Es que aunque creo comprender que el problema es el sistema y no uno mismo, la angustia entremezcla y complejiza las ideas y sentimientos. Por ello, a pesar de todo, siempre trataba de no trasladar mi malestar a la pareja.

Al girar su cabeza, observó el regalo. Enseguida se dispuso a abrirlo, y mientras lo hacía, su sonrisa se acrecentaba. "Me encanta, muchas gracias", me dijo mientras me miraba con dulce ternura. Ello era lo que, años atrás, me había atraído de ella, y por lo cual todavía seguía enamorado. A pesar de las idas y venidas de la vida, nunca cambió su esencia.

El amor que nos teníamos había nacido en una presentación familiar. Teníamos mucho en común: lugares donde disfrutar las vacaciones, noches de cine, salidas en bicicleta. Nuestras primeras citas habían sido con bastante actividad física, como casi todo el mundo. La mayoría de las personas cuidaban su físico más que nada; todo era visual, y la apariencia cada vez más determinaba más el tipo de relaciones que se podían generar. Aunque, a decir verdad, solo las personas con cierto estatus de ingresos eran las que tenían tiempo libre para realizar actividad física y poder comprar alimentos nutricionalmente dietéticos. El resto hacia lo que podía.

Los primeros años habían sido maravillosos. Sin embargo, como suele ocurrir, con el correr del tiempo las diferencias se acrecentaron y costaba cada vez más acordar en cuestiones importantes – y no tanto -. No era un tema exclusivo de nuestra relación: la interacción entre las terapias de pareja y los libros de autoayuda eran solo meros apaciguadores emocionales de una ya casi inexistente clase media sin recursos para pagarlos. A nosotros solo nos quedaba el escucharnos y la paciente tolerancia. Difícil en un mundo frugal, donde la instantaneidad de las soluciones y los deseos oprimidos eran un per se de la propia lógica sistémica.

Sin siquiera probar su funcionamiento, acomodó la licuadora en el último rincón con espacio libre de la pseudo-cocina. Luego se dirigió hacia el único sillón - donde apenas cabíamos -, que habíamos comprado hacía dos meses en una feria de antigüedades. Se recostó en toda su extensión y guardó silencio, observando inerte al vacío horizonte de la pared interna.

Mientras más se espaciaba el sigiloso momento, más me intrigaba. Desde que nos conocemos era raro verla así. Siempre verborrágica, siempre activa. Tanto en su vida personal como profesional. Era una mujer fuerte que, con fidelidad, capacidad de gestión y mucho esfuerzo, había logrado un puesto gerencial en el mundo de las pocas corporaciones que manejaban monopólicamente los destinos del país. Aunque para el afuera derrochaba simpatía, era fría y calculadora en sus profesión: sabía que la única manera de sobrevivir sirviendo a los intereses de las Elites accionistas era avasallar y cumplir los objetivos que le indicaban. A cualquier costo.

Como encargada del área de recursos humanos, no podía tener miramientos con nadie. Bajo una lógica que endiosaba la rentabilidad corporativa como objetivo unívoco, frecuentemente llegaban los clásicos ajustes y el consecuente recorte de personal, el denominado 'costo primario'; como siempre, el hilo se corta por lo más delgado. Sin embargo, ella no tenía inconvenientes en hacerlo. No le conmovían las lágrimas, porque sostenía que simplemente era parte del juego. Y siempre denostaba cualquier una racional justificación. Las quejas por los magros ingresos, las excusas por no poder organizarse con la vida familiar, o el cansancio que provocaban las enfermedades, era todo sujeto de despido con causa.

Ella apreciaba lo que había conseguido y hasta donde había llegado. Yo No solo la comprendía, sino que mi respaldo era total y absoluto. Solo me dolía, y se lo hacía saber, lo poco que era retribuida por tanto esfuerzo. Con noches enteras sin dormir para poder finalizar presentaciones que evidenciaran financieramente lo injustificable, sus ingresos apenas nos alcanzaban para mantener un 'digamos digno' estándar de vida.

De repente, giró suavemente su cabeza, hasta que entrecruzamos miradas. "Quiero ser madre", fueron sus sentidas palabras.

Tardé unos cuantos segundos en reaccionar. No era sorpresa; más bien era un estado de shock, sobre todo porque nunca habíamos hablado del tema. Solo un par de veces, en todos los años que ya llevábamos juntos, mencionamos lo difícil que era traer hijos a un mundo como este. Alguna vez también conversamos que teníamos que disfrutar al máximo la vida de pareja antes de pensar en ser padres, ya que tener un hijo conllevaría enormes responsabilidades bajo las cuales deberíamos – al menos – sentirnos preparados para afrontar.

No era un tema exclusivamente de nuestra pareja. La nueva 'juventud' se había estirado hasta bien pasados los cuarenta años. Pero eso no era lo más relevante; lo que se resaltaba en una muestra grande de personas que conocíamos, era que la concepción de un hijo como fruto del amor había perdido su esencia. Con el avance del egocentrismo y el individualismo – más aún, en épocas donde primaba lo visualmente estético, la mayoría de las mujeres no querían ver resentir su figura con los embarazos -, la autosatisfacción era un todo que había limitado (en demasía para mi gusto) a muchas parejas al mero contacto físico, solo complementado con el disfrute de específicos momentos placenteros en los que había acuerdos sobre gustos puntuales.

Si a ello le adicionábamos la palabra 'productividad' antes de analizar cualquier frase de tinte cuasi-filosófico, la situación se complejizaba aún más. Solo pensemos en los largos tiempos de cuidado y reposo que requiere un embarazo; demasiado 'tiempo muerto' para una sociedad cortoplacista que necesita de seres humanos que trabajen sin descanso. No se podía perder tanto tiempo sino había una buena razón para procrear. Y esa razón la disponía el gobierno.

Así es: era el gobierno quien decidía sobre la vida de las futuras generaciones. A pesar de que los progenitores tomaban la decisión de traer hijos al mundo y se hacían cargo de criarlos y brindarles todo lo que requirieran para su subsistencia, había un detalle no menor: una vez que se tomaba la decisión de ser padres, el gobierno indicaba el cómo, el cuándo, y el porqué del niño por nacer. Por lo tanto, si bien las preocupaciones por la educación, la formación ciudadana, los valores y el cariño era el sustento moral y formativo

que le impartían los padres en sus primeros años de vida, luego de la mayoría de edad lo más importante era que cumplieran su rol como productores/consumidores bajo una estandarizada lógica ciudadana.

Solo atiné a mirarla. "Lo pensé mucho, pero no te lo puedo explicar bien con palabras. Es como una necesidad que emergió en mi como un huracán, una fuerza indescriptible", continuó. No era un planteo común en nuestra época. Hasta el siglo pasado, estaba antropológicamente normalizado que se entendiera a la maternidad como el deber ser de la mujer. También era la manera en que muchas familias de bajos recursos encontraban la forma de aferrarse a algo propio, ante la imposibilidad de poder comprar otro tipo de bienes, o mismo poder encausar su futuro racionalizando la posibilidad de estudiar en pos de un cada vez más limitado ascenso social. Mismo existieron otro tipo de versiones más fabuladas – aunque excitantes para cierta parte de la sociedad ávida de consumir información demagógica -, las cuales sostenían, por ejemplo, que la mujer tenía hijos 'para atrapar al hombre'; o mismo que la procreación masiva era el camino para multiplicar los magros ingresos de la asistencia social. Con más falacias que certezas, todo ello era parte del pasado.

Mientras le daba un abrazo, retribuido con afecto por ella, pensaba dentro de mí: no tengo trabajo, vivimos en un lugar pequeño, deberíamos repensar la organización de nuestras vidas. Claramente debíamos conversar más profundamente sobre el tema. En ello, nunca había habido problemas: hablábamos y nos cuestionábamos nuestros diferentes puntos de vista, siempre con respeto. Lo único indiscutido no era nuestra vida, sino lo que ocurría a nivel social, puertas del hogar hacia afuera: cuál era el funcionamiento y la lógica sistémica, quien tenía el poder, cómo se acumulaba la riqueza. Variables predeterminadas bajo un hipotético 'orden natural', una vuelta al milenio pasado donde el misticismo eclesiástico generaba un orden social para sostener un *Statu-quo* claramente en pos de los intereses concentrados.

Por ello, no sorprendía que las familias de las Elites tuvieran dos o más hijos. Ellos no tenían problemas, las cuidadoras o empleadas domésticas eran, en muchos casos, las encargadas de sus cuidados, su educación informal, y hasta su formación. No sea

cosa que sus descendientes les quitaran tiempo para disfrutar de su fortuna. "Ya tendrán tiempo para pasarla bien", seguramente reflexionarán los padres pensando en la herencia que les dejarán. Y por si fuera poco, sobre estos niños el gobierno no tenía injerencia alguna. Ellos estudiaban o trabajaban de lo que quisieran. Tenían impunidad total: eran los hijos del poder.

Los otros que no tenían ocupación pre-natal eran los hijos de los indigentes y excluidos. No tenían obligaciones. Aunque tampoco derechos: se tendrían que arreglar como pudieran. Era un perverso círculo vicioso: como habían sido abandonados a la buena de dios, millones de niños que nacían año a año se encontraban malnutridos y enfermos; con patologías diversas, un entorno medio ambiental degradado, y claros signos de violencia al que se encontraban expuestos bajo su entorno social.

Todo ello solo implicaba enormes obstáculos para con la formación y posterior inserción en el aparato productivo. Ni siquiera en los empleos más básicos y precarios. "Un costo alto para un retorno bajo", solía decir un miembro de la Elite encargado de las políticas de Estado. En definitiva, seres humanos viviendo una suerte de auto-aniquilación, inservibles, condenados a una vida de pobreza en el 'planeta miseria'.

Por su parte, la planificación familiar todavía era difusa para las mayoritarias clases medias empobrecidas y los obreros de la subsistencia. La falta de educación había desarrollado un escenario de reproducción aleatoria, que en promedio superaba ampliamente la cantidad de hijos que estas familias podían mantener con un mínimo de dignidad.

Para el resto, la situación era proporcionalmente inversa: la clase media-alta de soporte solía tener como máximo un solo hijo. En este sentido, el egoísmo del goce reinante lejos se encontraba de brindar la contención suficiente que requiere cualquier niño o adolescente, lo que claramente resentía la posibilidad de generar personas con valores e ideas superadoras. Aquellas que a los gobernantes ya no le interesaban: las Elites políticas solo buscaban proveer una educación técnica y exclusiva para el trabajo. Si encima en el hogar tampoco los ayudaban a 'cuestionar', se generaba un combo perfecto para los que detentaban el poder. Sin la familia o la

escuela como instituciones pilares para desarrollar un pensamiento crítico de cambio, el control social estaba asegurado.

Sin embargo, las sociedades evolucionan y la discursiva de las Elites no alcanzaba para aplacar las enormes necesidades de las mayorías. Además, ya no había credo que limite la procreación: las religiones, quienes en los siglos previos habían criticado duramente cualquier obstáculo a la reproducción de la vida humana, habían sido enormemente denostadas. Al avanzar el materialismo histórico *parí passu* al realismo en su fase más coercitiva, las diversas iglesias dejaron de ser necesarias para con la contención social. Sin financiamiento privado o público, lentamente tendieron a desaparecer.

Por ende, los primeros procesos de control de natalidad comenzaron luego de una serie de desbordes sociales que ocurrieron en el año 2069. La decisión se había tomado luego del último intento global de revolución social, denominado el 'verano de Bologna' (ya que en esa ciudad surgió la primera rebelión social), donde las principales ciudades del mundo, alrededor de ochenta, estuvieron paralizadas por rezagos de cuentapropistas de clase media, trabajadores y excluidos, que clamaban simplemente por el fin de la precarización y la asfixia socio-económica que vivían diariamente.

En vez de pensar en políticas redistributivas de riqueza y profundizar en la educación sexual, desde el gobierno expresaron que el problema era estrictamente malthusiano. "Son muchos y no hay dinero para mantener a todos", se escuchó sin titubeos y a viva voz desde los principales medios de comunicación oficiales.

Por ende, lo primero que hicieron fue llevar adelante una política global de altos costos para con la producción de medicamentos preventivos y curativos que protejan a la ciudadanía de las enfermedades venéreas y los diversos virus existentes, la sociedad se 'auto-depuraría' una vez que las mayorías empobrecidas no pudieran afrontar los precios de los mismos.

Sin embargo, esta política no se pudo prolongar más allá de unos pocos meses, ya que los dueños de las farmacéuticas, miembros de la Elite económica con 'poder de veto', se opusieron dado el enorme perjuicio que les implicaba. Por el contrario, su contrapropuesta fue la de mantener todas las enfermedades crónicas y

generar precios diferenciados para que se sostenga su mercado - de por si infinito -.

Para el afuera, por supuesto, la discursiva fue diferente: "es inmoral que se abandone a cualquier ser humano a morir de una enfermedad prevenible y curable a esta altura del Siglo XXI. Cada persona pagará lo que pueda pagar, pero nadie se quedará sin su medicación", sostenían desde los mismos monopolios económicos que tiempo atrás hacían lobby para que se promulgue una ley que duplique automáticamente los precios de las drogas para uso medicinal dada 'la enorme dificultad para abastecerse de las materias primas y los insumos para producir bienes tan preciados'.

Es por ello que las Elites tuvieron que pensar rápidamente algún tipo de alternativa. Y en una reunión de los altos mandos políticos, entre 'gallos y medias noches' como se diría vulgarmente, se propuso la denominada 'Política de Regulación de la Natalidad', cuyo objetivo era teóricamente el 'real desarrollo del pueblo'. Para ello se implementó un proceso de esterilización forzosa, lo cual reemplazaba al aborto legal, ya que este se hacía de manera discontinuada debido a que insumía muchos recursos gubernamentales. Cabe destacar que esta política de ajuste no era aislada: el Gasto Social en general era siempre catalogado como 'exorbitante' para lo que debería ser el buen funcionamiento económico propuesto por las Elites.

Sin embargo, a los pocos años se entendió que se necesitaba continuidad de mano de obra diversa para seguir potenciando la acumulación de Capital. Ni en enorme cuantía, ni con aptitudes generales. Se debía moldear una media de trabajadores de distintas profesiones para sostener los requerimientos del sistema productivo. No era ilógico: el poder generar seres humanos de diseño era un punto central para poder mantener el *Statu-quo*. Personas con conocimientos específicos, estratificados, y moldeados genéticamente para ser eficientes en su área de labores, era el complemento ideal de una educación exclusivamente técnica y carente de un análisis sociológico, filosófico o antropológico.

Por ende, esta vez sí las Elites pensaron estratégicamente y dieron un salto que ellos mismos calificaron como 'superador': era hora de potenciar el nacimiento de los niños de probeta. Es por

ello que en el año 2077 se implementó finalmente la 'Política de reproducción selectiva': la misma creaba seres humanos con distintas habilidades y compensaba la falta de las pocas ocupaciones estrictamente necesarias - o mismo aquellas que tenían la capacidad de contribuir a la multiplicación de la riqueza -. Por ejemplo, se encontraban los hombres y mujeres del 'marketing creativo' – los solían mencionar como los 'vendedores de ilusiones -, aquellos que cuidaban de la salud de la ancianidad de las Elites adineradas, o los especialistas en descubrir y extraer recursos estratégicos en los confines de la Tierra.

Por lo tanto, ya no existiría más el haber sido concebido sin reglas ni un futuro preestablecido. Sin haber sido 'diseñado' de antemano para ocupar determinados roles socio-productivos en la sociedad. Ya no era posible el nacer en libertad para decidir cómo cada uno puede devolverle a la sociedad lo que la misma le brinda a uno como individuo.

A partir de aquel momento, las familias que quisieran traer un hijo al mundo, debían pedir un 'código de reproducción' al Ministerio de Planificación Familiar, el cual era otorgado luego de un estudio pormenorizado de la pareja en cuestión - donde se denotaba, sin explicitarlo, una homofobia reinante y el desdeño por las familias monoparentales - y según las necesidades del gobierno para con la planificación productiva de mediano plazo.

Luego de una semana de iniciado el trámite, cada pareja debía dirigirse a una de las clínicas de fertilidad habilitadas, la cual ya debería contar en su base de datos con el código genético designado previamente. Recién allí se comenzaba el tratamiento. Y durante todo el proceso de fertilización asistida, embarazo, parto y primeros meses de post-parto, la pareja debía dar cuenta al gobierno sobre el estado de situación del niño. Todo quedaba registrado para que cuando fuera mayor de edad, pudiera cumplir con su función social.

"Pensémoslo bien. Evaluemos la situación, el marco en el cual estamos desarrollando nuestras vidas, el cómo quisiéramos avanzar en nuestros proyectos a futuro. Tiene que ser una decisión meditada, no puede ser tomada a la ligera", proseguí. "¿De qué tipo de futuro hablas? ¿Qué plan tenemos si ni siquiera tenés trabajo?, me respondió agresivamente, mirándome fijo a los ojos.

No pude contestar nada. Mi mente en blanco era un sinónimo más de mis fracasos emocionales y profesionales. Poco había pensado en el más allá; todo era el día a día, el corto plazo. Ello era lo normal para la mayor parte de la gente: un futuro normalizado y predeterminado para todos, acotado por un micromundo estratificado y digitado por las Elites dominantes, donde el devenir del destino era un evento frugal no planificado. Mi novia tenía razón: ante mi vida inocua, no perdía nada. Solo apoyarlo e intentarlo. Después se vería como evolucionaba todo.

"Tenés razón, vamos para adelante", le respondí apresuradamente. Su inmediata sonrisa no podía disimular su visible ansiedad. Entonces volví a tomar la iniciativa: "Si te parece, los primeros días de la semana que viene realicemos todas las averiguaciones pertinentes para comenzar el proceso". Sus ojos se abrieron como dos avellanas iluminando su rostro. Mientras tanto, pensaba, tendríamos el fin de semana para reflexionar un poco más y evaluar cuál sería la mejor forma de proceder. Extrañamente, comencé no solo a pensar en nosotros, sino en el potencial niño o niña por nacer. Aunque todavía fuera solo su embrionario deseo, ahora también ya era parte de mi imaginación.

El fin de semana fue raro. El sábado pasamos algún tiempo con amigos, mientras el domingo nos quedamos en casa viendo películas. Nada se mencionó sobre el tema. Creo que ambos esperábamos que el otro dijera alguna palabra, adicionara algún comentario. Pero, por lo menos de mi parte, no tenía nada interesante - o mejor dicho inteligente - para decir. Menos aún me imaginaba que estaba ocurriendo por su mente. Era una situación extraña y compleja; sobre todo para un mundo del post-psicoanálisis y la escasa reflexión.

El lunes yo tenía otra entrevista. Hablé con ella en el desayuno y le dije que la pasaba a buscar por su trabajo a la tarde; de ahí iríamos a hacer las averiguaciones correspondientes para comenzar con el tratamiento. Nos despedimos con un pequeño beso y ella se marchó de casa. Al momento de cambiarme para ir a la entrevista, me arrepentí. Agarré una ropa cómoda y preferí salir a caminar un rato. Mi cabeza ya se encontraba en otro lado.

Estuve tres horas deambulando y volví al departamento. Almorcé un sándwich y me acosté en la cama. Ya acomodado entre

las sábanas y mis mullidos almohadones, busqué diversas clínicas de fertilidad, públicas y privadas. Aunque las públicas eran mayoritarias, el oligopolio de clínicas privadas - donde tres miembros de las Elites eran los dueños de todas las del país - también contaban con un número importante de sanatorios y un gran aparato burocrático para la coordinación de un tema mayúsculo: debían rendir cuentas al gobierno de cada persona ingresante para seguir los estrictos protocolos que dictaminarán el futuro de los niños por nacer.

A los diez minutos, encontré en internet una clínica privada relativamente cercana a casa, con varios comentarios positivos sobre el equipo de salud, la infraestructura y la limpieza del lugar. Conforme luego de mi mini-éxito, me relajé tanto que logré conciliar un sueño que, aunque lábil, me impidió levantarme antes de las cuatro de la tarde.

Luego de beber rápidamente un vaso de jugo, me dirigí hacia el trabajo de mi novia. La esperé en la puerta hasta el horario de su salida. El saludo del encuentro ya denotaba cierto nerviosismo; solo un corto beso para luego dirigirnos a paso ligero al estacionamiento. "Espera. Volvamos a casa", me dijo cuando estaba por arrancar. "¿Por qué no querés ir?", le pregunté asombrado. Nada respondió. Tenía los ojos brillosos; evidentemente, llevaba con ella un llanto interno que no podía exteriorizarse. Entonces opté simplemente por respetar su silencio y manejar sin decir una palabra hasta nuestro departamento.

Apenas entramos se puso cómoda y preparó café para ambos. "Quiero tener un hijo de manera natural, a la 'antigua'" comenzó su alocución con su mirada perdida hacia la ventana. "Lo estuve meditando todos estos días; no quiero un hijo nacido para cumplir un determinado rol, que no pueda ser libre para decidir lo que realmente quiera. Quiero un hijo con sus defectos y virtudes, con sus alegrías y tristezas, con sus vivencias y deseos. Que nuestra educación, el medio social, o el destino mismo sean responsables de su futuro. Y si quiere ser artista, ingeniero, o nada, que sea su decisión. Una decisión que lo haga feliz".

Sabía internamente que lo que ella deseaba era el reflejo de su propio deseo. Que todo era parte de un proceso de desgaste donde su tarea cotidiana había sido un factor fundamental: todo era digitado, compartimentado, mecanizado. El objetivo de la acumulación

había deshumanizado y mercantilizado las propias relaciones sociales, haciendo del sufrimiento un mero sentimiento normalizado a digerir como cada uno pueda. El destino para con el deber y el quehacer colectivo estaba escrito; sin embargo, como enfrentar las frustraciones era tan complejo e indeterminado que terminaba mellando sobre todo el ser. Había que poseer una enorme fortaleza mental – o por el contrario una relajación de enorme inconsciencia situacional - para salir indemne de las permanentes coyunturas estresantemente adversas.

Por otro lado, también creo que ver el sufrimiento de los despedidos y pensar en las familias que se quedaban sin posibilidades de aunque sea encontrarse incluidos en una sociedad donde el trabajo, el producir y el consumir eran todo, seguramente también le causaron una gran afectación, aunque ella siempre lo haya negado. Por supuesto, alguna parte de su historia personal también es responsable: descendiente de un abuelo autodenominado demócrata-progresista, me había contado que de pequeña aquella figura paternal de gran impronta le hablaba de política, de la necesidad de una mayor participación ciudadana, de justicia social, de una vida mejor para todos. En algún lugar de su memoria debía tener guardado esos recuerdos y, probablemente, brotaron a flor de piel imaginando que esa pequeña niña que ella fue, podría ser su hija el día de mañana. Está claro que lo que se aprende de chico no se olvida.

Se dirigió a su cartera y sacó unas decenas de hojas. Las puso en mis manos como quien entrega un preciado trofeo y me dijo "Léelo. Es un libro que conseguí en la internet profunda y, luego de encriptarlo, lo imprimí a escondidas en el trabajo". Luego se fue a acostar. Apenas lo comencé a hojear, me encontré con que el autor me sonaba, que lo había escuchado alguna vez. Después de pensar unos minutos, finalmente me acordé: no hacía mucho tiempo había sido secuestrado, torturado y luego asesinado por los servicios de inteligencia. Y este libro explicaba claramente el porqué: con puntilloso detalle realizó un exhaustivo ensayo sobre la historia de nuestro país en el último siglo, desarrollando muy interesantes prospectivas para con el futuro inmediato.

El libro comenzaba con la lógica misma de la racionalidad humana. Ante la destrucción del medio ambiente y por ende recursos

naturales cada vez más escasos para solventar una demografía creciente, cada Estado, como única solución plausible, había decidido potenciar su aparato militar para defender su geografía y avanzar, costara lo que costase, sobre los bienes estratégicos de otros Estados. Para llevar este modelo de violencia y agresividad al extranjero de manera permanente, se había fomentado una política basada en el nacionalismo de guerra, en conjunción con una centralidad económica mercado internista de unidad nacional.

Ello fue así por décadas hasta el último gran pacto del año 2057 posterior a la 'guerra de los esquistos', cuya denominación deriva de la disputa entre las principales potencias que batallaron por más de una década por controlar el último reservorio de esquistos bituminosos, fundamentales para el desarrollo de los componentes para microprocesadores electrónicos utilizados en los medios de combate. La paz alcanzada permitió darle fluidez, previsibilidad y seguridad a cada una de las Elites nacionales para con el proceso de acumulación, luego de que la logística de la producción global se había visto fuertemente afectada dado los permanentes hundimientos de barcos, la destrucción de vías férreas, y el derribó de aviones comerciales.

Sorpresivamente, la guerra finalizó no por una batalla decisiva entre Estados: fue la subversión de las mayorías pobres que ya no tenían ni dinero para comprar ni productos para consumir, quienes se levantaron contra sus propios gobiernos mellando sobre los propios nacionalismos inertes. Era mejor entonces volver a generar un proceso de acumulación controlado y pacífico, donde hubiera aunque sea algo de riqueza que repartir a las poblaciones, que tener que destinar casi todos los recursos a la permanentemente destructiva e inestable contienda militar – con matices similares a la implosión de la inerte Unión Soviética previo a su desaparición como tal -; de lo contrario, podrían sucumbir ante las hordas sociales que, de manera impacientemente creciente, ya no escuchaban de melodías que endulzaban sus oídos y empezaban, lentamente, a pergeñar la destrucción de un *Statu-quo* tan finamente planeado y deseado por las Elites durante décadas.

Luego del acuerdo interestatal, todas las grandes corporaciones se nacionalizaron. En realidad, los mismos gobernantes querían

asegurarse que los capitales accionarios más importantes se mantuviesen dentro de las propias fronteras, más allá de que las cadenas de valor – como así también la economía financiera y digital - continuaran siendo trasnacionales. A partir de aquel momento, el modelo neoliberal fue totalmente enterrado, donde ninguna persona física o jurídica podía negociar de manera autónoma para producir en terceros países, invertir en activos reales o financieros – incluidos los sistemas de telecomunicaciones o las monedas digitales -, o mismo fugar dinero a paraísos fiscales (así es, lo ilegal también debía tener el consentimiento de las Elites). El objetivo era claro: para consensuar el fin de la guerra, nada podía debilitar los mercados internos, ya que ello atentaría contra la estabilidad y la paz social a nivel doméstico. Por lo tanto, todo tenía que pasar por la revisión y el control de cada Estado.

Tanto es así que ello también incluía la no aceptación de migraciones de seres humanos, las cuales ya se encontraban obstaculizadas desde hacía mucho tiempo antes. La teoría de la libre movilidad de los factores productivos había nacido muerta cuando se creó hace más de tres siglos: solo el Capital, desde el comienzo del capitalismo moderno tal como lo conocemos, tuvo la flexibilidad cuasi total para trasvasar fronteras y multiplicarse a como sea. Como contraparte, las personas solo podían migrar a cuenta gotas y exclusivamente cuando eran útiles.

Hoy en día, los controles se han reforzado: solo se puede ir a otro país en calidad de turistas y a través de permisos especiales tramitados por las Elites. Aquella persona que intentara quedarse más tiempo de lo autorizado, sabía que se involucraría en un gran problema. Por un lado, dado que se cortó inmediatamente la asistencia social para los indocumentados: el que no tuviera la ciudadanía, no recibiría alimentos o medicinas aunque lo necesitara de urgencia. Y era inmediatamente deportado. Ello en los contados países que habían generado algún tipo de compromiso con los derechos humanos. Pero para el resto de los Estados, directamente no corría ningún tipo de derecho internacional ni tratativas diplomáticas; si se los encontraba fuera de la ley local, directamente se los asesinaba por ser considerados 'enemigos extranjeros' peligrosos para la Nación.

¿Quién manejaba este Estado todopoderoso? ¿Quiénes eran estas Elites? Las votaciones se habían vuelto optativas en nuestro país en el año 2043, aunque realmente a pocos les interesaba quien gobernaba. La democracia se había vuelto una mera formalidad de continuismo histórico, dado el descreimiento generalizado de la clase política y la posibilidad de transformar la realidad en pos del bien común. Mientras tengan para consumir, el resto solo terminan siendo dilemas existenciales incontrolables para las mayorías.

En consecuencia, ante la apatía e indiferencia ciudadana, las Elites políticas retroalimentaban su poder político con su círculo de familiares y amigos. Las Elites económicas, por su parte, pasaban desapercibidas. Los grandes accionistas solo se juntaban una vez al mes con los directorios de sus empresas para evaluar los balances. Y trimestralmente, se reunían con las Elites políticas para decidir cómo iban a proceder: básicamente, el eje central era la regulación de la 'Oferta y la Demanda'; es decir, los ingresos de la población y la cantidad de bienes y servicios – principalmente los 'regalos' - que habría a disposición en el mercado.

El resto de las Elites tenían la función clave del control social: aquellos que manejaban la justicia, los medios de comunicación y el aparato militar; los poseedores de gran parte del poder blando y duro, quienes en definitiva eran el reaseguro de coerción moral y física ante el potencial surgimiento de grupos subversivos. Solo para citar un ejemplo, era frecuente el observar la palabra "TERRORISMO" escrita en un rojo furioso (elucubrando algún *'déjà vu'* comunista) acaparando la total dimensión de las pantallas de televisión, computadoras y teléfonos celulares.

Lo interesante es que no se sabía a ciencia cierta de la existencia – al menos no era visible - de ningún grupo 'terrorista' desde hacía décadas, sobre todo después que en el año 2050 el gobierno prohibiera con pena de muerte reclamos socio-económico de tinte 'desestabilizador': solo se permitían reivindicaciones marginales y de solución asequible - como que todas las fábricas de determinada industria posean razonables condiciones de seguridad e higiene, solo para citar un caso -; pero no mucho más que eso.

En la misma línea pro-positiva, se permitió mayor flexibilidad en temáticas como la igualdad de género, el respeto a las diferencias

culturales, o la diversidad sexual; la lógica razón era que no perjudicaban el eje de acumulación de poder y dinero, como así tampoco ponían en peligro la mantención del *Statu-quo*. Evidentemente, los cuestionamientos sobre el amor y el deseo de tener un bebé eran un desafío pre-histórico insignificante para quienes controlaban el mundo. Sin embargo, la clave era lo que no se podía discutir: el rol socio-productivo que debería tener un futuro ser humano, sobre todo en pos de su vínculo de servidumbre para con las Elites y la reproducción de su riqueza. Ello claramente debía quedar sellado previo a la concepción.

Ante el descripto mundo complejo y violento, tanto para sobrevivir como para movilizarse, las Elites vislumbraron lo que algunos cientistas sociales ya mencionaban por lo bajo: aunque se encuentren aislados viviendo una vida exclusiva de opulencia y disfrute, ante el desorden y la miseria progresiva la situación podía cambiar; por ende, sería muy factible que en algún momento pudieran perder sus privilegios de clase. Y aquí se encuentra la clave por la cual el autor encontró la muerte y su texto fuera prohibido: sin especificar como los consiguió, en el libro afirma que tenía datos concretos que las Elites, en el más absoluto secreto, estaban pensando seriamente en construir una Base Espacial para vivir. Y ello no era todo: lo más interesante era que la misma no se encontraría infectada por la falta de recursos, la contaminación, o la violencia desatada por la pobreza y la desigualdad.

Décadas más tarde, lo escrito se terminaría confirmando: aunque estaba prohibido que se hable de ello en los medios masivos de comunicación, hace ya algunos años algunos medios alternativos afirmaban que ingenieros y obreros contratados por las Elites habían desarrollado una plataforma espacial de unas decenas de kilómetros cuadrados, con agua dulce, aire limpio, y algo de flora y fauna diversa. Todo lo necesario como para poder vivir con una educación y salubridad digna, poseer las razonables comodidades materiales, y tener dinero para disfrutar el tiempo ocioso.

Lo más grave es que ello era lo opuesto a la desolación que implicaba la polución, los terremotos, la escasez alimentaria y la inseguridad permanente que se vivía en Argentina; un escenario que ellos mismos habían generado a través de una ingente expoliación en pos de una acumulación desenfrenada en beneficio propio.

Me devoré el libro durante la noche. "Lo leí todo amor, me pareció fascinante", le comenté mientras le preparaba el desayuno a la mañana siguiente.

Si ella tenía que ir a trabajar, nos parecía razonable que al menos me levantara a su par todos los días para hacerle más fácil el comienzo de la jornada laboral. "Más allá de la reflexión final y el desafío para con el repensar un futuro diferente, que está buenísimo, me quedó algo revoloteando en la cabeza. Y estuve averiguando con un ejecutivo de la empresa donde trabajo, con el cual tengo mucha confianza y yo sabía le habían propuesto confidencialmente ir a vivir allí, y me lo confirmó: a todos los que ofrecían ir a trabajar en la plataforma se les hacía firmar un acuerdo secreto donde trabajarían como empleados del gobierno, en distintos oficios con las familias de las Elites que se instalarían allí, o mismo en diversas profesiones que requerirán los propios trabajadores para su vida en la Base. Pero además, entre otras cosas, se les prometía que tendrían la posibilidad de llevar a sus familias", prosiguió mi novia.

Parecía una propuesta para nada desechable, pensaba dentro mío: aunque en diferente condición que las Elites, los trabajadores por lo menos tendrían la posibilidad de disfrutar de un lugar donde realmente valdría la pena vivir. "Lo que te comenté no es algo improvisado. Lo vengo elaborando, en silencio, desde hace un tiempo. El deseo de un hijo no es ahora; pero decidí contártelo porque sentí que era el momento, ya que se encuentra atado a algo que ocurrió la semana pasada. Las Elites necesitan mandos medios para gestionar a los recursos humanos de la estación. Sabés que la compañía trasnacional donde trabajo es una de las más importantes del país, donde el área de personal es considerada por su severidad -ideales para saber a quién contratar y como controlar al trabajador -. Por ende, el director me llamó, me pidió mantenga discreción, y me ofreció una posición vacante para que realice allá lo que estoy haciendo en la empresa. No estaba muy feliz que me fuera, pero 'se lo pidieron de arriba'", continuó.

Observó mi rostro atónito y decidió seguir avanzando, como boxeador que observa al rival vacilante, desprotegido ante el inminente de nocaut. "Si podemos ir a vivir allá, no solo mejoraría ostensiblemente nuestra calidad de vida, sino que además averigüé

y todavía no se creó ningún tipo de legislación sobre procreación. Y el otro dato positivo es que la temática laboral incluye a todo el grupo familiar: o sea, a vos también te asignarían un empleo según tu capacidad o las necesidades de la base espacial".

No sé si era la mejor idea del mundo, pero seguramente iba a ser un cambio de ciento ochenta grados en nuestras vidas. Mientras la miraba fijamente a los ojos, rápidamente se generó un proceso de auto-motivación que retroalimentó un creciente nivel de excitación que hacía tiempo no sentía. ¿Sería por fin un cambio de verdad, una salida a los recurrentes sinsabores? "Tenemos poco tiempo para decir. Pensalo y a la noche lo hablamos", me dijo antes de saborear la última gota de café, darme un beso e irse.

Quedé absorto en el sillón. Pensando y pensando; tanto sobre las expectativas – la mayoría no concretadas – del pasado, como el maltraído presente y el potencial futuro. Con el correr de las horas, la mezcla de calma y racional analítica se transformó en duda y temor, los cuales derivaron varias veces en un frío escozor a lo largo y ancho de mi cuerpo. Es que ya me había desilusionado muchas veces en mi vida; por ende, el miedo a un nuevo fracaso generaba una lógica parálisis que derivaba en un círculo vicioso de revaluación situacional, el cual solo terminaba generándome mayor confusión introspectiva.

Me hice un sándwich acompañado de un jugo de naranja – un buen desayuno siempre me había servido como ansiolítico -, para poder tranquilizarme y pensar. Entonces evalué que quedarse estancado no servía para nada. No servía para mí, ni para mi novia. Parte de la felicidad en la vida era ello, el buscar denodadamente salir del inconformismo. Yo me encontraba hecho un desempleado crónico, sin perspectivas de alcanzar un futuro próspero donde pudiera desarrollarme personal y profesionalmente.

Y en tanto a mi novia y su deseo de ser madre, el mismo la había 're-humanizado'; había vuelto a sentir ese cosquilleo por lo que es el amor verdadero, aquel que implicaba un proyecto común. Y aunque sea bajo el manto de un futuro incierto, teníamos el hermoso desafío de acrecentar la familia y ser felices en plenitud. Decidí entonces que triunfara el pragmatismo y el deseo. Porque en la vida, el que no arriesga no gana. Y este tren, difícilmente – dada la compleja situación del país -, iba a volver a pasar.

"Vamos a vivir a la Base", le dije apenas cruzó la puerta cuando llegó del trabajo. Nos besamos y abrazamos, para luego charlar en la cama hasta bien entrada la madrugada, filosofando sobre cómo iba a ser nuestro futuro. Al día siguiente se levantó feliz, rozagante. Le hice un café, tostadas con dulce de leche, y le corté un kiwi. "Hoy acepto el ofrecimiento. Apenas tenga novedades te aviso", me dijo mientras agarraba su cartera y salía rápidamente por la puerta. La noté un poco nerviosa. Ambos lo estábamos. No era un tema menor, sino más bien un paso trascendental en nuestras vidas.

Yo me quedé desayunando hasta tarde. No tenía apuro, solo tenía que salir a hacer unas compras de supermercado y esperar su llamado. Alrededor de las diez de la mañana, llegó un mensaje al teléfono. Era ella, pero, extrañamente, no era el mensaje esperado: "Salí rápido de casa, escápate a cualquier lado que te van a ir a buscar". No entendía nada. La llamé para ver qué pasaba - si realmente era ella o le habían sustraído el teléfono - pero nadie contestaba. Mientras realizaba un segundo intento, sonó el timbre del departamento. No tenía posibilidad de huir: el pequeño balcón del octavo piso tenía a un metro al balcón enrejado del vecino. El resto era el vacío.

Mientras intentaba infructuosamente pensar en simultáneo que estaba ocurriendo y como salir de allí, volvieron a tocar el timbre; pero además, golpearon con fuerza dos veces la puerta. "¿Quién es?", "La policía", respondió enseguida un hombre de voz gruesa. Observé por la mirilla, eran cuatro personas. Dos policías que se mantenían más atrás, y dos hombres de civil mirando fijamente la puerta.

Sin margen para hacer otra cosa, abrí. "Buen día, somos del YEMA", se presentaron mostrando sus credenciales. El YEMA era el servicio secreto estatal. Inmediatamente me mostraron una foto de mi novia. "¿La conoce?", dijo un muchacho joven, alto y algo desgarbado. "Si, es mi novia". Inmediatamente, uno de los policías me tomó de las manos y me puso las esposas. "Debe acompañarnos", fueron las palabras del otro hombre de abdomen prominente y un bigote que le recorría de punta a punta su rostro.

Únicamente me dejaron agarrar una chaqueta; no para abrigarme, sino para cubrirme el rostro y que no pueda ver el camino.

Con la cabeza gacha y solo pudiendo observar mis propios pasos, bajamos por el ascensor. La puerta de entrada del edificio se encontraba abierta; seguramente el encargado estaba elucubrando, junto al resto de los vecinos, que hecho habría cometido para que me llevaran detenido.

Me subieron a la parte trasera de un auto. Durante los cincuenta minutos en que transcurrió el recorrido, hubo un silencio total. Estaba paralizado del temor, por lo que no me animé a preguntar nada. Al llegar, me bajaron del auto y comenzamos a caminar. Después de escuchar algunos saludos luego de que ingresamos a un edificio – estimé que era la entrada de alguna institución de seguridad –, nos movimos zigzagueantemente por una serie de pasillos hasta llegar a una habitación.

Me quitaron el abrigo de la cabeza. Estaban solamente en la habitación, de aproximadamente tres por tres metros y toda pintada de blanco, los dos miembros del YEMA. No había ventanas ni tampoco contaba con otros elementos visibles, como podrían ser cámaras u algún otro dispositivo de grabación. O estaban muy bien escondidas con tecnología de punta, o directamente no querían que quede ningún tipo de rastros o pruebas de lo que ocurriera ahí adentro. Ya lo había escuchado por comentarios: con un Estado de Derecho cercenado y vilipendiado a placer por las Elites, la confianza en los procesos indagatorios era ínfima.

"Sentate", me dijeron luego de que pusieran un vaso de agua en la mesa. Ya no era el mismo tono amable. "¿Usted y su novia desean tener un hijo, no?", me preguntó el más joven. Por lo que había escuchado, el mentir podría tener muchas peores consecuencias. "Si señor", le respondí. "¿Por qué no quieren respetar las reglamentaciones gubernamentales?" me preguntó el otro. Ahora entendía por donde venía la mano. "No es necesario que diga nada si no quiere, aunque si confiesa será mejor para todos. Sabemos que quiere tener un hijo por fuera de las normas de diseño genético requeridos por nuestro gobierno", sentenció sin dejarme siquiera unos segundos para meditar una respuesta inteligente.

No lo pregunté pero lo intuía: habían interceptado el mensaje que le había enviado a mi novia hacía unas pocas horas: hoy a la mañana, luego de que ella se fuera, le escribí para desearle todo el

éxito hoy – sin dar detalles de porqué -, además de escribirle que era una oportunidad única para dar a luz a un hijo que pueda tener su propia autonomía y libertad para decidir fuera del mandato estatal; en definitiva, ser feliz individualmente y, si quisiera, también poder colaborar con la sociedad toda de la manera que considere.

Seguramente, estas palabras habían sido suficientes para los algoritmos que utilizan las decenas de hombres y mujeres del área de sistemas del YEMA, quienes trabajan veinticuatro horas para detectar cualquier tipo de 'ciberdelito' – especialmente aquellos que intentan subvertir el régimen establecido -. No pude dejar de recordar en aquel momento la película de principios de siglo "La vida de los otros", donde se muestra claramente como la policía secreta de la Alemania comunista, la STASI, ejerce el control de los círculos de intelectuales previo a la caída del Muro de Berlín. Nada nuevo bajo el sol entonces; la única diferencia que observaba en relación a aquella época era el alto nivel de eficiencia y la tecnología actual para que, en cuestión de horas, haya pasado de ser un hombre libre a un criminal indagado por el YEMA bajo un halo de total incertidumbre.

"Fue simplemente un intercambio de ideas, pero no habíamos decidido nada en concreto. Pero les aseguro que jamás quisimos infringir las normas establecidas", continué con voz vacilante. "Pero la idea estaba. Y usted sabe que jurídicamente – y si no sabe se lo explico - desde el año 2077 los delitos, aunque solo queden en el pensamiento o en la programación y no se lleven a la práctica, son juzgados con la más alta severidad", fueron las palabras del hombre fornido de bigote, muy cómodamente cruzado de piernas y recostado sobre una mullida silla reclinable.

De repente, se abrió la puerta e ingresó mi novia con otro oficial del YEMA, el cual la sostenía del hombro. La sentó a mi lado. Nos miramos, pero no nos dirigimos palabra. "No va a haber ningún tipo de juicio o careo porque está todo más que claro" nos sentenció quien la trajo. Traté de pensar con la mente fría. Y en un rapto de lucidez, reflexioné sobre algo que debíamos tener en cuenta: nunca mencionaron nuestro plan para ir a la Base, simplemente porque la idea solo había sido dialogada entre las cuatro paredes de nuestro hogar. Fue entonces cuando la agarré de la mano a mi novia.

"Todo va a estar bien, no digas absolutamente nada de nada", le susurré al oído.

Nos levantaron y taparon los rostros con nuestros chalecos, para luego llevarnos a la salida nuevamente. Subimos a una especie de camioneta – me di cuenta por el gran espacio que había en su interior -, y estuvimos recorriendo la ciudad de manera oscilante por alrededor de cuarenta minutos; posteriormente, nos encaminamos un tiempo más en línea recta, por lo que creo que sería una especie de ruta o autopista. Fue entonces cuando mi novia tuvo un exceso de llanto. Realmente no sabía cómo calmarla. "Silencio. Cállense o todo va a ser peor" gritaron desde la parte posterior del vehículo. Entonces decidió parar de gemir, apretó fuerte mi mano, y se quedó dormida.

Después de casi dos horas de viaje, la camioneta se detuvo. Se abrió una tranquera, como si estuviéramos en algún tipo de estancia, y descendimos. Luego caminamos por un camino que parecería, por lo que veíamos a través de nuestros pies, se encontraba rodeado de verde. Hasta que ingresamos a una casa. Cuando nos quitaron el cobertor de la cabeza, nos encontramos en un salón amplio, con forma de rectángulo horizontal, de unos veinticinco metros de largo por cinco de ancho.

Todo estaba minuciosamente pintado en un color suave anaranjado, con ocho puertas de madera ubicadas en la pared que enfrentaba el ingreso de la casa. Pasando la última puerta a la derecha, al fondo se encontraba una pequeña cocina, con algunas alacenas, un microondas y una heladera; a la derecha, una mesada de granito negro que funcionaba además como separador de un comedor – de unos cinco por diez metros –, el cual contaba con una mesa larga con sillas. A lo lejos, se vislumbraba un gran ventanal donde se podía apreciar una especie de jardín. Por su parte, en el ala izquierda del pasillo principal había un gran televisor y varios sillones, como para que se sienten unas diez o doce personas.

En el centro nos esperaba una mujer de unos cincuenta años, con un atuendo formal que consistía en un pantalón largo beige, chaqueta al tono, una gran cantidad de bijouterie y abundante maquillaje, sentada en una mesa con una computadora. Al momento que sintió nuestros pasos cerca, dejó de escribir y levantó la vista:

"Van a estar aquí unas semanas para rehabilitarse", nos comunicó sin preguntar quiénes éramos. "Aquí quedarán todas sus pertenencias mientras estén en la casona: documentos, teléfonos, etc. Nosotros nos encargaremos de avisarles a sus familias y en sus trabajos que se ausentarán por un tiempo; luego de recuperarse volverán a su vida normal", prosiguió con una voz seca y cortante.

El 'ser solo semanas' me generó cierta sensación de tranquilidad. Lo contrario a lo que implicaba la palabra 'rehabilitación'; sobre todo, el cómo lo iban a hacer. Hasta ahora no habían sido violentos, pero si agresivos y tajantes oralmente. Ese era su trabajo: cada uno de los que nos habían tratado en las últimas horas eran simplemente funcionarios públicos que cumplían con su deber, y probablemente no había ningún tipo de animosidad particular hacia nosotros. ¿Adoctrinamiento? Tal vez algo de ello, pero difícilmente podría yo determinar cuánto había de creencia infundida, y cuanto de deber. Igualmente, en el fondo creo que no debo preocuparme. Los castigos físicos o psicológicos eran prácticas arcaicas; lo único que habían producido era más violencia y odio anti-sistémico, con la consecuente mayor probabilidad de desestabilización del *Statu-quo* tan preciado por las Elites. Ahora la dinámica era otra. El objetivo era reeducar.

Nos llevaron a una habitación contigua. "No hablemos de nada importante. No sabemos si nos están escuchando", le dije a mi novia muy suavemente. No había pasado un minuto cuando ingresó una mujer mayor, con ambo de limpieza, y nos pidió que la acompañáramos. "Este será el cuarto durante su estadía", señalando amablemente la tercera puerta a la izquierda.

El ambiente era relativamente espacioso, con una cama matrimonial, mesas de luz a los costados, un amplio placard, y baño privado. Antes de retirarse, la señora nos facilitó una llave a cada uno. "A las veintiuna y treinta tenemos la cena en el comedor. La rehabilitación comienza mañana, a las ocho en punto luego del desayuno. Sean siempre puntuales", fueron sus últimas palabras.

Apenas se retiró nos pusimos cómodos, para luego acostarnos en la cama. En ese momento, ambos atinamos a realizar el mismo movimiento, buscando la mano del otro para apretarla bien fuerte, sin decir una palabra. "Vamos a tratar de ser positivos. No nos

deprimamos. De todo esto tiene que salir algo bueno. Conozcamos más el lugar, así de paso nos despejamos un poco", dijo mi novia luego de que pasaran unos minutos, con voz entrecortada y algunas lágrimas que le caían en sus mejillas.

El agobiante encierro desde que comenzó este día, tanto físico como mental, nos generó el deseo de estar al aire libre, de inhalar y exhalar algo de la ahora tan preciada libertad – aunque sea momentánea y condicionada -. Fuimos hacia la puerta de entrada. Giramos el picaporte y, ante nuestra sorpresa, estaba sin llave. Apenas nos asomarnos vimos un campo abierto, sin fauna a la vista, pero donde sí se podía apreciar en el horizonte una vasta pradera que contaba con la más diversa arboleda que jamás haya visto. A aproximadamente doscientos metros se observaba una cerca que rodeaba el predio. Solo se divisaba una sola salida con una tranquera, justo en el camino de tierra que se ubicaba frente a la casa.

Fuimos caminando lenta y sigilosamente de la mano hacia allí. Cuando llegamos a una distancia prudencial – digamos unos quince metros -, pudimos divisar a un guardia armado que se encontraba concentrado mirando la televisión. A su derecha se posaba recostado cómodamente sobre una silla de madera un joven trigueño de cara alargada quien, apenas nos divisó, salió de la garita y fijó su mirada en nosotros. Ambos sentimos un irrefrenable temor en aquel instante. Sin mediar palabra, nos dimos media vuelta y continuamos camino de regreso a la casona.

Al ingresar, nos dirigimos directamente a nuestra habitación. Estábamos estresados y exhaustos. Nos dimos una ducha caliente, para luego vestirnos con los uniformes provistos. No tenían nada de especial: pantalones largos, camisas, medias y zapatos para ambos. Azules para los hombres y rosas para las mujeres, como se diferenciaban típicamente a los niños y niñas en el siglo XX.

Nos acostamos en la cama hasta el horario pactado de la cena. "¿Cómo pudimos ser tan ingenuos? ¿Habrá habido además algún delator?" Me susurraba al oído. "No nos cuestionemos inútilmente, ya no vale la pena. Tratemos de estar tranquilos y mirar para adelante", fue lo único que atiné a responderle. Luego moví suavemente los labios, tratando de decirle que busquemos lugares y momentos seguros para hablar. Mientras tanto, habría que observar y

acatar órdenes. Estaba seguro que cualquier contrapunto podría ser enormemente perjudicial para nosotros.

Después de un par de horas de descanso, abrí los ojos exaltado y desperté a mi novia raudamente. Faltaban solo cinco minutos para la hora de la cena. Nos lavamos la cara y nos dirigimos hacia el comedor. Le habían agregado otra mesa larga, con sillas de ambos lados; en total podrían llegar a caber sentadas alrededor de cuarenta personas. Había dos cocineros que se movían intercaladamente entre las ollas y el resto de los utensilios, como así también dos mujeres que oficiaban de mozas del otro lado de la mesada. "Hoy hay carne con papas. Vengan a servirse. Tienen cubiertos, vasos, condimentos y servilletas. Cuando terminen, nos piden el postre", indicó en voz alta la más joven de las dos.

Éramos los primeros. Decidimos sentarnos cerca de la punta más alejada, como quien quisiera pasar desapercibido. Apenas comenzamos a comer, aparecieron dos hombres. Buscaron su comida y se sentaron en diagonal a nosotros. En ningún momento nos saludaron. Nos miramos con mi novia a los ojos, no dijimos nada y seguimos comiendo. A los diez minutos vino una mujer mayor y una chica adolescente, que creería rondaría los quince años. No me sorprendía: desde el año 2033, habían decretado que la responsabilidad penal descendía hasta los doce años.

"Buenas noches" nos saludó la señora, mientras la joven realizaba un ademán asintiendo con su cabeza. Se sentaron en la cabecera opuesta de la otra mesa y comenzaron a comer. Durante la cena, que duró alrededor de unos treinta y cinco minutos, no se escuchó ni una palabra. Ni siquiera un murmullo. La desconfianza reinaba; nadie sabía quién era el otro, menos el porqué estaba allí. Dentro de mí la paranoia era aún mayor. No solo podrían ser 'víctimas' del sistema como nosotros; no me extrañaría que entre ellos hubiera algún un espía dedicado a controlar nuestros diálogos y movimientos.

Nos levantamos de la mesa, dejando los platos en nuestras respectivas ubicaciones - nos dijeron que no nos preocupáramos por la limpieza -, y retornamos a nuestra habitación. Cuando ingresamos, le hice una seña a mi novia con la cual le indicaba que después hablaríamos. Nos pusimos los pijamas y fuimos

directamente a acostarnos en la cama. Acerqué mi cara a la de ella, la besé y luego dirigí conjuntamente mis labios y mi mano a su oído, con la idea que pudiera cubrirnos y se confundiera el movimiento con un gesto de amor.

"Te repito lo que te dije antes: no mencionemos nada de relevancia – ya sea de lo planeado, lo que pensamos del resto de las personas, o mismo nuestro futuro - mientras estemos aquí; solo cuestiones menores que no pudieran generar ningún tipo de complicaciones", le susurré encarecidamente. Todo lo solucionaríamos y reconfiguraríamos una vez que saliéramos de allí. Solo bastaron unos minutos para hablar sobre alguna molestia física después de un día tan ajetreado, antes de caer abatidos por el cansancio.

Al día siguiente nos tocaron la puerta para levantarnos a las seis treinta en punto. Nosotros igualmente ya estábamos preparados; no queríamos cometer ningún acto de lo que ellos podrían denominar 'indisciplina'. Comimos unas tostadas con mermelada y un café en el comedor, y media hora antes de lo pautado, decidimos dirigirnos a nuestra primera reunión. "Salgan por el pasillo y caminen hacia la derecha. Van a ver una habitación con un cartel que dice 'sala de conferencias'. Allí es donde tienen que ir", mencionó una de las señoras de limpieza cuando le preguntamos donde teníamos que ir al terminar desayuno.

Había siete sillas colocadas de manera circular. Al poco tiempo de sentarnos, ingresaron las cuatro personas con las que habíamos cenado ayer. Una vez más, nadie dijo nada. Cada uno dirigía su mirada hacia otro horizonte, evitando cualquier tipo de entrecruzamiento directo. Pasaron no más de quince minutos, cuando entró a la habitación una mujer joven, impecablemente vestida con un traje negro de chaqueta y pantalón, y un rodete que le sobresalía prolijamente desde el centro de su rostro. Cerró la puerta y se sentó en la silla que quedaba libre. "Buenos días. Voy a ser su instructora las próximas cuatro semanas. Vamos a tener una charla de dos horas a la mañana y otra de aproximadamente el mismo tiempo a la tarde. Si sale todo según lo planeado, luego podrán retornar a sus hogares", sentenció con voz firme.

Sin pausa, nos entregó unas hojas y lapiceras para que anotáramos lo que creyéramos conveniente recordar. "Todos ustedes

cometieron delitos de subversión contra el gobierno. Como ha sido la primera vez, si siguen las reglas y cumplen con los requisitos del Estado de aquí en más, podrán seguir luego con sus vidas normalmente. Yo les voy a brindar algunos consejos de cambio para que entiendan como son las cosas y, a futuro, puedan aportar su granito de arena a la sociedad" comenzó a explicarnos con un tono ahora más suave y espaciado. "Ahora cuéntenme ustedes el motivo por el que creen están aquí".

Mi novia se encontraba visiblemente nerviosa; el resto también estaba enmudecido. Yo decidí tomar la palabra. "Solo queríamos tener un hijo y estábamos evaluando todo lo relacionado a ello". Traté de parecer creíble pero cuidando mis palabras para evitar algún tipo de incongruencia con lo que había dicho previamente a los agentes del YEMA. "No tengo idea todavía cual fue el error que cometimos", proseguí. Todos me miraban atentamente, inclusive la instructora.

Luego de un sepulcral silencio, donde nadie quitaba la vista de mi rostro – no sé si esperaban una explicación más profunda, o simplemente querían evitar ser marcados como los próximos -, tomó nuevamente la palabra la instructora. "Muchas gracias. Sigamos entonces la continuidad de la fila". A la izquierda estaba mi novia, mientras a mi derecha se encontraba uno de los hombres, el más delgado.

Indefectiblemente sin margen de evasión, aunque se le notaba visiblemente incomodo, debió comenzar con su relato: "Estábamos besándonos en la boca en una esquina. Era ya bien entrada la noche, y solo esperábamos un taxi que habíamos pedido para volver a nuestra casa. En ese momento se nos acercó un muchacho esbelto, de un frondoso pelo rubio, fornido e impecablemente vestido – muy estilo 'metrosexual' -, y nos invitó a su casa", balbuceó sus primeras palabras.

Su pareja tomó la palabra: "Fuimos a su departamento a pocas cuadras de allí. Tuvimos relaciones sexuales entre los tres y, luego de unas horas cuando todo había terminado, nos extorsionó pidiéndonos dinero. Dijo que era menor de edad y que nos había filmado; por lo tanto, debíamos pagar sino queríamos ir presos".

Giró la cabeza hacia arriba, como buscando aire en el ventilador de techo, y luego de unos segundos prosiguió: "Le respondimos que para nada parecía menor de edad, y que todo lo que habíamos hecho había sido consensuado, por lo que salimos del departamento y regresamos a nuestro hogar. A los pocos días nos llegó la citación judicial. El juez no quiso ni escucharnos y dictaminó rápidamente nuestra culpabilidad, 'dadas las graves consecuencias derivadas de sus actos para con la moralidad de la patria', fueron sus palabras", continuó el otro hombre. Ésta vez hablaba de forma atolondrada, como extasiado, queriendo liberar las culpas sacando todo el sufrimiento que llevaba consigo por dentro.

La chica más joven se mantenía en silencio y miraba atentamente para todos lados. Luego de un corto lapsus, no fue necesario que interviniera la instructora: la señora mayor tomó la palabra. Parecía que la 'terapia de grupo' estaba funcionando. "Estoy acá solo por salir a defender a mi nieta cuando el YEMA se la quiso llevar. Yo soy su tutora y es muy joven, necesitaba saber dónde iba a estar y por ello la acompañé". "Yo le dije a mi abuela que no era necesario que viniera conmigo, pero ella insistió. En cuanto a mi persona, todas las noches llevo alimento a personas en situación de calle. A veces también algunos artículos fotocopiados para que se entretengan con algo de lectura", continuó la joven.

Rápidamente la instructora – por primera vez – interrumpió el relato. "¿De qué eran esos artículos?", replicó con voz altisonante. "Eran de mis padres. Ellos desaparecieron de un día para el otro cuando yo era una niña, y no supe más nada. Después de muchos años, revisando sus muebles, encontré su biblioteca. De allí saqué el material de lectura", respondió la joven. "No está contestando mi pregunta. ¿Qué información contenían esos artículos?", levantó la voz nuevamente la instructora, sin que se le mueva un pelo de su cuerpo recto y sus piernas cruzadas. "No me fijé muy bien, pero entiendo que eran cosas sociales, o algo así", fue la última respuesta. Su voz suave y jovial escondía muy bien el entrever de una sonrisa socarrona. Aquella chica, pensaba yo, estaba diciendo muchos menos cosas de lo que realmente sabía.

"Yo te voy a contar de que eran esos artículos. Según las fuentes de seguridad del Estado, tanto tu madre como tu padre habían

enloquecido y se suicidaron sin dejar rastros. Pero la información que tienen sus libros mostró algo mucho peor: lecturas que entremezclaban el marxismo y la doctrina social de la iglesia. Por suerte, uno de los 'sin techo' que ayudaste entendió que ese material era peligroso y, por poco dinero, algo de droga y mejor trato en las razias policiales, te delató. Por eso estás aquí" continuó la instructora mirándola fijamente a los ojos. El silencio había invadido toda la habitación: fueron segundos, pero parecieron una eternidad. "Ya se pueden retirar. Nos encontramos a la tarde luego de su almuerzo", concluyó.

En el almuerzo, me quedé pensando con qué liviandad mencionó la provisión de estupefacientes, sabiendo que ello era un flagrante delito penal. O al menos para quienes no eran de las Elites; ellos tenían 'esos permitidos' con cocaína u otras drogas de máxima pureza. Un doble estándar de lo más miserable, cuyo único objetivo era corromper el alma del pobre indefenso. Aquel que se encuentra desesperado por tener unos segundos de felicidad, aunque sea a través de alguna alucinación psicodélica. Luego traté de no pensar. O al menos intentar ser positivo para no potenciar la angustia. "Vamos a dar una vuelta y caminemos por el jardín", le dije a mi novia mientras terminábamos de degustar una naranja de postre. El día se encontraba soleado y respirar aire fresco no nos vendría nada mal.

Cuando nos volvimos a reunir en la sala a las tres de la tarde, la instructora direccionó su cabeza hacia mi novia y mi persona – entiendo que fue de este modo por haber sido los primeros en contar nuestro caso -. Sin embargo, recalcó: "todos presten atención, ya que cada evento particular deja su enseñanza colectiva y, por supuesto, previene de los 'futuros errores' que puedan cometer".

"Cometieron una falta grave y no podemos permitir tal mal ejemplo; ello podría desestabilizar las fundamentales bases socioproductivas en las cuales se cimenta nuestra armónica y desarrollada sociedad moderna", comenzó hablando con voz serena y pausada. Luego pasó del dramatismo al positivismo. Giró la cabeza y apuntó su mirada a los dos hombres: "Es de vital importancia brindar un buen ejemplo para el resto de la sociedad; debemos evitar llevar a cabo actos que pudieran causar un resquebrajamiento de la moral familiar".

"Le aseguro que no queríamos causar ningún inconveniente. Nosotros somos una familia y entendemos lo que ello significa. Vamos a respetar todos los requerimientos que nos pida el gobierno", contestó rápidamente el más joven. "Queremos adoptar a niños que contribuyan al bienestar de la sociedad, que trabajen y sean productivos", replicó inmediatamente el otro.

El esbozo de una gran sonrisa por parte de la instructora indicaba que la apuesta a salir de allí 'indemnes' lo más rápido posible estaba dando resultado: la pareja buscó contraponerse al imaginario social que impulsaban las Elites gobernantes, quienes sostenían que los homosexuales eran menos propensos a querer tener hijos que reprodujeran, en términos marxistas, el 'ejército industrial de reserva' que aporte a la producción nacional. Más aún, era bastante habitual que en los medios de comunicación aparezcan miembros de la Elite política sosteniendo, muy sutilmente, que los homosexuales solían abogar por la libertad de elección – por ende las libertades en general -, lo que implicaría que educarían a futuros ciudadanos más propensos a evadir las reglas.

Quedaban la señora mayor y su nieta. Y ya no había sonrisa en la cara de la instructora: "Su caso es el más grave, porque representa una incentivación directa y llana a la subversión. El traer ideas obsoletas pero peligrosas, podría generar que personas sin la educación y formación adecuadas, literalmente 'excluidos', se quieran revelar ante el sistema por la vida que llevan. Que por supuesto no tenemos la culpa nosotros".

Una contradicción más a la vista de todos. Todos debíamos trabajar por el bien colectivo, por el crecimiento y el desarrollo de la sociedad; ahora bien, los pobres y marginados eran 'autoresponsables', en términos estrictamente individuales, de la vida que llevaban. Sin importar los causales. "Una pequeña semilla del mal, puede ser el disparador transformador de huracanes de furia; eso es lo que hay que evitar", concluyó la instructora.

En ese momento la jovencita tomó la palabra y, propio de su rampante adolescencia, contestó impulsivamente, como queriendo llevarse todo vicio de irracionalidad por delante: "Sabe lo que pasa, se lo digo con todo respeto, no me parece mal que aquellos que no poseen nada tengan por lo menos la posibilidad de leer; y más aún,

una lectura que los ayude a pensar y reflexionar". "Justamente ahí se encuentra el error. Hay que tener mucho cuidado con el material de lectura. Sos muy joven y todavía no entendés cuánto daño podes causar", retrucó la instructora. Apelando al mero hecho de su corta edad – como si ello fuera razón suficiente para no pensar -, no le había dado ninguna explicación convincente. Igualmente, creo que a esta altura ya no era necesario. Lo posterior, fue solo un largo silencio. Había sido demasiado por ser el primer día de adoctrinamiento.

Las siguientes tres semanas fueron monólogos que profundizaron lo expuesto. La misma instructora que solo realizaba pequeños cambios dialecticos bajo un unísono discurso altisonante basado en el 'desarrollo a conciencia' de las ideas fuerza: no alterar el *Statu-quo*, colaborar con el cuerpo y el alma con el aparato productivo/financiero y, por sobre todo, reconocer el error cometido para poder realmente convertirnos en ciudadanos modelos aptos con el objeto de, posteriormente, poder difundir discretamente todo lo aprendido durante el tiempo de reclusión.

Durante el período transcurrido en la casona, hubo un acuerdo tácito – mitad cómplice, mitad de desconfianza - de los seis para escuchar y no emitir opinión. ¿O como lo pensé desde un primer momento, tal vez alguno de ellos – o todos – son miembros del YEMA, y todo esto es un 'gran hermano' donde actuamos como 'ratas de laboratorio'? Todo era posible. Con mi novia, decidimos no movernos un ápice de lo acordado. No hablar ni opinar de nada trascendente. Solo esperar salir de allí lo más rápido posible para rehacer nuestras vidas. Si es que queda algo de ellas allá afuera.

Pero ese viernes, exactamente veinticinco días después de haber ingresado, algo cambió durante la reunión de la mañana. "Buenos días a todos. Quería decirles que la inoculación para con la resocialización finaliza hoy. A las seis de la tarde los van a pasar a buscar. Pero primero tendremos una última reunión a la tarde para dialogar sobre vuestro pensamiento y actitud a futuro", indicó la instructora.

Estábamos shockeados y felices. Almorzamos rápidamente y luego nos dirigimos a nuestra habitación. Cuando entramos, nos encontramos con un detalle no menor: habían puesto en la cama,

lavadas, perfumadas y perfectamente dobladas, nuestras ropas 'de civil', aquellas que llevábamos el día que ingresamos. Un gesto, una caricia que podía tener diversos significados: desde un 'premio habernos recibido', hasta el demostrar que 'ellos no eran tan malos' y que por ende y más allá de todo, 'sería justo que nos portáramos bien de aquí en más'. Más allá de ello, instintivamente nos dimos un fuerte abrazo con mi novia. Para nosotros, tener de nuevo nuestra ropa representaba el pasaporte de salida.

Estuvimos puntuales a las tres de la tarde en la sala. Por primera vez, había solo seis sillas en ronda. En el medio del círculo se encontraban parados la instructora junto con un hombre de mediana edad, quien llevaba puesto un traje liso de color negro y una hermosa corbata azulada de seda. Esperó que todos nos sentáramos y comenzó a hablar. Ya no era la voz suave de su colega: firme y contundente, nos resumió puntillosamente todo lo que habíamos conversado durante esas semanas previas. Siempre en términos generales y sin entrar en el detalle de nuestros casos particulares; era un discurso que, evidentemente, ya lo había repetido en otras ocasiones. No éramos los primeros en estar allí. Seguro tampoco los últimos.

"Como ya se los dijo la instructora en varias oportunidades, tienen como misión difundir el bien. Aprendieron sobre muchos casos de seres humanos que, como simples mortales, se equivocan. Aprovechen que aquí han podido subsanar sus errores, para cuando salgan de aquí, puedan exponerles con fundamentos sus enseñanzas a quienes se encuentran en el camino equivocado", prosiguió. A pesar de que las Elites gubernamentales mismas los habían eliminado hace un tiempo por la peligrosidad de su discurso de tinte religioso, pareciera que decidieron tomar como aprendizaje la dialéctica de convencimiento de los pastores evangelizadores de principios de siglo.

"Antes de concluir, les voy a dar algunas 'recomendaciones. Primero, no le digan absolutamente nada a sus familias – ni donde, ni como, ni con quien estuvieron -; ellos ya saben que pasaron un tiempo en 'rehabilitación', y que no deben preguntarles nada". Luego frunció sus ojos. Por primera vez desde que ingresamos, me sentí realmente amenazado. "Si nos enteramos que no cambiaron

su mentalidad, que no desistieron de aquellas ideas espurias que los trajeron aquí y continúan con sus respectivas tesituras, no habrá una segunda oportunidad", concluyó de manera terminante. Seguramente si nos volvían a detener, sea el motivo que sea, no llegaríamos a ningún tipo de 'juicio justo', sino que nos esperaba algo mucho peor: un confinamiento más largo y brutal, o mismo el fin de nuestra existencia.

Nos saludaron con un fuerte apretón de manos ambos instructores. Luego nos despedimos del mismo modo con el resto. Salimos de la sala hacia la entrada de la casona, donde nos esperaba una enorme camioneta celeste con vidrios polarizados. En la parte delantera, se encontraba el conductor y un acompañante; ambos vestidos con un traje negro que no llegaba a recubrir las pistolas que sobresalían de sus ajustados pantalones de vestir.

Nos subimos los seis y nos dirigimos a la salida. Los dos guardias de la puerta nos brindaron una cálida sonrisa final, sabiendo que sería la despedida. Mientras el más moreno nos abría la tranquera, el otro nos entregaba unas máscaras que tapaban la visión. "Pónganselas ahora. Cinco minutos antes de llegar a una de las estaciones de trenes cercanas a la Ciudad de Buenos Aires, el chofer les va a avisar para que se las quiten. En ese mismo momento les devolverán el resto de sus pertenecías: teléfonos celulares, llaves y demás objetos personales", fueron sus indicaciones.

Nadie dijo una palabra en todo el viaje. Solo atiné a agarrar la mano de mi novia y pensar sobre nuestro futuro: el margen de maniobra se encontraba reducido y deberíamos conjugar puntillosamente racionalidad y corazón. De aquí en más, los dictámenes del alma debían tener la suficiente frialdad de cálculo en cada paso a tomar.

"Pueden retirarse las máscaras", indicó el conductor. Habían pasado alrededor de una hora y media desde que salimos de la casona. Apenas me la quité, un potente rayo de sol penetró mi vista. Luego de refregarme los ojos, observé que habíamos estacionado a pocos metros de la entrada de una estación de trenes. A la derecha, un avejentado cartel indicaba que estábamos en Moreno, la última parada de la línea Sarmiento. "Controlen sus pertenencias y salgan del auto. Entran por el molinete de la punta sin pagar; nadie les

dirá nada. Se suben al primer vagón y se bajan en Once, sin chistar ni hacer movimiento extraño alguno. Allí ya estarán libres", nos apuró el acompañante.

Nos sentamos ambos en la segunda fila, y rápidamente perdimos de vista a los otros cuatro. En el vagón del tren solo había unas pocas personas paradas. Con mi nuevo estado de 'paranoia', no podía dejar de mirar para todos lados por si alguien nos observaba. Y creo que no me equivocaba: al final del vagón había dos personas jóvenes, un hombre y una mujer, vestidos de manera muy informal – él en Jeans, chomba y zapatos gastados; ella con un Jogging, una remera blanca lisa y zapatillas deportivas -, realizando un disimulado pero continuo movimiento visual hacia nosotros. No lo podía afirmar, pero tampoco tenía dudas: seguramente eran chicos reclutados por los servicios – generalmente hijos de otros agentes, ya familiarizados con 'el paño' -, los cuales eran ideales para pasar desapercibidos.

Cuando se dieron cuenta que los miraba fijamente, se hicieron una seña con los dedos de sus manos y comenzaron a caminar lentamente hacia el vagón posterior siguiente. Un rato después, ya cruzando la Av. General Paz, volvieron. Pero solo por unos instantes: creo que esta vez solo les alcanzó con chequear que estuviéramos allí y no estábamos haciendo nada raro – sobre todo hablando con otras personas -. Ahora lo tenía claro: el aleccionamiento era solo el principio; posteriormente llegaba la vigilancia. Lo que no tenía la menor idea es hasta qué punto y, menos aún, cuando iba a terminar todo esto.

A unos cien metros de plaza Miserere, pude divisar a mis padres. La cara de emoción de ambos, con algo de congoja y miedo, era clara. Bajamos rápidamente apenas se detuvo el tren. Mientras yo me fundí en un fuerte abrazo con mi padre, mi novia hizo lo mismo con mi madre. De la parte central del vagón, observé que bajaba la señora mayor con su nieta, para luego acercarse a un hombre mayor que las estaba esperando. Unos metros más alejados, la pareja de novios conversaba sin quitarle la vista a sus teléfonos celulares, seguramente buscando, a través de alguna aplicación, algún vehículo para regresar a sus hogares.

¿Cómo están?, preguntó protocolarmente mi madre. "Estamos bien mamá, muy cansados pero bien", le respondí. "Bueno, vamos a casa a comer algo, así después se van a descansar", prosiguió mi padre. Mientras nos dirigíamos hacia la salida de la estación, pasamos por al lado de quienes habían convivido con nosotros por casi un mes, pero con quienes no habíamos intercambiado palabras. Con mi novia realizamos un ademan a la distancia, un tibio saludo con las manos tanto a la señora con su nieta, como a la pareja de hombres. Un pulgar para arriba de parte de uno de los hombres, y una mirada con cierto desdeño – y atisbo de algunas lágrimas - de la joven, fueron su retribución a la señal de despedida. "Suerte", fue la única palabra final que pudo brotar de mi boca, mientras abandonábamos una de las más populosas estaciones de trenes de Argentina.

Nos subimos al auto de mis padres con dirección a su casa, donde habían preparado una 'cena de bienvenida'. En todo el trayecto, no nos preguntaron nada sobre lo que había ocurrido; era obvio que las órdenes de silencio también les habían llegado a ellos. "No mencionemos el tema. Todo está bien, sigamos con nuestras vidas como si nada hubiera pasado", me adelanté con precisa vehemencia. No quería propagar el problema al ámbito familiar. Miré a mi novia; enmudecida y ensimismada, solo miraba por la ventanilla.

Finalizamos rápidamente las ricas milanesas con ensalada preparadas por mi madre. "Los llevo a su casa" sostuvo firmemente mi padre. No pudimos – ni quisimos – negarnos. Cuando llegamos, eran alrededor de las diez de la noche. "¿Estará todo bien?, me preguntó mi novia mientras subíamos por el ascensor. Le hice un gesto de desconocimiento, tratando de ocultar mi preocupación.

La cerradura del departamento no se encontraba forzada. Al entrar, luego de echar un primer vistazo, parecía que no faltaba nada; más aún, todo se encontraba inerte en su lugar. "Vamos a chequear que toda nuestra documentación y los ahorros estén, después nos acostamos", proseguí. Todo en orden y sin ningún faltante. Me tomé unos minutos más para revisar que no hubiera ningún tipo de dispositivo de escuchas escondido por algún lado. Revisé el sillón, la parte trasera del televisor, el ventilador de techo,

el placard, los veladores, la mesada de la cocina y la heladera. No observé nada que pareciera sospechoso. O al menos que yo pudiera darme cuenta. Pensé en contratar a un especialista en delitos electrónicos. "Prefiero que no. Ahora ya no confío en nadie", me objetó mi novia. Tenía toda la razón.

Ella se fue a bañar y luego tocó mi turno en la ducha. Estuve unos veinte minutos con el hilo de agua caliente cayéndome en el rostro y en la espalda; era una increíble sensación de libertad que jamás hubiera pensado que añoñaría. Como creo suele pasar en muchos ámbitos de la vida: no se disfruta verdaderamente lo que se tiene hasta que se lo pierde.

Desempolvamos nuestros pijamas y nos acostamos en la cama. Al otro día, un poco más tranquilos, podríamos hablar de lo que había ocurrido y, sobre todo, como continuar nuestras vidas. Antes de dormir, revisamos los mensajes en nuestros teléfonos celulares. Mi novia tenía uno de su jefe directo, el cual le indicaba que cuando regresara se comunicara con él para arreglar el día de su reincorporación. El mío era de doce días atrás, confirmándome una entrevista para el viernes pasado.

A la mañana siguiente nos levantamos y fuimos a comprar algunos víveres al mercado. Cuando volvimos, luego de desayunar, mi novia le envió un mensaje al jefe. "Te esperamos el lunes", le respondió amablemente en un mensaje de voz. Luego nos comunicamos con el resto de los familiares y amigos para avisarles simplemente que estábamos bien.

Después de almorzar volvimos a dormir la siesta. El cansancio acumulado era grande y necesitábamos poner la mente en blanco para pensar bien que íbamos a hacer de aquí en más. Luego de tres horas de sueño profundo, recién pudimos abrir los ojos con el ruido tumultuoso de la calle. El equipo de Vorget del barrio había pasado a la final del campeonato.

El Vorget era un deporte que había sido inventado y estimulado – como casi todo - por las Elites gubernamentales, y se practicaba con una especie de garrote y unos cubos de plástico. Además, contaba con dos características particulares: por un lado, conllevaba un nivel de violencia importante, lo que permitía el descargo de las amplias y variadas frustraciones cotidianas de la sociedad; por el

otro, solo se podía ser hincha del equipo de la zona que te encontrabas viviendo, lo que circunscribía aún más las diferencias entre barrios y no permitía las mezclas de las clases sociales – copiado probablemente de las disputas futbolísticas de finales de siglo pasado en el 'Calcio' italiano, entre el Sur pobre y el Norte poderoso -, lo que provocaba a su vez un mayor aislamiento y temor hacia lo externo o diferente.

Para que el objetivo se cumpla aceitadamente, las Elites tomaron la decisión que la difusión en los medios de comunicación sea gratuita y popular: es decir, a diferencia del otrora más relevante fútbol profesional – venido a menos por lo costoso de las transmisiones televisivas pagas -, absolutamente nadie paga para ver los partidos de Vorget.

Más aún, para incentivar 'su consumo', entre las tres y las siete de la tarde de los días sábados el Vorget era lo único que se podía transmitir en todos los dispositivos electrónicos. Finalmente, la 'frutilla del postre' llegaba cuando terminaba el partido: a los simpatizantes del equipo ganador les sorteaban mil Boucher de regalos, lo que implicaba el evitar la próxima compra coercitiva del mes. Negocio redondo para todos: para las Elites, desvió de atención de los temas importantes; para las masas empobrecidas, un respiro económico para nada despreciable.

Nos quedamos en el sillón, mirándonos a los ojos. Luego de unos segundos, tomé la palabra: "¿Qué vamos a hacer de nuestras vidas? Creo que lo que vivimos fue un punto de inflexión del cual no podemos volver atrás. ¿Se puede normalizar una situación de este tipo? ¿Podemos permitirnos vernos cercenados en nuestros derechos? ¿Nos tenemos que sentir 'marcados para el resto de nuestras vidas? Veo todo muy complicado, muy difícil".

"Estoy totalmente de acuerdo con vos", me respondió. Evidentemente, ya poco le importaba el mundo corporativo del que era parte, las posibilidades de destacarse del resto de la sociedad, sus relaciones sociales, los relativamente altos ingresos que percibía. Después de lo que nos pasó, ambos entendíamos claramente al sistema en el cual estábamos inmersos como un potente obstaculizador de nuestros deseos.

"Saben lo del deseo de tener un hijo, pero parece que no tienen idea de que podemos hacerlo a nuestro modo en la Base espacial", continué. "Si a los grises jurídicos/institucionales provenientes de un nuevo escenario innovador, le adicionamos que pasaríamos a vivir dentro de la esfera que implica ser parte – aunque sea tangencial - del 'mundo de los privilegiados', el 'efecto derrame' que tanto sostienen las teorías liberales - todavía en boga a pesar de su probada inefectividad histórica a lo largo y ancho del planeta -, podría ser funcional para nuestros deseos de, con una mejor calidad de vida, buscar la forma de ser padres sin los condicionamientos duros que ya tenemos – y hemos sufrido en carne propia – en la Tierra", continué con la firmeza de quien no quiere volver atrás.

"¡Hagámoslo!", exclamo mi novia. Y luego finalizó su idea: "Si lo pensamos mucho, el miedo nos va a paralizar. Inmediatamente llegue al trabajo el lunes, voy a hablar con mi jefe diciéndole simplemente que lo que ocurrió me sirvió para reflexionar; pero, sobre todo, aceleró lo que pensaba sobre la necesidad de una transformación en mi vida. Y que la propuesta de vivir en la Base espacial podría ser lo ideal para cambiar de aire".

La decisión ya estaba tomada. Lo que nos pasó pudo haber potenciado esa idea de buscar algo diferente, algo que faltaba. Que no sabíamos si alguna vez lo habíamos tenido; o mismo si lo habíamos perdido en algún momento. Pero no eran tiempos de mirar el pasado; ello podría conllevar a una pasiva melancolía de la cual no sacaríamos ningún provecho. No en este momento que necesitamos ser fuertes y poner toda la energía para poder salir adelante. Y lo haríamos juntos.

Ese lunes estuve todo el día pensativo en el sillón. Esperaba que fuera la hora de su regreso para saber qué había ocurrido en el trabajo. Por supuesto, nada de mensajes o llamados por el celular. A las cinco de la tarde llegó mi novia. Estaba exasperada por contarme, como extasiada, atolondrada con las palabras. "Entré normalmente a la oficina y todos me saludaron como si nada. Fui a ver al Gerente, quien me preguntó cómo estaba; luego de la formal respuesta de que todo estaba bien, le comenté sobre el deseo de ir a la Base Espacial. Él me dejo hablar, para luego muy amablemente decirme que no me hiciera problema, que rápidamente iba a tramitar mi visa para que podamos mudarnos lo antes posible".

Era claro que, después de lo ocurrido, ya no tenían el mismo interés de antes en retenerla; aunque no se lo iban a exteriorizar, 'estaba marcada'. Pasó a ser un problema que querían sacarse de encima. Para nosotros, daba lo mismo; nuestra vida en la tierra era ya parte del pasado.

Estábamos felices pero muy ansiosos. Los días se hacían interminables. Mi cabeza solo estaba fija en el cuándo íbamos a tener noticias de la partida. Solo tuve un lapsus el martes, cuando me acordé que se nos había pasado el tiempo para la compra del regalo. Pero sorprendentemente (o no), nadie nos notificó de la falta. Se sabía – aunque yo no lo había vivenciado nunca en carne propia -, que la tolerancia al retraso era mínima; de no comprar nada, el área de delitos económicos de la Administración Federal de Ingresos Públicos actuaba rápidamente. Evidentemente, todo se encontraba más que aceitado; seguramente los diversos organismos del gobierno se encontraban conectados e informados de nuestra 'ausencia temporal'.

Cuando estaba ingresando en la página de internet del Organismo para chequear nuestro estatus en relación a los regalos, siento el ruido de las llaves en la puerta. Inmediatamente sentí la tensión en mis músculos: es que no era habitual que mi novia regresara al mediodía del trabajo, por lo que enseguida pensé que eran los del YEMA nuevamente. Por suerte, su voz rápidamente relajó mi mente. "¡Amor, nos vamos!", gritó efusivamente mientras ingresaba corriendo para abrazarme. Y luego vino el llanto. De ambos.

"Contame todo, quiero saber cada detalle", le pedí mientras comenzaba a preparar el almuerzo. "Eran alrededor de las diez y yo no podía concentrarme en nada. No te lo quise decir, pero cada jueves se reúne la junta directiva y discuten todos los temas de la compañía. El jueves pasado no pasó nada, pero habían transcurrido pocos días de mi pedido. Pero sabía que hoy era clave; no solían demorar mucho el tratamiento de los temas, ya que sino se les acumulaban y generaban enormes ineficiencias para con el día a día de la empresa. De no haber novedades, probablemente existiría algún tipo de obstáculo".

Luego de una pausa para beber agua, continuó con su relato: "Sin embargo, en ese momento recibí el llamado del jefe; quería que me presentara en su despacho. Me paré sobresaltada y caminé rápidamente hasta su oficina. Tenía una sonrisa cómplice en su angulado rostro y su brazo izquierdo levantado con un papel en la mano: era la autorización de la mi transferencia, junto con la visa del grupo familiar, para vivir en la Base Espacial 'Argentina Espacial', la primera del país. Tenemos pasajes para salir a finales de la semana que viene".

"Hay poco tiempo para preparar todo", le contesté con una suave voz intermitente, todavía *shockeado* por la noticia. Es que aunque uno ya venía madurando la ilusión, la confirmación era otra cosa. Ahora no sabía en qué pensar – ni que temas solucionar – primero. "Una persona se va a contactar conmigo el día de mañana. Pero ya me anticiparon que debemos preocuparnos solo por llevar los objetos personales, la ropa, nuestro dinero y la documentación que consideremos estrictamente necesaria. El resto será todo provisto en la Base, o lo podremos adquirir fácilmente allí. Inclusive, ya tenemos asignada una vivienda equipada con todo lo necesario para, teóricamente según me dijeron, vivir cómodamente. Con respecto a la tarea específica que realizaremos, ya nos lo explicarán una vez que estemos instalados", me tranquilizó. De antemano, ya nos estábamos embebiendo en lo que sería nuestra nueva vida: es que, para ser sinceros, nunca habíamos vivido bajo esta eficiente y expeditiva burocracia.

Efectivamente, al día siguiente sonó el teléfono a la diez en punto de la mañana. Una voz muy amable le indicó a mi novia que dos días antes de viajar, el martes próximo, una persona nos vendría a ver al mediodía para darnos las visas y brindarnos algunas informaciones adicionales. No mucho más. La partida sería el jueves a última hora, llegando a la Base el viernes bien temprano por la mañana. Solo quedaba una semana. Nada.

Luego del llamado, dos temas centrales a solucionar vinieron a mi mente. Por un lado, el contarle a nuestras familias. Por el otro, decidir qué era lo realmente valioso para llevar hacia la Base, ya que, a pesar de que no teníamos muchos bienes en el mobiliario, una mudanza no es poca cosa. Al no tener la mínima idea de cómo iba a

ser nuestra vida de aquí en más, como así tampoco que posibilidades tendríamos para regresar, el planeamiento era más que complicado ante semejante nivel de incertidumbre.

Hicimos algunos llamados rápidos y coordinamos en menos de dos horas una cena familiar. No estábamos acostumbrados a organizar en tan poco tiempo; menos aún a pedirles encarecidamente a cada uno que por favor viniera. No me puedo imaginar que intuía cada uno, pero nuestra desaparición días antes y el llamado intempestivo para una reunión conjunta – es más, solíamos reunirnos con nuestras respectivas familias por separado -, seguramente generaron enormes suspicacias en todo nuestro entorno.

A las seis de la tarde del sábado ya teníamos casi todo preparado: nuestra pequeña mesa, más una agregada prestada por el vecino del piso superior para que pudiéramos caber todos. Como mínima muestra de agradecimiento, tuve que escuchar su historia por más de una hora; no era extraño para mí, cada vez que pasaba por el hall del edificio lo veía contando uno de sus habituales discursos. Con quien quisiera escucharlo. A pesar de que apenas había pasado los cincuenta años, 'había vivido mucho', solía decir. Muchas mujeres, muchos hijos, muchos trabajos, muchos vicios. Y siempre tenía algún hecho novedoso para contar. Pero, esta vez, era menos cómico y más dramático.

Comenzó su relato diciéndome que la dueña del departamento en el cual vivía, le había pedido un incremento enorme en el precio del alquiler. Imposible para pagarlo para una persona que vivía del menudeo ambulante. Es que, sobre todo a su edad, la relación de dependencia era casi un imposible para quien no tuviera contactos; los despidos masivos hacían que la competencia fuera cada vez mayor, y la persecución policial a la informalidad había "hecho estragos el laburo que realizaba desde pibe". No se lo quería decir para no angustiarlo más, pero yo sabía que la venta ambulante era irrelevante para con la erosión de los ingresos del fisco en comparación con la evasión de las Elites; solo servía para mostrar 'gestión' e incrementar las tensiones, la 'brecha discursiva', entre los 'pobres formales' y los 'pobres informales'.

A la dueña – una mujer separada, de unos cuarenta y cinco años - no le interesaba ninguno de sus problemas, inclusive el que

involucraba a los cuatro niños, todos menores de edad, a los que les tenía que pasar dinero para su subsistencia. Todo ello a pesar de que poseía alrededor de quince departamentos en la ciudad, heredados de su tío, un hacendado viudo y sin hijos, dueño de dos de los tres ingenios azucareros más importantes del país. ¿Tranquilamente podría seguir viviendo sin el alquiler de mi vecino? Seguramente. ¿Era una mala mujer? Una mezcla de insensibilidad, individualismo, falta de empatía y capitalismo de amigos, creo que sería la respuesta más apropiada.

"Te deseo toda la suerte, ojalá puedas solucionar este tema pronto. Mañana a primera hora te devuelvo la mesa. Muchísimas gracias", fue lo único que atiné a decirle mientras me despedía. Sentía pena, pero realmente no podía hacer nada por él. En otro momento, hubiera pensado un tiempo largo cómo ayudar a mi vecino, ya fuera financieramente, o mismo buscar algún contacto que pudiera darle algún trabajo, aunque sea temporal. ¿Será que todo lo que he vivido en estas últimas semanas acrecentó mi nivel de egoísmo? ¿Habrá estado siempre allí, oculto? ¿O será que, al tener tan cerca de mis manos, a solo un paso, el poder alcanzar una nueva vida, me está obstaculizando cualquier otro pensamiento que tenga que ver con las miserias que se viven en la Tierra? La realidad es que, bajando las escaleras hasta nuestro departamento, lo único que continuaba revoloteando en mi cabeza es si ella, como parte de la Elite económica, tendría también su casa en la Base Espacial.

Fueron todos bastante puntuales. Habíamos comprado unas pizzas y cervezas, nada extravagante. No teníamos preparado ningún discurso en particular: simplemente realizar un breve relato, lo justo y necesario para evitar cualquier tipo de repregunta. "Se dio la posibilidad, a través de su trabajo, a vivir en la Base espacial. Y simplemente, decidimos ir a probar suerte. Es una posibilidad que creemos nos va a fortalecer como familia; y esperamos que se abran mejores posibilidades profesionales y podamos ganar en términos de calidad de vida" expliqué mientras intentaba centrar la mirada en mi novia.

Hubo un posterior silencio, a lo que le siguieron algunas preguntas burocráticas escuetas que no pudimos contestar: como serían las comunicaciones con ellos, cada cuando vendríamos a

visitarlos, a que nos dedicaríamos. “Bueno, les deseamos la mejor de las suertes y toda la felicidad en su destino”, finalizó el diálogo mi prima, cuando concluyó que nuestros gestos eran de sincera ignorancia.

Seguramente el ser humano, por su propia estructura mental, tiende a ser positivo si no divisa un claro peligro. Más aún si un ser querido le muestra optimismo ante una nueva situación. Y quien dice, alguno habrá pensado en la posibilidad de visitarnos, ‘de vacacionar’ en aquel lugar remoto y misterioso cuando ya estemos instalados allí.

Pasadas la medianoche todos se retiraron juntos: fuertes abrazos, algunas lágrimas, y los mejores augurios. Esa noche dormimos placenteramente ambos. Creo que ver tranquilas a nuestras familias nos dio una sensación de confort, como una palmada en la espalda que nos daba algo de paz y fortaleza para con el comenzar nuestra vida futura.

Nos levantamos cerca del mediodía, desayunamos tranquilos disfrutando los rayos de sol que entraban por el balcón, y nos pusimos a pensar, sentados cómodamente en el sillón, que elementos deberíamos llevarnos a nuestra aventura espacial.

Libros. Eso era lo que debía llevar. Libros de los antiguos, de papel, aquellos que podrían enseñarnos sobre nuestro pasado, los que nos nutrían de las diferentes ciencias, los que nos permitían volar con nuestra imaginación. Ello era lo mejor que le podríamos dejar a nuestro futuro hijo: la posibilidad de pensar, reflexionar y encontrar el amor y la pasión que la mundana cotidianeidad nos había quitado.

Pensé en aquellos ejemplares físicos que había atesorado - regalados mayoritariamente por mi abuelo y en menor medida por mi padre -, los cuales tenían una gran variedad de temáticas, sobre todo las referidas a las ciencias sociales, la literatura, la poesía. También algunos cuentos y dos novelas.

Todo documento en papel había quedado fuera del control gubernamental dado que hacía décadas la totalidad de las publicaciones debían obligatoriamente ser digitales; las cuales además eran, invariablemente, revisadas una por una por los equipos de seguridad cibernética del Estado.

Por supuesto, la prohibición de los libros en papel había tenido 'su relato' ficticio con el objeto de calmar a una gran parte de la población que todavía sentía las ganas de sentir el olor y el tacto que brindaba el disponer de un buen ejemplar en las manos, de pasar suavemente sus hojas, de sentir la marca de aquellas palabras justas con el contorno del lápiz para cuando se desea recordar una idea.

Sin embargo, culparon burdamente a la producción de papel para libros como la única causante de la devastación forestal - y por ende del ya malherido ecosistema global -. Nada mencionaban de la utilización de la arboleda arrasada para con la producción de biocombustibles que habilitaba la continuidad del proceso de acumulación; o mismo el derribar hectáreas enteras cuyo único destino era el generar espacios que permitan la construcción de enormes condominios con canchas de golf para las Elites.

Y de paso, aquella propaganda se concatenaba con otros intereses de las Elites. Por ejemplo, por la consecuente culpa de la destrucción del ecosistema, las enfermedades respiratorias se habían potenciado exponencialmente, lo cual solo había hecho multiplicar las ganancias de los oligopolios farmacéuticos globales, quienes pasaban 'desapercibidos' pero eran corresponsables al ser en la mayoría de los casos también productores de agroquímicos tóxicos destinados a la producción del sector primario de gran escala.

Pero ello no era 'el relato'. La discursiva se centraba en que las empresas productoras de medicamentos eran las 'heroínas del mundo', porque con sus remedios y vacunas salvaban millones de vidas año a año. En realidad, únicamente pensaban en que si millones de trabajadores se seguían enfermando (y en muchos casos falleciendo), la producción global se vería altamente afectada, tanto en su oferta como en su demanda de bienes y servicios. En definitiva, un negocio comunicacional redondo para las Elites; y, como contraparte, una gran confusión y congoja para una mayoritaria población que simplemente acataba órdenes. Todo estaba fríamente calculado. Y solo para unos pocos era claro quiénes eran los ganadores, y quienes los perdedores.

Estaba totalmente seguro que la ignorancia de los controladores migratorios – todos empleados acomodados sin ningún tipo de

información y de impresentable moral, ya que su función principal era recaudar la coima de las Elites - era tal que no les importaría una caja repleta de libros. Y aun así tampoco si intentaran analizar su contenido: la antropología narrativa había sido borrada de la faz de la Tierra.

Igualmente, por las dudas llevábamos también algunos libros antiguos sobre nuestras profesiones 'para utilizar en nuestro empleo en la Base', en caso que preguntaran. En definitiva, mientras no tuviéramos con nosotros ningún tipo de armamento o dispositivo electrónico con 'poder de fuego', seguramente no tendríamos inconveniente alguno para abordar la nave espacial.

El lunes mi novia se despidió de sus compañeros de trabajo, y el martes a la noche vinieron nuestros mejores amigos a casa. En el mientras tanto, ultimábamos detalles. Sin melancolía ni tristeza, disfrutando los últimos momentos con los seres queridos, la cotidianeidad del hogar, el paseo por el barrio.

El tiempo pasó volando hasta la salida del día jueves. Las últimas veinticuatro horas solo fueron dedicas a la selección de la ropa y a comprar algún elemento indispensable que nos estuviera faltando. Ese mismo jueves a la mañana nos embebió la angustia de la incertidumbre. Mi abuelo tenía un dicho que provenía de sus bisabuelos, inmigrantes llegados al país a principios del siglo XX: "pobre el que se va", solía decir. Desprenderse de las raíces no es fácil para nadie. En cualquier circunstancia o lugar. Y encima a ello se le adicionaba el miedo. No solo era vivir en la Base. Sino el buscar, sin saber cómo, tener un hijo libre, sin ataduras ni futuros premoldeados.

El día de la partida arrancó con una tenue llovizna mañanera, para luego asentarse una densa bruma que cubría el cielo. Pedimos un taxi que nos llevaría al aeropuerto destinado especialmente para los vuelos a la Base, el cual se encontraba a unos veintiséis kilómetros al Oeste de la ciudad. Llevábamos una valija y una mochila cada uno. En mi mochila se encontraban los libros seleccionados y en la de mi novia el resto de los objetos de valor. En las valijas llevábamos toda la ropa, algunos elementos mínimos de higiene y unos blíster con la medicación que utilizaba habitualmente para combatir mi hipertensión. Todo como para una semana, hasta que nos acomodáramos en la Base.

En el aeropuerto nos presentamos ante las autoridades migratorias y corroboraron que estuviéramos en el listado, al mismo tiempo revisaron sin mucho detalle nuestro equipaje. Luego de que nos dieran el visto bueno para continuar, procedimos a esperar en la única puerta de embarque, la cual contaba con un cartel digital que indicaba el horario de salida.

Un pequeño kiosco y los baños eran lo único que había para matizar la espera en un pasillo angosto de unos cuarenta metros. En las antípodas de la lógica consumista de un marketing visual permanente y agresivo, las paredes vacías me rememoraban a las historias de mi abuelo, quien cuando yo había recién entrado en la adolescencia me contaba de la nostalgia de su propia abuela cuando le relataba sus recuerdos en las escalas en los aeropuertos durante sus viajes de estudio por los países comunistas de Europa central.

Puntualmente a la hora señalada, embarcamos en una nave pequeña. No tenía forma de un avión comercial común: sus formas eran más anguladas y poseía una cola circular. Los asientos, alrededor de ochenta, eran bastante más mullidos y amplios que los que había conocido – aunque en realidad no tenía mucha experiencia para comparar, solo había realizado dos vuelos de cabotaje en toda mi vida -.

Mientras caminábamos hacia nuestros asientos, pudimos observar que la nave se encontraba bastante completa, con mayoría de personas de mediana edad y buena presencia. Solo había tres niños. Mientras nos abrochábamos los cinturones, escuchamos la voz del capitán de la nave por el altavoz, quien indicaba que estaríamos en vuelo unas diecisiete horas hasta llegar a destino. A los pocos minutos se presentaron las tres azafatas y los dos comisarios de a bordo a servirnos un refrigerio. Igualmente, más allá de las comodidades, lo único que me interesaba era que nos llevaran sanos y salvos a nuestro nuevo hogar.

Sin ventanas y entre la cena y un par de películas insípidas, nos pusimos a hablar de cómo nos habíamos conocido, nuestros primeros momentos juntos, los miedos, las tristezas y las alegrías. Creo que era el necesario paso previo: cerrar de algún modo el pasado para mirar el futuro con optimismo. El resto del tiempo tratamos de conciliar el sueño, aunque el descanso fue intermitente;

con el nivel de adrenalina que conllevábamos, no pudimos dormir más de una hora cada uno.

Luego de dieciséis horas y treinta y seis minutos exactamente, nos informó uno de los pilotos que estábamos arribando a destino. Nos agarramos fuerte de la mano y nos sonreímos. "Te amo", susurró con una mirada cómplice. La respuesta fue un suave beso en sus labios húmedos del agua que acababa de beber.

Una vez que aterrizamos, salimos directamente a una manga que nos llevó a una sala migratoria, similar a la que estaba en la Tierra. Sin hacernos preguntas, pasamos a un hall donde nos esperaba un chofer con un tipo de pizarrón pequeño con nuestros nombres escritos en él. Nos saludó amablemente, agarró nuestras valijas e hizo una seña para que lo siguiéramos hasta un vehículo ubicado en una playa de estacionamiento, la cual se encontraba a metros de la entrada. Acomodamos los bolsos y las valijas, y nos ubicamos en la parte trasera. El chofer se subió, y luego de acomodarse los lentes y ponerse el cinturón de seguridad, giró su cabeza hacia nosotros: "¿Listos para ir a casa?".

Le pedí al chofer que nos cuente un poco del lugar. Muy afablemente, comenzó su alocución: "La Base tiene forma rectangular, con una extensión de unos setenta y cinco kilómetros de largo por solo veinte de ancho. Este campo que ven aquí, fue creado por ingenieros agrónomos traídos de la tierra. Y si miran hacia arriba, podrán observar un domo que cubre un cielo artificial; es una réplica de un hermoso día soleado y despejado en la Tierra". Sin tanto interés, mi novia observaba silenciosamente la autopista de doble mano y línea recta, prácticamente sin vehículos y solo con algunos carteles indicadores, que nos mostraba el camino hacia nuestro destino.

Sin pausa y con cierto nivel de entusiasmo, el chofer continuó su explicación: "En los primeros kilómetros se encuentra todo lo referente a la Base aeroespacial, la logística aérea, el área científico/tecnológica, la capacitación del personal y las áreas administrativas. Unos kilómetros más adelante, los grandes rascacielos copan la autopista, entremezclándose con lagos artificiales y parques coloridos con flores. Allí es el lugar de encuentro de las Elites políticas y económicas".

Siguiendo nuestro viaje, unos quince kilómetros más adelante se encontraba el barrio de las Elites. Casas con piscina, canchas de futbol y golf, gimnasios privados. Mansiones de enormes dimensiones con todas las comodidades. Pegado al enorme barrio, se encontraba la zona de servicios para los habitantes de la Base. Centros comerciales, restaurantes, servicios médicos, escuelas y centros de formación; una zona realmente impactante. El rostro de mi novia lo decía todo: nunca la había visto tan deslumbrada.

Ya llegando al lado opuesto del rectángulo, los últimos kilómetros antes de que el domo cierre su circunferencia para perderse en el espacio, todo se volvía más vulgar, más modesto. En muchas mejores condiciones de lo que podrían ser los suburbios más humildes de Buenos Aires; pero muy lejos de tener la magnificencia de lo que usufructuaban las Elites. Eran los barrios, tipo monoblocks, pertenecientes a 'las clases de soporte'. Parafraseando el famoso dicho, nuestro futuro 'lugar en el mundo' (aunque nos encontremos bien alejados del planeta tierra).

Luego de adentrarnos unas quince cuadras sobre la avenida que continuaba la finalización de la autopista, realizamos una vuelta en U y el vehículo se detuvo frente a la entrada del tercer edificio viniendo desde la esquina. El inmueble era de un color gris sin mucho brillo, de cinco pisos – cada uno con su balcón y un ventanal -, y contaba con un jardín bastante cuidado de unos cinco metros cuadrados desde la vereda hasta la puerta de ingreso. A primera vista, podría decirse que el lugar por fuera 'estaba bien'. Y no mucho más.

El chofer nos acompañó hasta el cuarto piso. Abrió la única puerta que se encontraba justo enfrente del ascensor, y nos entregó un juego de llaves a cada uno. "El día lunes se acercará una persona a las nueve de la mañana para explicarles con más detalles sus tareas en la Base. Pueden aprovechar el fin de semana para recorrer y asentarse en el lugar. Mucha suerte", fueron sus palabras antes de retirarse.

El departamento era de unos sesenta y cinco metros cuadrados; estaba bien arreglado y contaba con todas las comodidades básicas necesarias: heladera con freezer, lavarropas, dos computadoras portátiles, vajilla, sillones, mesas, sillas. Hasta un pequeño lavavajillas. Al abrir la heladera nos encontramos con diferentes tipos de

alimentos en latas y también bajo cocción, como así también agua mineral y bebidas cola. En una pieza, había una cama matrimonial, veladores, y un televisor Led. La otra habitación, totalmente vacía, completaba nuestro nuevo hogar. No estaba nada mal. Menos para un departamento que se encontraba incluido como parte del pago en el contrato para trabajar en la Base.

El viernes nos dedicamos a ordenar las cosas en el departamento y el fin de semana salimos un poco a conocer el barrio. Más allá del amable saludo de los pocos vecinos que vimos en la calle, lo que más nos llamaba la atención era el estilo sobrio y homogéneo del barrio. Parecía que nuestra 'clase', la servidumbre de las Elites, no tenía por qué diferenciarse: éramos un bloque cuyo objetivo común era univoco. Increíblemente, el denostado y sepultado modelo igualitario, resurgía pragmáticamente en las proximidades del poder.

El lunes nos levantamos a desayunar y, a la hora señalada, tocaron el timbre. Una señora de unos cincuenta años se presentó: era la 'primera puerta' hacia nuestra nueva vida. "Buenos días, soy la encargaba de darles las indicaciones a los Ardim, o sea a ustedes" comenzó su breve discurso, sin quitar la mirada de su Tablet. "Su labor, dada su experiencia y por eso su elección, es la de reclutar, cuando sea requerido, al personal necesario para que emigren desde la Tierra hacia la Base", prosiguió dirigiéndose a mi novia. Luego viró hacia mi persona: "Y en cuanto a usted, dado que las pocas vacantes para su profesión ya se encuentran cubiertas – y difícilmente en el corto plazo haya la necesidad de un reemplazo – su tarea será la de transportar personas y productos".

¿Quiénes son los Ardim? ¿Podría hablar con alguien para intentar que me otorguen otro empleo?, fueron las primeras preguntas que se me vinieron a la mente. Preferí no realizar ningún tipo de comentario en ese momento, sin saber exactamente a quién tenía enfrente. Después de lo vivido, la confianza hacia cualquier persona implicaba mucho más que un simple intercambio de palabras. Ya tendría tiempo de evacuar todas mis dudas.

Luego nos dio un mapa para explicarnos cual línea de colectivo nos llevaría hasta nuestros trabajos, distanciados el uno del otro por pocas cuadras. Un recorrido simple para lo que se

podría denominar un 'pueblo grande o ciudad chica' de menos de cincuenta mil habitantes. "Igualmente tienen una intranet propia de la Base donde pueden realizar este tipo de averiguaciones. Este es el IP y la clave correspondiente a ustedes. Ah, y una cosa más. No se preocupen por comunicarse con sus familias, ellos ya saben que llegaron bien", fueron sus últimas palabras antes de retirarse.

De algunas cosas que dijo fue solo la confirmación. Habíamos visto que no teníamos acceso al internet 'de la Tierra'. Mismo la televisión tenía un solo canal de noticias que repetía las veinticuatro horas las informaciones 'del espacio' (por lo poco que habíamos visto, la tranquilidad y la paz, en contraste con la Tierra, hacía que las mismas fueran mayoritariamente realmente irrelevantes). Después había dos canales de series y películas, dos canales de música, uno de deportes y dos infantiles. Todos pasaban programas de diferente antigüedad realizados en la Tierra; ¿Su característica principal? Evidentemente habían pasado por un 'filtro'. Con cortes al estilo de la película *'Cinema Paradiso'*, pero esta vez en su versión espacial cuasi siglo XXII.

Al día siguiente salimos a trabajar por primera vez. Todo era muy ordenado, con muy poca cantidad de gente transitando por las calles. Fuimos a la parada y el colectivo llegó puntualmente en el horario establecido. El viaje duró unos cuarenta minutos, deteniéndose en las paradas de los diferentes barrios – aunque en total no éramos más de quince personas, todas sentadas - para luego continuar sin escalas durante todo el trayecto de la autopista, hasta el centro donde se encontraban la mayoría de los comercios y las empresas de servicios.

Fábricas industriales prácticamente no había: todo se importaba desde la Tierra. Es que, por un lado, no había suficiente personal – y menos capacitado – para generar algún tipo de economía de escala. Por otro lado, la estructura del domo no permitía la emisión de gases en forma masiva, como así tampoco la contaminación del agua artificialmente generada por las usinas ubicadas en el extremo Oeste de la Base. Pero además, y creo que ello sobre todo, la Base no había sido creada para producir y 'exportar': su existencia se vinculaba con el mero objetivo de que las Elites vivieran en la superabundancia, donde tuvieran allí su

espacio para los encuentros sociales y laborales. Y el resto de los habitantes, estábamos allí para servirlos.

Primero le tocaba bajarse a mi novia. "Quédate tranquila, muchos éxitos, todo va a salir bien. Nos vamos mensajeando cuando podamos y te veo a la tarde", le dije para tranquilizarla, mientras la despedía con un beso y un abrazo. Nos habían provisto de un teléfono celular a cada uno, que solo servía – cuando no - para comunicarse con las personas dentro de la Base.

Luego de viajar unos diez minutos más, tocaba mi turno de bajarme en la ruta. Caminé en ele una cuadra y media, hasta llegar a un gran galpón que contaba con una enorme puerta en el medio; muy parecido a un hangar de algún aeropuerto rural. En un costado, tres obreros se encontraban acomodando unas cajas. Me acerqué hasta ellos y les conté de mi situación. "Camine hasta el final del predio, unos setenta metros, y pregunte en una oficina que hay de mano izquierda" respondió un muchacho joven.

"Pase y siéntese", me dijo un hombre de mediana edad, anteojos y una barba incipiente. No había mucha opción: una única silla de madera frente a su escritorio. "Ya me habían informado que usted llegaría uno de estos días. Espero que tenga ganas de trabajar, hay mucho por hacer", prosiguió. Había en sus palabras un tono de positivo alivio: no llegaba para ser una carga, sino para ayudar. "Hoy le explicaremos cuáles serán sus tareas y quienes sus compañeros. Mañana comenzará a trabajar", concluyó sin rodeos.

Era una tarea relativamente sencilla, solo había que ser metódico y afable. Todos los días me entregarían un listado de personas y bienes que tenía que trasladar. Recogerlos y dejarlos en su destino, eso era todo. Por supuesto, no era el trabajo de mis sueños; pero intenté ser positivo, pensar en la 'mitad del vaso lleno'. Era un horario fijo hasta las cinco de la tarde, no requería de un gran esfuerzo físico, y además podría conocer gente y charlar durante los viajes.

Me dio el listado del día siguiente, dimos una vuelta por las instalaciones (donde había un stock de productos perdidos o dañados), me explicó el rol de cada uno en la empresa, y finalmente me sugirió que estudie el mapa de la Base espacial para comenzar con el 'pie derecho' mi trabajo.

"¿Puedo hacerle una consulta?", le pregunté con mucho respeto mientras me aprontaba para retirarme. Asintió con su cabeza. "¿Cuál es el pago?", proseguí. "El salario es el mismo para todos los Ardim; y este, al igual que el resto de los precios de la 'economía espacial', se encontraba regulado por el Gobierno de la Base", fue su respuesta. Evidentemente la 'muerte' de los estudios sobre ciencias sociales había permitido desarrollar estas increíbles inconsistencias: con una verdadera compresión ciudadana, la creación de este feudo pseudo-socialista sería altamente contradictorio – y sobre todo contraproducente - para con el eterno discurso de las Elites hacia el pueblo.

Ya que había encontrado buena predisposición, decidí avanzar un poco más. "¿Le puedo hacer otra pregunta, esta vez extra laboral?" "No hay problema", me respondió con un dejo de sorpresa. "¿Quiénes son exactamente los Ardim?"

Bajó la mirada y quedó pensativo. Unos segundos más tarde, viró la cabeza hacia el horizonte y me sentenció: "Los Ardim somos los que estamos aquí para servir a las Elites. No puedo decirte más que eso". Quedaba confirmado. La lógica de la acumulación, los incrementos de productividad, y la necesidad de consumir para mantener siempre funcionando el motor de la economía, habían quedado atrás en nuestra vida en la Tierra. Ahora me encontraba en una especie de 'Colonia' donde los siervos – nosotros, los Ardim - nos dedicábamos a distribuir los bienes que se producían en la 'Metrópoli', la Tierra, y abastecer de servicios a las Elites.

Le agradecí por sus palabras y el cordial recibimiento, para luego dirigirme a la parada de colectivos en sentido a mi hogar. Otra vez con gran puntualidad – de enorme extrañeza en la Tierra -, a los cinco minutos divisé al interno número cuatro a unos quinientos metros. Luego de subir y recibir un amable saludo por parte del chofer, decidí ubicarme en el fondo.

A pesar de que me encontraba recostado sobre una de las ventanillas del sector derecho, el constante pensar no me dejaba apreciar el verde césped a mí alrededor. Lo que más me sorprendía, más allá de la forma de organización socio-económica y la intriga (aunque irrelevante) del porqué del nombre Ardim, era la liviandad que tuvieron al atreverse a agrupar a las personas que habían ido a

trabajar bajo un nombre determinado, quitando la individualidad del ser. ¿Aquello no implicaba ya demasiado? Porque aunque en el corto plazo el sistema era funcional, de esta manera la Base como un todo se convertiría en un experimento social con consecuencias impredecibles en el mediano y largo plazo.

Bajé del colectivo y el sol artificial resplandecía. Una brisa, generada por unas enormes turbinas en la parte superior del domo, se posaba en mi rostro mientras caminaba las pocas cuadras que tenía hasta el departamento.

Después de hacerme un café, esperé a mi novia sentado en el sofá más alargado. El nuestro, el que teníamos en la Tierra, tenía una forma de ele y era bastante más mullido. Este igualmente no estaba nada mal; además, ya habíamos hablado ayer que uno de los próximos temas que teníamos para pensar era cómo íbamos a equipar a nuestro nuevo hogar. ¿Sería temporario? ¿Éramos inquilinos o una especie de dueños? Lo positivo es que tenía dos dormitorios. Y uno podría ser para nuestro futuro hijo.

Cuando llegó ella, se sacó la ropa de trabajo y se puso cómoda mientras le preparaba un café. "Contame amor, ¿cómo te fue?" le pregunté ansioso. "Bastante tranquilo, parece que voy a quedar como una especie de jefa. Arriba mío tengo un Director de Recursos Humanos. Después de una cordial aunque simple bienvenida', inmediatamente me envió a hablar con la persona administrativa, la única que por ahora iba a estar a mi cargo".

Luego de beber un sorbo de la taza, continuó su alocución: "Ella me dijo que no suelen venir más de cinco o seis familias inmigrantes por mes: simplemente porque no quieren que se sature la Base. Y la mayoría viene 'muy recomendada', solo para realizar tareas específicas que son realmente necesarias para el normal funcionamiento del sistema. Así que, básicamente, no es mucho lo que hay que hacer, más allá de cierta burocracia que ya conozco".

Luego prosiguió con tono pausado y relajado, como si hubiera aprobado satisfactoriamente su debut laboral: "Lo más interesante es que mi llegada no fue azarosa. Sabían de mis aptitudes para detectar ciertos trastornos psíquicos. Hace unos meses presentaron a un hombre con vasta experiencia en servicios de plomería, ideal para un lugar todavía en construcción. Durante un trabajo que se

le encomendó en una casa, intentó asesinar al dueño de la única empresa productora de aleación de titanio en el país. Nunca se supo bien la causa, ya que el hombre fue muerto por la custodia al instante. Después se hicieron algunas averiguaciones, pero no se pudo concluir nada: vino solo desde la Tierra y, por lo que se sabe, ningún familiar preguntó por él. De esta situación surgió la necesidad de contratar a una persona idónea para que una cosa así no vuelva a ocurrir. Por eso se tardó tanto: había seis personas de varias empresas en la última etapa de la selección y quedé yo", concluyó con una sonrisa en el rostro.

Nos costó unas cuantas semanas la adaptación. A los diez días de ingresar nos habilitaron para hablar con nuestros familiares en Argentina a través de un teléfono satelital, una vez a la semana, por intermedio de una operadora. Los alimentos eran de buena calidad, pero no muy variados. Las compras se centraban en ropas y bienes para el hogar, con realmente muy poco de artículos electrónicos; es que en general, no había tecnología de punta – por lo menos para nosotros, los Ardim -, solo los 'retazos' de lo que sobraba en la Tierra. Finalmente, el marketing era, extrañamente para nosotros, inexistente. Tampoco había cines, ni obras de teatro, ni ninguna actividad cultural: en ese sentido se parecía a lo que ocurría cada vez más frecuentemente en la Tierra. Por ende, el esparcimiento se centraba principalmente en salidas al aire libre. Mucha paz, demasiada a veces para nuestro gusto.

Lo más positivo era que nos habíamos hecho de algunos amigos en poco tiempo. Una pareja con un niño pequeño que vivía en nuestro edificio, con quienes disfrutábamos almuerzos los fines de semana. Un señor mayor con quien realizaba juegos de mesa durante la noche. Y mi novia se juntaba cada tanto a tomar café con dos amigas que se había hecho en el trabajo. Con todos ellos disfrutábamos bastante. El resto del tiempo salíamos a caminar o a andar en unas bicicletas que proveía el gobierno de la Base; siempre haciendo recorridos diferentes para no aburrirnos.

En cuanto a nuestra vida de pareja, todo lo vivido, incluido la elección de venir a la Base, había fortalecido la relación y el convencimiento sobre nuestro amor y compromiso con el otro. Hacía solo unos meses habíamos sufrido un cimbronazo en la Tierra, un

punto de inflexión en nuestras vidas. Pero juntos lo pudimos sobrellevar y salimos adelante.

Del tema hijos no hablamos hasta pasados los dos meses de llegados. Realmente no se veían muchos chicos. Los pocos que nos cruzábamos, incluido el hijo de la pareja de amigos, no tenían menos de cuatro o cinco años. Y aunque no le preguntamos a nadie, creemos que muy pocos bebés nacieron desde que se creó la Base.

Tampoco vimos ninguna clínica de fertilidad. Y al no haber algún tipo de información gubernamental visible para los Ardim, teníamos temor de 'levantar la perdiz' y preguntar cómo era el querer tener hijos en la Base. Más aún si pensábamos cometer un acto que, en la Tierra, sería desde el vamos ilegal. Decidimos entonces esperar un poco hasta poder tener un Norte más claro sobre nuestro futuro en el mediano plazo. Igualmente y más allá de todo, algo estaba claro: nuestro deseo se encontraba allí, latente. Cuando un sentimiento es tan fuerte, nada ni nadie lo puede frenar.

Sin embargo, después de cinco meses en la Base, nos acostumbramos a una placida sensación de relajación derivada de un acuerdo tácito para olvidar momentáneamente todo y solo disfrutar el momento. Luego de tantos años de decadente intensidad vividos previo al viaje, había que descansar. El cuerpo y el alma lo pedían a gritos.

Por ello, cuando en el trabajo de cada uno nos informaron casi al unísono que cada seis meses teníamos una semana de vacaciones, la cual incluía un viaje a la Tierra provisto por el gobierno de la Base, decidimos no utilizarlo. Al menos el primero. Queríamos librarnos de la subjetividad que los sentimientos podrían provocarnos al volver con nuestros seres queridos: evitar que el pasado, que ya habíamos decidido dejar atrás, pudiera influir de algún modo en nuestras decisiones a futuro. Guardamos la semana, que se transformarían en dos cuando cumpliéramos un año en la Base.

Mi empleo no era el soñado, pero tampoco me disgustaba. En algunas ocasiones era realmente monótono y poco creativo, sobre todo cuando debía simplemente llevar una caja de un lugar al otro; sin embargo, cuando trasladaba personas y me permitía el pasajero, por lo menos podía entablar una conversación.

La mayoría eran miembros de las Elites, quienes raramente hablaban – me refiero a un diálogo profundo y/o constructivo - con los Ardim. Por supuesto, son seres humanos: entiendo que muchas veces dependía del humor del día, el cansancio, etc. Pero no en pocas ocasiones, se les notaba demasiado la falta de empatía para 'rebajarse' a hablar con un mero servidor.

Si, así es. En poco tiempo había naturalizado que me encontraba allí para condescender a la clase dominante. En la Tierra era todo más confuso: una dinámica gris bajo una intensa visualización grotesca y frugal de los hechos cotidianos a través de la óptica de los medios de comunicación cooptados por las Elites. Aquí, lisa y llanamente, lo sabía. Pero inconscientemente – o no tanto -, habíamos decidido aceptar la situación para disfrutar de una buena calidad de vida en general que, definitivamente, no habíamos tenido en la Tierra. Más aún, incluso había días que nos olvidábamos el motivo por el cual habíamos llegado hasta aquí.

Sin embargo, luego de un tiempo entablé una buena relación con el jefe de la unión de sindicatos se servicios de salud de Argentina. Al principio me parecía extraño, porque solo pensé que en la Base se encontraban las Elites políticas y corporativas, quienes sumadas a la curia judicial y militar, completaban el club de los privilegiados. Pero él era un 'traidor' más, ya que como la mayoría de los sindicalistas ricos, 'operaba' de ambos lados del mostrador. Él mismo me comentó que a través de un testaferro era dueño de la mayoría de las clínicas más importantes del país. "Los únicos derechos que defiendo son los de mi bolsillo", fueron sus palabras una tarde cuando ya estábamos llegando a su hogar. Sin ningún tipo de tapujos ni cuidados para disimular las obscenidades amorales bajo las cuales se había enriquecido.

Más allá de ello, no puedo negar que conmigo había sido generoso. Me había regalado vinos de calidad de su bodega privada y, cada tanto, cuando no se encontraban su esposa e hijo, me invitaba a tomar una copa de vino a su casa. Era enorme y lujosa, con todos los detalles de confort: hasta donde podía observar, tenía unos sillones amplios, una enorme sala de estar donde resaltaba un billar junto a un piano de cola reluciente, y un bar provisto de todo los tipos de bebidas alcohólicas que uno pudiera imaginar. Me quedaba

solo un rato, nunca más de una hora, pero siempre la pasaba muy bien. Charlas abiertas y amenas, como si fuéramos pares.

A veces me hablaba de su adorable esposa, lo fiel y leal que había sido a la hora de acompañarlo durante toda su vida. Por supuesto, yo le comenté lo mínimo indispensable de mi novia y nuestra vida en la Base, sin dar mayores detalles de nuestro pasado en la Tierra. Por otro lado, me hablaba frecuentemente, y con gran énfasis, como entre ambos estaban educando a su hijo. Quería que, invariablemente, siga su linaje. Solo esperaba que creciera y fuera un joven mayor de edad, para enseñarle los 'gajes del oficio'.

Uno de esos días conocí a toda su familia. La esposa había vuelto del shopping con el pequeño de la mano, luego de comprar ropa y artículos electrónicos. El chiquito ingresó corriendo a la casa y abrazó a su padre con una gran ternura. Creo también que mi emoción se debió a que hacía tiempo no veía una escena de tanto amor entre un padre y un hijo; caricias que mostraban ese afecto incondicional.

Cuando volví al departamento le comenté lo que había pasado a mi novia y mis sensaciones en aquel momento. "Justamente hace algunas noches tuve un sueño: éramos padres, y estábamos en la plaza jugando con una niña. Nuestra hija", me respondió compungida. "Pero no te quería decir nada. Aquí encontramos la paz y la tranquilidad que habíamos perdido en la turbulencia de la vida en la Tierra; la verdad es que no quería arruinar nuestro presente", continuó. Evidentemente, los deseos nunca se abandonan: se postergan, se cohíben, se modifican. Pero están siempre allí, latentes.

Y luego se largó a llorar. Hacía dos días, sin decirme nada, había hablado con su jefe sobre cuáles eran las necesidades de recursos humanos de mediano plazo de la Base. "Vivimos en un lugar de escasa geografía y demografía, con un esquema de trabajo ya predeterminado y con amplios recursos económicos provistos principalmente desde la Tierra, por lo que deberíamos poder sostener un orden y una eficiencia apropiada. Para dentro de tres décadas, nuestro objetivo es que exista un incremento poblacional que va a requerir servicios de infraestructura para vivienda y oficinas: jardineros, electricistas, plomeros van a ser los oficios más requeridos", le comentó su superior.

"No podemos ser necios amor. Ello implica que la mayoría de los Ardim por nacer no tendrían profesiones intelectuales o de avanzada; estas serían para quienes estudiarían en las universidades exclusivas destinadas para las Elites en la Tierra. Para los futuros ciudadanos de la Base – inmigrantes o nativos -, el invariable destino es prestar su cuerpo y sapiencia para las Elites. No hay, ni habrá, otra opción", finalizó mi novia. Luego se dirigió al sillón y se recostó, lentamente, con toda la amplitud de su cuerpo.

Ahora sí me cerraba la lógica de su discurso. Ya había brotado desde su interior ese volver a soñar. A nuestro modo, con nuestros deseos, bajo un paradigma que, definitivamente, se encontraba lejos de aquella 'preselección natural'. Un hijo feliz, que fuera educado con valores y principios; pero sobre todo con la libertad de poder elegir su destino dentro de la coyuntura histórica – más o menos injusta, aunque ello no lo podemos modificar - que le tocara vivir. Luego de unos instantes y con solo mirarnos, entendimos que no renunciaríamos a nuestros deseos y convicciones. Aquellos que nos habían traído hasta aquí.

La decisión se encontraba tomada. Otra vez íbamos por nuestro objetivo. Esperamos a que llegara el fin de semana para pensar cómo íbamos a actuar. En el mientras tanto, mi mente no podía abstraerse de la situación. Mecanicé mi trabajo rutinario y hablaba lo mínimo indispensable con los clientes. Cada viaje era otra idea, otra hipótesis de lo que desencadenaría cualquier decisión que hubiéramos de tomar. O lo peor, cuáles serían las consecuencias si nos equivocáramos, si algo saliera mal. Ya teníamos nuestro legajo manchado. Comencé a sentir un frío escozor en mi cuerpo; una vez más, el temor se apoderaba de mí.

Estuvimos todo el fin de semana hablando, encerrados en el departamento. Finalmente, nos quedamos con la racional postura binaria. O buscábamos la forma de abrirnos, contar lo que nos pasaba y luchar por una idea ante el agujero negro que significaba la falta de legislación en la Base; o manteníamos todo en la clandestinidad, pensando que cualquier movimiento en falso generaría el final de nuestro objetivo, con consecuencias negativas impredecibles para nosotros. En el primer caso, el éxito sería abierto, colectivo. En el segundo el triunfo sería interno, propio, después de trasvasar un camino seguramente plagado de obstáculos y ocultamientos.

El domingo a la tarde la decisión estaba tomada; finalmente triunfó el pragmatismo conservador. Decir lo que nos pasaba, explicándole al mundo de la Base por qué nuestro potencial hijo merecía nacer con plena libertad para poder desarrollar sus capacidades según sus deseos, era ir contra toda la corriente promovida por el *Statu-quo*. La Base había sido creada para que las Elites disfruten la vida y tomen las decisiones de trascendencia de lo que debía ocurrir, no para recibir cuestionamientos de quienes habían sido seleccionados para simplificarles la existencia.

El problema ahora era el modo de llevar el plan adelante. Solos no podríamos hacerlo: necesitábamos confiar en personas que nos pudieran ayudar con un embarazo y una crianza en la más absoluta discreción. Mis pensamientos corrían atolondradamente a una velocidad inusitada; es que los problemas a futuro le sacaban varios cuerpos de distancia a cualquier tipo de solución que podría caber en nuestra imaginación. Más en un lugar, y su gente, que todavía no conocíamos del todo bien.

"Tranquilicémonos y vayamos por partes", fue la atinada reflexión de mi novia. ¿Qué pasaría si quedáramos embarazados sin avisar? Lo primero era pensar que haría mi novia con su trabajo. Con sus dos amistades de la oficina lo tendría que blanquear. Es más, seguramente las vamos a necesitar. Habría que ver si se podría confiar en ellas.

Con el resto no habría demasiados problemas; por lo menos hasta que el embarazo no se hiciera evidente. Cada persona estaba 'en su mundo': la lógica individualista del capitalismo más liberal se había potenciado en su máxima expresión. El trasvasamento desde la Tierra hasta la Base había sido directo; si no se forjaba una amistad por algún motivo de afinidad particular, dentro de la oficina o en la calle las relaciones sociales eran herméticamente diplomáticas y burocráticas.

Cuando el abdomen ya sea prominente, debería ausentarse y encerrarse en el departamento. Ello podría justificarse con algún tipo de enfermedad importante, que demandara muchos meses de recuperación. Para ello necesitaríamos un certificado médico. Es más, requeriríamos de un médico en sí, alguien que pudiera hacerle algunos mínimos seguimientos y ayudarnos con el parto.

Inmediatamente pensé en uno – en realidad porque era el único que conocía - que vivía a dos edificios nuestros. Haciendo las compras en el supermercado de a la vuelta de casa, nos cruzamos una vez en la zona de los lácteos. Luego continué la conversación en la cola de la caja: me dijo que era dermatólogo y hacía años que no ejercía. Una persona que parecía afable, pero no podía suponer mucho más.

Otra opción era intentar buscar un lugar donde se realizaran partos clandestinos. En la Tierra prácticamente no quedaban, ya que los lugares en los cuales se realizaban – donde también se hacían abortos ilegales -, habían sido 'borrados del mapa'. Este contexto no solo le había dado más poder a la logia eclesiástica (reconvertida en los guardines de la moral, ya que el dios dinero había eclipsado los pensamientos divinos), hasta el punto que la violencia que propagaban contra aquellos 'impuros que abortaban' se retrotraía a ribetes medievales.

Los 'grupos de tarea' estaban formados en su mayoría por jóvenes miembros de la 'daga rosa' - un grupo religioso formado a mediado de este siglo que decían 'continuar los legados de dios' -, se 'ocupaban' del tema. Primero hacían un trabajo silencioso de inteligencia. Cuando se enteraban que se iba a realizar un aborto, ingresaban intempestivamente al lugar, sacaban afuera a todos los que se encontraban allí, y los decapitaban en unas 'horcas móviles' improvisadas para la ocasión. Luego, para no perder el sentido histórico, incendiaban el lugar.

Por supuesto nadie se atrevía a realizar ningún reclamo, parias de una vida que no valía nada. Por supuesto, para las Elites los abortos eran seguros, en la tranquilidad de sus hogares. Siempre conseguían un médico que, por una enorme suma de dinero – la cual multiplicaba sus ingresos mensuales - proveían este tipo de 'soluciones' a las familias de las 'chicas bien'.

Decidimos entonces tratar de ir a hablar con el médico. Además, seguramente necesitaríamos recetas para vacunas y demás medicamentos. El resto sería más sencillo. Productos para bebés podríamos comprar nosotros. Lo mismo en términos de cómo manejarnos una vez que naciera. Mucha prudencia hasta que se nos ocurriera como 'presentarlo en sociedad'.

Faltaba tiempo, pero con respecto a este tema ¿podríamos esperar algún tipo de cambio jurídico y social en el corto y mediano plazo? No tenía muchas esperanzas. Tampoco quería pensar que ocurriría con el niño ya nacido, si luego las cosas salieran mal y descubrieran todo lo que hicimos. Pero si nuestra evaluación tendría este halo conservador – aunque muy racional -, la parálisis para con nuestros deseos sería total. En definitiva, y después de charlar hasta altas horas de la madrugada, nos fuimos a dormir con la decisión tomada de avanzar, cueste lo que cueste. Sabíamos que el futuro implicaba mucho sacrificio y valentía. Y el resultado, más que incierto.

A la mañana siguiente, mi novia invitó a sus dos amigas del trabajo al departamento. "¿Quiero hablar de algo importante, pueden venir el sábado a la noche a cenar? Sería sin sus familias", les dijo mientras desayunaban en la oficina. También preguntó si les molestaba que yo estuviera en la cena. Creímos que para darle seriedad y una mayor relevancia también debía encontrarme presente en la charla, aunque solo hubiera cruzado algunas palabras con ambas. Por suerte, ambas respondieron afirmativamente.

Cuando regresé de trabajar, me acerqué hasta el edificio del médico. Le pregunté a una señora que vivía allí si lo conocía, y ella muy gentilmente me indicó cuál era su departamento. Siendo ya las siete de la tarde, creí que era una hora prudencial para tocarle el timbre. A los pocos segundos, abrió la puerta. Estaba de entre casa, con un pantalón corto y una chomba color celeste. Tenía un cigarrillo en la boca y un vaso de whisky en la mano. "¿Cómo le va? ¿Tiene unos minutos para hablar?", le pregunté con cara de suplicio. "Pase, no hay problema", me respondió extrañado por la inhóspita visita.

Por lo que vi apenas ingresé, estaba disfrutando del trago en su mullido sofá. Parecía que no había más nadie. "Quería consultarle por un tema de salud muy personal, por eso no acudí al hospital o las clínicas de los Ardim", continué. Inmediatamente - creo que lo hice de manera inconsciente antes que pudiera preguntarme algo -, lo invité a desayunar el domingo. Me miró fijo y se tomó unos segundos para pensar "ok, con gusto. Páseme su dirección y estaré allí a las nueve de la mañana". Luego de despedirme y mientras

retomaba el camino hacia casa, pensé en un primer signo de fortuna: por lo menos había buena voluntad de todos para escuchar.

Durante la tarde del sábado, mi novia me repitió en al menos tres ocasiones, después de mi insistente cuestionamiento, que las chicas eran de confianza. "Quédate tranquilo, tuve varias charlas con ellas y creo que son fundamentalmente, buenas personas. Además, ¿Qué otra opción tenemos?", fue su última respuesta, la cual ya rayaba una hastía vehemencia. Pero no podía contra mi desconfianza, aquella bajo la cual las personas se puedan 'jugar' para hacer el bien por un tercero, desinteresadamente. Sin embargo, ante esta situación, lo mejor era no pensar. Más bien, como había leído hacía muchos años en una novela de entre guerra, 'ahora solo quedaba rezar'.

Las dos llegaron puntuales. Jóvenes y solteras, una en sus veinte y la otra casi pisando los cuarenta años, estaban bien vestidas, pero nada formal. La más joven, con un vestido celeste sostenido por un cinturón dorado que resaltaba su cintura, y unas zapatillas que relucían por su blancura. La mayor, pantalón de vestir y zapatos de tacos negros, que se combinaban con una blusa blanca. Ambas a tono para pasar una amena velada.

"Pasen por favor", les dije señalando la mesa, luego de que nos agradecieran la invitación. Después de unos minutos de charlas protocolares y sin entrar en detalles sobre cómo estábamos pasando nuestros días en la Base, mi novia tomó aire, suspiró, y comenzó el relato: "chicas, el motivo principal de porqué las citamos, más allá de que queríamos pasar un rato ameno con ustedes, es que deseamos profundamente tener un hijo. ¿Y ustedes que tienen que ver con ello? Básicamente, no queremos seguir las directivas del gobierno de la Base. Queremos que el niño o la niña por nacer pueda elegir su propio destino. Para cumplir con nuestro sueño, que sabemos que no es sencillo, necesitamos su ayuda".

Enmudecidas, nos miraron sorprendidas. Luego de unos segundos, con cierto halo dubitativo – creo que para 'romper el hielo' sin herir susceptibilidades – la mayor nos preguntó si no existía alguna manera de hacer las cosas como queríamos, dentro de la ley. "Conozco a una pareja que pidieron tener algún tipo de excepcionalidad y les habían dicho que esperen un poco, que estaban

manejándose con la misma legislación que en la Tierra, pero que iban a evaluar si realizaban algún tipo de enmienda", prosiguió.

En seguida, con una impulsividad digna de un momento de agobio, tomé la palabra y le retruqué – como si ella tuviera algún tipo de responsabilidad -: "Sabes que pasa, un poco de tiempo para el gobierno pueden ser años. ¿Tengo que esperar el análisis demográfico y socio-laboral que determine las necesidades cuantitativas de los Ardim a futuro? ¿O un estudio antropológico que pueda determinar patrones diferenciados entre el comportamiento aquí y en la Tierra? Ya tenemos cierta experiencia, y definitivamente no confiamos en soluciones mágicas ni superadoras. No queremos esperar, y por eso decidimos hablar con ustedes para pedirles ayuda".

No creo que pudieran comprender cabalmente el por qué correr con semejante riesgo. Más aún dado que habíamos arribado a la Base hacía relativamente poco tiempo, y estábamos en pleno 'proceso de disfrute' de una mejor calidad de vida y mayor tranquilidad que en la Tierra. A pesar de ello, ellas y nosotros sabíamos que el 'esperar a ver que pudiera ocurrir', era la nada misma. Que el cambio de un *Statu-quo* tan arraigado, poderoso y asfixiante, nunca podría llevarse a cabo. Estábamos condenados a vivir en este 'micromundo Ardim', con lo positivo y negativo que ello significaba.

Sin embargo, el poder del deseo, del aquí y ahora, podía más que la paciencia confuciana. "Es algo muy personal, algo inexplicable que solo se puede enmarcar entre los parámetros del amor y la pasión. No espero que nos comprendan, pero es así", cerró la idea mi novia. Las invitadas se miraron entre sí. Luego, con una tibia sonrisa cómplice, le estrecharon sus manos a ella. "Cuenten con nosotras para lo que necesiten. Lo que esté al alcance de nuestras manos, con gusto los ayudaremos" continuó la más joven, con una voz firme que denotaba seguridad en el paso que estaba dando.

Unas lágrimas cayeron en ambas mejillas de nuestros rostros. Creo que fue el desahogo de sentirnos tan solos e incomprendidos durante tanto tiempo. Luego de agradecerles infinitamente, me levanté a servirles café y una torta de chocolate bañada con dulce de leche, elaborada con maestría por mi novia. Se quedaron un rato más, en una charla relajada y amena, que derivó en otras cuestiones

menores de la vida cotidiana. Antes de irse, nos prometieron lo más importante para que podamos alcanzar nuestro cometido: su absoluto silencio.

Con el médico preferí juntarme sin mi novia. Entendí que por ser un hombre algo mayor podría tratarse de una persona más conservadora, por lo que preferí entablar una relación más personal de introspección bilateral para conocerlo un poco más antes de explicarle el panorama completo.

Llegó unos minutos retrasado. Un nítido y seco buen día fueron todas sus palabras, sin disculpa alguna por su retraso. "Le agradezco por su tiempo; por favor pase y siéntese cómodo", proseguí sin hacer referencia alguna a lo que personalmente consideraba una falta en sus modos.

La mesa estaba servida: facturas, medialunas, tostadas, jamón, queso, frutas. Café, té, jugos para que pudiera disfrutar lo que deseara. Con ello quería demostrarle que para mí, este encuentro no era menor y, sobre todo, él era una persona importante. Abrió sus ojos en toda su amplitud y, con cara de felicidad, expresó su gusto por las medialunas recién salidas del horno. "Yo me sirvo, gracias" me respondió apenas comenzaba a verterle un jugo de naranja recién exprimido en su vaso.

Para mi sorpresa, él comenzó la conversación. Me preguntó sobre mi novia, como estaba mi trabajo en la Base. Nada incisivo. Mientras tanto, deglutía los sándwiches de jamón y queso con asombrosa velocidad. Una vez que terminó, bebió un sorbo de café, y comenzó con un monólogo sobre su vida: "El enviudar fue el punto de inflexión para que me decida a abandonar la Tierra. No tengo hijos y deseaba profundamente pasar en paz y tranquilidad los últimos años de mi vida". Claramente sonaba 'liberador'. Luego prosiguió: "Soy muy feliz realizando mi pesca recreativa en el lago artificial los fines de semana por la mañana. Por suerte siempre hay suficientes peces de diversas especies para los pocos que somos habitués. A la tarde suelo ir a caminar por los barrios; siempre es importante realizar algo de actividad física. Y por ahora, los días de semana sigo siendo uno de los dos dermatólogos que hay en el hospital principal de la Base para los Ardim".

Lo más interesante de la conversación iniciática fue al comentarme que cuando avisaron en la Sociedad Argentina de Dermatología que se necesitaba un dermatólogo para trabajar en la Base, hubo cierta reticencia cuando decidió aplicar por la edad que tenía, sesenta y dos hace tres años. Pero como a los dermatólogos más jóvenes no los dejaban emigrar, finalmente pudo conseguir la vacante.

Como me explicaba, dado el cambio climático y el estrés, los casos de cáncer de piel se habían incrementado exponencialmente en las últimas décadas. Para todas las edades y clases sociales, sin excepción. Por ende, al ser una profesión muy demandada, los pocos que había estaban obligados a trabajar para las Elites, tanto en la Tierra como en la Base. Y los que no poseían cierto nivel de aptitudes – o habían tenido algún tipo de contravención o transgresión del orden, que no eran pocos -, se los destinaba a los centros de salud públicos para atender al resto de la población.

"El único problema que tengo es mi jubilación. Todavía no hay personas mayores en la Base como para que exista un sistema jubilatorio. Y en el organismo encargado de cuestiones administrativas de los Ardim, me dijeron que tomaban 'nota de mi inquietud' y me iban a avisar cuando tuvieran una solución", concluyó. Desde entonces, ya habiendo pasado más de un año, se encontraba esperando.

Para continuar el diálogo con algo de su interés le comenté que, por mi trabajo de traslados de las Elites, había conocido algunas de sus lujosas mansiones. Las mismas tenían amplios jardines, espacios deportivos y piletas de gran tamaño. Y que por lo que sabía, sus familias – sobre todo los más jóvenes - pasaban una gran parte de su tiempo en los centros comerciales.

Con cada palabra que emitía, más grande abría sus ojos, mezcla de enorme atención y cierta sorpresa. Entonces continué y le dije que había visto todo tipo de dispositivos electrónicos, ropa de primera calidad, alimentos exclusivos. No llegué a terminar de contarle sobre los prejuicios y prospectivas de las Elites, cuando me interrumpió para decirme algo que yo, de algún modo, ya lo intuía: "Me resulta impactante el poder y la capacidad de las Elites para trasladar su vida lujuriosa de la Tierra a la Base en tan poco tiempo.

Aquí estoy seguro que la mayoría de los Ardim no tienen la certeza de lo que me estas contando, aunque todos lo sospechan".

Sin que yo pueda agregar comentario alguno, él continuó reflexionando en voz alta: "Bueno, más allá de todo, lo positivo que tenemos en la Base es una 'homogeneidad de clase media', donde los ingresos de todos los Ardim son más o menos similares. Ello evita las grietas del odio creadas por la desigualdad, tan comunes en la Tierra".

Preferí no omitir opinión y focalizarme en lo que tenía que pedirle. "Me atreví a molestarlo porque es nuestra única esperanza. Voy a ser breve: queremos tener un hijo sin intermediación del gobierno. Sabemos que es ilegal, pero soñamos que su vida no se encuentre predeterminada de antemano. En este caso, no queremos que sirva a los intereses de los Elites, como ellas lo dispongan, toda su existencia".

Estaba tranquilo en cuanto a la confidencialidad. El secreto en la relación médico-paciente era muy común en los profesionales de mayor edad, embebidos en las enseñanzas de las anteriores generaciones. Además, en definitiva, era médico. Uno siempre tiene el ideario altruista del médico que desea, con todo fervor, curar al prójimo. Además de sanar las heridas del cuerpo, tenía la esperanza – a pesar que me había transmitido que no quería pasar ningún sobresalto en esta última etapa de su vida - que nos pudiera ayudar a apaciguar el dolor de nuestras almas.

Miró al suelo, como pensativo. Luego de unos segundos, dejó su taza sobre la pequeña mesa ratona ubicada a su derecha, levantó su mirada y me dijo: "Mi padre me contó en varias oportunidades que cuando él eligió la carrera militar, recibió ayuda de mucha gente desinteresada. A mí me ocurrió lo mismo: siempre recuerdo quien me dio trabajo en un quiosco para que pudiera alquilar una pieza cuando me echaron de casa por tener 'ideas raras'; o de aquel señor que apenas conocía y, contándole mi historia cuando iba a comprar cigarrillos, me consiguió una vacante para poder ingresar a la facultad de Medicina de la UBA, destinada en aquel tiempo exclusivamente a los hijos de las Elites y a algunas excepciones ocasionales".

Y luego prosiguió, con lágrimas en los ojos: "Lamentablemente, a aquel hombre, asesor de un importante funcionario, nunca le pude agradecer como debía: cuando quise ir a buscarlo una vez recibido para agradecerle, un joven empleado del Ministerio donde trabajaba, me pidió que lo acompañe a una oficina apartada. Allí me pidió por favor que no diga absolutamente nada, pero que aquel hombre apareció muerto por escuchar 'algo que no debía', luego de ser parte de una reunión entre un Secretario de Obras Públicas y un importante empresario acuífero".

"Quedate tranquilo, los voy a ayudar en lo que pueda", cerró su monólogo con voz entrecortada. Me salió darle un fuerte abrazo. Luego de recibir sus palmadas en mi espalda, ambos nos recompusimos en nuestras sillas reclinables. Enseguida - creo que instintivamente por defecto de su profesión -, me explicitó algunos dilemas 'técnicos': me dijo que obviamente no contaba con los medios para realizar los controles del embarazo, y que además solo tenía vagos recuerdos de su época de médico de guardia de cómo realizar un parto.

Por el contrario, estaba seguro que conseguiría insumos y medicación pidiéndole al resto de los colegas de la Base. Es que a pesar de que todos los médicos del Hospital de las Elites – equipada con la última tecnología y toda la medicación conocida hasta el momento - eran miembros de la clase privilegiada (y recibían honorarios muy superiores a los médicos Ardim), existía una camaradería que excedía las diferencias de clase. Más aún: una vez por mes todos los médicos de la Base, sin excepción, se juntaban a cenar y charlar sobre experiencias propias de la profesión.

Después de una larga charla que derivó en otros periplos de su juventud, tomó su chaqueta y me agradeció el desayuno. Antes de retirarse, me dijo que cualquier novedad le avisara.

No terminaba de levantar la vajilla, cuando mi novia ingresó al departamento. ¿Y, cómo te fue?, me preguntó exultante. "¡Tengo muy buenas noticias, el doctor también nos vas a ayudar!" Luego de un beso apasionado, nos recostamos abrazados en el sillón. Después del estrés que pasamos, era el momento de descansar unas horas. "Viste, todavía queda gente solidaria, ya sea en la Tierra o en la Base espacial", me dijo mientras tomaba un té caliente. Asentí con

la cabeza. Mientras tanto pensaba que, por lo menos, ya habíamos sentado las bases. Con la cabeza fría, ahora era momento de planear el futuro quirúrgicamente.

La noche fue extraña. Aunque faltaba mucho para planificar, no hicimos el amor en condiciones normales, con el proceso de cuidados anticonceptivos obligatorios provistos por el gobierno de la Base. La mente de ambos estaba en otro lado, aunque lo disimulamos bien. De aquí en más, había que disfrutar.

Mágicamente, lo digo así porque creo que todo embarazo es de algún modo un momento extraordinario y único, cuando solo habían pasado un poco más de dos meses de aquel domingo, mi novia comenzó con vómitos y un mayor cansancio de lo habitual. Decidimos tomarnos las cosas con calma y esperar un poco, aunque ella era bastante regular en cuanto a su período menstrual. Al no poder hacer el test obligatorio en la clínica dispuesto por el gobierno, nos pusimos un límite de un mes más para auto confirmar lo que ya sentíamos: estábamos embarazados.

Ese día, aunque ninguno de los dos profesábamos ninguna religión, le pedimos a dios, a algún dios, que lo cuide y proteja. Probablemente, aquel deseo era aquella sensación propia de desprotección, de una soledad de quien no tiene de quien o de que aferrarse.

Los meses prosiguieron bajo una mezcla de alegría e incertidumbre. Mi novia no podía hacerse ecografías ni cualquier otro tipo de estudios para saber si requería otro tipo de medicación pre-natal, ya sea algún anticoagulante, o mismo alguna pastilla que pueda regular el azúcar en sangre en caso de que tenga una diabetes de tipo gestacional. Ante la precariedad del contexto al cual estábamos expuestos, ella solo intentaba realizar los menores movimientos posibles, descansar y alimentarse bien.

Más allá de lo estrictamente relacionado a su salud, mi novia trataba de no aumentar mucho de peso para poder disimular en el trabajo. Su abdomen crecía lentamente los primeros meses pero, obviamente, a partir del quinto mes el embarazo era imposible de ocultar. Sin embargo, entre la cubertura de las ropas, la ayuda de sus compañeras de oficina, y la abulia de sus superiores que continuaban con su lógica productivista deshumanizada, llegó a finales del sexto mes sin que se dieran cuenta. Solo faltaba el más difícil: el último trimestre.

En el mientras tanto, nos quedábamos horas enteras de noche pensando en el día después. ¿Cómo podríamos escolarizarlo? ¿Cómo brindarle la atención de salud adecuada? ¿Cómo manejarnos socialmente ante preguntas que impliquen su futuro? Decenas de hipótesis sobre cómo sobrevivir bajo nuestro micro-sistémico, alejado de las normas establecidas. Sin embargo, había algo que atenuaba aquella angustia: el imaginarnos la primera vez que observaríamos su rostro, el suave movimiento de sus brazos y piernas, el llanto que pide a gritos el amor brindado por la lactancia materna.

Luego de evaluarlo cuidadosamente, mi novia avisó un día miércoles que había tenido un accidente vial, se había fracturado una pierna y en el hospital le habían dicho que la rodilla se encontraba seriamente comprometida y por ende tenía unos meses de recuperación, lo que implicaba el no poder concurrir de manera presencial al trabajo. Por supuesto, ni se preocuparon en chequear la veracidad del accidente – hubiera sido muy sencillo en un lugar tan reducido -, y la respuesta se centró meramente en si había pensado quien la podía reemplazar en las tareas que requerían estar presente en la oficina.

Ya estaba todo planeado. La amiga más joven de las dos, a quien ya la había estado preparando para realizar las entrevistas y en el cómo manejarse ante las problemáticas más comunes que solían ocurrir, iba a ser quien tome su lugar temporalmente. Sin mediar más explicación, el gerente solo atinó a aprobar el expediente electrónico. Teníamos entonces un problema menos. Y no era menor.

En el mientras tanto, el médico venía quincenalmente a escuchar los latidos y hacerle una revisación ginecológica muy general. Había conseguido algunas publicaciones sobre obstetricia para repasar ciertas nociones básicas en la materia. También conversó con algunos colegas para que le recuerden los principales métodos de control pre-natal, como así también los pasos a seguir durante el parto. Pidió además prestado algunos elementos básicos, medicación, un ambo usado, y una planilla de planificación.

Sinceramente, no sabía el modo de retribuirle este esfuerzo desinteresado. Las veces que le pregunté cómo podía agradecerle,

solo esbozaba una pequeña mueca y, muy fríamente, me decía que luego del parto hablaríamos del tema. Tenía la sensación que me quería transmitir una mezcla de sobriedad y cautela ante la complejidad de una situación que se encontraría fuera del 'control normal' de un procedimiento médico en condiciones apropiadas.

El tiempo transcurría sin sobresaltos. Como decía el viejo lema peronista del siglo pasado, solo me dedicaba a ir 'de casa al trabajo y del trabajo a casa'. Y durante las horas que estaba afuera del hogar, mi mente se encontraba permanentemente abstraída pensando en que no se nos escapara ningún detalle. Quería minimizar los riesgos, que nada saliera mal. Cuando llegaba al departamento, mi novia me esperaba con la merienda, y así seguíamos charlando hasta la noche, mientras me encargaba de hacer la cena y limpiar la casa. Los fines de semana solo salía a hacer las compras para aprovisionarnos de lo que necesitábamos. Estábamos en la cuenta regresiva y no era momento de tomar riesgo alguno.

Cuando ingresamos en la semana treinta y siete, lo invitamos al médico – almuerzo de por medio - a coordinar con mi novia la logística final y el día del parto. Ya habíamos practicado algunas veces, pero teníamos un temor considerable que no nos lo podíamos sacar de mi cabeza. Quedamos que cuando sintiera contracciones, mi novia nos avisaría a ambos con un mensaje. Él nunca se iba muy lejos del departamento. Yo volvería lo más rápido posible con el auto del trabajo. Tenía mi función claramente determinada y me había estudiado de memoria cada paso, cada movimiento. No teníamos margen de error: de tener que requerir una internación neonatológica, no solo tendríamos pocas chances de salvar al bebé o a mi novia, sino que el día después podría ser terrible. Un parto que no se encontrara en el sistema médico digitalizado de la Base espacial, iba a ser imposible de justificar.

Llegó noviembre y nos encontrábamos a días de la fecha probable de parto. Mi novia se sentía relativamente bien. La buena hidratación y alimentación, sumado a los descansos prolongados, habían surtido efecto. Solo extrañaba a la familia que, por obvias razones, no sabían del embarazo. Son esos momentos que conllevan una gran felicidad repleta de expectativas, los cuales uno quiere compartirlos con quienes más han representado la provisión

de afecto durante nuestras vidas. Aquellos que nos vieron crecer, que nos quieren de verdad, que desean lo mejor para nosotros. En cualquier circunstancia.

Los últimos días antes del parto tuvimos frecuentes y profundos diálogos entre nosotros, cuyo objetivo principal - por lo menos de mi parte -, era también sostener a mi novia. Mi padre me había contado que mi madre había sufrido depresión cuando yo nací, y que no había sido fácil sobrellevar la situación los primeros meses. Más aún ante un escenario tan inestable y angustiante como el que nos encontrábamos nosotros. Por lo tanto, más que nunca debía estar en cada detalle, en cada necesidad detrás de ella.

El tema principal de nuestras charlas era el amor hacia nuestro hijo. Ese amor profundo, diferente a lo que habíamos vivenciado antes. Traccionado por un objetivo sublime, auténtico. Un amor que sería seguramente irrefrenable, decididamente eterno. Un camino de ida hasta el infinito. Ello había pasado a ser nuestro fin, nuestro todo. El objetivo superador que daba sentido a nuestra vida.

El veinticinco de noviembre, alrededor de las dos de la tarde, me encontraba en el aeropuerto de la Base finalizando la entrega de un paquete. En ese momento me llegó un mensaje con el código que habíamos pergeñado: "Tráeme el chocolate", la clave para saber que mi novia había roto bolsa.

A toda velocidad me dirigí al departamento. Estacioné raudamente y subí corriendo las escaleras para no perder ni un segundo. Cuando ingresé, ya se encontraba nuestro médico realizando el trabajo de parto. Era el momento para estar lo más frío y calculador posible. Luego de darle un beso tranquilizador en la frente a mi novia, me puse manos a la obra. Intenté asistirlo lo más precisamente posible – por lo menos realicé el protocolo planeado al pie de la letra -, mientras él realizaba las maniobras correspondientes. Ella pujó y pujó. Yo le sostenía la mano y la miraba. "Ya falta poco, todo está bien, es el último esfuerzo", le susurré al oído.

Luego de unos veinte minutos – aunque parecieron años -, observé que la ceja del médico se relajaba. Miré sus manos y la cabeza ya se encontraba afuera. El resto fueron movimientos de reacomodamiento pélvico, mientras terminaba de tirar suavemente del

resto de sus miembros. "¡Listo, ya salió! ¡Todo bien!", gritó el médico con inusitada algarabía para lo que era su retraída personalidad. Me la dio muy cuidadosamente y se fue a sentar a la silla más cercana. Se encontraba evidentemente exhausto. Pero se lo notaba feliz.

La envolví en una hermosa manta blanca comprada especialmente para la ocasión. Era una niña. Una hermosa niña, con rasgos perfectamente redondeados, y un rozagante cabello colorado. Fueron unos segundos de miradas cruzadas y lágrimas en mis ojos. Luego la coloqué en el pecho de mi novia. Después de tanto que pasamos, era su tiempo de disfrutarla; esos primeros momentos son realmente únicos. Suspiré y me relajé por dentro. Lo único que hice fue avisarles a las amigas de mi novia que el parto había salido perfecto. Todo había terminado. O mejor dicho, pensé, esto recién comenzaba.

Las primeras semanas fueron bastante tranquilas. Aunque nos habíamos provisto de leche maternizada - y todos los elementos que podríamos necesitar, por lo menos en una primera etapa - rápidamente se prendió al pecho de mi novia. Por otro lado, solo tuvo un episodio de fiebre menor luego de que le pusiéramos las primeras vacunas, las cuales conseguimos también por nuestro médico. Por lo demás, estábamos muy atentos a que con el correr del tiempo no hubiera ninguna complicación; es que al no poder realizarle ningún estudio complementario (traumatológico, visual, auditivo) por ser una beba sin registrar, debíamos redoblar nuestros esfuerzos de atención ante cualquier anomalía que pudiéramos observar.

Hasta que nos pudiéramos acomodar y organizar con tranquilidad, mantuvimos a la beba siempre dentro del departamento. Mi novia la cuidaba todo el día – con dos o tres horas de trabajo virtual podía manejarse -, hasta que yo regresará del trabajo. En ese momento ella salía a despejarse, pero también aprovechaba para comprar los pañales, elementos de higiene, vestimenta y algún juguete para la beba. A su regreso la bañábamos, cenábamos y jugueteábamos un rato hasta que el sueño finalmente nos abatía a los tres.

Las amigas venían a visitarla al menos una vez a la semana; realmente han hecho sus tardes de encierro con la beba mucho más amenas. También veíamos al médico, a quien no nos alcanzará la

vida para agradecerle, quien le hacía los controles pediátricos básicos de forma periódica. Él siempre nos explicaba, en el lenguaje más sencillo posible, que su patrón de crecimiento se encontraba dentro de la norma. El sentarse, luego deglutir, posteriormente gatear. Todo de manera armoniosa.

Más allá del aspecto fisiológico, la felicidad que teníamos era enorme. Su aura había generado una inmensa calma que irradiaba en todo hogar. Tenía una risa fácil, una mirada cómplice que brillaba con cada caricia o estímulo. Igualmente, lo que más resaltaba era su dulzura. En eso era igual a la madre; ese don que hizo que muchos años atrás me enamorara perdidamente de ella.

A los pocos días que la beba cumpliera cuatro meses, recibo un mensaje de texto de mi novia: "Tengo que volver al trabajo presencial. Necesitan ocupar unos cargos de relevancia en la Base y quieren que las entrevistas las realicé yo personalmente". La orden había sido tajante y ya no había más margen para evadir la responsabilidad primaria por la cual habíamos tenido la posibilidad de vivir en la Base.

Mi novia se movió con rapidez y llamó inmediatamente a sus amigas. "Quédate tranquila, conozco una chica, de confianza, que no está trabajando", le respondió con voz esperanzadora la más joven del otro lado del teléfono. A pesar que aquí la oferta de personas para trabajar no era infinita, como en la Tierra, el ser un lugar pequeño generaba estos vínculos directos e indirectos de contacto, con los cuales rápidamente se llegaba a cualquier persona Ardim disponible que quisiera trabajar.

La chica en cuestión, llegada a la Base hacía unos meses con su novio, un albañil calificado, que había preferido esperar hasta no encontrar un empleo 'que le cerrara en todo sentido', tenía un par de características fundamentales para lo que nosotros específicamente requeríamos: era respetuosa y, sobre todo, de pocas palabras.

Por ende, después de una exhaustiva entrevista y algunos días de prueba en el departamento con mi novia, comenzó a cuidar a la beba durante las horas que estaríamos fuera de casa. Igualmente, entre traslado y traslado, yo solía hacerme un tiempo para volver al hogar y controlar que todo estuviera en orden.

El tiempo pasó volando. Cuando nos dimos cuenta, estábamos realizando un modesto festejo del primer año de vida con nuestro círculo íntimo: el médico, las dos amigas de mi novia, y la niñera, vinieron al departamento a disfrutar de todo tipo de tentempiés dulces y salados. Tampoco faltó un buen vino para la ocasión. Fue un momento hermoso, donde nos invadió a todos la emoción. Más aún, cuando terminamos y los invitados se habían ido, no podía conciliar el sueño: pensaba en nuestra familia en la Tierra que no sabía de la existencia de la beba; lo que disfrutarían de esa nieta, esa sobrina, esa prima que, aunque se encontraba tan lejos, seguramente también llenaría sus corazones de felicidad.

A las pocas semanas de su cumple, la beba comenzó a dar sus primeros pasos. Ello implicaba que ya no solo el departamento nos quedaba pequeño; sino que, además, la niña necesitaba respirar otro aire, inmunizarse, conocer otras cosas. Sin embargo, el riesgo de salir a la calle y que alguien nos pudiera delatar no era menor.

Habíamos procurado no incrementar nuestro ya ínfimo círculo de relaciones, justamente para no tener que brindar explicaciones. Además, nadie querría problemas donde no los había: la mayoría de los Ardim había vivido la mayor parte de su vida en la Tierra y, seguramente, no era de su idea el volver a vivenciar algún tipo de 'inestabilidad social' – para no decir una caótica montaña rusa -, como era frecuente a miles de kilómetros de la pacífica Base. Meterse con terceros era no solo inconveniente, sino ilógico e irracional.

Aunque decidimos esperar unos días más para evaluar alguna solución viable y no estábamos para nada tranquilos, la situación se comenzaba a tornar insostenible. Y la realidad es que, para este caso en particular, no había 'Plan B': disfrutar del sol resplandeciente o jugar con los otros niños que caminaban por las veredas mientras ella solo asomaba su entristecido pequeño rostro por un inerte ventanal, era ya una necesidad para su bienestar psíquico.

Un viernes tomamos la decisión de que al otro día la llevaríamos a la plaza que se encontraba ubicada a cuatro cuadras del departamento. Le pusimos una ropa cómoda y salimos a pasear. Decidimos ir bien temprano, pensando que iba a ser un horario poco concurrido. Y así fue, en soledad, corría de un lado para el otro,

saltaba la soga, disfrutaba del columpio. Y nosotros la dejamos en libertad. Esa libertad tan soñada y que ahora, aunque minimalista, de a poco la estábamos llevando a la práctica.

Para minimizar riesgos, nos habíamos dividido las tareas; yo estaría observándola permanentemente para evitar que se golpeara o cayera de algún juego, mientas mi novia prestaba atención a las personas que circulaban, observando si alguien hacía algún ademan de extrañeza para con la niña.

A partir de las diez de la mañana comenzaron a llegar más chicos. Entonces decidimos pegar la vuelta. Igualmente, por ser el primer día, ya había sido suficiente. Nos cruzamos con algunas personas, pero la mayoría era totalmente indiferente. Solo una señora mayor, quien vive justo enfrente nuestro, la observó con cara de sorprendida cuando doblamos en la esquina del edificio. Y al llegar a la entrada principal, una pareja de conocidos que regresaba de realizar una compra en el almacén nos saludó a una distancia prudencial, al mismo tiempo que miraban de reojo a nuestra hija.

Eso fue todo. Estaba exhausta, por ende solo la apoyamos en su camita de madera – modestia aparte, hecha enteramente por mis manos -, en la cual se durmió instantáneamente. Solo se levantó horas más tarde, ya entrada la noche, excitada y feliz por lo vivido. Como broche de oro para un día especial, le preparamos su comida preferida: fideos mezclados con manteca y queso rallado.

Después de ese primer impulso, intentamos que nuestra vida comenzara a transcurrir casi con la 'normalidad de una familia tipo', tratando de realizar la mayor cantidad de actividades que sabíamos le causaban placer. Con el paso del tiempo, la llevaba a pescar conmigo a la laguna, acompañaba a su mamá a realizar las compras, como así también íbamos a pasear todos juntos con el vehículo de la empresa en la cual yo trabajaba. Era un auto cómodo para los tres y realmente tenía muy buen andar. Por suerte, después de un tiempo me lo habían dejado a cargo los fines de semana dado que mi trabajo había sido muy 'profesional'; la palabra mágica que implicaba un reconocimiento para todo aquel que, simplemente, acatará todas las órdenes y deberes sin inconvenientes ni reclamos recibidos por parte de terceros por el trabajo realizado.

Por supuesto, en ningún momento nos relajamos con los recaudos. Por un lado, si tenía algún problema de salud o se golpeaba – intentábamos que no ocurriese pero, en definitiva, era solo una niña vivaz que jugaba y bailaba todo el día -, lo hablábamos con nuestro médico amigo que se encargaba, por su cuenta, de averiguar el diagnóstico certero – en caso que exceda las variables básicas de la medicina clínica - y conseguir la medicación o prótesis apropiada.

El otro punto clave era nunca llamar la atención por nada del mundo. Ni quejas, ni discusiones, ni opiniones encontradas. Con nadie. Ello incluía a los compañeros de trabajo. Con excepción del sindicalista, mis relaciones laborales eran frugales; mientras que mi novia, prácticamente solo tenía dialogo con sus dos amigas. Creo que el apoyo que recibimos desde un primer momento, había generado una relación, por lo menos desde el punto de vista de ella, prácticamente inquebrantable. Es más, la mayor de las amigas había tenido un pequeño bebé nacido recientemente, por lo cual el vínculo se había potenciado aún más por las similares vivencias compartidas.

Aquel niño ya tenía su futuro escrito. Por orden de necesidad en el momento que nació, el gobierno de la Base realizó el análisis correspondiente y precisó que cuando este bebé fuera un joven con la mayoría de edad, se iba a requerir una persona que reemplazara a alguno de los actuales 'caseros' de las Elites. La realidad es que todas eran casas amplias con jardines, piletas, etc.; por ende, su tarea sería un servicio que no se acabaría nunca en la Base. Y aunque de los caseros actuales ninguno sobrepasaba los cincuenta años, en dos décadas varios estarían en edad de jubilarse.

Muchas veces hablamos de aquella situación con mi novia; y cada día estábamos más convencidos que habíamos obrado correctamente con nuestra hija. ¿Por qué no iba a poder elegir hacer lo que le gustara? ¿Por qué reprimir su deseo? ¿Por qué no podría elegir ser médica, ingeniera o diseñadora como el padre? Ya tenía bastante con tener que vivir en esta sociedad de rígidas desigualdades y libertades acotadas, como para no poder ser feliz a su manera.

En realidad, habíamos cometido – probablemente de manera inconsciente – una grosera omisión: no habíamos pensado en lo

más básico, el paso previo para alcanzar cualquier objetivo, aquella variable que tendríamos que haber evaluado si o si con mayor profundidad: su educación. Aquella que, por sobre todo, le permita comprender lo que le pasa y el mundo que la rodea.

Hoy en día, el saber para entender había sido totalmente desestimado: pisoteado por los paradigmas de los eruditos de la productividad y la acumulación de capital a como sea desde los confines de la ahora lejana Tierra, y cuyo objetivo unívoco es el obtener un lucro económico a través del trabajo remunerado, el 'vil metal' como meta había triunfado holgadamente, aniquilando cualquier tipo de dinámica alternativa.

Sin embargo, teníamos cierto halo de optimismo. Irracional o utópico, pero típico del ser humano que sabe que la historia siempre ha sido cambiante, nos ilusionamos con que el futuro podría ser diferente. Y aunque ya pasó mucho tiempo desde que llegamos a la Base - y lamentablemente las estructuras institucionales no se habían modificado -, en estos momentos requeríamos una solución rápida y pragmática a una problemática que se avecinaba en el horizonte: el próximo año, antes de que nuestra hija cumpliera los cinco, debería comenzar la enseñanza formal obligatoria.

Una noche, mientras pensábamos en cómo salir de este 'bretel educativo', nuestros síntomas de alarma, desarrollados ampliamente luego de nuestra experiencia en la Tierra, se activaron. Luego de que nuestra niña pusiera los cubiertos como le habíamos enseñado recientemente, nos sentamos todos alrededor de la mesa para cenar. Ella estaba como siempre muy locuaz, con muchas preguntas que demostraban una gran inquietud por el mundo que la rodeaba; su micromundo, el cual intentábamos explicarle con el mayor detalle posible, siempre acorde a su edad y a su circunscripta vida existencial en la Base espacial.

En medio de una charla sobre las casas y edificios de la cuadra en que vivíamos, tocaron la puerta. "¿Quién es?, pregunté con bastante sorpresa por la hora. "Soy el vecino del segundo piso, el del contra-frente", respondió en voz alta para que lo pueda escuchar con claridad. Realmente me extrañó; nunca él, ni ningún otro habitante del complejo, me había tocado el timbre en horas de la noche desde que vivimos en la Base.

"Perdone, no lo quería molestar, pero como sabía que a esta hora seguramente estaría en su casa, quisiera hablarle un minuto". Lo hice pasar. Apenas trasvasó la puerta, me comenzó a mirar de reojo mientras su rostro tornaba de un rosa suave a un blanco pálido. "¿Necesita ayuda? ¿Pasa algo?", continuó. Solo atiné a hacerle un ademan de ignorancia con mis labios y mis brazos.

"En horas del mediodía, se presentaron tres personas aduciendo que pertenecían a los Servicios de Inteligencia de la Base, y preguntaron por usted. Como nadie se encontraba en su casa en ese momento, me dijeron que volverían otro día. Le soy sincero, no eran Ardim que yo conocía, eran gente que nunca había visto", fueron sus secas palabras. "Le agradezco por avisarme. Por favor, solo le pido que no le comente lo que pasó a nadie", apenas pude murmurarle en un tono casi imperceptible. Se dio cuenta que algo no andaba bien. "Lo que necesite me avisa", fueron sus últimas palabras antes de retirarse. Cerré la puerta con llave.

Un *déjà vu* de escalofríos corrió por mis venas. Vino raudamente a mi mente aquella época en la casa de campo, esos días que cambiaron nuestra vida para siempre, y que en un instante se convirtió en un presagio de lo que nos podría volver a ocurrir. "Luego de cenar te cuento", le dije a mi novia con los ojos llorosos y una cara que no podía ocultar la angustia. No podíamos tener ningún tipo de conversación de este tipo delante de nuestra hija. Su cara se transformó. Su preocupación, para lo poco que duró el resto de la cena, ya era indisimulable.

Apenas la acostamos en la cama y cerramos su puerta, ambos estallamos en lágrimas. Era una bronca que rápidamente se transformó en impotencia; mientras yo maldecía en voz lo suficientemente baja para no perturbar el sueño de nuestra hija, mi novia miraba hacia el techo, como queriendo traspasarlo buscando respuestas desde el cielo. O mejor dicho, como un espejismo de nuestras metafóricas posibilidades coartadas, desde el domo de la Base.

Estuvimos unos minutos para recomponernos, para dejar de lado la emoción e ingresar en el terreno de la razón. Teníamos que idear un plan para salvarnos. ¿Importaba pensar cómo se habían enterado, o quien nos había delatado? No teníamos tiempo. Estábamos en una cuenta regresiva: volverían en cualquier momento.

La desesperación blanqueaba nuestra mente y nos obstaculizaba diseñar rápidamente algún plan de escape. ¿A dónde? ¿Cómo? ¿Sería posible esconderse en una Base de dimensiones geográficas ínfimas? ¿Podríamos salir de la Base con una niña 'ilegal', de la cual el gobierno no tenía tipo de registro alguno? ¿Quién nos creería algo con nuestro prontuario?

Eran las tres de la madrugada y seguíamos pensando. Lo único que teníamos en claro era que había que salvar a nuestra hija. La primera opción que se nos ocurrió era pedirle ayuda al médico. Era un hombre que adoraba a la niña, pero ya tenía cerca de setenta años y realmente no sabíamos cuánto tiempo podría encargarse de proveerle todas sus necesidades. ¿Las amigas de mi novia? Ya tenían su vida. Además, ¿cómo iban a justificar la existencia de aquella niña? Y aunque siempre pensamos que sería improbable, ¿si alguna de ellas había sido la traidora?

Estábamos perdidos en una encorsetada nebulosa, un callejón sin salida. Hasta que, ya casi a las cinco de la mañana, se me ocurrió la que era probablemente la última opción: aquel que al menos consideraba como una persona que había cultivado cierto tipo de amistad después de llevarlo y traerlo una infinidad de veces, de conocer su hogar, sus gustos e intereses. De sentir lo que se podría decir, 'una pizca de aprecio mutuo'.

A mi novia ya le había mencionado al líder sindical en varias ocasiones. Me escuchó atentamente, aunque desconfiada. Se dio cuenta sola que no teníamos mucho más margen de maniobra. El hombre tenía una familia bien constituida, una posición económica consolidada y, por sobre todo, un blindaje político, como miembro de la Elite, que bloquearía cualquier tipo de intromisión de los servicios secretos. Recordé entonces una antigua frase que mi abuela siempre me mencionaba cuando era pequeño, emblema de una empresa multinacional que actuaba sobre un plástico denominado en aquel entonces Tarjeta de Crédito: 'pertenecer, tiene sus privilegios'.

La misma era parte de una forma de financiamiento para pagos extinta hacía varias décadas, luego de caer en desgracia cuando se desató la denominada 'pandemia global de morosidad', la cual causó una secesión de pagos tal que hizo inviable un nuevo ciclo

de endeudamiento de las mayoritarias clases empobrecidas. Es que la lógica de vivir de prestado y pagar cada día más intereses tuvo su final abrupto cuando dejó de ser efectiva: por el mes de junio del año 2036, al mismo tiempo miles de millones de personas en todo el mundo no pudieron volver a pedir sus préstamos ya que, simplemente, si cumplían con sus obligaciones de refinanciamiento mínimo no tenían dinero para comer.

El temor a una rebelión global derivada del socavamiento de la misma lógica del propio ser, del consumo cíclico que genera placer y por ende sea el objetivo unívoco de la vida, implicó que las Elites tuvieran que tomar el toro por las astas. Sin embargo, una política represiva y el aniquilamiento de la misma mano de obra necesaria para trabajar y consumir – al menos aunque sea algo -, habría sido el final del propio sistema. Por ello, el gobierno decidió terminar con el modelo de endeudamiento y acoplarse a la política de compra coercitiva de los productos, meramente 'con los ingresos que cada uno tuviera'. Nada de adquirir bienes con potenciales ganancias futuras derivadas de un financiamiento sin respaldo.

No había tiempo que perder. Enviarle un mensaje de texto sería delatarme; estaba seguro que el teléfono de mi novia y el mío ya se encontraban intervenidos. Atiné a vestirme con lo primero que tenía, me subí al vehículo, y a las seis de la mañana estaba en la vereda de su casa. Esperaba que se hicieran las siete en punto para tocar el timbre y hablarle directamente con la verdad, sin vueltas. Estábamos entre la espada y la pared; no teníamos otra posibilidad más allá de la piedad de ese hombre. Ni más ni menos. Con sus virtudes y sus miserias. Con una decisión de vida que involucraba a su familia, su prestigio, su futuro. Nos encontrábamos a su merced, era a todo o nada. Pero no había 'Plan b'. Nosotros ya estábamos perdidos; nuestras cartas estaban echadas. Solo queríamos salvar a nuestra hija.

La transpiración marcaba el pulso de mi ansiedad, mientras el segundero de mi reloj retumbaba en mi cabeza como un símbolo de la desesperación. Siendo las siete en punto, me apersoné en la entrada de su casa y le toqué el timbre. Después de unos minutos sin respuesta, golpeé suavemente la puerta. Nada. Eran segundos, pero parecieron años. Luego con una mayor fortaleza, prácticamente

como golpes de puño que retumbaban sobre la madera. "¿Quién es?" preguntó él, con su inconfundible vozarrón. "Soy yo, tu amigo el chofer", le respondí. Solo con escuchar mi voz decrepita y angustiada, abrió rápidamente la puerta.

En seguida me hizo pasar y me ofreció algo de tomar. Acepté un vaso de agua, solo para alivianar el ardor de mi lengua cansada. "Ponete cómodo en el sillón y contame", me pidió haciendo un ademán con su brazo derecho para que me sentara. Sin mediar intervención, le conté todo, con una vorágine solo compatible con un estado de total desesperación. Más sucintamente lo ocurrido en la Tierra, pero con una precisión creciente desde que llegamos a la Base, la concreción de nuestro sueño de ser padres de un 'modo diferente', y el miedo a un castigo impensado que nos afectaría a nosotros, pero principalmente a la niña. Por ello, necesitaba una familia para ella. Su familia.

Al principio me observaba atónito. No sé si por nuestra decisión ideológica de concebir fuera de un sistema que no nos representaba, o por el mero hecho de que éramos unos inconscientes por arriesgar nuestras vidas. Era un razonamiento lógico para alguien que conocía al dedillo y había usufructuado en demasía el *Statu-quo*. Sin embargo, mi discurso entre lágrimas frenaba cualquier atisbo de interrupción; solo atinó a escucharme pacientemente hasta el final de mi larga exposición.

Al finalizar mi exposición, se quedó unos segundos sin emitir palabra, cabizbajo, con la mirada pérdida. Luego levantó su vista: "Estoy sorprendido, obviamente esto no me lo esperaba. Debo pensarlo, es una gran responsabilidad y, además, debo hablarlo con la familia". Junté mis manos con fuerza, como quien realiza un pedido a la divinidad. "No tengo tiempo. Se lo suplico, le doy lo poco que tengo, lo que me pida. Pero estoy seguro que van a llegar en cualquier momento a buscarme. Por favor, déjeme traerle a mi hija".

Mientras me observaba impávido, antes que me pudiera contestar algo más salí bruscamente de la casa, en una carrera alocada en búsqueda de mi hija. Ya había perdido el control de mis emociones. Quería verla, besarla y abrazarla. Pero, sobre todo, quería protegerla.

Llegué al departamento, hablé con mi novia y le dije la verdad: "tenemos un 'ni' de respuesta, pero estamos jugados". No había tiempo ni para discutir qué haríamos después nosotros. Cargamos en el auto todas las pertenencias de la niña, la levantamos, y le dijimos que íbamos a ir a la casa de unos amigos muy buenos que la cuidarían por un tiempo, ya que papá y mamá debían irse de viaje. Todavía media dormida, nos observó sin comprender lo que ocurría; tampoco tuvo mucho tiempo para reaccionar: en menos de cuarenta minutos, estábamos partiendo nuevamente a la casa del líder sindical.

Esta vez fue diferente. Apenas toqué el timbre, en seguida se abrió la puerta. Estaban sentados en el sillón más amplio, de cuatro cuerpos, su mujer y su pequeño hijo de seis años. Evidentemente nos estaban esperando. No hubo palabras, solo un gesto tranquilizador de su parte: un abrazo corto pero fraternal, como aquellos que me daba mi padre cuando adolecía.

Detrás de mí se asomó, de forma muy precavida, mi familia. El rostro de mi novia se encontraba demacrado, absorto y sin respuestas: como en aquellas viejas películas de guerra del siglo XX, donde los capturados se dirigen, sin esperanzas, al pelotón de fusilamiento. Mi hija simplemente mostraba su pequeño rostro con asombro, absorta por todos los elementos hermosos que había en la casa. Prácticamente no conocía otras, menos aún la obscena opulencia que representaban los hogares de las Elites.

"Pasen", nos dijo. Su esposa inmediatamente vino a saludar a mi novia y nos presentó a su hijo. "Subí con la nena a tu cuarto y mostrale tus juguetes", le indicó al pequeño. El niño la tomó de la mano y subieron lentamente por las escaleras. Mi hija solo estiró su brazo y se dejó llevar.

"A pesar de que no compartimos algunas formas de sus comportamientos, sé la clase de persona que sos; y, en el fondo, la causa por la que pelean es más que noble", comenzó su alocución el sindicalista. "También tenemos con mi esposa en claro que los niños no tienen por qué pagar o someterse a las decisiones 'erróneas o mal fundamentadas' de los padres", continuó.

No era momento para filosofar ni discutir. Sabíamos que existía una enorme contradicción entre sus palabras y el sistema

del cual ellos se veían altamente beneficiados; donde se propugnaba una desigualdad socio-económica estanca que condenaba a los hijos de los Ardim, nuestros hijos, a ser sirvientes de ellos. Pero ello no importaba en este momento, solo el preservar la vida de mi hija.

"Entendemos su posición, pero le ruego una vez más: si ustedes la pueden proteger, son parte del porqué todavía hay una luz de esperanza. Gente como ustedes son la razón por la cual vale la pena vivir, el pensar que existe un mundo mejor. Y le estaríamos eternamente agradecidos", le volví a suplicar entornando mi cuerpo hasta casi arrodillarme.

Ambos asintieron con su cabeza. Entendíamos que su silencio era un signo de aprobación. Mi novia se acercó a su esposa y le brindó algunos pormenores sobre los cuidados de la salud de la niña - tenía ciertas dificultades respiratorias, nada graves, pero que necesitaban el control de la medicación periódica adecuada -, y detalles adicionales sobre su forma de ser, sus preferencias, sus deseos. Es que no sabíamos qué pasaría con nosotros, cuanto tiempo estaríamos sin verla.

Por mi cabeza pasaban un terremoto de ideas y sensaciones. Más allá del miedo intrínseco de la situación, trate de tranquilizarme y pensar que cosas no podía olvidarme. Entonces se me ocurrió una cuestión clave que no podía dejar al azar.

"Disculpe, pero se me vino a la mente lo que pudiera pasar cuando le pregunten por ella. No se me ocurre que se podría responder", le dije al hombre que quedaría al cuidado de mi hija. La complejidad de la pregunta se contrapuso con la simplicidad de su respuesta. En lugar de centrarse en mí persona, giró su cabeza y direccionó su mirada hacia mi novia: "Quédense tranquilos, soy un miembro de la Elite. A nosotros no se nos pregunta ni se nos cuestiona", fueron sus palabras, acompañadas posteriormente con una mueca que soslayaba un halo de superioridad. Podía parecer soberbia y poco atinada; sin embargo, en aquel momento fue tranquilizadora para nosotros como padres.

No había mucho más que hablar. La esposa subió a buscar a los niños, quienes descendieron a desgano. Ellos son iguales en todas las épocas. A lo que podríamos agregar 'también a pesar de las diferencias de clase': solo quieren divertirse y les molesta que los interrumpan en el momento que están disfrutando con sus pares.

Los posteriores cinco minutos de besos con nuestra hija fueron los peores de mi vida. Mi novia se agachó y le agarró ambos bracitos. "Papi y mami se van de viaje por un tiempo. Quédate tranquila, esta familia son unos muy buenos amigos que te van a cuidar y brindarte todo lo que necesites", le habló mirándola fijamente a los ojos, tratando de contener su llanto. Creo que por su edad no comprendía cabalmente la situación, pero igualmente al vernos lagrimear, nuestra niña comenzó a llorar desahuciadamente. "Vas a ver que va a ser algo momentáneo; en un abrir y cerrar de ojos vamos a volver a buscarte para que todo sea como antes", le dije mientras la besaba en sus mejillas rosadas. Y se calmó. Y eso fue todo.

Les agradecimos una vez más al sindicalista y a su mujer. Luego nos fundimos en un último gran abrazo los tres y, sin mirar hacia atrás, salimos con mi novia por la puerta de la casa hacia el auto. Apenas nos pusimos el cinturón, otra vez se desató nuestro llanto. Diez interminables minutos mirando al suelo, totalmente desconsolados. Cuando por la propia falta de fuerzas para generar más lágrimas me recompuse, arranqué el motor. "Debemos ir al departamento a buscar lo básico para estar unos días afuera. Pensemos donde nos podemos esconder", balbuceé sin convencimiento. Una misión imposible en un lugar tan pequeño como la Base.

Llegamos en menos de media hora. Aunque todo estaba en su lugar, sentíamos el vacío en nuestro hogar. Ya no tenía ganas de vivir. Solo el instinto de supervivencia del propio ser humano, sumado a una mínima esperanza de poder salir airosos de esta situación, nos daba ánimos para preparar un par de bolsos y huir.

Eran las once de la mañana. Buscamos la ropa más cómoda, un abrigo, nuestros documentos, y algunos elementos básicos para quienes salen de su casa por unos días sin saber específicamente cuando regresar. Nos servimos un vaso de agua cada uno y nos sentamos en ambos vértices inferiores de nuestra cama. "¿A dónde vamos?", me preguntó desconcertada mi novia. "No lo sé", le respondí mientras pensaba a quién, una vez más, pondríamos en riesgo. ¿Al médico? ¿Alguna amiga de ella? Ya sería demasiado. La Base, tan pequeña como acogedora en muchas ocasiones, se había convertido en una pesadilla, un lugar sin escapatoria.

"Ya sé", dijo mi novia mientras se le iluminaba el rostro. "Busquemos algún tipo de excusa para que nos hagan un permiso de urgencia en tu trabajo que nos permita viajar a la Tierra. Podemos decir que nos enteramos que tenemos a tu mamá o tu papá muy enfermos y necesitamos salir hoy o mañana mismo hacia allá", continuó.

No era una mala idea. Mi novia ya había realizado muchos 'pedidos especiales para ausentarse' por el embarazo. Y en mi caso, con la buena voluntad de mi jefe y dada mi conducta intachable luego de tantos años, desde mi oficina podríamos dirigirnos directamente al Aeropuerto Espacial en tren – con el objeto de confundir y así retrasar nuestra búsqueda por parte de los Servicios de Inteligencia – y, de este modo, poder salir en el próximo vuelo hacia la Tierra.

Terminamos de asearnos y nos pusimos las mejores ropas para mostrar pulcritud y así pasar más fácilmente desapercibidos. Ya estábamos prácticamente listos; solo faltaba una revisión general para asegurarnos que no nos faltara nada. Mientras chequeaba una vez más toda nuestra documentación, sentí algunos ruidos en las escaleras de emergencia. Al unísono, mi novia vino corriendo desde la cocina. Nos miramos y le señalé las llaves. Moviendo la boca sin emitir sonido, le indiqué que saliéramos rápidamente sin hacer ruido. En ese mismo momento, escuchamos nítidamente el timbre del departamento. No era el mismo sonido de siempre: era un chillido que retumbaba en nuestros oídos como un sinónimo de muerte. Nos encontrábamos en un piso demasiado alto para saltar desde el balcón. No había escapatoria. Habíamos perdido.

Capítulo 2

No tengo sueño. Me gusta la soledad, pero no la de la noche. En realidad, suelo aislarme, aunque en casa siempre hay alguien dando vueltas. El jardinero, las empleadas domésticas, algún decorador de interiores. Además de mi hermano – en realidad mi hermanastro -, y mis padres adoptivos.

No me puedo quejar; es un hogar con todas las letras. No me falta nada material. Tampoco amor. Tuve una hermosa acogida desde que vivo con ellos. Y jamás hablaron mal de mis padres. Es más, siempre ayudaron a reforzar mis vagos recuerdos, dentro de lo que poco que sabían de ellos. Es que la última vez que los vi todavía no había cumplido cinco años.

Dos o tres veces les pregunté por aquel momento específico de la despedida: que dijeron que era lo mejor para mí, que nos veríamos pronto y, por sobre todo, que me amaban con locura. Mi vago recuerdo se limita a observar incrédula a mi madre mientras me abraza y llora desconsoladamente. Y al girar la cabeza, observé a mi padre susurrándole algo a mi padrastro en un costado del living. ¿Su mayor compostura en la despedida? Quien sabe, por ahí se debió al abrazo fraternal y tranquilizador de mi padrastro. La promesa de su cuidado para con mi persona era seguramente una caricia a su alma destrozada. Un gesto que les habrá permitido irse en paz.

Nunca más supe nada de ellos. Sé que previamente a su llegada a la Base, en la tierra los habían castigado por haber cometido un delito. Hasta los catorce años no me animé a preguntar por qué. 'Seguramente por algo será'; esa frase, muy común entre las Elites de la Base, me retorcía el estómago y me dejaba aún más confundida. Lo único que tengo claro es que por estas tajantes 'respuestas simplistas', las personas que conozco no se suelen preguntar por qué ocurren las cosas. Si algo pasa, diferente a lo habitual, es porque las autoridades, o la ley, así lo autorizan.

Hubo un hecho en particular, un punto de inflexión, en el que comencé a cuestionarme el pasado: fue cuando abrí la caja que mis padres me dejaron el día que se los llevaron. Esos libros y artículos, extraños en un principio, pero posteriormente fieles compañeros en mis momentos de soledad, terminaron siendo mi conexión con quienes me habían concebido.

Me embebí en algunos de los temas más diversos de las ciencias sociales, los cuales eran de un desconocimiento total, tanto para mí como para el resto de la gente que me rodeaba. Sobre todo me fascinaba la economía y la sociología: eran tópicos con análisis de sociedades imaginarias tan diferentes a la que conocía; una distopía en relación a mi vida en la Base.

Me preguntaba si mis padres habían tenido este tipo de vivencias. No lo creo; ellos había habitado hasta pasados los treinta años en la Tierra, pero la mayoría de los libros databan principalmente de experiencias del siglo pasado y principios del actual: revoluciones, derechos humanos, cambios abruptos de políticas públicas. Textos que hablaban de un mundo más justo, menos desigual, más libre.

Los primeros años de lectura me guardé para mí lo que había aprendido. Leía mucho de noche, bajo la paz que me generaba mi habitación, mi pequeño refugio. Al principio la mayoría de los textos me eran muy complicados para comprender; más aún porque no existían las temáticas referidas a las ciencias sociales en mi currícula escolar. Tenía que releerlos varias veces, como también realizarles algunas preguntas sueltas a mis padrastros y a los maestros de la escuela - muy escueta e indirectamente, para no habilitar alguna repregunta del porqué de las mismas -, para luego hilar las respuestas y, de este modo, poder dilucidar ciertas frases o contextos realmente confusos para una adolescente.

No puedo negar que tenía miedo del legado prohibido, 'oscuro', de mis padres. Pero también sentía que era tan diferente lo que leía en los libros del mundo en el cual vivía la gente que me rodeaba, que necesitaba saber más. Recién ahora, con casi diecisiete años, siento que tengo cierta comprensión de lo que aprendí con mucho esfuerzo. Por otro lado, hace no mucho tiempo comencé a dejar de lado la timidez, esa vergüenza para expresarme, para socializar. A veces me preguntaba si era una cuestión genética; luego entendí, justamente leyendo, que el entorno psico-social había jugado un papel determinante para con mi personalidad.

En este sentido, creo que un bastión fundamental para mi vida fue mi hermanastro. Él era un ser especial. Lamentablemente, lo primero que se destaca al interactuar con él es su bronca con la vida.

A los nueve años, se cayó de un columpio en uno de los clubes de campo a quienes accedíamos las Elites, con la mala fortuna que le dañó la medula espinal y le quitó para siempre la movilidad en las piernas.

No hubo forma. A pesar de contar con la más avanzada tecnología y los mejores médicos especialistas traídos desde la Tierra, no pudieron devolverle su motricidad en las piernas. Desde aquel momento, su vida se transformó en una tortura. En un mundo tan vacío de valores, donde todo era el mostrar y demostrar, la relevancia y las posibilidades económicas que conllevaba ser el hijo de uno de los sindicalistas más importantes de la Argentina se veía totalmente opacada por su mera condición física.

A pesar de ello, cuanto más se alejaba de su círculo social, el de los hijos de las Elites, más se me acercaba. Pasábamos tardes enteras en la casa jugando juegos de mesa, conversando sobre la vida en la Base, los distintos grupos de gente que conocíamos. Yo me sentía acompañada, querida y, sobre todo, protegida por mi hermanastro. Hasta los once años lo llamaba por su nombre. Pero un día, cuando una compañera de la escuela me quiso insinuar que no era hija natural de mis padrastros, le contestó, sin titubear y con inusual fiereza, que yo era su hermana y que no se le ocurriera volver a molestarme. A partir de ese momento, delante de terceros lo empecer a llamar 'mi hermano'.

Es que mi historia no era una más. Mis padrastros jamás dijeron nada sobre mis primeros años de vida. Además de que me tuvieron desde chiquita en la familia, nadie se atrevía a preguntarle nada a un miembro de la Elite. Mejor así; no sería fácil salir indemne de cualquier tipo de explicación que ellos pudieran proporcionar.

Sin embargo, siempre se rumoreaban temas por lo bajo. Es que para las Elites, la vida en la Base se basaba en disfrutar el ocio en tranquilidad, sin tener que pensar en cómo 'ganarse el pan de cada día': el trabajar y producir, eran claramente dilemas de la Tierra. Por ende, para no pocos no había nada más divertido en su extenso tiempo libre que meterse en la vida del otro.

Con cierta intermitencia, ello lo palpaba en la escuela. Mi formación, como la de todos los hijos de las Elites, se cumplía en una institución ubicada en un enorme y moderno edificio vidriado. Allí

cursábamos la totalidad del ciclo lectivo: desde el jardín hasta el secundario. Para cuando llegase el turno de ir a la universidad – aunque realmente no era necesario para los interesados exclusivamente por el dinero, dado que la 'herencia' estaba asegurada a través de la propia riqueza y la que se pudiera generar con los contactos -, quien quería podía ir a estudiar a la Tierra.

Por lo que se comentaba, para muchos solo era una forma de disfrutar de la vida lejos del control de los progenitores. Lo interesante es que allí mantenían los círculos de amistades con otros miembros de las Elites que, por supuesto, también provenían de la Base; o sea, en lugar de buscar integrarse, conocer algo diferente, su paso por la Tierra representaba el disfrutar de sus privilegios y dinero en una vida suntuosa de obscenas fiestas al límite del impune descontrol; un contexto que consolidaba aún más su estatus socioeconómico, alejado de cualquier atisbo de acercamiento con el resto de la sociedad.

El resto, diría la mayoría de mis compañeros de clase, se quedaría 'administrando' el poder y la riqueza de sus progenitores. Razones no faltaban: solo pocos lugares en Argentina eran seguros, limpios y saludables; por ende, preferían ir de vacaciones durante un corto período de tiempo a algún lugar exclusivo de nuestro país o del mundo, para luego continuar viviendo con todas las comodidades que les brindaba su micromundo de la Base.

Podría calificarme como una alumna 'normal': es que no era muy apegada a los estudios técnicos y científicos, y en la Base de todo el programa era la matemática, la física, la química, la computación o la robótica. Luego lo complementaban con materias de marketing y comercialización; siempre bajo la lógica y con eje en la acumulación de capital. Finalmente, la última arista de asignaturas era la referida al control social, con énfasis en las denominadas 'políticas de seguridad y de difusión comunicacional'.

Aunque la conjunción de todo el plan de estudios para los hijos de las Elites era la 'llave maestra' que garantizaba la mantención del *Statu-quo*, mi mente seguía puesta en las vedadas ciencias sociales: aquellas de las cuales me fui haciendo una apasionada con el paso del tiempo y la lectura. Mi estado de ánimo tenía un 'toque importante' de Jean-Paul Sartre: las cuestiones mundanas no solo me parecían

banales, sino que las sentía represivas para con el verdadero potencial que tenían los estudiantes. Cualesquiera fueran ellos: ya sean mis compañeros, los hijos de las Elites, o mismo los hijos de los Ardim, que estudiaban en otros establecimientos de la Base. Por supuesto con un esquema de estudios diferente al nuestro.

Había pasado por la puerta de una de sus escuelas un par de veces, cuando recorría la Base en el auto junto a mi padrastro. Era un edificio mucho más modesto, aplanado, construido con el material sobrante de las casas de los Ardim. Pero más allá de la diferencia abismal en términos de infraestructura, no tenía idea de su curricula. Es que tampoco compartíamos actividades como para poder charlar sobre ella - o sobre cualquier otro tema -. Es más, creo que no había ningún compañero mío de la escuela que haya tenido alguna vez interés en ellos.

Mi padrastro me decía que los Ardim no se acercaban a nosotros porque nos respetaban. Yo no lo creo: siento que en el fondo es una mezcla de bronca e indignación. O simplemente no se lo cuestionan. Y esta apreciación no la deduzco argumentando que son adolescentes a los que les importa más disfrutar de su vida en la Base – a la que pueden acceder - que las notorias diferencias de clase; sino porque, simplemente, su mente se encuentra 'formateada' para no reflexionar el por qué los otros tienen tanto y ellos tan poco – o tanto menos -. En fin, ahora si me agarró sueño. Es hora de dormir.

Hoy me toca un día aburrido. Una vez más. Como vender mejor un producto, aprender a programar para perfeccionar un sistema operativo contable, recibir una densa explicación de lo que es un rayo catódico. Mal, pero acostumbrada, como diría la célebre frase. Los dichos que leía en los libros que me habían dejado mis padres y me parecían interesantes, los anotaba y trataba de memorizarlos; es que aunque no los pudiera compartir con casi nadie, me auto percibía más sabia. Y ello no era un tema menor cuando realmente necesitaba levantar mi frecuente baja autoestima.

El viaje en el auto hacia la escuela estuvo silencioso como siempre, ojos cerrados mediante. Al estacionar mi madrastra en la puerta, ayudé a mi hermanastro a bajar y a sentarse correctamente en su silla de ruedas. Luego entramos por el portón principal y caminé llevándolo a través del enorme parque ubicado en la

antesala de la institución educativa que nos esperaba para nuestras respectivas clases de cuarto y quinto año.

Posteriormente que cruzáramos las puertas automáticas, tres chicos se nos acercaron. Eran amigos de él. "¿Cómo andas?", dijo el más alto. "¿Así que tu hermana es adoptada?", continuó el más corpulento. Como aquella vez, el rostro de mi hermanastro enrojeció. "Métanse en sus vidas. Y nunca más lo vuelvan a insinuar, ni a mí ni a nadie", replicó. Sin mediar palabra, el tercero lanzó una irónica carcajada. Inmediatamente, mi hermanastro estiró su brazo y agarró su corbata azul aterciopelada. Aunque estaba sentado, la jaló con tanta fuerza que lo tiró al piso, provocándole un corte en la cabeza. Este se levantó inmediatamente y, tomándose el cuero cabelludo, se retiró maldiciendo junto con los otros dos compañeros. "Gracias hermano", le agradecí con una enorme sonrisa. A pesar de mi pacifismo, una vez más sentí una sensación de felicidad y orgullo por la forma que me había defendido en aquel momento.

Apenas entramos a casa una vez que regresamos de la escuela, mis padrastros ya sabían lo que había ocurrido; no nos dijeron como, pero evidentemente los habían llamado las autoridades del colegio para informarles. Yo tenía cierto temor a su proceder; no por el hecho en sí, sino porque nos enseñaron desde pequeños a evitar generar problemas con nadie. Sin embargo, mientras mi padrastro me preguntó como estaba, mi madrastra se acercó a la silla de ruedas y, con un fuerte abrazo, lo felicitó por su actitud. "Estamos orgullosos de ustedes", fueron sus siguientes palabras al unísono. Nos miramos con mi hermanastro y nos entregamos una sonrisa cómplice.

Luego subí a mi habitación a dejar la mochila. Me tiré en la cama y comencé a reflexionar sobre lo que había pasado hoy. Yo siempre sentí cierta lejanía de parte de algunos de mis compañeros de curso, pero pensaba que se encontraba relacionado con mi falta de compromiso con el grupo por mi timidez, mi falta de apego a los actos de demostración, mi indiferencia ante la banalidad reinante entre los jóvenes pertenecientes al mundo de las Elites.

Pero era la segunda vez que ocurría. ¿Había algo más? ¿Cómo sabían que yo era una chica adoptada? ¿Serían los hijos de quienes habían delatado a mis padres más de una década atrás? ¿El rumor

se había expandido por varios círculos de las Elites de la Base, pero nadie se animaba a acusar a mi padrastro? Comencé con mi frecuente cosquilleo intenso en el abdomen, siempre presente en momentos de preocupación. Es que más allá de la intriga que me causaba el cómo se habían enterado, lo que más me inquietaba ahora era el futuro. Debía tener mucho cuidado. ¿Y si me volvían a preguntar? No negar la acusación no solo podría traerme enormes inconvenientes, sino también para mi familia adoptiva. Los quería demasiado para que les ocurriese algo.

Por otro lado, avalar una mentira podría potenciar el interés por mi historia. Y llegaríamos a un mismo lugar, juzgamiento y castigo para mis padrastros; destino incierto para mi hermanastro y para mí. Y porque no, más reprimendas para mis padres naturales. Aunque no sepa a ciencia cierta si siquiera se encuentran vivos.

En los meses subsiguientes nadie volvió a tocar el tema. Ni mis propios compañeros de clase prácticamente me dirigieron la palabra. Era todo muy extraño, porque más allá del escarmiento que les dio mi hermanastro, la falsedad era moneda corriente. Por ende, suelen disimular las cuestiones que molestan; en este caso, deberían haberse dirigido hacia mi persona 'como siempre'. Y yo, hacerme la que nada había ocurrido. Principalmente porque la teoría aprendida en el aula y en cada casa de las Elites era que nunca sabíamos a quienes podríamos necesitar recurrir a futuro para pedirle algún favor.

Una de las pocas cosas que valoraba de la escuela – y más en esta circunstancia – era la estrecha y linda relación que tenía con una compañera; a quien, con el correr de los años, me animé a llamarla amiga. Los libros me habían enseñado que la palabra amistad era especial, ya que implicaba un gran compromiso con la otra persona. No se podía nombrar en vano: tener un amigo significaba estar en todo momento, en las buenas y en las malas.

A pesar del individualismo, todavía existían ciertos atisbos de simpatía y aprecio por alguna persona que uno consideraba 'especial', probablemente arraigados de nuestra historia argentina. Recuerdo un libro que explicaba que la nuestra era una sociedad con raíces latinas, donde el cultivar la amistad era parte de lo que nos solía hacer felices. A pesar del paso del tiempo, la cultura es algo difícil de borrar.

En este aspecto, la idiosincrasia y los valores como nación han permitido que muchas comunidades pudieran mantenerse vivas con el correr de los siglos, inclusive a pesar de la opresión ejercida: un claro ejemplo fue la persecución por parte de 'Generalísimo' Francisco Franco sobre el pueblo catalán durante gran parte del siglo veinte.

Será que nos acercamos mutuamente porque mi amiga también era callada – y creo también reservada -, como yo. Con bastante asiduidad, Íbamos y veníamos intercaladamente de una casa a la otra. En ese sentido, mi madrastra no tenía problemas. Ella, aunque no era muy demostrativa en cuanto al cariño que me brindaba, siempre trataba de complacerme y verme bien. Y no era porque no era su hija natural: con mi hermanastro era igual. Evidentemente, era parte de su personalidad.

Su madre había heredado el imperio farmacéutico de su abuelo, el más importante del país. Era parte de la Elite vinculada a la economía real, aquella que había perdurado a lo largo del tiempo. En realidad, casi todos los miembros de las Elites habían heredado su fortuna y posición social: hijos, familiares, o amigos íntimos siempre quedaban en los cargos políticos y sindicales de mayor relevancia, a cargo de las empresas, los medios de comunicación, las corporaciones tecnológicas y militares, y, por supuesto, la justicia. En este aspecto, las teorías socio-económicas más relevantes esbozadas a principios de este siglo XXI habían acertado: lo más importante para acumular capital económico y político era el legado recibido. A consecuencia, las Elites se habían tornado una casta inexpugnable.

Los únicos que en su momento descendieron a las clases de soporte o a niveles aún menores, fueron aquellos que pertenecían a las Elites financieras o los tenedores de monedas virtuales sin respaldo estatal, y que no reconvirtieron sus activos a tiempo para trasladarlos a la economía real. Un libro basado en informes secretos de balances bancarios y otras entidades financieras globales, detallaba minuciosamente como los bonos, los títulos públicos y las criptomonedas tuvieron su hecatombe luego de la 'Guerra de las mil Pandemias' de mediados del corriente siglo XXI, donde los virus se multiplicaron sin nunca conocerse el origen, y en la cual

fallecieron millones de personas antes que pudieran, luego de una gran disputa entre los países ricos, encontrar la cura.

En la misma, quedó expuesto que en el fondo y a fin de cuentas, el propósito ulterior de la economía financiera nunca debió separarse de su lógica facilitadora, del acompañamiento a las industrias que realmente valían la pena, las que podían cambiar - para bien, supuestamente - las vidas de las personas (en aquel momento medicinas, vacunas, tomógrafos, respiradores). Todo lo que había salvado a la humanidad era lo palpable, lo tangible. No la multiplicación del dinero en papel, los intereses espurios de las tarjetas de crédito, o las meras promesas de pago – muchas veces incumplidas - luego de apretar un botón de un dispositivo digital.

Sus padres prácticamente nunca estaban en su hogar. Según me había comentado ella, les encantaba pasear por los mejores lugares de la Tierra. Alrededor del mundo todavía existían algunas geografías con paisajes bellísimos para recorrer, mares para navegar bajo los rayos del sol, y espacios donde disfrutar de una buena comida – una vez, con mucha discreción, me mostró una foto de los padres cenando salmón ahumado en un hotel de lujo ubicado en una playa paradisiaca del Océano Pacífico -.

Aunque por otro lado, también me había comentado que, lamentablemente, los sitios donde hospedarse para visitar eran cada vez más escuetos: no solo porque por su exclusividad requerían de mayor seguridad – en muchos casos parecían guetos inaccesibles para quienes no pertenecieran a las Elites – sino que además el cambio climático había destruido, erosionado o contaminado la naturaleza de la mayoría de los lugares donde se encontraban emplazados.

Un día le pregunté, mostrando simplemente un halo de curiosidad, sobre el negocio de su padre. Mi amiga era callada, pero cuando entraba en confianza, como conmigo, hablaba de todo. Me comentó que aunque en la familia no se hablaba mucho del tema, había un amigo de ellos, otro miembro del oligopolio farmacéutico nacional, que venía seguido a casa a cenar y solía contar todo tipo de historias luego de emborracharse.

No tenía ningún empacho en mostrarse de este modo, ya que tampoco tenía 'obligaciones sociales': sin importar el estado físico

o psíquico en el cual se encontraba, su chofer lo llevaba a cualquier hora a su casa, donde nadie lo esperaba. Había decidido no tener ningún tipo de relación emocional o amorosa duradera y, según el mismo contaba a viva voz en alguna sobremesa, contrataba mujeres para su satisfacción sexual cada vez que iba a la Tierra. En la Base solo se dedicaba a descansar, jugar al golf, y comer en abundancia.

En una de esas noches donde se había pasado de copas, su falta de inhibición lo habilitó para contarle a mi amiga la historia de su padre. Que en realidad comenzaba con la historia de su abuelo materno: miembro de la Elite judicial por ser hijo de un magistrado de la Corte Suprema de la Nación, consiguió un contrato de exploración en la Antártida, unas décadas antes de la guerra con Australia. Unos científicos, quienes lo acompañaron en el viaje, le habían asegurado tiempo atrás que allí había recursos que podrían cambiar la historia de la humanidad.

Como muchos, lo único que necesitaba era dinero para dar el gran golpe. No fue difícil: un 'amigo' de la Elite política, quien gracias a su padre había evitado la cárcel – a pesar de que todo el país sabía que el caso de corrupción era irrefutable -, le había facilitado todo el financiamiento que se requería para semejante empréstito.

Una vez en la Antártida, realizó una explotación ilegal – ya que teóricamente, en aquel momento el continente blanco solo podría ser foco de proyectos de investigación para el 'bien colectivo de la humanidad' - en una de las áreas más codiciadas cercana a una de las bases argentinas. Allí encontraron algún tipo de 'elemento químico' (el cual él no sabía explicar muy bien que era) nunca antes descubierto que, posteriormente a ser trabajado por los equipos de investigación de la empresa farmacéutica que creó apenas regresaron al continente, permitió desarrollar una cura para una diversidad de afecciones pulmonares; un escenario que se había tornado moneda corriente, ya que dado el estrés, la mala alimentación y la contaminación medio ambiental, las enfermedades, en lugar de retroceder dados los avances tecnológicos, se habían multiplicado – sobre todo en las mayoritarias clases medias y bajas – en todo el mundo.

Lamentablemente, la utilización del monopolio solo sirvió para potenciar las inequidades. Precios solo accesibles para las Elites

y sus clases de soporte – que por supuesto deberían encontrarse sanos para que los asistan en la reproducción del capital -, y ventas segmentadas hacia el resto de la sociedad. Y para cerrar el círculo de la perversión, habían logrado que el gobierno aprobara la 'ley de compra directa': si por intermedio de la farmacia, a las clases medias, los pobres y los excluidos no les alcanzaba el dinero para pagar el tratamiento, podían ir directamente a las sedes disponibles de la empresa con los bienes que poseían. Y un comité evaluador decidía si lo poco que tenían les alcanzaba para comprar al menos algunas dosis de la medicación.

No solo el patentamiento de varios medicamentos lo hizo monopolizar gran parte del mercado llevando a la quiebra a los pocos laboratorios pequeños del rubro que todavía quedaban, sino que además se aseguró que la justicia (o sea él mismo junto a sus colegas/amigos) modificara la ley para que la exclusividad de las patentes se extendieran por una centuria, con el consecuente que nadie pudiera a posteriori imitarlas para su producción y venta salvo previa autorización del gobierno de turno – del que como miembros de la Elite él era siempre parte -; supuestamente ello era para asegurar las 'buenas prácticas técnicas' de la potencial empresa competidora, como así también su 'aptitud jurídica y financiera'.

Sin embargo, la realidad es que lo que derivaba de aquello era más que claro: del modo descripto, el abuelo de mi amiga se aseguró prácticamente una más que interesante rentabilidad '*in eternum*'. Y su padre, luego de casarse con su madre, quedó como el único administrador de la corporación. Conclusión: hasta el día de hoy, se dedican a usufructuar la ingente riqueza proveniente del imperio económico creado décadas atrás.

Con su relato, quedé anonadada. No porque no le creyera, sino porque, por un lado, sus padres eran personas dulces y siempre habían sido muy atentas conmigo. Segundo, porque en la Base estaban a disposición todos los medicamentos, con descuentos del setenta por ciento para los Ardim. Pero, sobre todo, lo que no podía creer era semejante nivel de desconsideración hacia la mayor parte de los argentinos que vivía en la Tierra; hombres y mujeres sin otras posibilidades, los cuales se jugaban la vida ante una necesidad imperiosa en su salubridad. ¿Qué pasaba por sus cabezas? ¿Por qué

el gobierno no hacía nada ante semejante barbarie? La única forma de darle lógica a aquella situación era pensar que, para las Elites políticas y económicas, lo que le ocurriera al resto de la sociedad poco les importaba.

El relato fue un punto de inflexión en mi vida: desde ese momento, prácticamente dediqué mi tiempo libre casi por completo a leer los libros que había heredado de mis padres. Quería comprender más y en profundidad el deseo humano, la puja de intereses permanente, la avaricia y la deslealtad. Hacia el prójimo y hacia uno mismo.

Quería tratar de adentrarme en la mente de los gobernantes que, contrariamente a su juramento de proteger y servir a todos los ciudadanos – sobre todo a los más desvalidos -, velaban en realidad por cumplir con los deseos propios y de sus círculos íntimos. Deseaba entender la lujuriosa vida de las Elites económicas; por ello comencé a estudiar la obscena reproducción del capital con la complicidad de las Elites políticas, que habían generado un ensanchamiento exponencial en la brecha entre ellas y el resto de la sociedad que trabajaba y producía, directa o indirectamente, para sus egoístas intereses.

No lo podía quitar de mi mente y, con el correr de los días, encontraba ejemplos similares en diversos aspectos de la vida cotidiana en la Base; específicamente, hechos puntuales que resaltaban las diferencias de clase entre las Elites y los Ardim.

La lectura, el aprendizaje y el conocimiento, no lo compartía con nadie. En la escuela parecía que a nadie le interesaba; inclusive ni a mi propia amiga. Era lógico: sin información ni educación sobre ciencias sociales, era imposible que alguien se sienta atraído por cuestiones que podrían parecer desde extrañas hasta banales.

Pero yo quería compartirlo. Necesitaba hacerlo. Me di cuenta que lo que me guardaba, me terminaba haciendo daño. Procesaba las injusticias con bronca, lo que me generaba más angustia y dolor. Y ello se perpetuaba en un círculo vicioso, una bomba de tiempo, la cual sentía que urgía desactivar lo antes posible; tenía que evitar que explote en mi propio ser.

Una noche desvelada, se me ocurrió empezar por lo más básico. Aglutinar voluntades desde lo más práctico, lo que podría ser plausible. Contarles, a quien quisiera escuchar, algunas ideas para mejorar la vida en nuestra pequeña comunidad de la Base.

Había leído hace no mucho tiempo de la importancia que tuvieron los centros de estudiantes durante el siglo pasado, los cuales se habían establecido para defender los derechos de los cursantes en pos de una pluralidad en el aprendizaje y mejores condiciones edilicias, entre otros. Pero tengo entendido que los prohibieron hace ya mucho tiempo en la Tierra ya que, para las Elites, 'eran las semillas de la subversión'.

Un día, sin decirle nada a nadie, me llevé una mesa y una silla plegable a la escuela. No llevaba ninguna pancarta o insignia. Solo me senté en la puerta, esperando ver si alguien se interesaba en preguntarme que me ocurría. En caso de que alguna persona se detenga, pensaba en comentarle que simplemente buscaba que los directivos nos escucharan para realizar ciertas mejoras puntuales para que pudiéramos estudiar mejor, como por ejemplo el poder adicionar algunas materias sociales a la curricula. ¿El objetivo superador? Comprender mejor a los habitantes de la Base, sus necesidades y deseos. Y en adición, subyacía para mí inquietud una prueba antropológica de respuesta social.

No me sorprendí cuando la mayoría pasaba por al lado mío y ni giraba la cabeza para observarme. Otros me dirigían la mirada con cierta extrañeza, no comprendiendo mucho el porqué de mi estadía allí. Solo un docente me preguntó que hacía; a lo que le propicié una respuesta lo más breve y concisa posible. Solo atinó a decirme un corto "está bien", para luego retirarse. A los pocos minutos llegó el responsable del establecimiento y otra vez me preguntó lo mismo; mi respuesta no varió. "Pase por favor a mi despacho para que hablemos 'más cómodamente' sobre la temática", sentenció con voz neutra y mirada furtiva.

Accedí casi sin opción; guardé la mesa y la silla en un costado, y me dirigí con él a su oficina. Su escritorio, un par de sillas y su computadora, relucían ante los brillantes rayos de sol que ingresaban por la ventana. "Siéntese por favor", me dijo señalando una de las sillas mientras cerraba la puerta. Inmediatamente, cambió la

musculatura de su facie. "Nunca más vuelva a repetir lo que hizo, 'no es correcto'. Cualquier problema que tuviera con la institución, háblelo conmigo", continuó elevando su voz ronca.

"No tengo nada contra la escuela ni contra nadie en particular, muchos menos con usted en su rol de Director de la escuela; simplemente quería comentarle mi postura al resto de los alumnos y que, entre todos, podamos realizarle una propuesta para que pueda evaluarla y, de ser posible, se tomen algunas medidas que nos pudieran beneficiar a todos", le respondí con la mayor serenidad que pude. Que mejor, pensé dentro de mí, que la conciencia social, perimida en la Tierra hacía décadas y bloqueada en la Base, se pusiera sobre el tapete dentro de un marco académico y científico racional.

"Las cosas no tan fáciles, todo se debe discutir en el Consejo Directivo. Pero le repito, nunca más vuelva a hacer lo que hizo", me respondió con bronca y firmeza hasta provocar el nítido resaltar del rojo en sus venas oculares. Sinceramente, la contestación me generaba más asombro que temor: ¿cómo era posible que un Ardim, como era el caso del Director, no quisiera ni siquiera evaluar discutir conceptos societales básicos tales como la justicia y la igualdad? ¿Será que solo le interesaba cumplir con su único objetivo profesional de por vida, el servir a las Elites?

Quiero creer que no es así. Una de las respuestas que se me ocurría en este momento es que aquel hombre de mediana edad y rasgos curtidos, tenía miedo. Simplemente miedo. Miedo a que lo tilden de cómplice o inútil y, como consecuencia, sufrir una reprimenda imprevisible, tal como les ocurrió a mis padres: un destierro que lo obligue a abandonar la Base, la cárcel, o mismo la muerte.

Pero por otro lado, pienso también que podría ser un convencido de lo que seguramente le habrán dicho las Elites: nada de problemas en la escuela; las cosas son así y punto. Y esta realidad es lo mejor para todos, tanto para las Elites como para los Ardim. ¿Será una cuestión de evitar las tensiones sociales para mantener la paz social a como sea? ¿O el evitar cualquier atisbo de cuestionamiento es declamado la mejor manera de que todos pudieran disfrutar de una buena calidad de vida? Lo único seguro era que, de este modo, se cimentaba aún más el *Statu-quo*. Y ahora que lo pienso, probable-

mente como él había muchos otros Ardim que, en mayor o menor medida, vivencian situaciones similares cotidianamente.

"Ok", fue mi respetuosa y escueta respuesta. Salí de su oficina y me dirigí hacia la puerta de la escuela, donde había dejado todas las cosas que había llevado. Luego de recogerlas, me dirigí hacia el aula. Dado que la hora de clase ya había comenzado, solo mis pasos solitarios generaban un tenue sonido por el largo pasillo. Sin embargo, luego de pasar varias intersecciones de aulas, escuché la apertura de una de las puertas. Se notaba que la persona había salido raudamente por la velocidad que le imprimía a sus pasos posteriores. Unos segundos después, percibí un suave chistido. Era mi amiga. "Acompáñame al baño", me dijo mientras me agarraba del brazo suavemente.

Cerró la puerta y se aseguró que no hubiera nadie. "Nunca más vuelvas a hacer lo que hiciste. Ni lo de hoy, ni nada que te pueda hacer 'subir el perfil'", suplicó con una facie de preocupación mortuoria. "¿Me podes explicar por qué?, le retruqué con asombro.

Luego prosiguió con un enunciado que me heló la sangre: "todos saben que no sos una hija natural de las Elites, que tus padres biológicos eran unos Ardim que los habían expulsado de la Base, y por ello vos ya tenés un 'prontuario de sangre'. Es por eso que te pido que te mantengas en silencio y pases desapercibida. Porque de lo contrario, no se sabe en qué puede derivar todo esto. Podés pasarla realmente mal".

Me quedé perpleja unos segundos. "Vamos a la clase, después seguimos hablando", continué. Mientras caminamos juntas hasta la entrada de la misma, pensaba qué gran signo de valentía fue haberme alertado en aquel momento. Cuando llegamos, ella me hizo una breve seña con su cabeza para que ingresemos juntas. Golpeamos la puerta y nos adentramos rápidamente. Hubo una mirada colectiva socarrona, propia de un grupo de adolescentes. El docente nos pidió que nos sentáramos. Desde ese momento, solo quería que pasara el tiempo para irme.

El regreso a casa fue a paso lento. Una fuerte angustia embargaba mi pecho; necesitaba hablar con alguien, cualquiera que pudiera ayudarme a sobrellevar estos cuestionamientos personales y sociales. Había leído algo de psicología en los 'resúmenes

simplificados para no profesionales' de Freud y Lacan que me habían dejado mis padres, y recuerdo que me sentía anonada con los párrafos referidos a la persecución que sufría la disciplina por haberse considerado un caldo de cultivo para con el propio 'auto cuestionamiento', un trabajo de introspección cuyas consecuencias podían derivar en altas 'dosis de subversión'. Es que, como el resto de las ciencias sociales, cualquier método de estimulación del pensamiento se contraponía contra el adoctrinamiento promovido desde los medios de comunicación paraestatales con las 'supuestas verdades' - las cuales decían y se desdecían, sin ningún rigor científico y según los intereses creados -, para que las mismas queden impregnadas de manera indisoluble en las mentes de las personas.

Apenas llegué fui directamente a la habitación de mi hermano, quien se encontraba en casa dado que hacía unos días se sentía mal, como engripado. Luego de subir rápidamente las escaleras, toqué la puerta que se encontraba cerrada. Sin esperar que termine de decirme que pasara, ya estaba adentro. Me urgía desahogarme. Él se encontraba apoyado en el respaldo de la cama, jugando con la consola de juegos. "¿Te pasa algo?", me preguntó apenas observó mi cara desvaída.

Me senté en la cama junto a él y le comenté todo lo que había pasado. Luego de escucharme atentamente, tomó una actitud hermosa: "Es lógico que estés angustiada, no solo por las reacciones y el ocultamiento, sino porqué además el hecho puntual se te debe entremezclar con la incertidumbre de no saber qué ocurrió con tus padres, revolver un pasado inconcluso que seguramente duele. Y mucho. Solo te puedo decir que cuentes conmigo para lo que necesites, te apoyo incondicionalmente". El resto fueron abrazos y mis lágrimas incontenidas que derramaban amor puro hacía él. Ahora sí podía afirmar que, con mi hermanastro, nunca más me sentiría sola.

Una vez que sequé mis lágrimas, me animé a ir un poco más allá. "¿Qué te pareció la idea en sí? ¿Te gustaría que haya cambios en la escuela?". Bajo un silencio tenaz y sin levantar la mirada, el rostro de mi hermano se fue transformando lentamente. "Lamentablemente no te voy a poder ayudar. Más allá del motivo,

el cual lo tendría que evaluar, mi imposibilidad de caminar ya me generó muchos rechazos de los chicos. Llevo años tratando de ser incluido dentro de algunos grupos en la escuela como para que cualquier hecho 'disruptivo' me vuelva a llevar al ostracismo social", balbuceó. Luego de lagrimear, retomó fuerzas y prosiguió: "Y te voy a decir algo más. Amo a papá y a mamá. No quiero que lo que te pasó trascienda y afecte a la familia. Cuidate y cuidanos, por favor", fue su frase final.

Solo podía pensar en lo contradictorio de su vida; encima de que gran parte de sus amigos le dieron vuelta la cara después de un doloroso accidente, él mismo fue quien tuvo que 'rebajarse' y buscar su 'aceptación'. Estos comportamientos que yo consideraba arcaicos e inmorales, lamentablemente eran moneda corriente en la Base. El mostrar, la apariencia y el 'poder animarse a todo', eran sinónimo de un sistema elitista. Y lo peor de todo era que la exclusividad también invocaba a la 'belleza exterior', aunque sea solo a través de un 'envase' que no reflejara realmente el valor de la persona; en este caso, un gran ser humano como es mi hermanastro. "Gracias por todo", fueron mis últimas palabras antes de irme a descansar.

El que mi historia no fuera solo sabida por los miembros de mi familia de adopción era de por si un problema. Que se potenciaba porque me obstaculizaba para con el desarrollo de mis otras ideas, que nada tenían que ver con mi estatus de adoptada, sino con el tratar de mejorar la calidad de la educación en particular, y de la vida en general. Pero ahora que lo pienso, ¿el haber nacido Ardim y cuestionar a las Elites, sería un vínculo relevante para la visión desde el afuera? Aunque realmente yo era parte de la Elite y tenía una muy buena calidad de vida, ¿no pensarán que estoy resentida por ser adoptada y quiero encontrar falencias en nuestra infraestructura educativa y el formato de las clases a propósito? O peor aún, ¿creerán que luego voy a querer cambiar los programas que estudian los Ardim, flexibilizarlos hasta convertirlos en la subversión misma?

La cena solía ser a las nueve de la noche, pero mi madrastra habituaba a terminar de preparar la mesa y agregar algunos condimentos a las verduras un rato antes. Aproveché y bajé de mi habitación un rato antes para hablar con ella a solas. A eso de las

ocho y media, me acerqué a la mesada de la cocina y me senté en la silla más próxima. "Me gustaría hablar con vos". Se dio media vuelta, asintió con su cabeza y, más tranquila que cuando hablé previamente con mi hermanastro, volví a repetir toda la historia de lo ocurrido durante el día. Se limitó a escucharme con un dejo de incredulidad, sin hacer comentario alguno durante mi relato. "Mañana, cuando regrese tu padrastro de la Tierra, vamos a hablar con él sobre el tema", atinó a decirme sin dejo de responsabilidad alguno.

Obviamente que buscaba que mi padrastro diera su opinión. Su vida siempre había girado alrededor de él. No solo lo admiraba, sino que le había delegado la potestad de decidir todo lo que tuviera cierta relevancia, trascendencia o compromiso emocional. No era que no me amara; sino que, simplemente, se limitaba a disfrutar de la riqueza: ir de compras, salir a comer con las amigas, transitar horas de ocio en el gimnasio. Algo que era común entre los miembros de las Elites. Sin embargo, por lo que había observado toda mi vida –aunque de lejos -, era algo infrecuente entre los Ardim. Ellos estaban obligados a trabajar todos, sin excepción. Era su deber ser, por el cual habían sido traídos desde la Tierra. Lo sabían, como también tenían bien en claro que sus hijos y la futura descendencia tendrían un rol coercitivamente asignado por el gobierno de la Base.

Apenas me levanté, escuché la voz de mi padrastro. Había adelantado su viaje y arribado en la última aeronave anoche. Mientras me lavaba los dientes, escuché que estaban conversando entre ellos. No pude comprender bien sus palabras porque me encontraba lejos, pero estaba segura que estaban dialogando sobre mi planteo. Bajé a desayunar, los saludé a ambos y comencé a untar mi tostada como si nada pasará.

En ese momento, mi padrastro me dirigió su mirada: "Quisiera hablar con vos, ¿te parece a la noche charlar tranquilos antes de cenar?". "Seguro", le respondí antes de agarrar la mochila y salir caminando hacia el colegio. Sin grandes expectativas, pero con una luz de esperanza, pensaba que su sapiencia y experiencia me ayudarían en esta búsqueda de respuestas tan personal. Y como leí en las notas de periodismo político de principios de siglo era, en definitiva, quien tenía 'la lapicera' del poder del dictamen final en términos de fortalecer o debilitar mi propuesta.

Durante el día traté de abstraerme de la situación, pero me fue imposible. Además, tenía muchas dudas sobre la manera que debía moverme de aquí en más. Diversas ideas circulaban por mi cabeza: ninguna realmente viable o asequible en el corto plazo; menos aún en soledad y sin apoyo. Realmente no podía elaborar nada racional ni plausible. Por ello, solo esperé que pasara el tiempo para volver a casa. A eso de las cinco de la tarde, ya estaba viendo videos de música en el del living. Solo faltaban un par de horas para que mi padrastro regresara.

Llegó un poco antes de las siete. Mi madrastra estaba afuera – realmente no sabía dónde, nunca le preguntaba y pocas veces me comentaba que hacía -, y mi hermanastro, que todavía continuaba recuperándose de su afección, seguía encerrado en su habitación. La empleada siempre dejaba el café con sus medialunas preferidas cerca de su sillón favorito, como para que, apenas se acomodara una vez que entrara a casa, disfrutara en tranquilidad de su merienda.

Yo solo atiné, luego de que me saludó, a seguirlo ansiosamente con la mirada. Se quitó los zapatos para ponerse cómodo y, muy relajado, me dijo: "no te hagas problema por nada". Luego de un silencio que se alargaba mientras deglutía su primera medialuna, levantó sus ojos y me observó atentamente. Creo que se dio cuenta que sus palabras eran insuficientes. Por ende, decidió continuar: "ya hablé con quien tenía que hablar. Nadie te va a decir nada, quédate tranquila". Y redirigió su cabeza hacia el televisor.

Sus palabras me generaban tranquilidad, al menos por el tema de la adopción. Como no dijo nada más, de lo otro preferí esperar a que las cosas 'se enfriaran', para volver a tocar el tema. Sin embargo, cuando me estaba levantando del sillón, volví a escuchar su voz: "no quiero que insistas con ningún tipo de ideas que se aparten de las normas de la escuela". Lejos de ser un punto suspensivo, fue un punto final. A diferencia de cómo era generalmente con 'su nena' – afectuoso, consejero, contemplativo con mis deseos -, esta vez fue categórico. Evidentemente, una fuerza macro, propia de la lógica estructural de la Base, excedía el seno de mi hogar. Y ello implicaba que estaba sola. El micromundo que soñaba generar, rápidamente se estaba desmoronando como un castillo de arena entre mis dedos.

La semana transcurrió sin novedades. Me sentía deprimida, desganada. A la monotonía habitual – sobre todo porque casi todos los días se encontraban repletos de asignaturas referidas a la 'educación para la conducción', las cuales explicaban básicamente como manejar a los Ardim -, se le adicionaba la decepción potenciada por días enteros de reflexión sobre la falta de apoyo familiar. Por ello, a las cuatro en punto del viernes y con el único estímulo de no tener que regresar al otro día, tomé mi mochila y salí caminando hacia casa.

Luego de haber transitado solo una cuadra, un chico de mi edad se me acerca. Extrañamente, nunca lo había visto en la escuela. Tampoco en los círculos que solía moverme con mi familia. ¿Será Ardim?, pensé rápidamente para mí. No, difícil, fue la rápida conclusión. Es que era muy, pero muy raro, que nos 'mezcláramos' con ellos en algún sitio; como así tampoco solían acercarse sin ningún motivo previo de relevancia. Ello derivaba, increíblemente todavía a finales del siglo XXI, a que circulaban historias 'mitológicas' de violaciones y otras vejaciones de hombres Ardim a mujeres de las Elites; algunas con connotaciones que parecían sacadas de novelas estadounidenses del siglo pasado – como la afamada 'Matar a un ruiseñor' -, donde hombres de piel negra eran acusados sistemáticamente de violar a mujeres de piel blanca. En aquel entonces, en muchas ocasiones la denuncia enmascaraba un incesto – con violencia de género incluida - en el propio seno familiar. En el caso de la Base, ni eso. Solo formaba parte del folclore discursivo de las aburridas Elites, con algún caso paradigmático con muchos claro-oscuros.

Recuerdo que hace unos años, un muchacho Ardim fue acusado de abuso sexual, luego de que una joven de diez y siete años, hija de un prominente empresario metalúrgico de las Elites, dijo haber sido abordada en la calle por un hombre de unos veinticinco años que manejaba un vehículo pequeño, color gris oscuro. En palabras de la joven, el hombre la agarró por la fuerza, la subió al auto, le tapó los ojos con una venda y, luego que la amenazará de muerte, condujo unos veinte minutos antes de frenar el auto y obligarla a tener relaciones dentro del mismo. Luego la llevó hacia una zona descampada cercana a la autopista; allí le dijo que se

bajara y esperara diez minutos para sacarse la venda. Y que nunca le contará nada a nadie sobre lo sucedido.

El principal acusado fue apresado inmediatamente, según concluyó un rápido estudio de ADN. Y hasta el día de la fecha, nunca más se supo nada de él. Sin embargo, meses después se supo que este joven Ardim era el hijo de la maestra particular de matemáticas y física de la hermana de la damnificada. Y antes de que la madre del acusado también desapareciera, había esparcido un fuerte rumor por los barrios de los Ardim: su hijo, a pesar de que ella le había rogado en varias ocasiones que no lo hiciera, insistía con llevar adelante un 'amor prohibido' con una chica de las Elites. Pocos días antes de ser incriminado, le había contado a su círculo de amigos que se había cansado de esconderse de la familia de su novia y, finalmente, decidió dejarla. Sin embargo, la joven se negaba a terminar el noviazgo. Y le había dicho que si la 'abandonaba' – habría utilizado aquella palabra determinante -, iba a 'pagar las consecuencias'.

"¿Hola, cómo estás?, mucho gusto. Creo que no me conoces, soy un Ardim. Mi papá es el encargado de una de las proveedurías de nuestro sector", se presentó con voz sumisa y una mirada de cierto temor. Era habitual para los jóvenes, de ambos lados de la Base, presentarse diciendo quienes eran sus progenitores; ¿el objetivo? creo yo que solo buscaba reforzar el estatus, la clase, la pertenencia. Inútil para generar confianza en cualquier tipo de relación desde un primer momento. Pero me pareció oportuno devolverle el saludo de manera cordial y tranquilizadora: "Hola, mucho gusto, en que te puedo ayudar", le respondí con una tenue sonrisa.

Tomó aire y comenzó su alocución, sin prisa pero sin pausa: "No sabía si venir a verte, me costó animarme. Pero bueno, aquí estoy". Al ver que lo observaba atento, respiró hondo y continuó: "Uno de los docentes de educación física de tu escuela te filmó mientras estabas sentada en la puerta. Y como también da clases de táctica y técnica de fútbol para los Ardim – un histórico elemento de entretenimiento que se había reflotado en la Base para mantenerlos ocupados y felices -, tengo un contacto asiduo con él. Luego del entrenamiento del miércoles, nos citó a todos los jóvenes y nos dijo que tenía que mostrarnos algo, con la promesa

que no lo difundamos. Solo que pensemos en aquellas ideas que proponía la chica del video". Me observó asombrado: no podía entender mi sonrisa; una sonrisa que significaba una victoria, mi primera pequeña victoria. Un miembro de los Ardim había cortado, al menos por un momento, el vínculo de desconfianza – y subordinación - con las Elites.

"En definitiva, vine porque quisiera, a través tuyo, trasmitir ideas novedosas para mi escuela Ardim". Inmediatamente, con una verborragia sorprendente, comenzó a contarme todo lo que aprendía en la escuela, sus dificultades, las carencias, el manejo de las expectativas. Lo primero que me quedó en claro es que a pesar de que los contenidos de sus materias, primariamente destinadas a obedecer con buenos modos a las Elites y, en segundo término, embeberse de conocimientos técnicos específicos (logística, sistemas, atención y cuidados de salud, oficios varios) eran diferentes, algunas problemáticas como la organización y distribución de los recursos – a distinto nivel en términos de escasez - eran similares.

"Gracias por acercarte y animarte, sé que no debe ser fácil siendo Ardim", le dije en un tono tranquilizador. Sin mucho meditar, hasta diría atraída por un instinto de necesidad, le hablé sin rodeos: "Empecemos a pensar en algo juntos. Primero, porque estoy convencida que dos cabezas piensan más que una; y segundo, porque la historia ha demostrado que los grandes cambios provienen de desafíos colectivos, con un plan programático e ideas bien claras por las cuales luchar. Por lo menos eso es lo que he leído".

"No lo había pensado, creo que tenés razón", respondió mientras continuaba mirándome con cierto dejo de admiración y entusiasmo. "Por las dudas, si querés, venite temprano a casa mañana, aprovechando que es sábado, y seguimos hablando más tranquilos", continué. Creo que mi pieza, dentro de la protección que ya implicaba mi hogar, era el ambiente más seguro, lejos de cualquier mirada pública. "Dale, perfecto, nos vemos mañana", me respondió mientras tomaba nota en un papel – no sea cuestión que quede nada grabado digitalmente -, para luego cada uno retomar su camino; yo para mi casa, él volviendo al barrio de los Ardim.

"Viene un amigo a desayunar", le dije a mi madre mientras me miraba sorprendida por el horario que me había levantado un

sábado. "Ok", me respondió sin hacerme ninguna pregunta sobre el comensal. Preparé café, jugo y coloqué en una fuente las medialunas recién horneadas por la señora que trabajaba los fines de semana en casa; pensé que no era menor que se sienta bienvenido y cómodo para poder reflexionar y desarrollar ideas. A la par, sin distinciones de clase. Además, era mi pequeño agasajo a la única persona que se había interesado en lo que pensaba.

Mientras me senté en el sillón a esperarlo, se encendió una luz de alarma en mi mente: mi hermanastro conocía perfectamente a todos mis compañeros y en seguida se daría cuenta que no era miembro de la Elite; por ende, el invitado debía ser un Ardim. "Se fue bien temprano a pasar el día con sus amigos. Va a volver bien tarde a la noche", me respondió mi madrastra cuando le pregunté por él. Por hoy zafaba. No solo de su espíritu clasista, sino también de su posición de cuidado como hermano mayor. Es que, en honor a la verdad, nunca había estado con ningún chico.

Diez de la mañana en punto del sábado, tocó el timbre. Abrí la puerta, nos saludamos y lo invité a pasar a la cocina. "Permiso", me dijo de manera respetuosa. Primero desayunamos y charlamos un poco de nuestras vidas. Sin embargo, enseguida el diálogo nos fue llevando a sus inquietudes más profundas, sobre todo en términos de las dinámicas antropológicas: "En la Tierra, por lo que me acuerdo, la situación estaba cada vez peor. Prácticamente las pocas familias que quedaban de clase media/alta y que trabajaban para las Elites, le requerían al gobierno el concebir un solo hijo, ya que era imposible en términos económicos solventar a más de una persona. Creo que desde ese momento me empecé a preguntar más sobre los 'porqués'; y, sinceramente, nunca encontré respuestas sobre las cuestiones que tenían que ver con la sociedad y la economía, ya sea tanto en mi escolaridad formal, como en mi casa. Ni en la Tierra ni aquí, en la Base".

Según había leído, se podría encontrar alguna semejanza a la política de hijo único implementada por China hacía más de un siglo; en aquel momento, el gobierno comunista había determinado que solo se podía concebir un niño por familia, con el objetivo de lograr un escenario demográfico sustentable para las proyecciones macro y socio-económicas del

Partido. En este caso, bajo un escenario diferente, el pedido parte de abajo hacia arriba, embebido en la conciencia de quienes entienden que la dignidad en la calidad de vida tiene un fuerte limitante demográfico.

La continuidad de su relato, lejos de ser denso, me generaba un inusitado interés, cosa que nunca había sentido previamente con jóvenes de mi edad: "Mis padres no dudaron ni un momento en dejar la Tierra y venir a la Base: los sistemas educativos, de salud y de infraestructura que había allí en aquel momento, solamente era eficientes, completos y dignos para los miembros de las Elites".

Mi expresivo rostro de avidez de más información reflejaba una invitación al diálogo abierto, sincero. Entonces me animé a más. "Más allá de los dilemas educativos, lo cual algo ya me contaste el otro día, ¿cómo es la situación de los Ardim en la Base? Inclusive me interesaría que me cuentes tu propia experiencia".

Esperaba que, además del interés por el tema en sí como eje de nuestro análisis conjunto, entendiera mi mensaje subliminal: el comprender como se encontraba él, cuáles eran sus actividades, sus gustos, sus preocupaciones. El abordaje debía ser integral y no quedarse en la teoría macro; debíamos también nutrirnos de las experiencias micro, de las frustraciones y deseos cotidianos, las cuales seguramente nos brindarán más herramientas de comprensión para seguir adelante.

"Mirá, más allá de que disfruto de mi vida, siento que existe una sumisión total a las Elites. Y cuando le preguntó a mis padres el porqué de tanta veneración hacia ellos, tanta reverencia inexplicable hasta por cuestiones mínimas, solo me dicen que tienen miedo de que los obliguen a volver a la Tierra. "¿Quién me empleará? ¿Podré conseguir algún tipo de financiamiento para comenzar de nuevo el almacén allá? Aquí, al menos, tenemos una calidad de vida digna, lo que implica un acceso acorde a los bienes materiales, además de previsibilidad y seguridad para con nuestro bienestar futuro", es la racional explicación de mi padre. "Sin embargo, lo que observo a mi alrededor me parece simplemente injusto: no quiero este futuro, esta forma de vida en mi adultez", concluyó con un dejo de tristeza.

El tiempo pasó volando. Hice unos sándwiches para el almuerzo, charlamos un poco más sobre nuestros gustos, y ya

vislumbrando el atardecer por la ventana de mi habitación, planeamos nuestros próximos pasos. Iríamos el lunes a la escuela de los Ardim y, sin hablar con las autoridades, nos dirigiríamos a la entrada de cada aula de los alumnos de la secundaria; una vez finalizado el recreo, les comentaríamos nuestras ideas para mejorar la escuela: mayor formación cívica y en ciencias sociales, participación en las decisiones de cómo realizar las reformas edilicias según las necesidades, y la búsqueda de mejoras de las relaciones entre los alumnos y las autoridades, entre otras. En cuanto a mi persona en particular, podría pasar por una alumna más. Por lo menos hasta que nos descubrieran. De ser así, ya vería el modo en que me manejaría (aunque por dentro ya había pensado en, obviamente, volver a recurrir a mi padrastro en el caso de que la situación se complique).

El plan estaba más o menos armado. Nos despedimos con un moderado abrazo. Había llegado el momento de actuar. Estaba confiada, pero, obviamente, tenía mis dudas y temores. Pero era el momento de ser valiente. Y lo más importante es que no estaba sola.

El lunes me levanté un poco más temprano que de costumbre, desayuné sola, y cuando apareció mi hermanastro para ir conmigo a la escuela, le dije que salía más temprano porque me iba a encontrar con alguien. "Nos vemos allá", fueron mis rápidas palabras mientras agarraba la mochila y un bolso, para luego dirigirme hacia la puerta. Justamente habíamos elegido el lunes porque era el día que yo tenía actividad física y nos llevábamos el uniforme escolar por separado. Por ende, como los Ardim no llevaban ningún tipo de atuendo distintivo – solo las Elites teníamos la clase para distinguirnos -, podría ir tranquila sin despertar sospechas.

Cambié de recorrido y me dirigí hacia la parada del colectivo con destino hacia la zona de los Ardim. Combinamos encontrarnos en la puerta de su escuela a las ocho en punto, para luego ingresar juntos. "Hola, ¿Cómo estás?", me preguntó mientras me veía llegar. "Bien, pero un poco nerviosa". "Yo también; mejor entremos rápido antes de que nos arrepintamos", sentenció sin poca razón.

Caminamos hacia el aula de los de mayor edad, quienes estaban por terminar la escolaridad secundaria y les esperaba, en pocos

meses, especializarse en los oficios previamente designados al momento de nacer, o en su defecto cuando llegaron a la Base. Creímos simplemente que, por una cuestión de mayor formación y experiencia de vida, eran los que más podrán llegar a replantearse su situación personal.

Luego del recreo, y mientras los alumnos se acomodaban, decidimos ingresar al ver que el docente todavía no se había apersonado. "Buenos días chicos, les pedimos un minuto de atención porque les queremos contar algunas ideas que tenemos", comencé mi alocución. No dimos detalles de quienes éramos; no solo para evitar exponerme, sino también para que el eje del debate que pudiera surgir se centrara en las ideas y no en nosotros.

Nos miraban sin entender mucho lo que ocurría. Pero escuchaban. Escuchaban nuestras palabras efusivas, nuestras ideas fuerza, nuestras ganas de cambiar las cosas. Estábamos concentrados y focalizados en dar un discurso preciso y sólido, sin fisuras. Sin conciencia del tiempo, de pronto escuché un leve suspiro cercano. Cuando atiné a girar la cabeza hacia la puerta, vi a una mujer de unos cuarenta años, parada con los brazos cruzados, mirándonos fijamente sin decir una palabra. Nos estaba dejando hablar. Le toqué el hombro a mi compañero de aventuras. Me miró y entendió que tenía que culminar su oratoria. "Perdón, no queríamos molestar profesora, ya nos marchamos", fueron mis palabras. Sin esperar ningún comentario de su parte, caminamos raudamente hacia la puerta y nos marchamos.

El resto del día fuimos de aula en aula, buscando los momentos oportunos para tratar de evitar el control de cualquier tipo de autoridad: docentes, directivos, celadores. Nos parábamos en la puerta y aprovechábamos los recreos, la hora del almuerzo. Intentábamos acercarnos a todos desde la reflexión, desde la inquietud a lo diferente. Apuntamos a la intrínseca, oculta, necesidad de un cambio. A destapar la olla en ebullición de lo prohibido. A corroer el freno moral, los miedos.

Las reacciones, por lo menos en un primer momento visible, fueron marginales, prácticamente nulas. Se acercaban algunos docentes - y entiendo también algunos directivos -, pero después de hablarle a tres grupos de alumnos diferentes, y al no haber ninguna

reprimenda concreta que obstaculice nuestro empréstito, decidimos no parar de hablar ante el advenimiento de cualquier adulto.

Estábamos entonados; nos embalamos en un círculo de excitación derivado de, al menos, estar intentándolo (me acorde de lo que había leído de la famosa empresa deportiva estadounidense y cómo había quedado impregnado la campaña de marketing que hizo a finales del siglo pasado con su famosa frase '*Just do it*'). Y luego del mediodía, bajo un halo de confianza inusitada para lo que habían sido mis días previos, le dije a mi nuevo compañero: "Quien quiera oír que escuche, quien esté interesado que se nos una. Alguien debería, al menos, intentar racionalizar nuestras palabras: en definitiva, todos, absolutamente todos los que se encuentran en esta institución ahora, son Ardim".

Sin embargo, la desilusión fue rápida. Al finalizar el recorrido, estuvimos esperando en la puerta el fin de la jornada escolar. Diez, veinte, cuarenta minutos. Los alumnos pasaban alrededor nuestro, pero nada. Algunos docentes también hacían caso omiso a nuestra presencia. La mayoría ni siquiera giraba sus cabezas para observarnos: éramos la viva representación de postes estancos sin tipo de interés alguno de parte de los miembros de la comunidad educativa.

¿Cómo es posible que seres humanos dedicados exclusivamente a servir a otros, sabiendo que todas sus vidas cumplirán un rol social y productivo desde una posición de inferioridad – tanto ellos como sus descendientes -, y que nunca podrán desarrollar una actividad que les dé placer y les genere inquietudes, no solo no puedan oponerse ni pelear contra ello, sino que ni siquiera presenten algún tipo de disconformidad? ¿Qué estaría pasando por sus mentes, que solo tienen en su lógica el obedecer y consumir los bienes y servicios proporcionados e indicados para ellos? ¿Por qué será que solo aceptan vivir bajo determinadas normas inflexibles toda su vida?

Faltaba poco para las seis de la tarde y realmente estábamos desilusionados. Nos quedamos mirándonos el uno con el otro, sin encontrar respuestas. Pero lo peor de todo, sin preguntas. Comencé a sentir que era hora de resignarse, que en los últimos días solo había vivido demasiadas frustraciones, que había soñado con un comienzo más prometedor. Como diría un antiguo dicho popular

en el ámbito académico: la teoría era una cosa y la vida real, otra. "Hicimos lo que pudimos. ¿Te parece ir a tomar algo?", me preguntó con el objetivo de animarme. Asentí con mi cabeza. Mejor pensar menos y relajarnos por un momento.

Sin embargo y para nuestra sorpresa, saliendo del predio escolar se nos acercaron un grupo de alumnos, alrededor de una decena. Calculé que tendrían entre dieciséis y dieciocho años. "Queremos ser parte de su propuesta, nos interesa", nos dijeron atolondradamente y superponiéndose unos a otros. "Muchas gracias, de verdad", les contestamos ambos al unísono.

Lentamente, se comenzaron a soltar y, ya de manera pausada e intercalada, nos comentaron sus puntos de vista, una serie de propuestas, y hasta algún deseo a futuro. Intentábamos mirar a todos a la vez, girando nuestras vistas en trompos circulares para no perderle la atención a nadie, a ningún detalle de sus inquietudes y expectativas.

"Les quería pedir disculpas", tomó la palabra uno de los más jóvenes, cuya baja estatura, cara extremadamente alargada y enormes anteojos negros lo distinguían del resto. Con un léxico notoriamente más formal que la media de un chico de nuestra edad, continuó su alocución: "en el momento que hablaban durante su recorrida, ninguno de nosotros, los que estamos aquí, se animó a decir nada por miedo a recibir alguna sanción. Por eso nos juntamos luego aquí, lejos de la mirada y la presión de las autoridades, para poder hablar con ustedes". Un miedo sincero y lógico, con el que ya imaginaba tendríamos que lidiar de aquí en más.

Posteriormente, una chica corpulenta, de voz gruesa y saltones ojos marrones, levantó su mano para hablar: "Quiero decirles que estamos angustiados porque en poco tiempo, vamos a tener que realizar tareas que realmente no nos interesan. Es más, muchas no las conocemos en profundidad. Y lo peor de todo es que no va a ser algo pasajero, sino que está destinado a ser nuestra profesión – para no decir nuestro deber ser -, el resto de nuestras vidas".

Mientras escuchaba, algo me extrañó, me hizo ruido: nadie presentó tipo de inquietud alguna en relación a su posición como Ardim con respecto a las Elites. O sea, la cuestión raizal de base, que se remonta al poder económico, político y por ende de coerción

para con su dominación, ni siquiera se ponía en discusión. Ni aunque sea en cuestiones básicas, como por ejemplo que si ellos fueran miembros de la Elite en lugar de Ardim, podrían hasta no trabajar si quisieran.

En ese momento, comencé a vivir una fuerte contradicción dentro mío, algo que no había pensado – ni sentido - previamente. En realidad yo era – o debía haber sido - una Ardim. Pero no fue así y, recién ahora, comencé a defender los intereses avasallados de aquellos que deberían haber sido mis pares. ¿Qué oficio me hubiera tocado si mis padres biológicos hubieran seguido los pasos indicados por el gobierno? ¿Cómo sería mi vida actual?

Muchas incógnitas, hipotéticas respuestas. Que, en realidad y pensándolo bien, no me llevarían a ningún lado, ni solucionarían absolutamente nada. Es por ello que no era momento de solucionar este interno dilema moral: si atacaba todas las problemáticas al mismo tiempo, desviaría la atención del foco principal. Por ende, las cuestiones personales deberían quedar para un segundo plano. Porque además ya no estaba sola: mi nuevo compañero y aquel grupo de jóvenes, estaban conmigo. Y aunque cada uno tenía evidentemente una mirada e intereses propios, en esta conversación ya se vislumbraba que nos aunaba una necesidad colectiva que propugnaba el cambiar un escenario estructural ilógico e inmoral: ¿Cómo era posible que, ya casi ingresando en el siglo XXII, los seres humanos no puedan decidir que quieren hacer de sus vidas? ¿Cómo aceptamos no poder cumplir con nuestros sueños, nuestros deseos, dedicarnos a aquello que realmente nos agrada y apasiona?

Nos inculcan desde pequeños el deber social. Alguien tiene que hacer las cosas; por algo el gobierno, que siempre sabe que tareas y trabajos se necesitan, realiza la selección correspondiente. ¿Pero por qué deciden 'a dedo' quien lo debe hacer? ¿Y porque siempre los Ardim realizan las tareas serviciales? Evidentemente, los intereses creados iban de la mano del poder para hacerlos valer. Mientras no lo poseamos nosotros – y ya a partir de ahora no hablo en particular, sino a través de este colectivo que se acaba de formar -, nada se podrá cambiar. Hacer saber que lo hecho hasta este momento es incorrecto, tiene que ir de la mano de la búsqueda de esa potestad, esa supremacía, esa capacidad de transformar la realidad que hasta

el día de hoy otros detentan. Y deciden por nosotros. Eso que leí en algún libro que me dejaron mis padres. Eso que se denomina hacer política.

Me di cuenta que la tarea iba a ser más que complicada. En un primer paso, habría que resolver los temas coyunturales, aquellos que son claramente palpables para la población. Aunque ello puede no ser complejo empíricamente - como podría ser por ejemplo el pintar un aula -, si se torna necesario para la obtención de capital político, para que estas 'pequeñas victorias' nos provean visibilidad como grupo.

Ya en algún momento, más adelante, también tendríamos que concentrarnos en incrementar la formación y educación requerida para poder 'abrirle la cabeza' a toda la población Ardim: ¿el objetivo superador?, que ellos mismos se puedan dar cuenta a futuro del cambio estructural realmente necesario para mejorar su propia calidad de vida.

Un último punto, utópico para no decir profundamente altruista, sería tratar de que las Elites comprendan que los privilegios suyos, son las injusticias de los Ardim. Y que en un mundo justo, en este caso una 'Base justa', a la larga iba a ser lo mejor para la ciudadanía toda. Era una tarea titánica, pero por qué no soñar en grande: una Base Argentina donde reinara la mancomunión de todos sus habitantes.

Reunirnos en mi casa no era seguro; en realidad era imposible. Un grupo de jóvenes Ardim viajando hacia uno de los barrios de las Elites e ingresando en un hogar, como mínimo llamaría la atención. "¿Podremos reunirnos en tu casa?", le pregunté a mi compañero. "Tengo un patio lo suficientemente grande para que entren alrededor de veinte personas sentadas con comodidad; además, no creo que mis padres tengan problemas", contestó al instante.

El siguiente sábado concretamos el primer encuentro. Creo que todos nos sentíamos un poco extraños. Me atrevería a decir que era la primera 'cumbre política' de cualquier miembro de los Ardim desde la creación de la Base. Es más, no sabíamos ni cómo empezar la conversación. Para romper el hielo, pensé en hacer algo que despertara la curiosidad y la atención de todos. Propuse que yo comenzara a contarles cómo vivía; pero no precisamente

en términos personales, sino relatándole como es ser parte de las Elites. Y luego se intercalarían los roles y quien quisiera tomar la palabra, que contara – lo que quisiera - como era su vida cotidiana como Ardim.

Pocos de los chicos ya intuían cómo vivían las Elites; sin embargo, la mayoría no sabía nada. Más aún, con algunos de mis relatos se quedaron boquiabiertos; evidentemente, las Elites habían realizado un gran trabajo al esconder las diferencias entre sus vidas y las de los Ardim. Y aquella ignorancia había sido vital para mantener la paz social. Lo que no se conoce, no se desea.

Mientras de a poco iban brotando con frialdad las palabras de mi boca, ya se palpaba una bronca contenida en el ambiente. Después de una hora de charla, estaba claro que su vida había sido claramente desfavorable e inequitativa en relación a la mía. Luego de que uno de ellos comentara un poco su mediocre normalidad, la chica a la que le tocaba continuar con el relato propuso algo diferente: "Propongo comenzar a debatir ya el futuro. La vida de todos nosotros es más o menos similar, con alegrías y sinsabores; pero lo que tenemos seguro en común es que estamos sin expectativas en cuanto a nuestra realización personal, a la búsqueda incesante de la felicidad plena. Que aunque nunca la alcancemos, al menos tengamos la posibilidad de soñar que aquella es posible. En definitiva, estamos acá todos porque, por algún motivo después del día que vinieron ustedes a hablarnos en la escuela, nos comenzamos a cuestionar nuestro futuro, un futuro que no elegimos y que queremos cambiar".

El tiempo era valioso. Había que pensar y actuar, ambas a la vez. Otro muchacho impulsó a 'tirar' ideas y discutirlas. Una chica joven, con aires señoriales y palabras delicadas, propuso pedir una audiencia con el Consejo de Gobierno de la Base. "No creo que sea la mejor idea", respondí inmediatamente. Estaba segura que, como gran conquista y con todo el viento a favor, solo nos ofrecerían realizar algunos cambios marginales. "Aunque comencemos lentamente, sin prisa pero sin pausa como diría Napoleón, tiene que quedar en claro nuestra firme posición desde un principio. Los derechos que no se consiguen de entrada, se nos dificultará exponencialmente obtenerlos más adelante", continué. Aquella

idea no la había leído en ningún lado: la tomé de mi padrastro, que a pesar de que era mera discursiva política para él, lo repetía constantemente con entre sus pares sindicales y los afiliados al gremio. Necesitábamos explicitar nuestros deseos para que, en el mediano o largo plazo, podamos verdaderamente afectar el *Statu-quo*.

Posteriormente, un joven sentado en una segunda línea tomó la palabra: "Hagamos una protesta masiva en las calles", vociferó enérgicamente. Las mismas ocurrían con habitualidad hasta principios de este siglo en la Tierra, pero su continuidad era solo un rumor para los Ardim. Ello se debe a que los medios de comunicación a los que tenían acceso no transmitían los eventos terrestres - solo existía una red interna para comunicarse entre ellos y podían navegar exclusivamente en algunas páginas de internet de Argentina previamente habilitadas y controladas por el gobierno de la Base -; pero además, seguramente por temor a que las conversaciones se encuentren 'pinchadas', tampoco sus familiares les transmitían por teléfono nada de lo que pasaba allí. Más aún, los viajes a la Tierra eran muy costosos para los Ardim, e igualmente requerían también autorización previa del gobierno. Los pocos que viajaban lo hacían cada cuatro o cinco años, casi exclusivamente para visitar a sus familias.

Mientras escuchaba atentamente, no podía dejar de pensar, por más vueltas que le diera, que aquello era un error. La historia de la humanidad había mostrado solo respuestas homogéneas a las protestas, sobre todo a las primarias, las raizales: persecución, coerción, represión por temor a lo desconocido, a lo que se pudiera generar posteriormente, a consecuencias aleatorias y fuera de control. Un golpe inesperado para quienes piensan que la problemática de la paz social se encuentra solucionada para siempre.

Pero había una variante de la queja, del reclamo pacífico: la violencia. ¿Era demasiado?, reflexioné mientras intentaba reflejar en la mirada de cada uno de los presentes a un futuro partisano. Recordé en ese momento un libro que había leído sobre la historia de Cuba, el cual contaba como Fidel Castro fue apresado en su primer intento de utilizar la fuerza para tomar el Cuartel Moncada. A pesar del fracaso, con su heroica patriada – al menos es lo que él

creía -, sentó el 'germen' del futuro proceso revolucionario. Años más tarde, ante el regreso de Castro desde México, el gobierno de Fulgencio Batista se vio sorprendido ante un 'problema' que pensaba se encontraba solucionado. El pedido de ayuda desesperada a los Estados Unidos ya era tarde.

Como si hubiera leído mi pensamiento, uno de los más jóvenes, visiblemente exaltado, se atrevió a decir lo que por ahí varios pensaban: "¿y si realizamos algún tipo de ataque, contra alguna institución o alguien?" El silencio mortuorio derivó todas las miradas hacia nosotros dos. Para ser sinceros, ninguno de los que habíamos nacido en la Base habíamos vivido lo que era un hecho visible de agresión física. Ello solo ocurría en la Tierra y a cuentagotas; no sin razón, el miedo debía ser paralizante ante el poder de quienes detentan la potestad de mantener el *Statu-quo* a como sea.

"Sería darle un justificativo para no cambiar absolutamente nada. Solo pasaríamos a ser unos meros inadaptados sociales para toda la comunidad de la Base", respondí de manera tajante. "Debemos proponer un cambio que nazca desde el pensamiento, la razón y el corazón", complementó mi compañero. Y la mayoría asintió con su cabeza. Esbocé una clara sonrisa que no podía ocultar mi felicidad. Por un lado, por los valores y la capacidad de análisis de aquel chico que se me había acercado solo unos días atrás y había permitido llegar hasta aquí. Y por el otro, por la capacidad de reflexión del resto de los presentes. Podía estar tranquila. Había equipo.

Sin embargo, a pesar de todo lo positivo, estábamos empantanados ante la dificultad de carecer de un plan sustentable. Además, ya se estaba haciendo tarde y algunos ya murmuraban al oído de quienes estaban más cerca cuanto faltaba para que finalizara la reunión. Observé el reloj: ya eran las ocho. En ese momento, una de las chicas, vestida con una musculosa y pantalones sueltos muy coloridos, tomó la palabra: "Disculpen, ante tanta incertidumbre y sin lograr nada en concreto después de tantas horas de charla, discusiones y visiones contrapuestas, creo que lo mejor, por el momento, sería continuar buscando adeptos dentro de los Ardim para con nuestra causa. Quien dice que con una mayor masa crítica, al-

gún nuevo miembro podría proporcionar una idea diferenciadora y/o superadora de lo que pudimos conversar hoy".

"Estoy de acuerdo, pero quiero agregar algo más" añadió otro muchacho que se sentaba cerca de ella, de gran corpulencia física pero con cara aniñada: "al mismo tiempo que sumamos más personas al proyecto, por qué no intentamos comunicarnos con la Tierra y ver qué ocurre allí. Podríamos comprender más en que similitudes y diferencias contextuales nos ubicamos, si sería factible realizar algún tipo de alianza con un grupo con una lógica similar allí, o tal vez nos permitiría generar otras ideas desde una perspectiva diferente".

No parecía una mala idea. Además, si habíamos vivido de la misma manera durante tantos años, esperar un poco para generar bases más sólidas no diferiría en nada. Lo importante era empezar por algo. "¿Estamos todos de acuerdo? Votemos", dijo mi compañero. Así como había ocurrido durante todo este día, era necesario dejar en claro nuestra impronta democrática horizontalista desde un primer momento. Nada de totalitarismos o decisiones unipersonales.

El mayor inconveniente que teníamos es que nadie tenía ningún tipo de vínculo directo con la Tierra, con excepción del de sus familiares. Los viajes eran esporádicos y podía llevar mucho tiempo encontrar los grupos o personas indicadas – si es que las había tal cual nosotros lo pensábamos -. Los que éramos miembros de las Elites sabíamos que las series, películas y noticieros eran filtrados por los censores de los servicios de inteligencia, quienes a su vez controlaban el sistema de telecomunicaciones de la Base; pero además, este se encontraba ubicado en un lugar alejado de la autopista principal y muy bien custodiado. Una fortaleza casi inexpugnable para los Ardim. Es que para tener acceso al resto de la información de la Tierra, no había otro modo que ser parte de las Elites.

Me ofrecí entonces a realizar una visita a la central de telecomunicaciones, con la idea de embeberme más sobre cómo conseguir mantener un vínculo fluido con la Tierra. Como miembro de la Elite podía decir que iba a realizar un estudio técnico para la escuela, por lo que simplemente quería saber cómo era el funcionamiento del lugar.

La mayoría estuvo de acuerdo. Luego quedamos en reunirnos la semana próxima, misma hora y mismo lugar. La verdad es el lugar de encuentro era espacioso y estábamos más que cómodos; pero además, y no es menos importante, a la familia de mi compañero no le molestaba en absoluto.

Luego de que de a poco se iban retirando todos, me quedé hablando con dos chicos. "¿Te puedo hacer una pregunta?", me susurró tibiamente uno de ellos, luego de que le propiciara unas palabras informales de agradecimiento por haber venido. "No me he animado a hacerla delante de todos por miedo – aquel contra el cual queríamos empezar a luchar – de generar, dada la gravedad del hecho, una situación incómoda", continuó. Lo miré sorprendida.

"Unos cuatro meses atrás aproximadamente, dos hombres Ardim desaparecieron sin dejar rastros. Eran obreros que habían llegado hacía poco tiempo desde la Tierra para trabajar como jardineros, el mantenimiento de piletas, y arreglos generales en las casas de las Elites. La cuestión es que habían sido acusados por la esposa de un político - aunque nunca supimos de quien -, de haberles robado pertenencias de su casa. En definitiva, no sabemos que pudo haber ocurrido con ellos. Tampoco nadie se animó a preguntar…", fueron sus palabras antes de ingresar en un expectante silencio.

Como nosotros, las Elites, sabíamos que estábamos en la Base para disfrutar del ocio y aprender a conducir y potenciar nuestro poder, también la totalidad de los Ardim tenían bien en claro para que se encontraban en la Base. Por ende, el robo era una problemática exclusiva de la Tierra. Sin desocupación ni pobreza, infringir la ley debía ser innecesario. Sin embargo, me había quedado grabado algo que había leído no hacía mucho sobre algunas estadísticas sociológicas históricas de nuestro país: la violencia y los hurtos no tenían como principal causal la pobreza; sino más bien, la obscena inequidad.

La bronca y el resentimiento se generan cuando se observa que el otro tiene en demasía en relación a uno. Si todos tienen, sea poco o mucho, más o menos la misma riqueza, las tensiones se aplacan y las miradas se homogenizan. De lo contrario, podemos esperar lo peor. Un escrito relataba un ejemplo real ocurrido en la Argentina de finales del siglo pasado. Una toma de rehenes, donde dos chicos

muy jóvenes que no llegaban a los veinte años, ingresaron a la casa de una familia acomodada en un barrio del Norte del conurbano bonaerense. Cuando la dueña de la casa les ruega que no les hagan daño, le agrega además que ella era simplemente una arquitecta que solo se dedicaba a trabajar, y que nunca había tenido problemas con nadie; a aquella declamación, la respuesta del joven que le apuntaba con un arma en la cabeza fue tan tajante como cruda: "Mi mamá también trabaja, y yo vivo en una casa de chapa y cartón. Es más, muchas veces no tengo ni para comer".

¿Podrían haber robado? Es posible. Pero las cámaras de seguridad, tanto de la vivienda como las de los alrededores, no mostraron nada. Tampoco se probó que hubieran estado cerca en el momento que se supone se había dado el hurto. Por ende, ¿porque ellos serían quienes cometieron el hurto? Es lógico que se generaran dudas porque trabajaban allí, pero habían sido empleados en esa casa por años. Y que se supiera, nunca había faltado nada. Pero claro, nunca se discutía la opinión o el pensamiento de un miembro de la Elite.

¿Y si había sido algún delincuente de las Elites?, pensé dentro mío. ¿Algún cleptómano tal vez? Yo sabía, porque mi madrastra lo comentaba no en pocas ocasiones en la cena, que había varios familiares de compañeros míos de escuela que tenían ciertas patologías psiquiátricas que devenían en facultades mentales alteradas: esquizofrénicos, megalómanos, bipolares, etc. Pero claro, ello se ocultaba en la más estricta reserva profesional. Y los tratamientos los hacían, secretamente, allá lejos, en la Tierra.

Los Ardim, en cambio, no tenían la misma suerte: si se les encontraba algún tipo de trastorno psicológico – que no era necesario fuera de extrema complejidad -, automáticamente eran calificados como 'inservibles' y regresados a la Tierra 'a su suerte': ya fuera al cuidado de algún familiar o, en caso de que no tuvieran quien les diera asilo, podían ingresar a alguno de los pocos e indignantes nosocomios que todavía quedaban en pie en el país. La mayoría de estos últimos habían sido cerrados: los enfermos mentales conllevaban un costo muy grande para la lógica economicista de 'gasto público languideciente en conjunción con seres humanos improductivos'.

"La verdad, no sabía nada. ¡Qué extraño todo!", atiné a responder con un dejo de incredulidad. Preferí no abrir varios frentes de entrada: sin datos precisos, debíamos concentrar los esfuerzos en aunar capacidades. "¿Tienen alguna idea de cómo funciona la justicia en la Base?", continué redoblando la apuesta para poder tener más información. No solo porque apreciaba que cualquier vericueto legal debía ser también discutido para emplearlo a favor de nuestra causa, sino que además era una variable que deberíamos tomar en cuenta para las acciones que íbamos a realizar a futuro, ante nuestra visible escasa o nula protección.

Uno de los chicos me confirmó que todas las temáticas legales referentes a los Ardim en la Base eran meramente administrativas y las trabajaban solo dos jueces de menor rango – las Elites judiciales solo utilizaban la Base como espacio de vivienda, recreación, y la realización de reuniones de 'alto nivel técnico' -, castigados por algún 'error grave' cometido durante sus tareas en la Tierra, por lo que habían sido trasladados a la Base para servir 'impartiendo justicia' como Ardim y para los Ardim. "Nadie menciona la penalidad sobre hechos graves, ya que nosotros deberíamos siempre conducirnos con racionalidad y tranquilidad", concluyó con cierta lógica sistémica.

Tampoco había penas para delitos graves para las Elites de la Base; lo que si nos diferenciaba era el porqué: todo se arreglaba dialogando…con quien haya que hablar, para que todo quede siempre en paz y concordia. Dentro mío, solo podía pensar que iguales y distintos que éramos al mismo tiempo las Elites y los Ardim.

Me despedí de los pocos que quedaban y volví a casa. A pesar de no haber avanzado mucho, me sentía excitada por lo vivido. Pero también estaba extenuada, con una multitud de ideas en mi cabeza, y temerosa ante ciertos peligros que vislumbraba. Igualmente, ya lo había decidido. No iba a volver atrás.

No quería regresar a mi vida pasada, la de la 'mediocridad', la del futuro resuelto. Antes de acostarme volví a releer un papel de anotaciones de mi padre con varias frases sueltas, el cual había encontrado entre las páginas de uno de sus libros; entre todas ellas, una me llamó la atención: no solo por las palabras expresadas, sino por el grosor de su textura, ya que parecía haber sido escrita con

bronca. Un dicho que me quedó grabado y era más que propicio para este momento: "A los tibios los vomita dios", sentenciaba el azul furioso de una lapicera que seguramente me transmitía mucho de su personalidad.

Dejé pasar el lunes para no despertar sospechas. Fui a mi escuela como cualquier día, no hablé con nadie salvó de temas banales con mi amiga de siempre, y regresé a casa. Me levanté el martes con los nervios lógicos de mi primera misión. Es que tenía una gran responsabilidad y no quería fracasar: no podíamos darnos el lujo de empezar 'con el pie izquierdo'.

Me dirigí sola a la central de telecomunicaciones, llevando conmigo solamente un anotador y una lapicera. Sin computadora o algún otro dispositivo electrónico, mi visita todavía parecería más irrelevante. Además, los que ejercían la seguridad de los edificios públicos eran Ardim; por ende, salvo que dudaran por alguna temática realmente importante, no solían contradecir ningún requerimiento de cualquier miembro de las Elites. Inclusive aunque fuéramos niños o jóvenes, ya que nuestros familiares podrían ejercer su poder sobre ellos si, por ejemplo en mi caso, los denunciaba por algún motivo cualquiera.

Me presenté en la entrada, y no hubo problemas para que la persona encargada del control me dejara pasar al lobby del edificio. "Espere por favor sentada aquí" me dijo mientras realizaba un llamado desde su conmutador. "Ahora la acompañará una persona para realizar el recorrido", continuó diciéndome luego de coordinar la visita telefónicamente con un interlocutor que parecía darle órdenes precisas.

A los pocos minutos se acercó una mujer de unos cincuenta años, muy bien vestida con un traje de chaqueta y pollera que combinaba en un hermoso color pastel. "Bienvenida. Con gusto te ayudaré en lo que pueda con tus deberes escolares. Haremos un recorrido por las principales áreas del lugar, en el cual te iré contando sobre cada una de ellas", me expresó con forzada sonrisa.

Mientras caminábamos por unos pasillos largos, me explicaba, de manera muy general, que había en cada una de las puertas hacia ambos costados. Todas se encontraban cerradas; algunas de ellas con un cartel de "prohibido pasar a cualquier persona ajena al lugar".

La primera a la derecha era el servicio técnico; luego, más adelante, toda el área de administración. Irrelevantes para mí, aunque durante todo el recorrido me mostrara afable y muy interesado.

No podía despertar ningún tipo de duda de porqué había llegado hasta allí.

Quedé consustanciada con dos lugares principalmente. Por un lado, la central de video. Había catorce personas mirando todos los programas de televisión, series, películas, e información en redes sociales de lo que ocurría en la Tierra. Ellos eran los selectores de lo que luego se retransmitía a los Ardim en la Base. "De las catorce, diez son el primer filtro de selección", me explicaba puntillosamente mi guía. Y luego los restantes cuatro, más experimentados, revisaban lo que los primeros consideraban apto.

Por otro lado, en una de las últimas puertas del segundo piso se encontraban los receptores satelitales; estos se encargaban de retransmitir todos los mensajes – escritos, por audio, o por video - que llegaban desde la Tierra. A través de un sistema de codificación digital, podían determinar que conversaciones contenían palabras consideradas inadecuadas o 'peligrosas' para las Elites; es que estos últimos tenían bien en claro que, desde finales del siglo pasado, las escuchas y la propagación de la información habían 'hecho caer' a muchos miembros de la clase privilegiada. Inclusive gobiernos enteros.

Luego de un poco más de una hora, el recorrido había finalizado. "Le agradezco enormemente por su hospitalidad y disponibilidad para conocer a fondo el funcionamiento del Organismo", le dije mirándola fijamente a los ojos antes de retirarme. Durante el trayecto, simplemente había fingido hacer algunas anotaciones y realicé comentarios banales. En realidad, lo único que hice fue tomar, muy discretamente con mi teléfono celular, fotos de las personas que trabajaban en aquellos lugares estratégicos. El objetivo: saber, por un lado, que Ardim eran los que tenían acceso a lo que ocurría a la Tierra. Y por el otro, quienes podrían llegar a enviar o recibir algún tipo de información relevante para nuestro grupo.

Habíamos quedado en realizar una reunión el viernes a última hora de la tarde. Les comenté de mi visita y propuse lo siguiente: "Ustedes son Ardim, como las personas que trabajan en la central

de telecomunicaciones. Debemos buscarlos, entablar algún tipo de relación con ellos, y probar quienes son permeables a poder brindarnos información de lo que realmente ocurre en la Tierra. Ello como primer paso. Posteriormente, con mayor confianza, deberíamos 'dar en la tecla' de quien nos pueda facilitar la conexión con personas o grupos afines a nuestro ideario; aquellos con los cuales podríamos entrar en contacto".

"Es muy difícil lo que pedís; encontrar quien no se encuentre conforme con el sistema y se arriesgue a denunciarlo, yo diría que es utópico", me respondió firmemente una joven sentada cerca mío. "Además, la situación se complejiza aún más, ya que ellos seguramente tienen algún tipo de contrato con privilegios por trabajar en un área sensible. Yo diría la más sensible de toda la Base", continuó efusivo otro joven que ya había estado muy activo en el primer encuentro.

Quedé enmudecida, sin respuestas. Hasta que mi compañero, observando la situación desesperanzadora, 'cogió el guante': "Si empezamos pensando así, directamente terminemos todo acá. El camino a recorrer no será de rosas sino de espinas; pero si queremos cambiar las cosas de verdad, no queda otra que esforzarse y correr el riesgo". Todos se miraron entre sí. No sé si estaban de acuerdo, pero creo que se contagiaron del entusiasmo del orador. Luego se escuchó un tibio "está bien". Para luego ser complementado por otro "vamos para adelante".

La tarea debía ser sigilosa y constante. A cada uno de los Ardim se le había asignado el seguimiento de uno de los empleados de las áreas críticas durante dos semanas. El objetivo era conocerlos bien: gustos, preferencias, entorno. La acción de 'inteligencia' debía ser quirúrgica para saber si realmente aquella persona era factible de convencimiento. Era claro que no se podía intentar hablar libremente con todos ya que, de este modo, se ampliarían las posibilidades de que hubiera algún delator.

Lo que vendría después tampoco sería sencillo: aquellos a los que se observaban 'permeables', se debía poder buscarle aquel punto débil que permita profundizar su duda sistémica; ya sea en relación al tener ganas de realizar un verdadero cambio en su vida en particular, como así también en el sentimiento de desear

mejorar la situación sociológica y antropológica de la comunidad Ardim de la Base.

Los tiempos no fueron los esperados, pero era previsible: luego de un poco más de tres semanas donde se pudieron seleccionar los perfiles más adecuados, teníamos finalmente seis personas en carpeta. Algunas tenían más aptitudes técnicas, otras más capacidades de engaño, a los menos se les notaba cierta osadía derivada de alguna bronca puntual contenida. En mayor o menor medida, la característica común era el desgaste lógico de cualquier ser humano a una estructura situacional claramente adversa. Sin embargo y a pesar de ello, ninguno tenía tipo de ímpetu revolucionario alguno. Ello era más que comprensible: todos mayores de edad, nacidos en la Tierra, sentían a la Base como una 'bendición' más que un castigo.

En el filtro final, la persona elegida terminó siendo una mujer que estaba dispuesta a ayudarnos, pero que su *lei motive* era una razón que se encontraba bastante alejada de alguna lógica altruista: cincuenta y tres años, estaba casada con un técnico que había sido seleccionado en la Tierra por sus conocimientos sobre consolas de juegos y los grandes equipos electrónicos del parque temático que utilizaban los hijos de las Elites. Lo había recomendado su amigo, el ingeniero, quien era el encargado de las telecomunicaciones en la Base. Por su estrecha relación, este además le consiguió a su esposa, nuestra elegida, un trabajo: básicamente ser su asistente personal en la central. Ella era, ni más ni menos, una argentina más que, a diferencia del resto, había tenido el beneficio – a lo que ella llegó a denominar 'fortuna' – de poder vivir alejada de los dilemas de la Tierra.

Uno de los chicos más jóvenes la siguió durante algunos días a la salida de la central. No había sido difícil dar con su casa: la mayoría de los Ardim de cierta edad, sobre todo durante la semana, no solían realizar frecuentes actividades recreativas; más bien preferían refugiarse en la paz del hogar, aquella que habían perdido durante sus décadas viviendo en la Tierra.

Su casa era amplia, con un jardín repleto de flores en su frente principal. "Seguramente le dedicaba mucho tiempo a cuidar aquel hermoso espacio lleno de verde" destacó nuestro compañero

durante el proceso de evaluación. Una noche, espiándola a ver si podía observar algo que le llamara la atención, escucho una fuerte discusión de ella con su marido. Gritos, insultos, ruidos de objetos golpeándose contra la pared y el piso. Luego el silencio. "Todo el episodio duró alrededor de veinte minutos", nos dijo al continuar su narración. "Ahí se me 'prendió la lámpara': me di cuenta que por allí estaba el camino. Un corazón compungido sería más sencillo de convencer", afirmó con mucha seguridad.

"Al otro día, me levanté más temprano y, antes de ingresar a la escuela, fui hasta su casa. La observé mientras salía y se dirigía a la parada del colectivo. Esperé que caminara unos metros, hasta que tomé fuerzas y me acerqué a su lado para hablar. De manera respetuosa la saludé y le comenté brevemente que era miembro de un grupo de jóvenes Ardim que tenían una idea diferente para mejorar la calidad de vida de todos en la Base. Al principio se sorprendió y me dijo que estaba apurada, que debía llegar a su trabajo a tiempo. Pero luego de caminar unos metros más, se dio media vuelta y me dijo que, si yo quería, podía encontrarme con ella a la salida de su trabajo. Por supuesto, le dije que sí", nos dijo mientras se apasionaba en la continuidad del relato.

Unas horas más tarde, se encontraron en un café céntrico de la zona de los Ardim. Ella pidió una lágrima y él una cerveza. Mientras nuestro compañero le describía detalladamente el porqué del nuestras ideas, la mujer lo escuchaba con atención. Una vez que finalizó, le ofreció una respuesta trabajada; como si la hubiera digerido lentamente durante todo el día: "Te soy sincera, no entiendo nada de política y tampoco me interesa. Pero si me va a ayudar a terminar con la vida miserable que llevo, estoy dispuesto a ayudarte", fueron sus primeras palabras.

"Mi llegada a la Base solo profundizó el aislamiento que ya tenía con mi familia: en la Tierra, mi marido me había prohibido encontrarme con mis padres y hermanos ya que, supuestamente, decía que eran una 'mala influencia' para mí", continuó su relato con un fruncir de ojos que denotaba una angustiante tristeza. "Tampoco le gustaban los niños, por lo que, a pesar de que a mí me encantaban, nunca pedimos la autorización al gobierno para procrear". Y luego, ya entre lágrimas, concluyó: "la situación en

la Base no cambió: no quería que me junte con las personas que había hecho 'buenas migas' en el trabajo, o mismo con los vecinos. Después de un tiempo que llegamos, comenzó a ingerir mucho alcohol; es más, no sé si se inyecta algún tipo de droga. Pero hace cuestión de un mes y medio, comenzó a pegarme. Y mientras me pega, balbucea palabras sin sentido. Tengo miedo. Tengo miedo de verdad".

En el transcurrir del relato, pensaba en toda la ayuda que necesitaba aquella mujer: su mente y su cuerpo se encontraban dominados por un psicópata posesivo, quien había hecho del aislamiento social su forma de vida. El drama de una mujer de finales de siglo XXI, encorsetada en una lógica de principios de siglo XX.

Por un momento, pensé en decirles a todos que paremos, que hagamos una pausa, que primero ayudemos a esta pobre mujer a salir de aquel infierno. Sin embargo, inmediatamente sentí, por primera vez desde que me embarqué en este proceso 'revolucionario', una gran contradicción: dejé de lado lo que dictaminaba mi corazón y le di paso a la frialdad de la razón, la cual me decía que no podía hacerlo, que ocuparnos de ella implicaría una pérdida de tiempo, una desviación con final incierto, con el riesgo de que además pudiera perjudicarnos en nuestro camino al objetivo superador. Entonces preferí callar y no decir nada. Que el plan del grupo siguiera su curso.

Mi amigo – ya podría denominarlo así luego de que fuera el primero que confiara en mí y el que hasta ahora me ha acompañado codo a codo en cada decisión - tomó la palabra: "Sé que puede parecer injusto que parezca que estamos 'jugando' con la desesperación de esta mujer; pero, por otro lado, piensen que es la mejor forma de asegurarnos que ella va a cumplir el objetivo que nos propusimos con enorme voluntad y sin vicios de traición", comenzó su exposición de forma pausada.

Al ver que el ambiente se embebía en un silencio que denotaba un síntoma de análisis más que de reprobación, decidió continuar: "Por otro lado, tratemos de mirar la 'mitad del vaso lleno': su deseo se enmarca en nuestros ideales. Uno de los cambios que proponemos es terminar con la farsa de pretender mostrar que todo está bien

cuando no lo es así; ello implica acabar con cualquier tipo de violencia – ya sea física o verbal – entre cualquier persona o grupo de personas, como así también el implementar políticas de igualdad total a todo nivel: desde lo político, pasando por las temáticas socio-económicas y laborales, hasta las cuestiones de género". Parecía que había escuchado mi pensamiento. Y encima me ahorró el costo político personal – y moral – de tener que decirlo.

Tardamos varios días en idear un plan que fuera plausible, con el menor riesgo posible, y tratando de maximizar el beneficio de un solo golpe. No era para nada sencillo para una empleada administrativa sin conocimientos técnicos, penetrar en la red y enviarnos toda la información confidencial que pudiera; aquella que nos pudiera generar una herramienta poderosa y sustancial de aquí en más.

Sin embargo, había un punto que simplificaba nuestro escenario: ella sola, en su primera reunión con todo el grupo, lo primero que dijo cuando llegó fue que tenía un 'as de espadas' bajo la manga. Solo bastaba observar nuestras caras de incrédula sorpresa que se reflejaban en el redondeado y sonriente rostro de una mujer que buscaba venganza por mano propia.

"Otro ingeniero de procesos, bastante mayor que yo y al que le quedan no más de uno o dos años de servicio, se me ha insinuado algunas veces. En plan de seducción, él mismo me contó que por ser uno de los especialistas más experimentados de Argentina en la materia, había sido llevado especialmente a la Base para que realice toda la interconexión entre los sistemas de computación y las redes telefónicas", continuó la señora. Un 'culebrón' con todas las letras, como se les denominaba a las telenovelas latinas que hacían furor – y cumplían un claro rol anestesiante de entretenimiento social – a finales del siglo pasado y a comienzos del corriente siglo XXI.

"Sabe que yo soy casada, pero parece que poco le importa; y todo ello a pesar de que nunca le ofrecí ninguna posibilidad de un acercamiento íntimo. No solo porque no estaba dentro de mis cabales de ética para con el matrimonio; sino que además, yo sabía, como todos los que vivimos en la Base, que el adulterio podría tener serias consecuencias: si se hacía público, las Elites probablemente lo entenderían como un 'atentado contra la paz

social' en una comunidad tan pequeña. Aunque todos sabemos que puertas adentro de cada casa, ya sea de los Ardim como de las Elites, pasa de todo", prosiguió su relato con una pragmática reflexión de cotidianeidad.

Yo pensaba para mí, mientras ella continuaba expresando su disgusto dada la doble moral de la mayoría de los habitantes de la Base, que más allá del desconocimiento teórico que podría tener, tenía una claridad conceptual que se la había dado simplemente la experiencia de vida. Evidentemente, cuando nos referimos a temáticas sociales, el 'dato duro', empírico, termina siendo un factor fundamental; una variable necesaria, aunque no suficiente, que nos sirve como insumo para darle forma al nuevo modelo de vida que soñamos.

"Conozco cada rincón del lugar. Lo mejor será que me quede con el ingeniero una vez terminada la jornada laboral en la sala de recepción de información de la Tierra. Cuando me encuentre con él en algún momento durante la mañana, lo más sensual posible le diría que permanezcamos allí después de hora para charlar más cómodos. Y apenas estemos instalados, le pediría que me envíe videos de informativos de lo que ocurría en Argentina – acotando que con mi 'marido me aburro' -, especialmente sobre las acciones de los grupos rebeldes, ya que hace muchos años había tenido un tío que 'había desaparecido' durante una protesta, y ello había derivado en que desde muy joven me interesara aquella temática. Ya tengo todo planeado", finalizó su alocución. Luego de terminada la reunión, creo que fue la primera vez que todos los integrantes del grupo estábamos de acuerdo: su elección había sido un verdadero hallazgo facilitador.

Dos días después, el plan se puso en marcha. Por supuesto el ingeniero accedió. Después de acordar el encuentro en un pasillo, café mediante, fueron a hablar con sus respectivos jefes y les dijeron que se quedarían más allá de las cinco de la tarde a 'recuperar horas'. Terminado el horario laboral, ambos se dirigieron a la sala de comunicaciones. Primero, él se aseguró, a través de un programa en la computadora, que la imagen transmitida por la cámara de video de seguridad se mantendría detenida en el tiempo, por lo menos hasta que él mismo la volviera a activar.

"Listo", dijo él. Ella se dirigió hasta los interruptores de luz, dejando solo un tenue resplandor en el extremo derecho del salón. Inmediatamente después, al tiempo que le ofrecía su mano derecha con el objetivo de recibir una suave caricia para 'aflojar tensiones', con la izquierda le entregaba un USB. "¿Qué es lo que más te interesaría ver de los grupos disidentes?", le dijo él con una amplia sonrisa, mientras insertaba el dispositivo en una de las computadoras ubicadas en el ala central. "Todo", con voz sensual y guiñándole el ojo le respondió ella. "En un rato lo vas a tener todo", dijo el veterano ingeniero, después de que pasara alrededor de un minuto tipeando algunos comandos. Sin más tiempo que perder, él se recostó sobre una cómoda silla reclinable tapizada de gris, y le pidió que se sentara en sus rodillas. Luego envolvió los brazos en sus caderas, sin que ella pusiera oposición.

Los archivos se habían descargado hacía rato. Luego de más de una hora de fogoso placer, acomodaron sus ropas, ella agarró el USB, y enfilaron hacia la entrada de la sala. "!Esperá que me estoy olvidando de algo!", le gritó él con tono desesperado, justo antes de que ella destrabara la doble puerta desde el interior. Dio media vuelta y desde otra computadora, volvió a activar la cámara de seguridad. Nadie se enteraría de lo ocurrido. El ingeniero le pidió que se repitiera. Ella le dijo que sí. No era un hombre que le atrajera; pero como nos contó posteriormente, no estuvo tan mal. Por lo menos, la había tratado como cualquier mujer se merece.

Luego de contarnos aquella atrapante historia el día posterior en la reunión que habíamos organizado, ella simplemente nos entregó el dispositivo USB y, con un orgullo altanero de quién había cumplido su misión con suficiencia, mencionó un secó "ya hice mi parte. Me voy". Pero antes de darse media vuelta para dirigirse hacia la puerta de entrada, solo atinó, por unos segundos, a mirar fijamente en círculo a todos los jóvenes que nos encontrábamos allí: "cumplí mi palabra. Ahora les toca a ustedes. No me fallen", concluyó con vehemencia. Y eso fue todo. Ahora sí, agarró su cartera y se fue, caminando pausadamente y sin mirar hacia atrás. Aquella fue la última vez que la vimos.

Estábamos casi todos, veintisiete jóvenes que nos habíamos comprometido a pelear por nuestros derechos hasta el final de las

consecuencias, expectantes con lo que nos íbamos a encontrar. Ninguno de nosotros había visto nunca noticias de Argentina actuales, sin ningún tipo de filtro. Era la oportunidad de observar detenidamente lo que nunca quisieron que supiéramos, lo que sistemáticamente le ocultaban a los Ardim desde que se creó la Base.

Quedamos atónitos apenas conectamos la computadora a la pantalla del televisor de sesenta pulgadas. Por un lado, se encontraban los medios de comunicación controlados por las Elites, los cuales eran abrumadoramente mayoritarios. En ellos se presentaban noticias suavizadas, temas cotidianos, datos generales. Algunos eran claramente favorables al gobierno, otros deslizaban alguna crítica inocua: en este aspecto, era mejor expresar cierto descontento, ya que la sociedad era mansa pero no totalmente estúpida como para no darse cuenta de que el relato de vivir en 'un paraíso' era falso (ello además porque la mayoría no conocía la Base).

Mientras continuábamos observando los diversos informativos, no podíamos dejar de admirar la perversa capacidad de las Elites para moldear la mente y engañar a la ciudadanía: no solo sobre el nivel de relevancia de una información, sino también el talento para ocultar 'tras bambalinas' lo que no se quiere que se sepa: ¿Era posible que cada quince minutos se realizara una reflexión sobre el clima? ¿Era necesario que todo el tiempo repitieran los resultados deportivos? Muy de vez en cuando, para intentar demostrar cierto halo de imparcialidad, mostraban alguna noticia con cierto tipo de connotación negativa. Pero siempre, y de forma prácticamente automática, se generaba posteriormente expectativas pro-positivas para con el futuro inmediato.

Si, por ejemplo, había disminuido el consumo de pan de la mayor parte de la población derivado del incremento de los índices de desocupación – sin tener en cuenta si además los mismos habían sido fraguados para morigerar las cifras -, luego los periodistas en el estudio sostenían que aquella era una inmejorable oportunidad para disminuir las harinas e incrementar la ingesta más saludable de frutas y verduras. Y cuando algún entrevistado en vivo en la vía pública se quejaba por la imposibilidad de consumir carne vacuna - de alto contenido proteico - por los magros ingresos que percibía,

inmediatamente algún panelista indicaba que había que tener coraje para soportar 'una mala situación que ya iba a pasar', para que luego otro 'pseudo especialista' lo comparara con momentos puntuales de crisis a nivel nacional o internacional; y, lo peor de todo, es que aquello se transformaba en el punto de partida para que todos en la mesa de discusión comenzarán a traer ejemplos de guerras, pandemias, o desastres medioambientales con impacto en la cadena alimenticia, que realmente poco tenían que ver con la política económica coyuntural que tanto daño le generaba a la clases populares.

Por otro lado, solo un puñado de canales mostraba con toda crueldad la violencia social que se palpaba en las calles. Lucha de pobres contra pobres, reflejado en saqueos por parte de las masas pauperizadas a pequeños comerciantes que intentaban sobrevivir. Caos de infraestructura. Educación laxa y de mala calidad. Falta de insumos médicos. Impresionaba observar tantas carencias, miserias y obscenidades, que afectaban tan agresivamente a una población desvalida.

Pensamos que podía haber un par de razones para que el gobierno no eliminara a estos 'peligrosos' canales de información: por un lado, hábiles e idealistas hackers que burlaban los férreos sistemas de inteligencia electrónicos gubernamentales, mostrando una realidad insoslayable, sin mentiras ni ocultamientos; un vehículo necesario para encender la llama de la conciencia social. Sin embargo, resultaba muy raro que el enorme aparato de ciberseguridad del Estado no se hubiera enterado que estos canales existen; o mejor dicho, no hubiera podido bloquearlos.

En realidad, derivado de aquello surge la otra explicación: evidentemente, era mejor que los enemigos del gobierno tuvieran una cara visible, se unieran, poseyeran un lugar de encuentro. Así, cuando fuera conveniente y de ser necesario, podrían ser capturados con mayor facilidad. O no: mientras su relevancia fuera marginal para la sociedad, era positivo tenerlos registrados, sabiendo exactamente quienes son. Y así sería más sencillo tenerlos controlados de reojo para evitar cualquier tipo de desborde. Como diría el viejo dicho popular que había leído en algún libro de la biblioteca legada por mis padres: 'más vale malo conocido que bueno por conocer'.

En definitiva, el famoso dicho de finales de la década de 1990' que decía que la 'globalización había llegado para democratizar el acceso a la información', era totalmente refutada un siglo más tarde. En nuestro caso puntual, el control de los Ardim por parte de las autoridades de la Base encargadas de los 'medios de comunicación' y la 'promoción social', se centraba en transmitir escenarios de felicidad permanentes, conceptos básicos, e irreversibilidad del *Statu-quo*. Todo estratégica y minuciosamente planificado.

Lo positivo: habíamos dado un paso adelante. Como mi padrastro le decía siempre a mi hermanastro: "para batir al enemigo, lo más importante es conocerlo". Entendiendo un poco más sobre lo que estaba ocurriendo en la Tierra, comprendíamos más acabadamente cuales eran los puntos más sensibles para actuar en consecuencia. ¿Lo negativo? La situación allí era largamente peor de lo que imaginábamos, un infierno en comparación con la burbuja de cristal en la cual vivíamos los habitantes de la Base. Las imágenes habían calado profundamente en nuestros corazones: injusticias que no tenían raza, ni color ni religión; que podrían, perfectamente, habernos tocado a cualquiera de nosotros si estuviéramos allí.

"Miremos la 'mitad del vaso lleno'", exclamó un compañero levantándose efusivamente de su silla. "Existe un caldo de cultivo importante para generar cambios y potenciarlos. Desde ambos lados del 'espacio exterior' – tanto en la Tierra como en la Base - tenemos que encontrar el modo de encender la llama, contagiar el espíritu de lucha, potenciarnos y pasar de una fase pasiva a tomar un rol verdaderamente activo".

Nos miramos entre todos. No era necesario ni hablarlo ni discutirlo. Después de lo que se les habían ocultado a los Ardim durante toda su existencia, las palabras sobraban. Con el diálogo, liso y llano, los caminos eran truncos. Si ya se había demostrado empíricamente el fracaso durante nuestro intento de abordar los temas a nivel de autoridades escolares, o sea a una escala mínima, mejor ni pensar si lo extrapolábamos a otras medidas con efectos transversales al resto de los estamentos de la sociedad.

"Debemos actuar con más vehemencia. No hay otra alternativa si queremos cambiar el sistema. O por lo menos algo del mismo",

continuó una de las chicas más jóvenes. Y no pocos la vitorearon. Sin embargo, solo unos minutos duró la efervescencia. Un chico, de los más tímidos que casi nunca hablaba, tomó la palabra: "Esperen un poco compañeros, ¿en qué estamos pensando? ¿Actuar coercitivamente? ¿Con que armas? ¿Y aunque las consiguiéramos, quien las sabe utilizar? Es, literalmente, una locura". Tenía razón. Era imposible desde nuestro minúsculo grupo luchar contra el poder del aparato gubernamental: ya fuera por parte de las fuerzas de seguridad de la Base o, de ser necesario, los refuerzos militares provenientes de la Tierra.

Inmediatamente, una chica con finos ojos celestes, que solía sentarse cómodamente cruzada de piernas y observaba para todos lados como si analizara permanentemente el escenario situacional, levantó su mano para hablar: "Supongamos, hipotéticamente, que conseguimos las armas, que nos organizamos, que logramos tomar el poder y sacar a las Elites por la fuerza. ¿Qué es lo primero que haríamos después? Porque la realidad es que tenemos ideas, pero entiendo yo que carecemos de un programa integral. Solo para citar un ejemplo, ¿cómo abordaríamos la situación de inestabilidad que se va a generar el día después? Como verán, tenemos muchas más preguntas que respuestas".

Después de su clara exposición, decidimos dar por terminada la reunión, y tomarnos cada uno un tiempo para pensar propuestas. Nos volveríamos a encontrar la semana siguiente, con la esperanza que se nos ocurriera idea superadora. O al menos inteligente. Mejor dicho, me conformaría con que pudiera ser viable.

Esa noche, cuando regresé a casa, mi padrastro se encontraba despierto. Lo vi en su computadora, más concentrado que lo habitual. "Buenas noches, ¿qué estás haciendo?" le pregunté mientras me acercaba y le apoyaba mi brazo derecho en su hombro izquierdo. "Estoy preparando una reunión", me contestó sin girar su cabeza para mirarme. Evidentemente, no me quería dar muchos detalles. Pero ello me despertó aún más curiosidad. "¿Y con quien va a ser esa reunión?", volví a insistir. "Dejame que termine de enviar un correo electrónico y charlamos", fueron las lentas y suaves palabras que brotaron de su boca.

Fui a buscar una gaseosa y me senté en el sillón esperando que concluya. Apenas la probé sentí un gusto raro. Tenía miedo que me cayera mal, así que la tiré al tacho de basura. Cuando regresé de la cocina, mi padrastro ya estaba esperándome. Para romper el hielo, le comenté lo de la bebida. "No sé muy bien que está ocurriendo, pero hace unas semanas que en la Tierra hay 'algunos problemas' con las plantas de tratamientos de efluentes líquidos", me respondió. Y rápidamente continuó con "¿Vos cómo estás?", dando un fugaz cambio al tema en cuestión.

Evidentemente, no tenía interés en hablar de ello. A decir verdad yo no lo necesitaba, solo quería saber qué es lo que él me quería contar de lo que realmente estaba ocurriendo. Uno de los videos que habíamos visto con el grupo, mostraba con claridad no solo como las aguas se encontraban contaminadas en la mayor parte del Planeta, sino que a ello se le debía adicionar un contexto de enorme corrupción por parte de los monopolios alimenticios, quienes coimeaban a los cómplices inspectores gubernamentales para evitar sanciones y suspensiones en la producción, dado que no realizaban el mantenimiento adecuado de las plantas de tratamiento que les obligara a cumplir con los mínimos estándares de salubridad.

"Bien, estoy muy bien", le comenté sin querer entrar en detalles polémicos sobre el tema. Mientras tanto, él agarró una botella de agua especialmente seleccionada en la Tierra para las Elites de la Base, la abrió con suavidad y me sirvió en el vaso con lentitud, como si el suplir mi necesidad por otra bebida de calidad le provocara algún trance de relajación, un 'elixir' luego de un momento de stress.

"Estoy organizando unas reuniones con personas de otras Bases". Obviamente, eran miembros de las Elites de otros países. Me resultaba extraño. Más que extraño, inusual: nunca había escuchado este tipo de encuentros de la boca de mi padrastro. Las relaciones entre los Estados se habían tornado estrictamente comerciales, con dos únicos objetivos: el acumular capital y la mantención del control social. Todas cuestiones técnicas; la alta política quedaba limitada a los protocolos diplomáticos de cierto grupo particular de la casta gobernante.

Lo interesante de ello es que la lógica financiera internacional había desaparecido prácticamente de la discusión política. En los libros de economía a mi alcance, había leído algunos trabajos sobre el rol fundamental que había tenido el sistema financiero en el pasado. Sin embargo, los intercambios lógicos de bienes y servicios con alguna moneda representativa para todos, habían sido minados por la desconfianza y las crisis financieras recurrentes (deudas contraídas que no se pagaban, paraísos fiscales que solo multiplicaban la renta, monedas virtuales que generaron quiebras sin respaldo estatal), desarrollando fuertes tensiones – inclusive hasta algunas guerras – por desacuerdos a la hora de juzgar las 'culpabilidades cruzadas'.

Para evitar problemas y que la retórica combativa quede solo en eso, en retorica para las masas, desde el año 2064 todo vínculo comercial quedó en manos de los Estados-Nación (eliminando los vínculos de los actores subnacionales y no Estatales). Para que ello se pudiera llevar a la práctica, se había aceitado una maquinaria burocrática que se enfocaba en dos grandes rubros: lo que se denominaba bienes y servicios 'superfluos' - de consumo o insumos inocuos para con el riesgo potencial de un Estado - y lo que era definitivamente importante: energía, alimentos y agua, y tecnología de punta y sensible con fines duales (civiles y militares). En definitiva, lo que trascendía realmente mucho más allá de lo que podía ser dinero en efectivo, una onza de oro, o mismo una criptomoneda.

Lo más grave era que la confusión y la discursiva abstracta habían conjugado las manías más perversas de la geoeconomía y la geopolítica. Recuerdo haber leído un informe sobre la disputa de israelíes y palestinos: a la mayoría de los países musulmanes poco les interesó el desplazamiento de estos últimos ni su situación socio-económica bajo un pedido de clemencia y refugio; sin embargo, estos parias se convertían en mártires cuando se debían unir fuerzas para derrotar al 'enemigo sionista'. Por lo tanto, evidentemente la homogeneidad de las Elites a nivel internacional se había vuelto endeble, y el derrame nacionalista era una herramienta más que interesante para las Elites de cada país que quisieran salvar su reputación.

"¡Qué extraño!", le comenté poniendo mi mejor cara de ingenua sorpresa. "Es que teníamos que charlar sobre temas de interés global", me respondió con seriedad. ¿Intereses de la humanidad? Mmmm, más que raro. "¿Y se puede saber cuáles?", continúe. "Lo que nos afecta a todos", atinó a decir con un claro malestar que lo hizo titubear. Había sido una manera decorosa para salir del paso. Generalizar sobre el todo, para no decir absolutamente nada. Y finalizar la conversación de un modo tajante pero sutil.

"Estoy cansada", concluí. No había nada más que hablar, así que me despedí con un beso para luego dirigirme a mi habitación. Apoyé la cabeza en la almohada: mi lugar en el mundo para reflexionar. Comencé evaluando el análisis de mi padrastro, el cual de hecho era bastante seductor. ¿Por qué nosotros no podríamos hacer lo mismo? En lugar de pensar en un avance verticalista con proyección de colaboración y ayuda mutua con quienes estaban pasando una situación similar a la nuestra en la Tierra, podríamos establecer un desarrollo de tinte horizontalista; ello implicaría buscar potenciales aliados en otras Bases, los cuales nos proveeríamos de ayuda mutua. Y pensar una estrategia conjunta, dado que su contexto – y sus problemáticas – seguro contenían un mismo hilo conductor que las nuestras. Finalmente, desde un punto de concordancia sería factible impulsar una alianza que reforzara nuestras capacidades, tanto de poder como en términos ideológicos.

Sin embargo, una vez que comencé a pensar en los obstáculos, estaba claro que tampoco iba a ser posible. Los vínculos de comunicación también se encontraban cortados. Igualmente, el inconveniente más grave era la escala: por más amplias que sean, en las Bases de todos los países vivía poca gente; por lo que también, suponiendo que pudiéramos realizar una acción coordinada a la vez, rápidamente sería sofocada en cada uno de los puntos de acción.

Debía pensar más estratégicamente, con un foco profundo y certero de largo plazo. Y ahí es cuando volví a recordar un tema que me había fascinado. Como miembro de la Elite, tenía tres idiomas como asignaturas en la escuela: inglés, ruso y mandarín. Uno de los textos de esta última - que lamentablemente solo teníamos un acceso limitado porque el objetivo era meramente aprender el idioma -, era 'El arte de la guerra', escrito por Sun Tzu en el Siglo V antes de la Era Cristiana.

Tan impactada había quedado con ese tratado militar, que al volver de la escuela ese día rápidamente me puse a hurgar en el baúl de los libros que me había dejado mi padre para buscar cualquier tipo de información de la principal potencia mundial en la actualidad. Luego de una historia llena de gloria y una caída estrepitosa hacia la oscuridad de la dependencia y la desidia, China prácticamente renació desde las cenizas. Porque no encontrar allí alguna idea, quizás una respuesta que encaminara nuestro nebuloso horizonte.

Dentro de un libro de geopolítica, encontré un capítulo de principios de este siglo que explicaba la victoria global del 'modelo chino': una dictadura comunista en términos políticos que proporcionaba un férreo control social, que se le adicionaba un capitalismo salvaje y depredador en pos de la acumulación económica que se llevaba todo a su paso. Estos ejes axiales fueron complementados con mejoras sociales sustanciales para la mayor parte de la población, que superaba largamente el billón de personas – otra de sus grandes fortalezas -, las cuales se entremezclaron con una historia cultural embebida en un nacionalismo que estimulaba a sus habitantes detrás de una idea de conquista (derivado principalmente de las permanente 'agresiones extranjeras' que recibió hasta la llegada al poder de Mao Zedong), junto a un pragmatismo que supo ubicarse económica y financieramente en la arena internacional desde finales de la década de 1970, y un desarrollo tecnológico y militar que les permitió acaparar recursos estratégicos a nivel global y superar a la liviana, flexible y liberal democracia de los Estados Unidos de Norteamérica.

¿Tenemos algo de todo ello? Porque a decir verdad, éramos solamente un grupo de jóvenes idealistas. Cerré los ojos y medité sobre cada frase, cada palabra. Y me encontré que aunque la historia colectiva era diametralmente opuesta, existían, en otra escala, algunos puntos en común: resiliencia, pragmatismo, ganas de vivir de manera diferente. Y todo ello era, aunque insuficiente, una condición necesaria, un punto de partida. Y ahí estábamos.

Habían pasado dos horas desde que me había acostado y el sueño ya me estaba abatiendo. Estaba agotada mentalmente, lo que comenzaba a deteriorar mi estado físico. A pesar de mi corta edad,

me dolían el cuerpo y la cabeza como si fuera una anciana. Pero me rehusaba a cuestionarme el porqué de mi proactivo accionar. Aquel mundo de privilegios en el cual vivía, sin responsabilidad ni estrés, no se correlacionaba con lo que sentía en mi corazón. El dolor que me causaba el solo recordar los videos donde observaba todos aquellos niños que vivían con tantas carencias en la Tierra, la falta de lo más mínimo para vivir con dignidad, y el tener que sobrellevar permanentemente situaciones traumáticas, sobrepasaba largamente la cómoda miopía que podría llegar a tener el resto de mi vida como miembro de la Elite.

Me levantó un mensaje de texto al amanecer. Era mi primer gran amigo Ardim. "Tengo que hablar con vos, es importante", indicaba el mensaje. Luego de ir al baño a lavarme la cara y poder despejarme del día intenso que había tenido, le contesté que no había inconvenientes, que nos viéramos. Rápidamente me mensajeó nuevamente pidiéndome si nos podíamos encontrar ese mismo mediodía en el comedor de su escuela para almorzar juntos. "No hay problema, voy a clases y a eso de las doce salgo para allá", fue mi respuesta.

Era una mañana normal. Las temáticas, las de siempre: cálculos matemáticos, formación cívica, marketing estratégico. Todo dentro de los cánones que permitan formar ciudadanos pro *Statuquo*; aquel que yo pretendía desafiar. Por ende, lo más importante que tenía en mi cabeza era entender la manera que el resto de los alumnos absorbían y analizaban la realidad planteada. Pero además, aunque ya sabía de memoria el discurso, siempre había algún tema puntual del cual podía tomar nota para sacarle provecho a futuro.

Por supuesto, estaba inquieta por la charla en el almuerzo. Era raro, muy raro. No tenía idea si era algo del proyecto grupal, o algún tema personal. Encima, en medio de tanta tensión, sus potenciales palabras mellaban directamente en mi capacidad de concentración. A eso de las once y media no aguanté más y salí de la clase de física. Tomé el colectivo y me dirigí a su escuela. Apenas me bajé, desde lejos observé su mirada clavada en la parada: estaba claro que me esperaba con exhaustiva desesperación. Mientras ambos nos acercábamos, él esbozó una tímida sonrisa; "gracias por venir", me dijo luego de saludarme con un beso.

Caminamos hacia el comedor de la escuela. "¿Cómo estás?", me preguntó apenas nos sentamos. "No te puedo mentir, un poco cansada por todos los obstáculos que aparecen para llevar nuestras ideas adelante; y la verdad, después de analizar y dar vueltas sobre la situación, no veo una salida alentadora. Por lo menos por ahora", fue mi sincera respuesta. Probablemente era una decepción de todos en el grupo, pero yo como 'ideóloga madre', seguramente me sentía la más frustrada. Y a pesar de nuestra lógica horizontalista y homogénea en términos de generar una 'democracia directa' para con la potestad de diálogo y acción, también entendía que la responsabilidad del llevar adelante el proyecto caía mayormente sobre mis hombros.

"Tampoco me siento bien, la impotencia me agobia. Pero, en realidad, quería hablar de otro tema", comenzó su alocución. Mi rostro empalideció en un instante. "Siento algo especial por vos; me gusta tu forma de ser, tu empuje, tus ganas de salir adelante", continuó. Sus palabras eran tibias y suaves. Hasta sonaban entrecortadas. Yo lo miraba atentamente, sin saber que responderle. Jamás me había pasado eso con alguien: además de mi autoencierro de toda la vida, realmente nunca me había sentido atractiva. No me maquillaba ni iba a la peluquería; me gustaba crear mis propios cortes, siempre simples e informales. Tampoco me interesaba copiar a las otras chicas de las Elites, quienes contaban en los recreos que pasaban gran parte del día pensando en tener las mejores ropas, los más hermosos zapatos, la más brillante *bijouterie*.

Nunca me había atraído, aunque si le estaba enormemente agradecido de su apoyo al comienzo de lo que podríamos denominar, 'una loca travesía hacia la superación'. Claramente, sin él jamás podría haber arrancado el motor de todo lo que derivó con posterioridad. Pero nada más. Éramos muy jóvenes - él todavía dos años menor -, y realmente lo único que yo tenía la cabeza era el 'poder cambiar el mundo'. O hacer lo posible. Pero ahora la situación era diferente: el que quería cambiar mi mundo era él.

El despertar sexual, o el amor mismo, había vuelto a ser un tema tabú en las últimas décadas. El gobierno tenía bien en claro que para evitar las 'revoluciones hormonales típicas de la adolescencia y la juventud', lo mejor que podía hacer para mantener a rajatabla el control de la natalidad y las decisiones sobre el futuro de los bebés por nacer, era dilatar lo máximo posible el interés carnal.

Para evitar el 'libertinaje' que comenzó a crecer con fuerza a mediados de la década de 1950 - y se extendió por casi un siglo -, se restringió el acceso a la información escrita o visual sobre cualquier tema relacionado a la sexualidad; en este sentido, desde el año 2057 se comenzó a castigar con diez años de prisión la difusión de cualquier 'idea impura o promiscua'.

Para ello se encontraba el 'Ministerio de la Moral', el cual contaba con el mayor número de empleados después de los Ministerios de Seguridad – para el control doméstico - y de Defensa - aunque últimamente éste se centrara en el efecto disuasivo, ya que las Elites de cada Estado negociaban permanentemente cualquier desavenencia por el solo hecho de la potencial pérdida de sus privilegios ante la hipotética escalada de un conflicto armado interestatal -. La diferencia con los siglos precedentes era que las Elites no utilizaban más la también denostada religión para el profeso proceso de 'bajar línea' de forma benévola; en la actualidad, no hay tolerancia para los modos suavizados. Vivimos, sencillamente, en la era de la coerción pura.

"Me agarraste desprevenida", le contesté con un dejo de sorpresa. En ese mismo momento, puso su mano derecha lentamente en mis labios y cerró sus ojos. Luego acercó su rostro para besarme. Un impulso muy adentro mío me llevó a girar la cabeza. "Perdóname, no fue mi intención", prosiguió. "No te hagas problema, estamos en un momento difícil de grandes desafíos para todos, y tengo que pensar", le respondí. "Te llamo", continúe mientras apoyaba mis ambas manos en sus hombros. Me sonrió, dio media vuelta, y se fue. Yo también hice lo mismo.

Un jugo de naranja y un tostado fue mi paso rápido por la cocina. Luego subí las escaleras y fui directo a mi habitación. Una vez que tenía el pijama puesto, me acosté en la cama, bien cubierta dentro de las sábanas. Cerré los ojos y pensé. En realidad no quería pensar, sino sentir. Es que no había percibido nunca, ni de cerca, lo que era enamorarse. Solo palabras sexualizadas que escuchaba de algunos compañeros de escuela, cuyo objetivo unívoco parecía solo el reproducir la 'especie de las Elites', lo cual aseguraría la multiplicación de su ya ingente riqueza familiar. Un modelo que anteponía los intereses económicos por sobre cualquier forma de amor.

En cuanto a mis padrastros, observaba frecuentemente muestras de cariño. Y además se llevaban bastante bien. ¿Era suficiente? No los conocía tanto en ese sentido, pero seguramente era lo querido por ellos. ¿Se habrán amado mucho mis padres? No lo podía saber; entre tantos textos de su legado, solamente había un solo libro de poemas románticos.

A los pocos minutos escuché que se abría la puerta de la habitación de mi hermanastro. Creí que era una buena oportunidad de retomar el diálogo con él; desde que había comenzado con el 'proyecto político', casi que no habíamos entablado comunicación alguna. Yo había leído en los libros de historia que muchos hombres y mujeres dedicados a los objetivos más altruistas, habían antepuesto la religión, la patria o un ideal, por delante de su familia. Aunque mis incipientes objetivos arraigaban fuertes deseos, una cosa sí tenía bien en claro: nunca iba a dejar que mis acciones perjudicarán a mi familia. Aquellos que me cobijaron, me cuidaron, me dieron su amor sin nunca reprocharme nada. Y tampoco nunca se refirieron a la actitud que tuvieron mis padres conmigo, o mismo con su propia forma e idea de vida.

"Pasá", me dijo luego que tocara la puerta. "¿Cómo estás?", le pregunté con una mirada que denotaba ganas de comenzar un diálogo profundo. "Bien", retrucó con voz cortante. Quise 'romper el hielo' rápidamente y le comenté que me había pasado algo y quería su consejo. Puso pausa en el videojuego en el cual estaba más que concentrado, giró su cabeza, y me preguntó qué había ocurrido. "¿Estuviste alguna vez enamorado? ¿Te gustó alguien?", le contesté inmediatamente.

Se le pusieron los ojos rojos. Sentí que intentaba, infructuosamente, tratar de contener sus lágrimas. "No importa", me respondió. Bajó su mirada. Me acerqué y lo abracé. "Nadie se va a fijar nunca en mí por mi discapacidad", continuó. "Retírate por favor de la habitación". Abrí la puerta y volví a mi cuarto. Inmediatamente agarré el teléfono celular y le escribí un mensaje pidiéndole disculpas, que lo que menos quería era herirlo y solo buscaba conversar de lo que me pasaba; simplemente deseaba tener su experiencia como hermano, la cual valoraba de antemano porque sabía que siempre sería sincera en pos de mi felicidad.

No pasó más de media hora cuando tocó a la puerta de mi habitación y me preguntó si podía entrar. Con todo el cansancio emocional que había vivido durante el día – más el acumulado de semanas - me había quedado semi dormida, pero igualmente le dije que pasara. Apenas ingresó me pidió disculpas, que se había sentido mal por la pregunta y por ello me había dado esa contestación 'tan egoísta'. "Contame tranquila y con detalles que te pasó", me dijo mientras acercaba su silla de ruedas a la cama.

Mientras le comentaba los pormenores de la situación, él me escuchaba atentamente. "¿Que sentís?", me preguntó una vez finalizada mi alocución. "Confusión, no mucho más", fue mi vacilante respuesta. "Primero te sugiero que te tranquilices: estas cosas se sienten, no se planean. Y quédate tranquila, que cuando tenga que llegar el momento en el cual el corazón bombea con fuerza y sientas un hermoso ardor en el alma, vos sola te vas a dar cuenta".

No podía creerlo: no solo por sus hermosas y profundas palabras, sino que además me asombraba su experiencia, una que yo realmente desconocía. "Aunque algunas veces el amor se da a 'primera vista', en otras ocasiones se va construyendo con el tiempo. No hay recetas para ello", continuó. "¿Y uno se puede enamorar de cualquier persona, ya sea hombre o mujer, más joven o más viejo, Elite o Ardim?", le pregunté con ansias de conocer y entender más. Él quedó pensativo unos segundos, con la mirada hacia el suelo. Luego levantó la vista fijándola en mis pupilas, y prosiguió: "para el amor no hay barreras. Creo que es así. O mejor dicho, quiero creer que es así".

Sentí en ese momento un doble confort: por un lado, la dulzura en las palabras de mi hermanastro que, una vez más, a pesar de las diferencias que podríamos tener en nuestro pensamiento o en la forma de ver la vida, quería lo mejor para mí. Por el otro, afirmar que en el amor reina la heterogeneidad. Y que mientras en otros aspectos el respeto por la equidad y la dignidad deben ir de la mano de la racionalidad, también debe cumplirse la misma premisa cuando el que habla es el corazón.

Después de que le agradecí profundamente, se puso a disposición para lo que necesitara. Ante aquel acto de amor altruista, lo

único que me salió de adentro fue darle un fuerte abrazo. Luego, con un breve pero intenso llanto de ambos, terminamos de liberar tensiones.

Solo pasaron unos pocos segundos para que gire mi cabeza, lo miré a los ojos, y le rogara que me dijera todo lo que sabía de mis padres biológicos. No sé porqué sucedió en este momento, solo me salió de adentro. Movió su rostro y dirigió la mirada hacia la ventana. Tomó aire, suspiró y me perjuró que mis padres no le habían contado absolutamente nada de ellos; "sinceramente, no creo que tampoco sepan nada de lo que les ocurrió luego de que te dejaran en esta casa". Sus palabras eran como un puñal a mi esperanza; a aquella llama que flameaba hacía más de diez años en algún lugar de mi corazón y mi mente, fantaseando algún día encontrar la luz al final del túnel.

"Me voy a mi pieza, que descases", me dijo después de un desahuciado silencio prolongado. Le agradecí una vez más y, apenas se retiró, agarré mi teléfono celular y le envié un mensaje a quien, por primera vez en mi vida, me había profesado su amor. Le dije que quería hablar con él. Mismo lugar, mañana al mediodía. A los pocos minutos me contestó que no había problemas, ambos podríamos charlar tranquilos durante el almuerzo.

Nos encontramos en el comedor de su escuela, pero le pedí que fuéramos a unos bancos que se encontraban a unos cincuenta metros de allí, debajo de una hermosa arboleda artificial. Una vez que nos sentamos, tomé aire – y fuerzas – y le dije que realmente me sentía alagada por sus palabras, "pero lamentablemente no puedo verte más que como un amigo, como un compañero leal con el que soñamos un proyecto en común".

Pude vislumbrar la tristeza en su rostro. "Está bien, te entiendo", continuó. Hubo un silencio y ambos miramos hacia el verde césped. "¿Es porque soy Ardim?", me preguntó sin dirigirme la mirada. Aquella frase no solo me descolocó, sino que además me generó un instantáneo *déjà vú* de todo mi pasado. Él no sabía nada de mi historia personal, pero sí que gran parte de mi lucha se encontraba focalizada en la igualdad de oportunidades y la no discriminación entre las Elites y los Ardim. "De ninguna manera. Y me duele que me digas eso. Vos me conocés y sabés que una de

las grandes peleas mías es para que esta terrible realidad cambie", le respondí con una indisimulable angustia.

La congoja se transformó en mucha bronca e impotencia. Una fuerza interna exasperante me empujaba a gritar mi verdad a los cuatro vientos, que todo el mundo supiera realmente quien era. Traté de serenarme. Había leído que tomando decisiones 'en caliente', es cuando más errores se cometen. Y ello podría ser, sobre todo en este caso, más que contraproducente. Si pensaba que lo había rechazado por ser Ardim, peor sería si le contara sobre mis padres biológicos. Y la realidad es que una vez que salen las palabras de la boca, nunca se sabe hasta que oídos pueden llegar.

Lo volví a mirar a los ojos, y luego lo besé. Unos pocos segundos después, retiré lentamente mis labios de los suyos. Él todavía tenía los ojos cerrados, como esperando un poco más, cuando me levanté. Sin mediar palabra, a los pocos minutos ya estaba en el colectivo con destino a casa.

En los días subsiguientes me envió varios mensajes; sin embargo, decidí no responderle. Estaba muy angustiada y prefería no hablar. Deambulaba por la casa; en la escuela era un zombi andante. Lo único que me daba paz era charlar con mi hermanastro: desde la última conversación, nuestros diálogos habían madurado.

Una tarde, me propuso que pensará siempre en la 'mitad del vaso lleno', una antinomia propositiva. "Reflexioná sobre lo que te pasa, tus frustraciones coyunturales; una vez que las reconozcas, buscá la forma de revertirlas, transformarlas en un activo de utilidad", fueron sus exactas palabras.

Como tantas otras, esa noche no podía dormir. Pensaba y pensaba. Hasta que a eso de las tres de la mañana, se me ocurrió una idea: de mi reciente – y frustrada - historia de amor atravesada por una micro 'lucha de clases', podríamos sacar un rédito para nuestra causa.

Apenas me levanté a la mañana, llamé a mi amigo y le pedí que viniese a casa, que quería hablar con él de algo importante. Cuando llegó esa misma tarde después de la escuela, le pedí que se sentara en mi cama y me escuchara atentamente. Después de una leve sonrisa que invadía su cara, la excitación de mis palabras transformaron sus expectativas de alegría por mi potencial cambio de parecer,

en una sorpresa con matices que rayaban la locura: "se me ocurrió construir una historia de amor, una demostración en la vida real de que dos personas de distinta clase social pueden desarrollar una relación de cariño, comprensión y felicidad conjunta. En definitiva, una historia de amor".

La realidad es que me había ilusionado con algún signo de aprobación en su fisonomía facial. Pero solo percibí un halo de resignación. "No era lo que esperaba", me respondió mientras intentaba mirar indistintamente las cuatro paredes de mi pieza. Otra vez el silencio, y un suspiro. "Bueno, ya pasó", tomó la palabra después de unos segundos. "Pongamos como prioridad el proyecto colectivo antes que los intereses individuales. Y vamos para adelante. Contame más de tu idea", me interpeló expresándose como un embrión de gran cuadro político.

Luego de ofrecerle un café y unos biscochos, le dije que había llegado a mi poder – no le comenté como - un libro que me había encantado: "Es una novela basada en la película mexicana 'Amarte Duele', cuyo rodaje transcurre a principios del corriente siglo XXI. La trama habla del enamoramiento entre un joven de clase media-baja y una chica de alto poder adquisitivo que viven en el Distrito Federal de México; los cuales, luego de un encuentro casual, forjan una historia de cariño y pasión repleta de obstáculos – principalmente de parte de la familia y los amigos de ella pertenecientes a la Elite -, donde se rehúye de cualquier forma de naturalidad que implica el amor entre dos personas".

Él me escuchaba con atención, creo que esperando entender bien a donde quería llegar. "Con un final trágico propio de la insensatez y las más profundas miserias humanas, varias veces me trasladé mentalmente a ese contexto tumultuoso que dejaba claramente la hipocresía al descubierto; pero que, por otro lado, también generaba una esperanza para con el repensar y la reflexión individual, aquella que se tradujera en un fortalecimiento colectivo de los valores más nobles y presionara para un cambio en las vidas de aquellos que desean cumplir sus sueños", continué.

"¿Entonces vos estás pensando que hagamos de cuenta que estamos enamorados, con el objetivo de engendrar un punto de partida para la reflexión de los habitantes Ardim?", me respondió

inmediatamente. "Exacto. Sabía que me ibas a entender. Tu rapidez mental nunca deja de sorprenderme", fue mi admirada y sincera respuesta. El plan estaba en marcha.

Prometimos mantener el secreto entre nosotros, nos abrazamos y se fue a su casa a descansar. A la noche le envié un mensaje a todo el grupo, diciéndoles que quería que nos juntáramos nuevamente, que a pesar del desgaste y los sinsabores, tenía algo 'muy motivante' que contarles. Propuse que para que fuera una reunión distendida e informal, la hagamos el próximo sábado a la noche. Cada uno tenía que llevar algo de comer y tomar para ponerlo en la mesa compartida. A la mañana siguiente, aproveché un recreo en la escuela para llamar a uno de los chicos y le pedí que pusiera su casa. Me confirmó en seguida, igual que la asistencia de la mayoría de los miembros. Ya estaba todo en marcha para la primera salida con mi 'nuevo novio'.

Citamos a todos alrededor de las nueve de la noche. Nosotros íbamos a ir un rato más tarde, cuestión que nos vieran ingresar juntos y el impacto fuera mayor. A las ocho y media estábamos terminando de comprar un par de bebidas colas y algunos *snacks* en el almacén. De allí salimos caminando para ir directamente al encuentro. Ambos cargábamos en los brazos externos una bolsa cada uno. Por el contrario, nuestras manos internas, listas para el ingreso triunfal, se presionaban hasta fusionarse como un solo puño, como si estuvieran a imagen y semejanza de un logo político partidario.

Hubo miradas de sorpresa. Otras de asombro. Algunas sonrisas. Sin embargo, nadie se atrevía a decir nada. Hasta que una de las chicas, una de las más desinhibidas, nos preguntó, muy verborrágica y exultante, si estábamos saliendo. Nos miramos de manera cómplice. En seguida algunos se acercaron a felicitarnos. Uno de los objetivos que nos habíamos puesto era analizar la reacción de nuestros compañeros, aquellos que nos conocían y nos tenían cierto afecto, como una muestra - 'aunque imperfecta' - de una potencial reacción social.

En mi 'debut' como novia, y mientras íbamos como dos tórtolos a buscar algo a la larga mesa donde se había colocado toda la comida – una situación que, aunque irreal, resultada extraña para

mí - se nos acercó uno de los compañeros. Siempre callado y reflexivo, esta vez parecía decidido a subir la apuesta: "Disculpen que les pregunte, pero ¿no tienen temor? Es por la sencilla razón que vos sos parte de la Elite – señalándome con su mirada - y vos un 'simple' Ardim".

Había picado el anzuelo. Y aunque teníamos en claro que lo habitual en los siglos que nos precedieron, como las grandes epopeyas, las políticas sistémicas que todo lo abarcaban, o la pasión que generaban las ideologías, se habían transformado en mecanismos de atracción direccionados a la micropolítica, a los intereses puntuales, a los cambios marginales, quien dice si el comenzar a la inversa, con base en un hecho puntual, una historia de amor prohibida, nos pudiera llevar al cambio estructural tan deseado; un disparador que derive en algo más importante, trascendente, utópico.

Al unísono ambos le contestamos – aunque no era exactamente de nuestro 'amor prohibido' -, que justamente de ello queríamos hablar. Les pedimos a todos que se acercaran y les conté lo que habíamos pensado: "no queremos comenzar un 'noviazgo real' (por lo menos ello había quedado claro de mi parte), pero si deseamos difundirlo entre los Ardim de la Base; un 'sacudir' del pensamiento, un motivo de reflexión, una forma de promover el acercamiento a nuestras ideas". A lo que mi amigo agregó: "si podemos convencer a muchos, seremos más fuertes para poder sostener nuestros reclamos. A ello creo que tenemos que apuntar, y es prácticamente la única herramienta plausible que tenemos a mano hoy en día para comenzar a solidificar un proyecto de cambio". Había hablado con firmeza, en un tono de voz alto. Esta vez sí sentíamos que sino lográbamos un compromiso de este modo, difícilmente tendríamos otra chance.

El plan no era complejo. Todos debían difundir la noticia. En sus casas, en la escuela, durante sus actividades cotidianas, donde fuera. Cuando tuviéramos la repercusión necesaria, utilizaríamos ese empoderamiento que te da la palabra para transmitir las temáticas verdaderamente trascendentales. Detrás del amor existía una historia de desigualdad de trato, de oportunidades, de calidad de vida. Y pondríamos sobre el tapete el trasfondo de lo que necesitábamos que emergiera con toda la fuerza: la libertad de elegir, de crear, de disfrutar plenamente.

La difusión comenzó siendo boca a boca, ya que la mensajería y la intranet se encontraban profusamente controladas. Sin embargo, después de algunos días nos dimos cuenta que eran insuficientes: un rumor, como tantos otros que los Ardim estaban acostumbrados a escuchar, y que solía quedar en la nada. En el reino de la post-verdad, todo era confusamente verdadero o falso, ya que dependía fundamentalmente del deseo de quien quisiera ver y creer - y, por supuesto, con las decepciones que posteriormente ello conllevaba -. Los Ardim necesitaban observar los hechos trascendentales por sus propios ojos, sentirlos, palparlos.

De no ser así, y tal como había ocurrido con gran efectividad en el último siglo, triunfaban las mentiras de las Elites con su consecuente descreimiento colectivo. Una verdad única e indiscutible, sustentada en el poder de coerción física y la agresividad verbal, que solo requería de un espacio temporal, un tiempo determinado por la historia, la cultura, o la necesidad de recibir ayuda de los más débiles, era la que posibilitaba la naturalización del *Statu-quo*. Solo se necesitaba una 'inyección de convencimiento mediático y personalizado', como complemento perfecto para con la efectividad de ese grupo minoritario a la hora de penetrar en las mentes; de este modo, se genera una creencia en el resto de la sociedad en la que sostienen que hacen todo lo posible para velar, de la mejor manera posible, por los intereses 'supuestamente' colectivos.

Había leído que siglos atrás, previo a la existencia de los medios de comunicación audiovisuales, los discursos para propagar las ideas se realizaban en las plazas públicas. "Podríamos hacer algo así" exclamé con excitación. "¿Qué les parece hacer una obra de teatro?", continuó una compañera rubia, menudita de ojos celestes bien claros. La idea no era mala. 'Amarte Duele' versionada para un espacio teatral. Además participaríamos varios de nosotros; donde algunos compañeros Ardim actuarían de ellos mismos y otros, a quienes yo les iba a enseñar formas, modos, e ideas, representarían a las Elites.

Lo ideal sería en un lugar cerrado, como podría ser el salón principal de la escuela. Pero no nos darían permiso, menos conociendo la temática. Entonces se nos ocurrió que no era una mala idea realizar la obra en una de las plazas de los Ardim, lo que además

le daría una cuota mayor de masividad. No lo sabíamos – simplemente porqué nunca había ocurrido -, pero seguramente, y además porque en nuestras mentes lo teníamos interiorizado así, en un lugar público habría que pedir permiso al gobierno de la Base. Obviamente, deberíamos contar sobre que trataba la obra. Sin elucubrar en demasía, todos sabíamos que la respuesta sería, como mínimo, un NO rotundo. Luego probablemente vendría la persecución hacia el grupo y, posteriormente, quien sabe en que terminaría todo. Seguro nada bueno.

Sin embargo, decidimos arriesgarnos; todos sentíamos que era nuestra 'gran opción'. Y así se los hice saber a mis compañeros: sin decirles que lo había leído en la dedicatoria que mi padre había dejado para mí en el epílogo de uno de sus libros, aproveché un momento en el cual estábamos todos sentados alrededor de la mesa, atentos a la distribución de roles y los pasos a seguir, para pronunciar en voz alta la siguiente frase: "Compañeros y amigos, como dijo el líder revolucionario mexicano de principios de siglo XX, Emiliano Zapata: '!Es preferible morir de pie, que vivir toda la vida de rodillas!'".

Nos pusimos a ensayar. Nadie sabía prácticamente nada de teatro; el arte escénico había desaparecido, ya que implicaba una expresión corporal y discursiva que no solo no generaba valor agregado, sino que además conllevaba 'ideas raras'. Salvo 'mi novio' y yo, que ya teníamos los personajes asignados, el resto eligió el papel que más les gustaba. Por supuesto, a algunos no les atraía la idea de tener que situarse frente a un público desconocido; como cualquier disciplina, tiene sus complejidades y requiere una forma de ser, una personalidad particular. Sin embargo, quienes no querían 'subirse a las tablas', colaborarían en la producción 'tras bambalinas' (confección de trajes, puesta a punto del escenario, compra de insumos, etc.).

Es que aunque sabíamos que lo importante era el mensaje en sí que queríamos transmitir, creíamos que cada uno de nosotros debía dar el ciento por ciento para que todo saliera de la mejor manera posible: cuanto más creíble y con mayor seriedad tomáramos el desafío, teníamos una mayor posibilidad que la recepción del público se valorara más positivamente. En este sentido, el

compromiso debía hacerse notar para que el espectador sintiera que la obra era una clara demostración de firmeza para con la enseñanza superadora que queríamos dejar.

Practicamos un par de semanas. Habrán sido siete u ocho veces, con letra semi-libre; o sea, lo que nos salía en el momento. Solo teníamos que procurar que no se perdiera el hilo conductor. Sin embargo y a pesar de los miedos iniciales, el mismo entrenamiento terminó siendo una experiencia gratificante: nos reímos de nuestros furcios, disfrutábamos probándonos el vestuario, compartíamos anécdotas relacionadas a los papeles de cada uno. Y lo mejor de todo es que era una tarea de la que todos participábamos; un esfuerzo colectivo, una inyección de energía positiva que nos empoderaba con mayor fortaleza para afrontar los retos que nos propusiéramos de aquí en más.

La cita era el domingo al mediodía. Mientras nos juntábamos en la plaza más grande del barrio más populoso de los Ardim, promocionaríamos el evento a viva voz para las cinco de la tarde. Familiares y amigos ya lo sabían de antemano. Para el que no supiera que estaba ocurriendo de manera tan extraña, si observaba que había personas interesadas mirando el espectáculo – léase nuestros seres queridos – a muchos seguramente les generaría curiosidad. Después de todo, en un lugar donde nada pasaba y la mayoría de la gente se conocía, una pequeña muchedumbre claramente llamaría la atención. O sea, si al vecino le interesa, ¿por qué no debería interesarme a mí? Si a ello le adicionamos que se trataba de una obra de teatro, inexistente para quien había vivido toda la vida en la Base como Ardim, lo novedoso se transformaría en un poderoso imán de atracción social.

Se notaba que era una plaza Ardim. No tenía los mismos juegos cuidados, ni la arboleda frondosa, ni los limpios senderos que yo disfrutaba en la plaza para las Elites que se encontraba a tres cuadras de mi casa. Podría parecer extraño, ya que los cuidadores de todas las plazas de la Base eran las mismas personas; todos ciudadanos Ardim. La diferencia era que si no limpiaban, pintaban y arreglaban puntillosamente cada baldosa, los toboganes o las flores de las plazas de las Elites, solían ser denunciados e, inmediatamente, eran severamente castigados: menores ingresos, recorte en sus

beneficios sociales, o la quita de días libres eran los apercibimientos más comunes.

Por el contrario, nada les ocurría sino cuidaban apropiadamente sus propias plazas Ardim. Y el motivo principal no era debido a que ponían todo su empeño y quedaban exhaustos de sus trabajos con las Elites; por el contrario, simplemente sabían que aunque no cumplieran su cronograma laboral, a ningún Ardim se le ocurriría denunciarlos – o sea a otros Ardim -, generalmente por el mero temor de que ambas partes quedarían observadas 'como problemáticas' en el sistema informático de la Base.

Los únicos miembros de las Elites que estaban en la plaza eran mis padrastros y mi hermanastro. No podía no comentarles lo de mi actuación; aunque, por supuesto, no sabían exactamente el objetivo de la misma. Lo que si les sorprendió era una veta 'artística' que nunca había comentado – creo que el asombro hasta era de un mayor tenor que mis 'relaciones' con los compañeros de tablas Ardim - y que era inexistente en mi currícula escolar. "Siempre te apoyaremos en tus proyectos. Allí estaremos", me dijeron al unísono cuando le comenté sobre la obra unos días antes.

Ya eran cerca de las cuatro de la tarde y el resto de la presentes eran familiares y amigos de los compañeros. No tantos como suponíamos. El temor a lo diferente - y creo yo también por la temática a tratar -, debió haber generado ciertas reticencias y, por qué no, algún abandono a la presencialidad de último momento.

Armamos el escenario, conectamos las luces y el sistema de sonido. También nos encargamos de conseguir un centenar de sillas, mientras unos compañeros llevaron algunas bebidas y *aperitivos* para que los espectadores disfrutaran durante la función. No podíamos imaginarnos como iba a salir todo, pero estábamos de por si felices por el esfuerzo profesional, logístico y monetario que le habíamos impreso a esta 'loca' idea.

La mayoría de los transeúntes nos miraban sorprendidos: algunos preguntaban que ocurría; los más seguían de largo. No había fuerzas de seguridad a la vista – al menos por ahora -, lo que era un alivio. No éramos pocos en el grupo los que desconfiábamos si habría algún 'buchón' entre nosotros.

Llegó la hora señalada. Todo estaba listo para comenzar la función. Con los lógicos nervios a cuesta, les pedí a todos que nos acercáramos en una ronda para brindarles un corto pero claro mensaje antes que saliéramos a escena: la obra teatral era como un juego con un objetivo; pero ello no quitaba que teníamos que pasarla bien y disfrutarlo. Siempre tratando de dar lo mejor, por respeto a los que estaban mirando la obra.

Posteriormente cambié mi facie en modo 'arenga': el mensaje debía llegar y calar lo más hondo posible. Por lo tanto, las ganas que le pusiéramos a la actuación iban a ser proporcionales a la credibilidad con la que nos perciban. Y, ojalá así sea, el puntapié inicial hacia algo nuevo, soñado por todos nosotros.

Fueron cuarenta largos minutos, pero que claramente valieron la pena. Los aplausos eran conmovedores; parece que la obra había gustado, y mucho. Todos suspiramos: estábamos felices que habíamos dado todo y, internamente, creo que nuestras palabras calaron en el público presente.

Lo primero que atiné a hacer fue mirar a mi familia. Ellos también aplaudían. La felicidad se encontraba impregnada en los rostros de mi madrastra y mi hermanastro; sin embargo, la cara de mi padrastro denotaba otra cosa. Creo que no era disgusto por la obra en sí. Seguramente tampoco por lo que dejaba traslucir. Pero era un hombre que había vivido mucho y, entiendo yo, no podía disimular un cierto temor. Comprendía perfectamente los entramados de poder y los riesgos que implicaba, aunque pudiera parecer menor e insignificante, este 'atisbo' de obra teatral.

Nos abrazamos con fuerza y pasión con el resto de los compañeros. Por primera vez, estábamos eufóricos. Era un momento de algarabía y de felicidad. La obra había sido vista por algunas decenas de personas y, si todo salía como lo habíamos planeado, en poco tiempo un gran porcentaje de los habitantes Ardim de la Base sabría de ella.

Nos llevó prácticamente una hora terminar de limpiar y acomodar todo lo que habíamos llevado (la tarima, el decorado, los elementos utilizados, etc.). Nos despedimos y quedamos que nos reuniríamos en la semana para delinear los pasos a seguir.

Para festejar, mis padrastros me invitaron a cenar a un muy conocido restaurante en el barrio de las Elites. Durante la velada hablamos de temas menores: cómo me había sentido actuando, quién había diseñado todo el vestuario, y si realmente lo que pasaba en la obra era lo que sentía (en aquel momento hasta me sonrojé).

Mientras tanto, yo pensaba en los efectos que pudo haber causado la obra: estaba ansiosa por saber si a pesar del bloqueo de información y la falta de acostumbramiento a razonar vínculos de causa-efecto en términos sociales, la obra había podido abrir las mentes de los espectadores y, de este modo, lograr que la 'relación prohibida' se trasladara con fluidez en el 'boca a boca', sumando un poderoso mensaje crítico que se encontraba en las antípodas de la pasividad reinante.

En cuanto a mi persona en particular, tanto el desgaste emocional como el físico habían sido más que importantes. Por ello, apenas volvimos a casa me dirigí directamente a la habitación y me acosté en mi cama. No tenía ni fuerzas para bañarme. Automáticamente cerré los ojos; solo quería descansar y despertarme lo más tarde posible al día siguiente.

En mi cabeza sentí que no habían pasado ni cinco minutos cuando tocaron a la puerta de la habitación. "Soy yo, ¿puedo pasar?". Era mi padrastro. "No hay problema, pasa tranquilo". Abrió lentamente la puerta y me dijo que, sino era molestia, quería hablar un minuto. Le asentí con un movimiento de cabeza e inmediatamente se sentó al lado mío en la cama. Era extraño verlo en esta situación: no digo que no hubiera tenido largas charlas con mi padrastro, pero realmente no lo recuerdo viniendo a mi habitación – las conversaciones con él solían ser alrededor de su sofá, donde 'jugaba de local' -, y menos a estas horas de la noche.

Como buen político – de profesión sindicalista -, vi reflejado en él algunas actitudes que había leído en un texto de historia argentina que me dejó como legado mi padre. Primero, siempre venía la 'palmada en la espalda': "Te felicitó por tu performance en la obra, me gustó realmente mucho. Además, estoy orgulloso de que una chica tan joven como vos tengas intereses tan profundos".

Le agradecí sus palabras mientras observaba su rostro: su mirada evidenciaba que escondía algo más. Y no estaba equivocada:

después de su 'dulce melodía', asestó el golpe; aquello que realmente estaba buscando desde que ingresó a mi pieza. "Más allá de lo bello de la historia, te quería decir que el tema que tocaron no es sencillo. Te sugiero que para la próxima vez, evalúen realizar una obra con otra temática; sobre todo de otro tenor, por ahí algo más contemporáneo".

No me salían las palabras. Solo pensaba cómo mi padrastro, que había vivido y sabía mucho, no podía dar cuenta de objetivos tan altruistamente necesarios, como son la equidad y el brindar afecto. Del tipo que sea. ¡Qué lejos estábamos de la Tierra, pero más alejada me encontraba de los valores más nobles y naturales del ser humano!

No sé si él intentaba convencerme de que estaba equivocada, que la 'normalidad' era lo que vivíamos en la Base y así debía ser; acumulación y dominación como los fines ulteriores estaban por encima de todo, de cualquier idea, de cualquier creencia. Por supuesto, su discursiva con doble moral brotaba con facilidad cuando uno se encuentra del lado de los ganadores. ¡Pero no me iba a rendir!

Sin embargo, este no era el momento de batallar; debía sortear una discusión espuria que, dado el afecto que nos teníamos, fácilmente se entrelazaría generando un nudo sin salida, donde alguna de las partes – o ambas – podría salir herida. Tenía que guardar fuerzas para el momento donde la exigencia fuera suprema. "Gracias por tu consejo. Estoy muy cansada, me voy a dormir" le respondí, mientras me preparaba un vaso con agua para luego subir a la habitación.

En la reunión del miércoles decidimos repetir la obra el próximo domingo. Esta vez, esperábamos que la convocatoria fuera mayor, ya que a todos los que habían venido a presenciar la primera performance, les habíamos pedido que les avisen a todas las personas que conozcan para que vayan durante la semana a la zona de la plaza donde habíamos actuado, ya que dejaríamos unos folletos pegados a los árboles para decir cuando iba a ser la próxima función. Nada de mensajes por el teléfono celular que pudieran ser interceptados por los servicios de inteligencia de la Base.

Estábamos con una enorme expectativa. Las sillas estaban todas ocupadas y hasta había gente parada. Antes de subir al escenario, nos pusimos de acuerdo que después de que finalizara la obra, le pediríamos al público que se quedara unos minutos más: con 'mi novio' en la ficción, esta vez daríamos un discurso sobre la importancia de poder analizar y comprender la diferencia de clases, el tratar de combatir injusticias, lo necesario que es tener igualdad de oportunidades para cada uno sentirse respetado, y lo importante de hacer todo en la vida con mucho amor y pasión.

Llegó el final y, nuevamente como el fin de semana pasado, los varios minutos de aplausos se sintieron como una caricia al alma. Luego comencé a hablar. Lo hice con tranquilidad, de manera pausada, para intentar asentar bien las ideas. Estaba concentrada mirando al público, cuya atención era total. Sin embargo, de repente comienzo a vislumbrar a unos cincuenta metros, por detrás de una densa arbolada que cubría el lago artificial, movimientos extraños de personas formando un tipo de 'escuadrón', los cuales apuraban el paso a medida que se acercaban hacia nosotros.

La voz se me entrecortaba y realmente no sabía qué hacer. De repente, un hombre de mediana edad ubicado en una de las últimas sillas del fondo a la izquierda, se paró y comenzó a decir, a viva voz, que la obra era una porquería. "¡Ustedes son terroristas! ¡Lo único que quieren es derrocar al gobierno! ¡Encima son una perversos sexuales!", vociferaba *pari passu* su timbre vocal se incrementaba exponencialmente.

En cuestión de segundos – aunque parecieron años - frenaron intempestivamente dos autos en la calle lateral derecha. Se bajaron rápidamente cuatro personas vestidas de civil, encapuchadas, con armas largas en sus manos. Cuando nos dimos cuenta, estaban sobre nuestros cuerpos. Bajo un marco terrorífico, todos los presentes recibimos golpes y patadas, de manera escalonada y variado nivel de fuerza, durante aproximadamente un minuto. Solo un señor mayor del público intentó calmarlos; como respuesta, recibió un severo golpe en la espalda con un bastón que lo tiró contra el escenario.

Mientras trataba de cubrirme y mantener la calma, escuché un disparo; lo único que pude atinar fue a arrojarme al suelo y agachar la cabeza. Después de unos segundos, al no oírse más detonaciones,

levanté la vista; allí observé, con nitidez, a dos de los matones gritándoles a los espectadores que se retiraran rápido. Pero sobre todo, algo que me quedó grabado a fuego: que nunca más volvieran a molestar en la vía pública.

A todos los miembros del grupo nos obligaron a acostarnos boca abajo en el césped, uno al lado del otro. Ahora la amenaza tajante era hacía nosotros: nunca más debíamos presentar la obra. Y esta era solo una advertencia. Si se llegaban a enterar que la íbamos a repetir, lo que vendría sería peor. "Nosotros ahora nos vamos. En diez minutos se levantan y se van sin chistar a sus casas". Por supuesto eso hicimos.

Sabíamos que la obra podía molestar, pero nunca nos imaginamos que iban a llegar a este punto. Menos en la históricamente pacifica Base, donde jamás se había visto un nivel de violencia de semejante tenor: aunque la mayoría estábamos dentro de todo bien físicamente, con cortes y contusiones menores, había tres heridos de mediana gravedad.

A ellos los llevamos al hospital principal de los Ardim para que los revisaran. Según los médicos de la guardia, no había nada preocupante o que pudiera dejar algún tipo de secuela. Igualmente, les avisamos a algunos familiares de confianza, quienes fueron llegando lo más rápido que pudieron. Más allá de ello, todos los del grupo nos quedamos sin movernos de allí; queríamos, como mínimo, asegurarnos que iban a poder recuperarse e irse a sus hogares. Por suerte, a los tres solo les indicaron algunos controles de rutina para los próximos días.

A las once de la noche, estábamos todos en la puerta del hospital listos para despedimos. Finalmente, luego de darnos un cálido abrazo, quedamos en realizar un próximo encuentro el sábado próximo, en lugar a confirmar.

La semana pasó volando. No le dije nada a mi familia: no quería dar explicaciones, menos transmitir temor. Mi padrastro se había ido de viaje a la Tierra, y mi hermanastro y madrastra estaban en sus cotidianeidades. Por ende, iba a esperar un poco que pasara el tiempo y analizar si habría repercusiones o algún 'movimiento sinuoso'; sobre todo para evaluar cómo manejar lo ocurrido con ellos.

Hubo ciertos rumores en mi escuela, pero no pasaba de algún comentario menor. Creo que al ser un tema que se circunscribía al 'mundo los Ardim', a las Elites realmente no les interesaba. Para ocuparse de aquellas nimiedades, estaba el gobierno de la Base.

El sábado éramos pocos. Muy pocos. Evidentemente, la intimidación había surtido efecto. Era lógico, a nadie le agrada que lo agredan físicamente. ¿Realmente lo ameritaba? ¿No fue exponernos demasiado, para lograr una repercusión que podríamos catalogar de 'insuficiente'? ¿Tan peligroso era lo que habíamos realizado, como para recibir semejante represión? ¿Debíamos haber pedido permiso al gobierno para hacer la obra? Mientras buscaba una silla para sentarme, solo me vino a la mente la frase del ex presidente Perón: "'El hombre es bueno, pero si se lo controla es mejor".

Luego de que los trece que estábamos presentes a eso de las nueve de la noche nos sentamos alrededor de la mesa, comencé mi discurso: "Aunque es inherente al ser humano infringirse de culpa, el cuestionarnos es fútil; simplemente porque estamos persiguiendo un fin que es más que loable". "Déjenme contarles algunas cosas que he leído", proseguí mientras me servía de tomar un vaso de gaseosa. "'Estamos ante la profundización del modelo de neoliberalismo anglosajón como modo de reaseguro sistémico. No voy a entrar en detalles técnicos, pero les puedo decir que bajo esta lógica formativa, la culpa siempre es del propio individuo. O sea, si a ustedes les va mal en la vida, es exclusivamente por su fracaso personal".

Todos me miraban sorprendidos, pero a su vez se los notaba expectantes a que continúe la explicación de una información desconocida para ellos. "Hubo una vez en Estados Unidos lo que se denominó el famoso "sueño americano"; un concepto que fue enormemente diseminado durante la segunda mitad del siglo XX. Bajo tal aspecto, el entorno era una mera circunstancia; desde la enseñanza formal hasta los medios masivos de comunicación, todos realizaban un enorme esfuerzo para deslindar las responsabilidades socio-económicas de los Estados, al tiempo que subsumían la totalidad de los esfuerzos al deber ser del individuo. Y si los deseos excedían el baño de pragmática realidad, se proponía desde el oficiar la realización de prácticas de meditación e introspección pacifica, hasta la habilitación del discurso correspondiente a ciertas

creencias esotéricas de tinte religioso, las cuales prometían una vida mejor 'en algún más allá'. Todo sea para 'mejorar la calidad de vida', según promovían las Elites de la época. O mejor dicho, para sostener a como sea las tensiones sociales generadas por un sistema injustamente opresivo y desigual".

"Les voy a dar solo un ejemplo", proseguí. Es que en una situación tan crítica como la que habíamos vivido como grupo, graficar y explicitar situaciones podría fortalecer no solo las bases ideológicas, sino también los ánimos de un grupo resquebrajado. "Hace más de un siglo, en el Reino Unido gobernaba una señora llamada Margaret Thatcher. Ella sostenía enfáticamente que en la Gran Bretaña no existía 'una sociedad', sino un conjunto, una sumatoria de numerosas, 'millones de familias'. Y luchó con todos los medios disponibles que le brindaba el control del aparato estatal para doblegar a los entonces poderosos sindicatos industriales".

Nadie se movía de su asiento. Todos querían escuchar 'el final de la película'; comprender a donde quería llegar. "Al final de cuentas, aunque tuvo resistencia, logró su cometido: los procesos de tercerización, se multiplicaron en todo el mundo, denigrando a la desocupación y pobreza a la mayoría de los trabajadores británicos que hasta ese momento percibían - al menos – los 'dignos salarios' que se pagaban en aquel otrora mundo capitalista desarrollado. Y aquí hay un punto fundamental a destacar: la utilización mediática y la represión habían sido herramientas fundamentales para sellar su victoria. En definitiva, lo que les quiero decir es que este modelo de gobernar que se vivió en la Tierra, en un proceso embrionario de globalización salvaje desde mediados de la década de 1970, ahora lo estamos viviendo en carne propia: 'ellos' están a la búsqueda del desmembramiento total de nuestro colectivo pujante que quiere cambiar el *Statu-quo*". Y quien o quienes eran 'ellos', era algo que rápidamente tendríamos que dilucidar.

Cuando terminé mi alocución, se me acercó una chica joven, quien parecía tener solo un par de años más que yo. No recordaba con nitidez sus expresiones; solo me acordaba de verla en contadas ocasiones, pero siempre desde una pasiva posición de observadora cuando discutíamos en grupo. Desde un costado, silenciosa, no creo que haya aportado alguna vez un comentario o propuesta; por

el contrario, siempre ayudaba de alguna forma: desde acomodar las sillas en el teatro de la plaza, hasta llevar comida o bebida a los encuentros.

"Quédate tranquila, ya tendremos la oportunidad de llevar adelante nuestros planes", me dijo mientras posaba su hombro sobre el mío con enorme calidez. Aunque el desconsuelo se me notaba indisimulablemente en el rostro, le agradecí sus palabras que intentaban levantarme el ánimo. "Nunca conocí una chica tan valiente; debes estar orgullosa de lo que estás haciendo. Tu liderazgo es transparente, claro y conciso", continuó con lo que consideré una extraña admiración. Su mirada, de unos ojos azules avasallantes, quedó clavada contra la mía. Su sonrisa tenue, suavizaba y pacificaba un aura diferente, algo que jamás había sentido previamente.

Con una pausada firmeza inusitada para ser una Ardim, continuó: "No soy de opinar, pero creo que necesitamos estudiar, formarnos, conocernos más; esta debería ser la forma primaria – necesaria aunque insuficiente - de estar más preparados para pelear por los derechos, la justicia y una sociedad más equitativa".

Su concordancia y racionalidad me habían sorprendido. Y antes de que pudiera expresarle mi acuerdo, volvió a tomar la palabra: "Empecemos nosotros, después vemos como se lo transmitimos al resto. Te propongo pasar la mayor cantidad de tiempo posible conmigo en la 'tierra de los Ardim'; como contraparte, yo iría contigo para comprender en detalle la lógica con la que se mueven las Elites. Luego lo harán otros contigo o con algún otro miembro de la Elite que sea permeable al cambio; para que, finalmente, cada uno de los involucrados podamos difundir a viva voz, por toda la Base, lo que la racionalidad de la mente y la pasión de los corazones pueden llegar a expresar con toda su potencia". Sin pensarlo mucho, acepté su propuesta. Me parecía cautivamente; pero además, para ser sincera, no teníamos ni mucho que perder, ni otras ideas por donde recomenzar a construir un camino que nos pudiera volver a encauzar hacia nuestro objetivo.

Su padre era muy conocido entre los Ardim de la Base, ya que había sido parte del grupo de las primeras diez familias de colonos. Por lo tanto, ella conocía a una gran cantidad de personas de todos los barrios, los cuales a su vez podrían ramificar la información y

el conocimiento transmitido. "Además, dos cabezas piensan más que una y, en el día a día, seguramente se nos ocurrirían ideas cruzadas que se podrían contraponer con una realidad muchas veces 'oculta' para los ojos normalizados por la misma comunidad en su conjunto", finalizó.

Venía a mi casa, yo iba a la de ella. Paseábamos por las plazas, íbamos a tomar algo. Caminábamos a la vera del lago. Me presentaba a sus amigos; yo discretamente a mis conocidos. Teníamos charlas profundas sobre las injusticias y las desigualdades. Pero también sobre lo que nos gustaba, cuáles eran nuestros deseos. Nos preguntábamos cómo iba a ser nuestro futuro en la Base. ¿Podría yo tener alguna posibilidad de salir? Y si pudiera, ¿Me gustaría vivir en la Tierra? Nunca lo había hablado seriamente con mis padrastros. Por el contrario, ella estaba condenada (¿esa era la palabra adecuada?) a pasar aquí el resto de su vida. Sus visitas a familiares terrícolas podrían ser esporádicas y temporales. Como Ardim, su posibilidad de elegir era nula.

Me gustaba estar con ella. Teníamos ideas similares y nuestra conexión era muy buena: algo diferente a todo lo que había vivido hasta ahora. Más aún, con el paso de los días, había perdido mi foco. Por primera vez en meses, ya no estaba obsesionada todo el tiempo en querer cambiar el mundo, sino más bien tenía la cabeza en 'nuestro mundo': pensaba que íbamos a hacer al día siguiente, donde almorzaríamos, de que temas charlaríamos. Siempre de a dos.

Parecía que habían pasado años, pero eran solo un par de semanas. Comencé a sentir un cosquilleo en el estómago. Mi corazón latía más fuerte y empecé a pasar horas pensando en ella. La familia, la escuela, los proyectos de cambio: todo quedaba relegado. Mensajes, llamados. Las salidas diarias se extendían hasta bien entrada la madrugada. Donde fuera. Evidentemente, no solo me gustaba estar con ella. Me gustaba. A secas.

Durante varias noches no pude dormir. Había dos temas que me preocupaban: por un lado, como decirle a ella lo que sentía; es que nunca me había dado señales claras de que yo le atraía. Yo no tenía experiencia, ni en el amor ni de índole sexual. ¿Y si solo quería una amistad y disfrutaba el tiempo conmigo mientras adquiría conocimientos para llevar adelante nuestro plan?

El otro punto es que ella era una mujer. Y, obviamente, yo también. Las convenciones que regían en la Base implicaban la 'total depuración' para quienes vinieran a vivir desde la Tierra. Solo parejas heterosexuales, con hijos heterosexuales; lo que en el siglo XX se denominaba 'familias tipo'. De lo otro ni se hablaba. O por lo menos yo no lo escuchaba. Pero seguramente existía. Y, claramente, se escondía – y muy bien – para no pasar sobresaltos.

No era el momento de pensar en la 'disfuncionalidad' que podría provocar en la sociedad. A decir verdad, ya bastante había tenido en la plaza como para darme cuenta que en la Base nada sería sencillo. Sin embargo, aquello no podía implicar que evitara escuchar los dictámenes de mi corazón. Porque además, desde lo racional sería contrarío a los objetivos, ya que justamente implicaría abdicar ante una de las tantas injusticias contra las cuales estaba enfrentándome.

Pensé en hablarlo con tranquilidad, con la idea de no incomodarla. El miércoles al mediodía le propuse ir a cenar esa misma noche a su casa. Vivía con su padre y dos hermanas menores, quienes seguramente habían nacido en la Tierra ya que para las personas solteras o las parejas que llegaban a habitar en la Base, como máximo se les permitía tener hasta dos hijos una vez arribados. En este sentido, la política demográfica tenía su lógica: el territorio tenía una extensión limitada y, aunque se rumoreaba que pensaban construir una Base similar algunos miles de kilómetros al Este, como todavía no había nada en concreto se cuidaba mucho el evitar las aglomeraciones: el 'hacinamiento guettificado' no era bueno para nadie, pero sobre todo no coadyuvaba a mantener la paz social.

Por su parte, por lo que me comentaron algunos compañeros, su madre había fallecido hacía algunos años; sin embargo, nunca me hizo referencia alguna a ella. Debe haber sido un hecho demasiado doloroso que marcó a fuego su vida; por lo tanto, preferí siempre la prudencia, callar y esperar a que me expresara lo que deseara cuando lo creyera conveniente.

Tomé coraje. Me había preparado para decirle que, después de cenar, fuéramos caminando a alguno de los bares que se encontraban relativamente cerca de su casa. Y con la iluminación de una 'luna artificial' de fondo – un gran desarrollo tecnológico por parte

del Gobierno de la Base -, le diría lo que sentía; esperando, con todas mis ganas, una respuesta de sentimiento recíproco.

Aunque mi 'yo racional' me decía que no me generara expectativas demasiado positivas, mi corazón se había convertido lisa y llanamente en un órgano fuera de control. Este había triunfado con creces por sobre la dimensión racional, la cual claramente mostraba que el intentar 'escalar muy alto', podría implicar una posterior caída aún mayor; lo que, a su vez, seguramente desencadenaría en un proceso de potenciada desestabilización, sobre todo después de lo vivido en las últimas semanas.

Luego de una cena amena, nos despedimos de toda su familia y salimos de la casa. Me pidió si podíamos cambiar de plan: comprar helados e ir a una de las plazas. Su halo de ingenuidad probablemente era un síntoma de desconocimiento total de mi futura declamación de amor. Por mi parte, a pesar de que deseaba mantenerme tranquila, con el correr de los minutos ya se me habían tensado todos los músculos de mis brazos y piernas. No iba a ser nada fácil.

Nos sentamos en un banco. No me animaba a decirle lo que sentía; repentinamente, me invadió una sensación de temor al rechazo, a que su reacción fuera intempestivamente negativa. O tal vez agresiva. Muchas cosas, aunque si me tomaba unos segundos de reflexión parecerían bastante irracionales, pasaban por mi mente.

Cambié de estrategia. "¿Querés contarme algo de tu mamá?", le pregunté lo más suavemente posible. Grueso error: compungida, me miró con asombro. Sus ojos se cristalizaron y, de a poco, se le llenaron de lágrimas. Juntó fuerzas, tomó aire, y comenzó con su relato: "Cuando todavía vivíamos en la Tierra, a mi madre le detectaron una enfermedad cardíaca congénita. Después de semanas a la espera de un donante, y cuando los médicos ya le habían dicho a mi padre que no le quedaba mucho tiempo de vida, un sábado por la mañana parecía que se había producido el milagro: había fallecido en Chubut una mujer cuyo corazón tenía una alta tasa de compatibilidad con el de mi madre. Por ende, todo el proceso de la logística hasta llegar al hospital en Buenos Aires, donde se encontraba internada mi madre, tardaría entre nueve y diez horas". Mientras la escuchaba con atención, tomé su mano con una mínima

presión para que el fruncir de mis dedos contra los suyos, funcione como un sostenible transmisor de cariño.

Luego continuó su relato: "Estaba todo preparado. Pero en el intervalo, la esposa de un miembro de la Elite sufrió un accidente; ella también requería un trasplante de corazón urgente. En ese momento, el avión que lo trasladaba cambió de destino y el órgano tuvo como destino aquella mujer. Mi madre entonces debía esperar otro corazón. Pero el suyo ya no resistió. Quién sabe si la bronca de lo ocurrido no le dio la estocada final". Yo había enmudecido; tenía 'helada la sangre' y no podía ni moverme.

"Dos días más tarde, mi padre enterraba a mi madre. Con tres niñas pequeñas, su congoja y desesperación eran exasperantes. Por ende, ante tal situación, el Director del Hospital donde se encontraba internada, elevó lo sucedido a las autoridades gubernamentales". Yo la escuchaba y ya me imaginaba lo que vendría después: con reminiscencias de la película estadounidense de finales del siglo pasado 'Rescatando al Soldado Ryan' - donde en plena Segunda Guerra Mundial el gobierno de aquel país decide traer 'de vuelta a casa' al cuarto y más joven hijo de una madre que había perdido en combate a los otros tres -, la redención para la familia era una nueva vida en la Base. Y aunque se había perdido toda forma de moral y ética en la actualidad – en contraposición a la época retratada en la película, en donde se vivenciaba claramente los rasgos de la misericordia, el altruismo, el amor y un profundo nacionalismo -, siempre quedaba cierta alma piadosa en algún Ministerio Público que pensó en redimir, al menos en algo, aquella miserable decisión.

"Le dijeron que la vida en la Base iba a ser seguro mejor, algo diferente que nos iba a ayudar a los cuatro. El destino incluía también un subsidio a tasa cero para poner un negocio que nos brindara estabilidad para el resto de nuestras vidas. Mi padre era un hombre trabajador, sin formación y de pocas palabras: por ende, decidió canalizar el dolor por dentro y aceptó la propuesta, pensando solo en el futuro de sus hijas. Además, sabía que realizar cualquier otro tipo de reclamo era inútil y fútil – la ignorancia y estupidez lejos están de ser sinónimos -, por lo que negarse y acusar a quien sabe por el desvío de la aeronave, tampoco le aportaría ningún beneficio".

No fue necesario que me aclarara que de allí brotaba su bronca contenida y las ganas de cambiar todo lo que estaba mal. Por ello se unió al grupo. Aunque primero se tomó su tiempo con la suficiente discreción para tantear si los objetivos eran realmente los explicitados en los primeros encuentros. Cuando comprendió que la búsqueda de un mundo mejor – aunque fuera el de nuestra micro-sociedad de la Base -, se basaba en la honestidad y transparencia de cada uno de los integrantes del proyecto, decidió involucrarse con mayor profundidad. Por ello se acercó hacía mí en aquel encuentro luego de la represión en la plaza. "Estoy decidida a ir a fondo con la causa. Junto con vos y el resto de los compañeros", concluyó.

Bajó la mirada y ya no pudo contener el llanto. Atiné a darle un abrazo, decirle que se tranquilizara, que era muy valiente por cómo había atravesado tanto dolor. Luego de unos segundos, sentí de a poco el descenso en la frecuencia de sus latidos en mi pecho. Su respiración también se hizo más lenta y, sin mediar una palabra, posó ambos brazos sobre mi espalda. Luego se recompuso y me esgrimió una tibia sonrisa.

Más tranquila, creí que era un momento más adecuado para animarme a hablarle. La miré a los ojos y le dije que tenía algo importante para decirle. Se incorporó erguida y, con cara de asombro, esperó mis palabras. "Me pasa algo con vos; no lo puedo describir muy bien, pero es algo más de lo que se sentí alguna vez hasta este momento por cualquier persona". Me escuchó atentamente. Luego realicé un impasse, esperando respuesta. No emitió sonido. Tomé fuerzas y, ahora sí, avancé decidida: "Me gustas". Volvió el silencio. Un silencio atroz que aturdía.

"Creo que lo mejor es que volvamos cada una a nuestra casa. Hablemos mañana", fue su pensado y pausado comentario segundos más tarde. Nos despedimos con un beso en la mejilla. Fue raro: a pesar de que en las pocas semanas juntas había autogenerado la sensación de que la conocía mucho, demasiado diría, no podía visualizar que había pasado por su cabeza esta noche. Volví cabizbaja, con la mente en blanco. Sin siquiera ponerme el pijama, me acosté sobre mi cama tendida y cerré los ojos: lo único que deseaba era despertarme con un mensaje de ella.

Me levanté y el teléfono celular reposaba sin novedades. Desayuné tranquila, saludé a mis padrastros y me dirigí con mi hermanastro a la escuela; todo como si nada hubiera pasado. Evidentemente, la angustia y el estrés me estaban desequilibrando; por lo tanto, decidí tomarme las cosas con la mayor tranquilidad posible. Tantos cambios y deseos individuales y colectivos habían sido demasiado para una adolescente que hasta hacía pocos meses tenía una vida que, aunque monótona, era estable y apacible. Ahora era el turno de dejar pasar el tiempo y esperar los acontecimientos según vayan surgiendo. Después analizaría que hacer.

Pasado el mediodía, y mientras tenía la mente en blanco en una de las tantas clases inocuas, escuché que había llegado un mensaje a mi celular. Ella quería hablar conmigo; me preguntó si podríamos vernos hoy mismo a la salida de la escuela. El punto de encuentro sería la misma plaza Ardim en la que nos habíamos despedido ayer a la noche. Solo atiné a escribirle que tenía muchas ganas de verla.

Nos sentamos enfrentadas y después de un saludo cálido pero distante, me agradeció por las palabras que había tenido para con ella. "También siento mucho cariño por vos, pero estoy realmente confundida. No sé qué hacer, y verdaderamente tengo miedo. Mi padre es un hombre conservador, y además carga con el peso de una historia de enorme sufrimiento. No quiero que pase ningún sinsabor más en su vida. Y si algo de esto sale a la luz, no sabemos hasta qué punto llegarían las reprimendas cuando todos en la Base se enteren. Tanto de parte de las Elites como mismo de los propios Ardim". El resto no lo quise ni escuchar. Mi mente seleccionó solo algunas frases sueltas, como que era 'imposible avanzar de este modo', o mismo que 'quería alejarse de mí'. Yo estaba destruida. Literalmente devastada.

Sin embargo, lo que decía era verdad. A diferencia de la Base, las parejas homosexuales si estaban permitidas en la Tierra: es que a las Elites solo les importaba que las masas produjeran, trabajaran y consumieran; no les interesaba que hacían entre las sábanas de sus dormitorios. Solo utilizaban la herramienta del destrato cuando era necesario; por ejemplo, en el caso que hubiera que disciplinar a alguien. O sea, habían creado un halo de 'obscenidad' que embebía a la 'disfuncionalidad sexual', como se la denominaba. Por lo tanto,

si un homosexual debía ser castigado por algún motivo, se le imputaba una causa esgrimiendo que había provocado actos contra la moral y las buenas costumbres (exceso de ruidos molestos en sus hogares, besos y caricias demasiado apasionadas en la vía pública, etc.). Demasiada intolerancia irracional. A pesar de que la orientación sexual le era realmente inocua a quienes detentaban el poder.

En tanto a la Base, el proponer la aceptación de minorías sexuales había sido decretado – según rumores, ya que nunca lo leí o escuché en ningún lado – como un peligro para con el *Statu-quo*. Imposible adivinar el porqué: habría que estar en la cabeza de la Elite gobernante aquí en el satélite, para entender de qué modo el amor de dos personas podría generar un proceso de desestabilización.

Lo único seguro era que las Elites deseaban mantener las formas y las 'buenas costumbres', aunque fueran prehistóricas. La razón era sencilla. En la Tierra ya había millones de habitantes, inviables de controlar. Aquí, en la Base, éramos muy pocos. Y hacía que todo tipo de seguimiento personalizado fuera factible.

Solo para dar un ejemplo referido a estas 'cuestiones del amor', las leyes maritales en sí eran una forma más de sometimiento y desintegración: tanto es así que las Elites y los Ardim tenían su propio registro civil para casarse. Por ende, no solo no se podían casar parejas homosexuales; tampoco había forma de que se aceptara un amor inter-clase. Una incapacidad severa de empatizar con el diferente.

Más aún, nunca me voy a olvidar de algo que me pareció extravagante – diría más bien absurdo -, y me dejó espasmódica en términos de posicionamiento social: cuando hace unos años fui a presenciar el casamiento de los hijos de unos amigos de mis padrastros, me encontré con una escultura de metal con forma zigzagueante, como representando algún tipo de moneda, ubicada en la tarima junto al juez de paz mientras los novios se juraban fidelidad y cariño para toda la vida.

En este caso, podría afirmar que este altar representaba el 'Amor eterno, pero al dinero'. Increíblemente – o no -, la historia cuenta que las primeras familias de las Elites cuyos hijos se casaron en la Base, decidieron mandar a construir aquella figura, con el único objetivo de venerar y agradecer la abundancia económica de todos los novios que pasaran por allí.

"Te comprendo", le dije mirándola fijamente a los ojos. La realidad es que vivíamos una situación más que compleja y era difícil proseguir con rigidez los dictámenes del corazón. Quedé con la cabeza gacha, pensativa. Entonces aspire su aliento cerca mío; levante la mirada y me encontré con ella, acercando lentamente su rostro, para luego darme un beso apasionado. Siguieron los abrazos, las caricias. Unos minutos que se hicieron infinitos en el resplandor de las luminarias de la plaza.

En la desértica tranquilidad de la Base, ambas tuvimos aunque sea un momento para sonreír. Durante aquel instante, nada importaba: ya habría tiempo para pensar en el mañana. Era casi la medianoche cuando decidimos que era hora de que cada una vuelva a su casa. Entonces nos despedimos con la promesa de que, lo antes posible, nos íbamos a volver a encontrar.

Al otro día nos vimos. Y al otro. Y así sucedieron los días. Pasarla bien, como antes de besarnos por primera vez, era la consigna principal. Después era conocernos más profundamente de manera relajada, disfrutando el momento. Siempre tomando los recaudos adecuados: nunca ir de la mano, evitar miradas o comentarios que pudieran despertar sospechas, mantener a nuestro círculo de familiares y amigos alejados de cualquier suspicacia. Y aunque no nos cayera en gracia, a la semana decidimos espaciar nuestros encuentros. A ambas nos costaba, pero debíamos ser precavidas.

Fueros días hermosos. Excepto cuando conversábamos y ella se angustiaba por la injusticia que veía en comparación con la vida que yo llevaba. No por mí, sino por las Elites en general. Un claro ejemplo era mi casa: siempre había de todo y en cantidades que rebalsaban la opulencia; en la de ella, por el contrario, los gustos debían racionalizarse: salidas, vestimenta, alimentos. Aunque no faltara nada; el sector de los Ardim claramente no era la Tierra. Pero ambas teníamos claro que no era necesario vivir en la miseria, en el barro, o sin agua potable ni alimentos adecuados, para poder reclamar una vida con todas las posibilidades y comodidades. Igual como la que yo vivía como miembro de la Elite. Evidentemente, la experiencia juntas corroboraba aún más lo que pensábamos sobre la necesidad de cambiar las cosas.

"Estoy muy feliz, disfrutando mucho de todo; pero una vez escuché una canción de un cantautor de nuestro país del siglo pasado, Andrés Calamaro, quien mencionaba que 'no se puede vivir del amor'. O, por lo menos, el deseo político y lo personal deben cursarse en paralelo; aunque a veces, como ya lo comprobamos, se entremezclen", le comenté durante un almuerzo de Viernes, luego de haber pasado un par de mágicas semanas juntas. "Estoy totalmente de acuerdo", me respondió con firmeza.

Decidimos entonces ponernos al hombro la responsabilidad y llamamos a todos los integrantes del grupo para una reunión el Domingo por la mañana. Había que reordenar ideas y pensar algún otro modo de poder masificarlas. Ello implicaba continuar el proceso de reeducación que habíamos comenzado con la obra de teatro, generar un medio de comunicación propio, poder coordinarnos con otras Bases o mismo con los grupos en la Tierra que se encuentren con las mismas inquietudes, problemáticas, y deseos que nosotros. No se podía desvincular las propuestas; ni llevarlas a cabo por separado, ni en tiempos discontinuos. Era a todo o nada. Y ahora.

Las dieciocho personas presentes estuvimos de acuerdo que este era el camino: debíamos avanzar, no podíamos volver atrás. He leído en varios de los libros que me dejaron mis padres que, a lo largo de la historia, el primer desafío de relevancia en la vida de un colectivo no siempre tiene un éxito rotundo. Pasó con la Ley del Aborto en nuestro país: rechazado en el año 2018 con gran controversia y amplias movilizaciones de ambas posiciones, fue finalmente aprobado por el Congreso Nacional en el año 2020.

Es que no siempre se gana; pero siempre vale la pena intentarlo. Y en caso contrario, seguramente se abriría un sendero para las futuras generaciones que, con capacidad, fortaleza, educación (y, porque no, un poco de fortuna), debería generar un proceso de cambio irreversible. ¿Inmolarnos por el mero altruismo que implica terminar con esta vida de servidumbre? Cuando un reclamo es justo y superador, al final del camino las posibilidades de conquistar derechos seguramente serán altas. O por lo menos, eso he soñado.

Un muchacho joven, de cabello castaño y unos llamativos ojos verdes, levantó la mano cuando finalicé mi alocución. "¿Puedo decir algo? Es que no estoy totalmente de acuerdo con lo que dijiste". Cuando le cedí la palabra, su clara reflexión no solo me sorprendió, sino que me empapó de un crudo 'baño de realidad': "Esto no es matemáticas, es ciencias sociales. Las Elites tendrán siempre formas y modos para justificar su accionar; ya sea tanto aquí, como en la Tierra". Y tenía razón. Su discurso reforzaba el concepto que sostenía que ante cualquier argumento que presentáramos, tendríamos una respuesta coercitiva de similar o mayor magnitud.

"¿Entonces son ellos o nosotros realmente? ¡Basta entonces de pensar!", braveó con fiereza aquella personita por la cual sentía amor. Luego tomó aire para juntar fuerzas, y finalmente gritó: "¡Terminemos con nuestra letárgica tibieza sin miedo!, ¡tomemos el toro por las astas de una vez por todas!". Y entre todos, con voz unánime, la apoyamos vitoreándola a los cuatro vientos.

Nos dividimos los temas de trabajo (difusión, reclutamiento, logística, producción) decididos, aunque sin un plan certero y conciso por ahora, a ser activos y jugarnos a por el todo. En medio de la distribución de roles y tareas, quien ya podría llamar 'mi novia', se me acercó y me susurró al oído: "¿Qué te parece si tratamos de conseguir algún tipo de armamento?". Sin mirarla a los ojos, le dije que fuéramos a una pieza contigua a hablarlo; no quería que nadie nos escuchara. No sé si fue un impulso de temor, pero fue la primera vez que le levanté la voz: "¿En qué estás pensando? ¿Cómo se te puede ocurrir algo así?".

No solo era una locura poner en riesgo la vida de todos; sino que además ya lo habíamos hablado previamente en otras reuniones: no solo no poseíamos ningún tipo de armamento, sino que además no teníamos ni entrenamiento, ni conocimientos de combate. Sus ojos se abrieron, como sorprendida. Me quedé pensando si habrá sido mi respuesta o las formas, que no fueron las mejores. "Está bien", respondió. Y sin más, se dio media vuelta y se retiró a la cocina a buscar algo para tomar.

Era tarde y muchos ya se habían ido. Me quedé junto a mi novia comiendo algo previo a emprender la retirada, cuando se nos acercó mi 'primer amigo' Ardim, el compinche en está loca utopía

para cambiar todo, aquel chico que solo unas semanas atrás me había invitado formalmente a salir. "¿Les puedo preguntar algo?", balbuceó con cierta aura de intranquilidad. Sin dejarnos siquiera emitir una palabra, continuó: "¿Pasa algo entre ustedes? porque observé cierta mirada cómplice, un diálogo al oído, una cercanía en sus cuerpos poco habitual".

Miré a mi novia a los ojos y nos entendimos sin necesidad de mediar palabra: entre las piedras basales del grupo se encontraba la confianza, el evitar la falsedad y la mentira. Por ende, una cosa era ocultar por una cuestión de prudencia y cuidados; otra era mentir lisa y llanamente. Seca y sin vueltas, tomó la palabra mi novia: "Estamos saliendo". Luego fue mi turno: "Hace poco empezamos a 'intimar'; no lo comentamos en las reuniones con el resto de los compañeros porque es algo muy reciente y debemos ser cautelosos".

"Las felicito", atinó a decir luego de unos segundos de encontrarse en shock, mientras sus ojos se abrían como dos luceros que conjugaban sorpresa y tristeza a la vez. Más atrás se encontraba otra compañera, quien evidentemente se había acercado discretamente - a propósito - a una distancia mesurada para escuchar la conversación, y no pudiendo aguantar su exaltación se acercó a felicitarnos.

Al ver aquella situación, el resto de quienes quedaban se aproximaron para comprender qué estaba ocurriendo. Y la verdad es que, luego de que contáramos brevemente nuestra historia, no nos podíamos quejar. Solo abrazos y deseos de felicidad. Cuando finalicé, segundos más tarde, levanté la mirada. Él, quien me había declarado amor por primera vez en mi vida, ya se había ido.

A la noche y ya acostada en mi cama, me quedé reflexionando sobre su reacción. Pensé en llamarlo al otro día, pero luego me arrepentí; era intentar comprender algo que no tenía una explicación racional, que se sentía; por ende, sería buscar darle entidad a un tema que no conduciría a nada. Por lo menos a nada positivo en términos de lo que él quería. Lo intenté los últimos meses; pero solo terminé estresada y con pocas fuerzas para seguir adelante. Por ende, entendí que no podía tener todo bajo control: si quería relajarme - como realmente lo necesitaba -, tenía que dejar fluir ciertas situaciones y poner en práctica la máxima que indica

que la vida también conlleva el componente del azar. Cuando me lo encuentre en la reunión planeada para el próximo sábado, veré como se da la situación en aquel momento e intentaré hablar con él.

El lunes nos vimos con mi novia. Apenas nos sentamos en el banco de la plaza, comenzó a hablarme con un moderado nivel de excitación: "Me contacté con una persona que pertenece a las fuerzas de seguridad de la Base. No te puedo decir ni cómo ni quién es; te quiero preservar en caso de que ocurra algo. Solo te puedo confirmar que ve con buenos ojos nuestras ideas. Y me dijo que en la semana nos vamos a reunir de nuevo y va a tener novedades". "Está bien, pero solo te pido que te cuides", le respondí. Yo no estaba para nada convencida con la idea de realizar algún tipo de 'movimiento armado' que llamara la atención. Pero también pensé en que no perdíamos nada en esperar a saber con exactitud que herramientas nos pudiera proveer; y, sobre todo, que utilidad le podríamos dar.

El martes me levanté con un mensaje de mi gran compañero: "quiero hablar con vos en privado, a solas". Le dije que no había problemas, que nos encontráramos en la plaza Ardim más cercana a su casa después de la escuela.

Inmediatamente le avisé a mi novia del encuentro. Ella se acordaba perfectamente de que mi 'romance ficticio' con él había sido la idea embrionaria de la obra de teatro. Por mi parte, en ningún momento dudé en decirle la verdad: mi amor hacia ella era incondicional, y ello implicaba abrirse totalmente con la verdad, sin ocultamientos de ningún tipo que, además, después podrían ser contraproducentes. Un potencial bumerang que podría perjudicar – vaya uno a saber hasta dónde -, la hermosa relación que habíamos construido en tan poco tiempo.

Su cara adusta miraba hacia el frente, sin girar la cabeza, como si observara el infinito. Su facie denotaba malestar, dolor, congoja. Llegué caminando lentamente. "Hola", es lo único que atiné a decirle antes de que moviera sus pupilas y rápidamente tomara la palabra: "¿Por qué me haces esto?". "¿Qué cosa te hice que te molesta tanto?", le respondí con un poco de bronca. Yo sentía en todo mí ser que no había hecho nada malo, que me jugué por lo que sentía, que solo quería ser feliz.

"Me rompiste el corazón", continuó elevando su tono de voz. Innecesariamente, le pregunté qué era lo que tanto le había molestado; en realidad, estaba todo más que claro. "Me rompiste el corazón, y lo sabés", volvió a repetir. Quedé enmudecida por unos segundos, intentando pensar una respuesta sensata y convincente a la vez. "No es algo que pueda explicar; simplemente no me pasó con vos, pero si con ella. Ya te lo dije: te aprecio mucho, valoro enormemente tu demostración de cariño, y te quiero como amigo porque sos definitivamente una gran persona. Solo que me enamoré de ella; y así me siento muy bien y feliz".

Continuó observándome con una pronunciada caída de lágrimas que brotaban con fuerza de sus ojos; sin embargo, ya no emitió palabra alguna. Solo se levantó lentamente, y se fue caminando por la calle diagonal que desembocaba en la esquina de su casa.

Mis mensajes de texto hacia él durante el resto de la semana fueron en vano: no contestó ninguno. Le pedí volver a hablar, le expliqué lo valioso que era para el grupo y para mí, resalté nuevamente la calidad de persona que era. No podía generarle ninguna ilusión. Me sentía mal por la situación que estábamos viviendo, pero no sabía que otra cosa hacer.

Pensé entonces que era un buen momento para involucrar a mi familia en este tema. Esa noche de miércoles nos encontrábamos todos sentados alrededor la mesa. Durante la cena, la charla fue amena, centrada en las deliciosas empanadas que preparaba la cocinera a pedido de mi hermanastro. Al finalizar, y mientras mi madrastra se levantó a buscar algunas frutas de estación recién llegadas en el último vuelo de la Tierra, les dije que quería hablar con ellos. Su cara de sorpresa lo decía todo: no estaban acostumbrados que pida una 'audiencia familiar'. Es más, no recuerdo que alguna vez lo hubiera hecho. Pude ver de reojo, cuando me levanté a ayudar a mi madrastra en la cocina, las miradas cómplices entre mi padrastro y mi hermanastro que le prosiguieron. Y luego un silencio mortuorio hasta que regresamos.

Me senté tranquilamente y comencé a hablar, mirándolos rotativamente a los tres a los ojos. Les comenté de mi amor reciente hacia esa chica que me había deslumbrado. Sin dejarles tiempo para

preguntas – ni tipo de cuestionamiento alguno -, proseguí mi relato con aquel joven que quería que también comenzáramos una relación más allá de una simple amistad. Todo sin entrar en detalle de cómo nos habíamos conocido con ambos, aunque estaba seguro que mi familia ya se lo imaginaba desde lo ocurrido en la plaza de los Ardim. Pero no me interesaba. Solo me focalicé en el amor. Simple y llanamente hablé de amor.

Con una cara de visible enojo, mi madrastra se levantó de la mesa y se fue a la cocina. Creo que no soportó mis palabras. "¿Cómo es posible que te guste una mujer?", me gritó desde la lejanía, mientras se escuchaban golpes de vasos y platos contra la mesada. "¿No podés entender que está prohibido? ¿No sabés que lo que contás nunca pasó en la Base? ¿No te das cuenta que las ideas raras que planteas son propias de la 'bajeza' de la Tierra? Aunque, probablemente, también lo sean para esa gente Ardim con quienes frecuentás".

Me resultaba increíble, pero era una realidad con la que tenía que lidiar. Mi madrastra no concebía, a más de un siglo de pronunciarse en casi la totalidad del mundo desarrollado la legitimidad del amor entre personas del mismo sexo, que lo que me ocurría era 'normal', que no estaba enferma. Yo sabía, conociéndola desde niña, que no le importaba tanto el hecho en sí, sino más bien el qué dirán.

Sin embargo, en el dolor que me causó su respuesta, intenté vislumbrar 'la mitad del vaso lleno': si mi madrastra se había molestado, implicaba que yo le importaba de verdad. Una clase de amor, diferente al que yo sentía por mi novia, pero avalado por la sociedad. Su sociedad. Pero, al fin y al cabo, era amor.

Mi padrastro miraba con detenimiento la situación. Todavía enmudecida por la respuesta de su esposa, lo miré a los ojos. Automáticamente giró la cabeza y se fue a sentar a su sillón. Acto seguido, mi madrastra, ante mi silencio, no añadió ningún comentario más y se retiró a su habitación.

Una vez perdidos sus pasos por las escaleras ascendentes, mi padrastro se sirvió un vaso de whisky. Luego encendió un cigarrillo y dirigió su mirada hacia la ventana. "Grabaté estas palabras a fuego: tené mucho cuidado. Como te dije cuando ocurrió lo de la obra de teatro: sos una joven inteligente y sabés que lo que estás haciendo

puede traerte muchos problemas. No digo que es bueno, ni malo, que está bien o está mal; simplemente no se puede hacer".

Ello lo tenía claro. Debíamos tomar todos los recaudos necesarios, aunque sabíamos que, muy probablemente, en algún momento nuestros planes iban a salir a la luz. Aunque 'la ilusión es lo último que se pierde', como sostiene un viejo dicho popular, solo podía esperar – y si fuera creyente rezar - que en el momento cuando aquello ocurra, la situación jurídica-institucional-moral en la Base fuera diferente. De lo contrario, deberíamos tratar de aplicar el 'Control de daños', como diría algún texto que he leído de política militar.

Lo miré y traté, con toda la serenidad posible, ser honesta con mis convicciones y mis sentimientos: "Ocurre que, simplemente, estoy enamorada. Y esto no lo va a cambiar ningún tipo de orden: ni gubernamental ni moral". Él continuaba observándome fijo a los ojos. Siento que quería retrucarme; pero, evidentemente, no tenía argumentos. "Ya te dije lo que pienso", fueron sus últimas palabras antes de levantarse y retirarse a su habitación.

Ojalá me hubiera preguntado sobre mi novia, o mismo por aquel chico que sufría de amor. Por el contrario, solo recibí palabras frías e indiferentes; acordes a un meticuloso miembro de la Elite. Lamentablemente, no me sorprendió. Así eran ellos. Mejor dicho, así éramos nosotros: una clase alienada de todo lo que no sea su propio ombligo. Aunque ante el dilema en cuestión tuviera que sacrificar a un miembro de su propia familia.

Me quedé sentada pensativa, con ambas piernas estiradas y apoyadas sobre la mesa ubicada en el centro de los sillones dispuestos en 'U'. Habían pasado unos diez minutos, y cuando pensé que ya estaban todos durmiendo en sus habitaciones, escuché el sigiloso movimiento de la silla de ruedas de mi hermanastro.

"Yo sé que son sentimientos encontrados para mí, pero la realidad es que solo quiero tu felicidad". "Gracias", le contesté desconsolada mientras lo abrazaba. "No llores, te adoro; y nunca te olvides: para eso estamos los hermanos". Y con su mentón asentado en la parte superior de mi cabeza, continuó acariciándome la cabellera hasta que pude calmarme.

Posteriormente, café de por medio, se le notaba su satisfacción al poder transmitirme su opinión. Estaba convencido de lo que decía y, sobre todo, sabía que sus palabras me ayudarían a enfrentar este complejo presente: "No te rindas nunca, seguí hasta el final con lo que crees. También entiendo que no debés abandonar a ese chico que parece que te quiere, y mucho. Sé que es difícil, pero habría que buscar la forma de que todo se encamine."

Tenía que centrarme en la 'mitad del vaso lleno'. A pesar de las respuestas negativas de mis padrastros, o mismo la represión por parte del Gobierno de la Base, me sentía querida por muchas personas. Y la realidad es que no le hacíamos daño a nadie. "Además, me siento identificado con él; yo también he tenido un amor no correspondido", continúo murmurando con una voz tenue, como avergonzada. Me quedé sorprendida, porque jamás me había dicho nada, ni siquiera lo había insinuado. Sentí inmediatamente que debía preguntarle que le había pasado. "Más adelante te voy a contar".

Decidí enviarle a mi amigo solamente un mensaje más, diciéndole que lo esperaba la próxima reunión el Sábado. Y que hablaríamos todo lo que fuera necesario para que se sintiera bien. O, al menos, lo mejor posible. Mientras tanto, el jueves y el viernes comenzamos a planificar con mi novia el orden de la agenda. Se nos ocurrió que para tener el efecto propagador que habíamos acordado la última reunión, no alcanzaba con 'acciones aisladas', descoordinadas y discontinuas. Deberíamos salir a la luz con un nombre propio, llevando a la práctica la mayor cantidad de ideas posibles en un corto período de tiempo.

El riesgo era grande, pero era la forma de ganar una visibilidad que nos pusiera en los primeros planos definitivamente. Recordaba un libro que mencionaba los atentados contra las torres gemelas: dos aeronaves se estrellaron contra las mismas, mientras una tercera se dirigía hacia el Pentágono. Luego se comentó sobre una cuarta aeronave de línea con destino a la Casa Blanca, la cual nunca se pudo confirmar 'públicamente'. El objetivo, al menos el momentáneo, se cumplió: dar visibilidad a un reclamo 'contra el imperio' que, más allá si era justo o no y sus formas – sobre todo en términos de la tragedia en vidas humanas que ello conllevó -, desde

hacía tiempo un sector de la sociedad global quería manifestar. Por supuesto, además de los negocios de las compañías aseguradoras o las empresas de la industria militar, entre otros.

El día Sábado, aquel jovencito alto y desgarbado, que me había ofrecido primero su apoyo y luego su incipiente amor, no apareció. No lo podía negar: mientras conversábamos sobre los próximos pasos a seguir, mi cabeza estaba obsesionada con él. Una perturbación que derivaba en una incontrolable ansiedad; un deseo convertido en una ilusionada espera. Solo después de unas horas me resigné definitivamente a su presencia; a que tocara la puerta y viniera a saludarme con su inigualable sonrisa. Eran las doce de la noche y él ya no iba a venir.

Ya está. Me necesitan que este al ciento por ciento concentrada. Me di cuenta que tenía una enorme responsabilidad, transferida sin sonrojarse por parte de los compañeros presentes. No solo era respeto; parecía que para muchos era su guía, su referencia. Me pedían un liderazgo para alcanzar sus objetivos, sus sueños. Aquellos que no tienen precio para los que sienten la opresión sobre sus espaldas.

En total éramos veintiocho. El hacernos visibles no solo era sacar a la luz lo que queríamos y merecíamos, sino también una forma de protegernos. Sí ya todos en la Base sabrían de nuestra existencia y nuestro petitorio, era más difícil aún hacernos 'desaparecer' sin dejar rastro. Entonces apelamos a que, por un lado, cada uno pudiera convencer a amigos, familiares o compañeros de la escuela, para que se sumaran al reclamo. Posteriormente, la idea que le surgió a mi novia e inmediatamente tuvo buena respuesta de la mayoría, era que nos dividiéramos en cuatro grupos de protesta: dos se dirigirían a la zona de las Elites, y otros dos protestarían en los barrios de los Ardim. Con que cada uno pudiera convencer a cinco personas, seríamos alrededor de treinta y cinco en cada escenario de acción, un número suficiente para que nuestras voces tuvieran el peso suficiente. Más aún si era la primera petición colectiva en la historia de la Base.

El día en que marcháramos, debíamos filmarnos con la mayor cantidad de teléfonos celulares, todo el tiempo posible. Desde la intranet de los Ardim – menos yo que por ser miembro de la

Elite no tengo acceso a su red -, les enviarían en vivo los videos grabados a la totalidad de sus contactos. El objetivo sería que en un breve lapso de tiempo, se generara un contexto disruptivo que se propagara rápidamente por toda la Base. Y obligaría al gobierno a actuar. Aunque, para ser sinceros, el cómo lo harían no lo teníamos para nada asegurado.

En términos concretos, el plan era el siguiente: Llegaríamos a la zona de las Elites por separado, y nos encontraríamos todos en el edificio del Gobierno de la Base, donde con pancartas pediríamos por la abolición de las diferencias de clase bajo el lema de 'iguales deberes, iguales derechos'. Aquella columna sería liderada por mí. La segunda se dirigiría a la Central de Telecomunicaciones, con un eje discursivo en la 'necesaria democratización de la información'.

El reclamo podría parecer escueto, pero las consignas debían ser pocas y concisas: mi padrastro siempre decía que el ser humano medio es sencillo – más en los tiempos actuales, donde se habían abolido las ciencias sociales y en el micromundo de la Base nos encontrábamos aún más aislados de los dilemas de la Tierra -, por lo que para que algo quede 'grabado en las mentes' tiene que ser claro para con la comprensión de cualquier habitante con cierta edad y un mínimo nivel de educación.

En tanto en la zona de los Ardim, el tercer grupo se encontraría en la escuela más importante, donde se pediría por el profundizar una educación abarcativa, plural y social. Mientras que, finalmente, el último grupo se dirigirá a la plaza principal - aquella donde habíamos sido perseguidos por la puesta de la obra teatral -, y armaría un nuevo escenario; en esta ocasión, se insistiría por una mejora general en la calidad de vida: optimizar la infraestructura, implementar una mayor diversidad y accesibilidad a los bienes y servicios, etc.

En ningún momento hablaríamos de igualar la opulencia de las Elites. Simplemente se requeriría, por un lado, que existiera la posibilidad de que se pudieran generar las condiciones para con un desarrollo socio-económico sustentable; por el otro, que también se aprobaran avances – aunque fueran marginales en un primer momento – en el contexto jurídico/institucional de los Ardim.

La única duda que me surgía es quién podía liderar la protesta en la Central de Telecomunicaciones, ya que preferiblemente debería ser un miembro de la Elite. El razonamiento era estrictamente político: la idea es que se pueda generar algún tipo de 'herramienta de clase' – o sea 'soy uno de los que tiene poder y sin embargo estoy acá protestando' – para llevar a cabo un primer diálogo con quien viniera a intentar frenar la protesta, con el objetivo de poder suavizar la represalia y evitar un rápido desalojo de la 'zona enemiga'.

Pensé en todas las opciones posibles, pero solo una persona me venía a la mente: mi hermanastro. Además, no solo era el único en el cual podía confiar; también, aunque de manera involuntaria, su situación motriz podría generar algún tipo de 'efecto positivo'. Es que sería lógico que el visualizar cualquier tipo de represión a un joven en silla de ruedas (además de ser un miembro de la Elite), podría derivar en un escenario de bronca y angustia - y porque no de reflexión - para cualquier persona, se encuentre del lado o en la posición que fuere.

Al día siguiente, justo antes de la cena, toque la puerta de su habitación. Como no me contestaba y dado que mi ansiedad me superaba, ingresé sin esperar su respuesta. Estaba en la cama, una vez más en su posición preferida jugando con la computadora. Observé en la pantalla disparos entre una banda de soldados que teóricamente parecerían querer salvar a la raza humana de unos alienígenas altos, delgados, con cuernos verdes que salían de su espalda, y que se sostenían en cuclillas sobre unos pies con dedos engarfiados. "Sé que estás ocupado, pero necesito un favor". Ni se inmutó: el juego le generaba una enorme y envidiable concentración.

Entonces tuve que elevar la voz. Giró su cabeza con rostro adusto y pulsó el botón de pausa, dándome el pie para que le contara que era tan importante como para interrumpirle 'su gran momento de ocio'. "Voy a ser directa: necesito un líder para una manifestación". "¿Qué tipo de manifestación?", me respondió frunciendo sus cejas. Luego de darle toda la explicación correspondiente - sobre todo en términos de su rol, donde le aclaré que solo tenía que ir adelante del resto de las personas y ello era todo -, respiró hondo y agachó la cabeza, como si estuviera tomando fuerza y envión para cuando me tuviera que enfrentar con sus brillantes ojos negros.

Luego de unos segundos, levantó sus pómulos rozagantes intentando fijar su mirada en mi rostro. "Lo voy a hacer por vos, hermana. Te adoro y quiero serte lo más útil posible para que puedas algún día alcanzar esa meta tan difícil que se denomina 'felicidad'". Una vez más, mi hermanastro, o desde el día de hoy y para siempre formalmente 'mi hermano', no me decepcionó.

"Ahora bien, pensando en voz en alta, ¿Qué pasa si viene la policía? ¿Cómo debemos reaccionar?" Al observar mi facie dubitativa, esbozo una leve sonrisa. Había entendido todo. "No te hagas problema, algo vamos a inventar", fueron sus palabras tranquilizadoras. Le di un enorme beso en la mejilla y le afirmé con toda la fuerza de mi corazón que nunca me iba a olvidar lo que estaba haciendo por mí, a sabiendas que arriesgaba no solo su cuerpo ya marcado por aquel accidente que le quitó su motricidad; sino también su propia reputación y, probablemente, su futuro.

Me mensajeé con mi novia para ver cómo estaba. Intercambié unos escuetos comentarios banales, le comenté que estaba cansada y me acosté. En realidad, todavía pensaba en mi amigo. Tenía ganas de verlo, de saber cómo estaba. Al día siguiente, iría directamente a su casa.

Eran alrededor de las siete de la tarde cuando toqué su puerta. Me abrió el padre. "¿Quién sos?", me preguntó luego de un saludo escueto. Mi nombre cambió el semblante de su rostro, pasando rápidamente a un tono cobrizo sinónimo de acalorada agresividad. "Vos sos la culpable de lo que le pasa a mi hijo. ¿Qué querés?".

"Solo quiero hablar con él, saber cómo se encuentra". Mi cara de susto y redención no lo escarmentó. "Solo te voy a decir que desde hace días permanece en la cama sin querer salir de su habitación; ni siquiera para probar bocado o realizar algún tipo de actividad que le guste. Ahora te pido que te vayas y no molestes más". Y antes de que pueda responderle algo, cerró la puerta bruscamente en mi cara.

Me angustiaba pensar que no iba a poder hablar nuevamente con él. Estaba segura que si podía convencerlo de que lo mejor era que cada uno luche por sus deseos y objetivos, respetando los sueños y el pensamiento del otro, al final del día estaría conforme, en paz. O por lo menos mejor de lo que se estaba sintiendo ahora. Tenía plena seguridad que disfrutaríamos de nuestra amistad, conocería

a otra chica de quien se enamoraría, seguiríamos peleando juntos para alcanzar ese futuro mejor del cual él mismo se interesó cuando nadie confiaba en mí incipiente prédica.

Sin embargo, parecía ser que el futuro iba a ser más complejo. Y toda esta coyuntura me causaba una profunda tristeza. Era una pena que en la Base no exista, ni nunca haya existido, la posibilidad de un tratamiento psicológico. Para él, o mismo para mí; me era muy difícil poder sopesar tanta presión. Al mismo tiempo, volvían a resonar en mi mente las leyes que nos gobernaban: "cualquier inmiscuisión en la mente humana podría ser desestabilizadora para el *Statu-quo*". Ya estaba harta de la politiquería de querer prohibir cualquier cosa, de los deberes y derechos 'insoslayables para cualquier sociedad'. Necesitábamos que las cosas fueran diferentes. Y pronto.

Las protestas se planificaron para el primero de mayo. Históricamente, era el 'día del trabajador en el mundo', denominado así en homenaje a los 'Mártires de Chicago', un grupo de sindicalistas anarquistas que fueron ejecutados en 1886 en los Estados Unidos de Norteamérica por realizar un reclamo para mejorar sus condiciones laborales. Por supuesto, la conmemoración fue prohibida en el año 2056 en todo el planeta. La excusa: una vez más, fue considerada una celebración que representaba un germen propagador de los elementos subversivos de la sociedad. Esta vez, aquellas Elites que lo prohibieron tenían razón: había llegado el momento de corroborar fehacientemente que dicha política coercitiva del miedo tenía su razón de ser.

Por ello, se me ocurrió poner en práctica una metodología similar a la que había leído en la maravillosa obra "V de Vendetta", de Alan Moore. En el final del comic, la ciudadanía entera marcha con las mismas máscaras representativas del personaje principal, aquel hombre revolucionario que quería terminar con un régimen inmoral y totalitario. Si todos llevamos puestas caretas idénticas, pensaba dentro de mí, ello representaría que todos somos iguales y, por ende, tendríamos el mismo objetivo: que, de una vez por todas, se produzca algún cambio en pos de mejorar la calidad de vida de los Ardim.

Confeccionamos unas caretas caseras pintadas de un suave tono amarillo: no queríamos un color blanco que nos pudiera emparentar con el Ku Klux Klan, ni con algún otro distintivo relacionado a otro reclamo previo que se hubiera podido hacer a lo largo de la historia. Por otro lado, continuábamos con el reclutamiento; a pocos días del primero de mayo, teníamos ya cerca de un centenar de confirmados. A través de los miembros del grupo, les hicimos llegar un instructivo en formato papel (para evitar que se pudiera filtrar por medios electrónicos) con algunas consideraciones mínimas: lo más relevante era mostrar claramente las pancartas con las consignas de nuestros pedidos, sin hacer alboroto ni discutir con la autoridad. Lo que se solía denominar en la Tierra, 'una marcha pacífica'.

De mi amigo no tenía noticias. "Quédate tranquila, te entiendo y te apoyo. Después de las manifestaciones te acompaño a verlo y charlamos los tres", me respondió mi novia cuando le comenté la angustia por la que estaba pasando. Una vez más, me denotaba una enorme calidez y empatía que me emocionaba gratamente. Mi agradecimiento fue proseguido por un largo beso. Cada día que pasaba, sus gestos reforzaban un poco más mi amor hacia ella.

Había llegado el día. Para no despertar sospechas, cada grupo que se dirigía a su lugar asignado se reunió por separado. Nos cubrimos el rostro, tomamos las pancartas y, en diferentes vehículos, comenzamos nuestra travesía hacia el futuro, empezando por el ejercitar nuestro deseo de expresarnos. Un futuro que queremos que nos pertenezca.

Lo último que hice antes de subirme a uno de los autos fue llamar a mi hermanastro para agradecerle una vez más y desearle suerte. Con mi novia había hablado unos minutos antes: "Te amo, más tarde nos encontramos para evaluar lo que acontezca". Estaba nerviosa y ansiosa a la vez. Miedo y expectativas se conjugaban en mi mente; y, aunque trataba de no pensar, reflexionaba permanentemente sobre las hipótesis que deberíamos trabajar el día después.

Era un día de trabajo normal cuando arribamos a la Casa de Gobierno. Bajamos raudamente de los vehículos y avanzamos a paso ligero para llegar en segundos a los respectivos puntos de encuentro. Inmediatamente y al unísono, elevamos las pancartas;

en mi caso, frente a la oficina donde se encontraba el Jefe Ejecutivo de la Base y sus Secretarios. Y luego esperamos. En silencio.

Por supuesto, éramos varios los que filmábamos aquel acontecimiento único, fantástico, irreverente. Observé mi teléfono y los mensajes indicaban que ya todos estábamos en los lugares acordados. "¡Ahora!", fue la palabra clave que grité con fuerza para que todos comenzáramos a enviar los videos de lo que ocurría a nuestros contactos. El objetivo se había cumplido: en un abrir y cerrar de ojos, cada rincón de la Base se había enterado de nuestro reclamo.

Levanté la cabeza, y observé el rostro azorado de diversos miembros de las Elites que caminaban por el lugar. No pude ni tomarme unos segundos en reflexionar que se les estaría pasando por sus cabezas, cuando ya estábamos rodeados de policías. Todos uniformados con enormes bastones empuñados hacia adelante, cuyo norte eran nuestros cuerpos. Estaba claro que no existiría el diálogo; había llegado la hora de la represión.

Sin mediar palabras, comenzaron a pegarnos. Entramos en pánico y corrimos hacia donde pudimos, sin parar. Fueron unos siete u ocho minutos, hasta que me quedé sin aire y tuve que detenerme. Busqué oxigenarme agazapada, mientras giraba la cabeza: por suerte, no había ningún uniformado a la vista.

En el momento que intentaba respirar hondo, diviso que a paso ligero se me acercan un chico y una chica del grupo. "Por suerte te encontramos, ¿qué hacemos ahora?", me preguntaron haciendo honor a mi liderazgo. Pensé unos segundos antes de contestar: "Creo que es peligroso volver al punto de encuentro a ver qué está pasando allá; mejor que cada uno nos alejemos de acá e intentemos llegar a nuestros hogares como podamos. Estamos en contacto apenas podamos". Asintieron con su cabeza y se marcharon cuidadosamente hacia el Norte, seguramente buscando el colectivo que los llevara a sus casas.

Mientras me dispersaba lo más rápido posible, envié mensajes preguntando que estaba ocurriendo en las otras tres manifestaciones. Al principio nadie contestaba. Luego me llegó el video de uno de los participantes que logró filmar el momento de la huida de un compañero mientras recibía patadas en sus piernas,

como si trataran de taclearlo. Más atrás, una joven en el suelo, recibía puñetazos en el torso por parte de dos policías que, sin inmutarse, la dejaron semi-inconsciente. Policías Ardim.

Ya a pocas cuadras de mi casa, me llegó un mensaje privado de un teléfono que no tenía agendado: "Agarraron a tu hermanastro y se lo llevaron. No sabemos adónde". Entré en pánico. No sabía qué hacer. Me apuré con el último aliento para llegar y poder explicarles a mis padrastros lo que había ocurrido. Eran los únicos que me podían ayudar a encontrarlo.

Ingresé y no había nadie. Llamé al celular de mi madrastra, pero no contestaba. "Estoy a pocas cuadras de casa, esperame ahí que ya llego", me respondió mi padrastro cuando le dije que algo grave había pasado. De mi novia tampoco tenía noticias. Respiré hondo para poder tranquilizarme un poco cuando sentí la apertura de la puerta "¿Qué pasó?", preguntó mi padrastro con vos desesperada. Le conté brevemente que habíamos tenido la idea de manifestarnos y que nos reprimieron. Y que lo había convencido a mi hermanastro que nos acompañara, y ahora no sabía dónde estaba.

Me miró fijamente sin decir una palabra, y salió raudamente de la casa. Solo atiné a ir a mi habitación. Comencé a llorar. Me sentí una idiota. Le había arruinado la vida a mi hermanastro. Y no sé hasta qué punto al resto de la familia y a mis compañeros.

Estaba histérica, no sabía qué hacer. Bajé a la cocina, tomé un vaso de agua y me acosté boca abajo en el sillón. Cada dos minutos miraba el teléfono celular para ver si alguien escribía algún mensaje. Pero nada. Ya había pasado casi una hora desde que se fue mi papá y no tenía novedades.

"¿Qué te pasa?", me preguntó mi madrastra luego de observarme pálida tras entrar a casa con tres bolsas de compras diversas. Apenas había comenzado mi relato - prácticamente el mismo que le había contado a mi padrastro -, me frenó en seco: "No me digas que tenés algo que ver con los albortos que escuché por varias zonas de la Base", mientras me miraba con cara impávida. Cuando le respondí afirmativamente, quedó literalmente petrificada. Se sentó en una silla, agachó su cabeza y observó sus manos, como buscando algún tipo de respuesta. Yo mantenía mi silencio. Después de unos minutos, y pareciendo no querer escuchar el resto del relato – ni siquiera

sabía que su hijo estaba desaparecido -, se levantó de la silla, se me acercó, y me dijo que mi padrastro solucionaría todo.

En ese mismo momento y de manera abrupta, entraron mi padrastro y mi hermanastro. Mi padrastro pasó por al lado mío sin dirigirme la mirada. Mi hermanastro apenas levantó la vista para mirarme de reojo con una tristeza que conjugaba el fracaso vivido y un futuro poco auspicioso. Al intentar decirle algo, sus ojos se redirigieron raudamente hacia el suelo, mientras se movía lentamente hacia la escalera mecánica adaptada a su silla de ruedas que lo llevaría a su habitación.

Lo único positivo de todo lo que había ocurrido es que él se encontraba sano y salvó, que no le habían hecho ni un rasguño. Ahora faltaba enterarme como estaba el resto de los compañeros, sus familiares y amigos. Y, por supuesto, sobre todo de mi novia. Pero me encontraba 'descompuesta' del sueño y tenía un dolor corporal insoportable. El stress, o mejor dicho los dolores del alma, se habían impregnado a fuego en mi cuerpo. Me recosté nuevamente en el sillón, y solo me llevó unos pocos segundos quedarme profundamente dormida.

Recién me levanté al otro día, después de trece horas continuas de sueño ininterrumpido. Bajé las escaleras y estaban todos desayunando. "Buen día", les dije con voz tímida. "Todo bien", fue la respuesta colectiva sin dirigirme la mirada. Luego, un 'silencio de radio' durante el desayuno. Quería hablar con mi hermanastro, saber que le había ocurrido, pero no era el momento. Por lo tanto, apenas terminé mis tostadas con el café con leche, me fui a la habitación a ponerme el uniforme escolar. Cuando descendí nuevamente a los pocos minutos, les dije a todos que iba a la escuela, pero que saldría más temprano que mi hermanastro para poder 'despejar mi mente'.

Tomé el colectivo y llegué a la casa de mi novia. Toqué el timbre y divisé que alguien se asomaba por la ventana. A los pocos segundos abrió la puerta. Era ella. Me dijo que pasara, que estaba sola en casa. Entré rápidamente mirando para todos lados, deseando que nadie me hubiera visto. Me empezaba a poner paranoica.

"Preferí no contestarte, seguro ya estamos siendo espiadas. Si antes dudaban de nosotros, ahora ya saben quiénes somos", fueron

sus palabras desde la cocina, mientras me servía un jugo de naranja bien frío. Tenía razón: no había más margen de improvisación, y teníamos que pensar el por dónde empezar ahora. Una vez que regresó con la bebida y algunas galletas dulces, nos dimos un fuerte abrazo. Creo que la única felicidad que tenemos en este momento es que estamos bien, y juntas. El resto había sido todo realmente un desastre.

Apenas comencé a beber el primer sorbo, tocaron el timbre dos veces. Esta vez, mi novia no tuvo tiempo de llegar a la ventana que un golpe seco tiró la puerta abajo. Entraron cinco personas vestidas de civil con armas cortas y largas. "Siéntense y hagan silencio. Si cooperan nada les va a pasar", fueron las palabras del más corpulento de todos. Seguro me habían seguido, pero ahora ya poco importaba; estábamos aterradas sin saber que nos podía pasar.

Tres se quedaron revisando el resto de la casa y los dos restantes fueron a buscar sillas. Trajeron las dos más cercanas que se encontraban en el comedor. Las acomodaron enfrente de nosotros. Con una mirada penetrante, uno de ellos me preguntó hacía cuanto no veía a mi primer gran amigo Ardim. "Hace un tiempo", respondí pensativa luego de unos segundos. No entendía muy bien que tenía que ver él con las manifestaciones; pero, lo que estaba segura, es que no hubiera sido nada bueno si tardaba mucho en responder para seguir elucubrando en mi mente a que se debía la pregunta, ya que podría denotar cierto nivel de falsedad en la respuesta.

Entonces el más añoso tomó la palabra: "Es obvio que desde hace unos días que no lo ves, porque el chico está muerto. ¿Segura que no sabías nada de su muerte? ¿No tendrás algún tipo de relación con la misma?". Un silencio sosegado se apoderó del ambiente. Estaba *shockeada*. Mi novia me quiso agarrar de la mano, pero rápidamente el que se encontraba más cerca de ella la agarró del brazo y la tiró para atrás.

"Igual nos interesa otra cosa, la muerte del muchacho es solo un hecho más que te puede jugar en contra", sentenció el más flaco y desgarbado, quien tenía además como distintivo una cicatriz cruzada en el pómulo derecho. "Voy a hacerla corta", prosiguió. "Sabemos que fuiste una de las instigadoras de los disturbios de ayer. Las máscaras no iban a servir; menos para ocultar lo inocultable,

la silla de ruedas de tu hermanastro. Pero quedate tranquila, él no fue quien te delató. Fue otro más blandito que no aguantó la 'picana' y, apenas lo presionamos, te mencionó como la cabecilla del levantamiento".

En mi vida había escuchado la palabra 'picana' en boca de nadie; solo la había leído en el libro "Nunca más" que me habían dejado mis padres. Se notaba que no era un libro más: por la pulcritud y la fina e intacta cordura de la tapa, había sido cuidado con enorme celosía dado su especial significado. Un texto en el que se detallaba, entre otros puntos relevantes, las aberraciones en términos de derechos humanos que provocó la dictadura militar que gobernó nuestro país entre los años 1976 y 1983. Evidentemente, si se había aplicado la picana en la Base, mi vida corría peligro; de ello no tenía dudas.

Pensé rápidamente que mentir era empeorar las cosas. Entonces, y sin poder contener las lágrimas, me limité a decir que a aquel muchacho lo consideraba un gran amigo y lo apreciaba mucho, pero no tenía nada que ver con su muerte. Y en cuanto a las protestas, lo que queríamos era mejorar las cosas que hace mucho pensábamos estaban mal en la Base. "Simplemente poner las injusticias sobre el tapete para que la sociedad toda lo pueda discutir". No hubo respuesta de ninguno de los cinco: solo miradas vacías en distintas direcciones. Mi novia me observaba sin decir ninguna palabra. El miedo se había apoderado de su habla; su silencio solo denotaba una necesidad de que esta pesadilla termine lo más rápido posible.

Habían venido en dos autos. Nos subieron a ambas al de tono grisáceo que se encontraba adelante. Además del hombre que manejaba y el acompañante, iba otro con nosotras atrás. Nos sorprendió que en ningún momento nos esposaran – podría ser para que nadie desde la calle visualice lo que estaba ocurriendo realmente y genere 'más ruido' del que ya había después de la protesta -; como que tampoco hayan enviado a ninguna mujer para apresarnos: evidentemente, no era necesario que nos realicen una 'revisación exhaustiva' sobre nuestros cuerpos. O éramos inofensivas, o había otra explicación para 'semejante suavidad' en el trato: sabían quién era mi padrastro.

Llegamos a un edificio cercano a la Casa de Gobierno. El mismo se encontraba unos metros alejado de la acera, con una entrada trasera que se arribaba por una estrecha calle lateral. Nos bajaron y llevaron de la mano unos treinta metros hasta llegar a una entrada que contaba con una doble puerta corrediza. Un pasillo ancho, con bastante circulación de personas casi todas trajeadas, no me permitía terminar de dar una idea acabada de donde nos encontrábamos. "Entren en esta habitación de la izquierda", nos indicaron luego de caminar unos diez metros.

Una mujer joven, vestida con un ambo rosa similar al que utilizan las chicas que trabajan de mucamas en mi casa, entró a la habitación y, sin decir una palabra, nos sirvió un vaso de agua a cada una. Luego se retiró. Sabiendo que estábamos siendo observadas, solo atiné a preguntarle a mi novia como se encontraba mientras le agarraba bien fuerte su mano; "estoy bien", me respondió con una tibia sonrisa. "Todo va a salir bien, quédate tranquila", proseguí. Más que una expresión de obvio deseo, fue una mera formalidad ante la temerosa incertidumbre en la que nos encontrábamos.

Veinte minutos después, ingresó otra mujer a la habitación. Con el pelo suelto y vestida informalmente con un jean, zapatillas y una blusa blanca, se sentó del otro lado de la mesa de vidrio. Cruzó las piernas y, reclinando hacia atrás su delgado cuerpo, se dirigió a ambas. "¿Alguna tiene algo para decir?" No abrimos la boca. "Perfecto, vos te vas a quedar sentada acá, y vos me vas a acompañar".

Me agarró del hombro generando un leve tirón hacia arriba. Miré a mi novia y, al observar su cara de espanto, le repetí con un movimiento de labios que nos encontraríamos pronto. Sin embargo, rápidamente se le humedecieron sus ojos. Para ese momento, ya me encontraba en la puerta de la habitación; muy alejada de ella como para poder darle un abrazo contenedor. Y, por primera vez, tuve mucho miedo de no volver a verla nunca más.

Regresamos a la puerta principal por donde habíamos ingresado. Allí estaba esperándome mi padrastro. Fui corriendo a abrazarlo, emocionada al ver que aquel hombre que amaba y representaba mi figura paternal, había venido a 'rescatarme'. Sin embargo, no movió su cuerpo; apenas atinó a sostener con sus manos mis hombros, mientras me daba un tibio beso en la mejilla.

Estaba acompañado por dos oficiales de policía uniformados. "Venga así charlamos", le indicaron a mi padrastro mientras salían unos metros hacia afuera del edifico. Intercambiaron unas pocas palabras que no pude apreciar con claridad, dado que me encontraba en una posición cruzada en la cual no podía leer sus labios. Firmó un papel sobre el capot de la camioneta policial, y le agradeció formalmente con un frío apretón de manos a cada uno. En ese momento, el policía más joven y petiso me hizo una seña para que saliera.

"Ahora vamos", me dijo con su voz ronca y gruesa, mientras me tironeaba con fuerza mi brazo derecho. Sin otro comentario, solo me soltó luego de caminar unos quince metros para subir al auto familiar. Tampoco me dirigió la palabra hasta llegar a casa. Ni siquiera la mirada. Luego de que estacionara, me bajé del auto y entré rápidamente. No había nadie en el living ni la cocina, así que subí directamente a mi habitación. A pesar de que estaba destruida por dentro, solo una cosa me aliviaba: la pesadilla había finalizado. Al menos por ahora.

Lloré y lloré. Angustia, miedo, bronca. No sé cuánto tiempo. Creo que fueron al menos un par de horas, hasta que me quedé dormida. Cuando desperté al otro día, me sentía abombada. Una triste congoja nublaba cualquier tipo de pensamiento; solo deseaba con toda mi alma que todo fuera un sueño.

Bajé las escaleras y no encontré a nadie. Yo entiendo que pelear por lo que creo no es lo suficiente valido para ellos; ahora bien, entendiendo que el amor se encuentra ante todo, lo que me había ocurrido ¿no había sido considerable como para querer interiorizarse sobre mi estado físico y emocional? ¿O mejor era 'esconder la basura debajo de la alfombra', hasta que el tiempo borre la 'vergüenza familiar'? A sabiendas de sus advertencias previas sobre los 'errores' que estaba cometiendo, tenía la ilusión que su apoyo sería incondicional. Sin embargo, parecía que a partir de este momento difícilmente iba a poder contar con mi familia nuevamente.

Parecía una zombi. Solo para esperar que el tiempo pase, encendí el televisor. Haciendo zapping, me detuve intempestivamente en el único canal de noticias de la Base – por supuesto, pautado y controlado por el gobierno -. Increíblemente, mostraban imágenes

de una marcha que, por lo tumultuosa y la geografía del lugar, lo único seguro era que no había ocurrido aquí. Más aún, tampoco había persecuciones ni golpes; solo se observaban policías sonrientes intentando entablar una amable conversación con los enmascarados.

Mientras transcurrían las imágenes, una masculina voz oficial 'en off' sostenía firmemente que lo que se había viralizado por los teléfonos celulares, era toda una gran mentira: no había habido ningún tipo de represión en una manifestación que "no se entendía para que había sido. Una marcha, en todo sentido, irrelevante".

Evidentemente, a pesar de que la tecnología había avanzado abrumadoramente como nunca en la historia de la humanidad, seguía siendo el ser humano el dueño de su propio destino: con sus ideas, su capacidad de analizar, o de engañar para alcanzar un objetivo, terminaba haciendo la diferencia. No había máquina o sistema que lo pudiera reemplazar en cuanto a su creatividad; ya sea para hacer el bien, o para denostar y mentir descaradamente, como en este caso.

Me llamé a silencio. Lo había leído en diversos libros: las revoluciones pueden hacerse desde abajo, pero los cabecillas suelen ser 'ovejas negras' provenientes de las Elites. Sería demasiado afirmar que yo continuaría con tal profecía auto cumplida; más aún con una historia complejamente azarosa que llevo sobre mis espaldas. Sin embargo, aquí me hallaba: había asumido una responsabilidad para con el grupo, pero también para cumplir con el sueño de que finalicen, de una vez por todas, las injusticias que pesan sobre cada uno de los Ardim de la Base.

En el escenario expuesto, el único activo que poseía hoy en día para poder alcanzar los objetivos propuestos, era mi libertad; tanto la de mi mente, como la de mi cuerpo. Había que esperar entonces a que las 'aguas se aquieten'. Ahora solo tenía que ocuparme de averiguar cómo se encontraba mi novia, además de tratar de entender el porqué de la muerte de quien se había enamorado de mí ser: aquel adolescente Ardim que vislumbró, tan solo algunos meses atrás, a una joven idealista que todavía sueña con un mundo mejor.

Capítulo 3

El ambiente en la Base se encontraba enrarecido. Se respiraba en el aire, en la tensión inusitada que tenían los miembros de las Elites. Aunque los medios de comunicación emitían los mismos informativos y programas inocuos, escuetos y banales de siempre, los rumores se habían comenzado a derramar por lo bajo con una dinámica de poroso temor hacia los Ardim. "Hay problemas en la Tierra. Las cosas se están yendo de control y se espera un cambio inminente", era los comentarios más comunes. En realidad, solo pocos sabían exactamente que estaba ocurriendo; una total intriga que, en otro momento, hubiera sido el eje de mi libido. Hoy las cosas eran diferentes.

Hacía unos meses que había ocurrido la infructuosa 'gran manifestación'. A los pocos días de aquella trágica jornada, se me había acercado mi amiga de la escuela de las Elites para contarme, lo que ella consideraba, un increíble secreto: "¿Viste el chico Ardim que se suicidó? Era parte del grupo de los subversivos que causaron el alboroto aquel día de las protestas", fueron sus palabras textuales. Así es, ella nunca se enteró que yo fui parte de aquella gesta fallida. Mi familia se encargó de ocultar todo. Y desde aquel momento no tuve – ni quise tener – la posibilidad de replantear algún tipo de 'nueva propuesta superadora' que me permitiera continuar con el proyecto grupal.

Por otro lado, a quien sí consideraba mi novia - ahora mi ex novia -, me escribió un mensaje de texto unos días después de que nos viéramos por última vez en aquella oficina gubernamental: "Estoy muy mal después de lo ocurrido. Quisiera que nos distanciáramos un tiempo para pensar, sobre todo hasta que todo se tranquilice y se encauce hacia un estadío de cierta normalidad. Me es muy difícil vivir bajo tanta presión; me oprime el pecho pensar todo el tiempo que nos están persiguiendo a nosotras por ser pareja, y al grupo por sus ideas".

Aquella agrupación, esa pequeña congregación con la que compartíamos un sueño de crear con nuestra lucha una vida mejor, se había hecho añicos. Nadie contestó más mensajes. A pesar de que no hubo que sufrir víctimas fatales durante la represión - los heridos se pudieron recuperar, y a los que apresaron los liberaron a las pocas horas -, todos desistieron de continuar reclamando por

sus derechos. Dos días después de la revuelta, las autoridades del gobierno de la Base emitieron un claro y conciso comunicado: "No va a haber una segunda oportunidad para aquellos que quieren destruir la paz de nuestro hogar. Esta comunidad que hemos conformado todos, la Base Espacial Argentina". Un mensaje en pos de la cohesión entre los Ardim y las Elites. Pero, y sobre todo, con el claro objetivo de infundir el terror sobre aquellos que tengan alguna idea de subversión rondando por su cabeza.

En casa las cosas no habían cambiado mucho. Después de unos días de silencio luego del incidente, todo volvió a la normalidad. Mi madrastra continuaba como siempre en su mundo idílico del consumo suntuario. La única diferencia es que en las últimas semanas se había abocado a la contención de mi hermanastro: el objetivo era evitar la profundización de su incipiente estado depresivo. Creo que él, en el fondo de su corazón, había sentido a la revuelta como la posibilidad de volver a ser alguien. Y su fracaso, el escurrirse entre sus dedos la única posibilidad viable y tangible de cambio, conllevó a que todo volviera a foja cero, a que su vida nuevamente se centre en la falta de movilidad en sus piernas.

En cuanto a mi padrastro, lo único diferente era el tiempo que pasaba con nosotros: sus ausencias por trabajo en la Tierra eran cada vez más prolongadas. Y esta vez parecía que no se encontraban relacionadas con alguna de sus diversas amantes de ocasión; esto era otra cosa, y que probablemente tenga que ver con los murmullos que se acrecentaban día a día sobre los 'desequilibrios' que ocurrían allí.

En cuanto a mi ser, continuaba refugiándome en mis libros. Los volvía a releer y trataba, en cada ocasión, de pensar en alguna otra hipótesis de trabajo. El análisis hegeliano, los conceptos marxistas, el pensamiento lógico, la teoría de la justicia de Rawls. Ya no pensando en el grupo y la acción directa cortoplacista; sino más bien en fortalecerme metodológica e ideológicamente para que, en un futuro, cuando el momento temporal devenga en condiciones más apropiadas, pueda volver a generar algo diferente con renovada fortaleza. Es que los deseos se pueden posponer, pero nunca se abandonan.

Estaba por terminar la secundaria en menos de tres meses. Yo lo sentía como un punto de inflexión en mi vida, como en la de cualquier joven que debe comenzar a delinear seriamente el camino a recorrer durante su adultez. Y en mi caso, decidí aferrarme al recuerdo de mis padres, a los objetivos que ellos querían lograr, a la mejora permanente de su ser material y espiritual, a lo que buscaron cuando llegaron a la Base; en definitiva, a aquel 'mundo nuevo' que tanto anhelaban.

En mi caso, quería hacer el camino inverso. Lo necesitaba. Necesitaba ir a la Tierra, aprender de lo que ocurría allí, empaparme de un modo de vida diferente; y porque no, pensar en la hipotética y soñada posibilidad de volver a encontrarme con ellos.

Por supuesto, a la hora de hablar con mi padrastro, debía diluir todo lo que pudiera parecerle 'tóxico': nada de querer buscar a mis padres, ni de encuentros con grupos anti-sistema, ni de tomarme un tiempo en la Tierra para pensar realmente que hacía con mi futuro. Por lo tanto, el jueves cuando regresé de la escuela y le dije que tenía que charlar algo importante con él, intenté ser lo más clara y directa posible: "Quiero acompañarte en tus viajes a la Tierra para participar en las reuniones del sindicato; estoy realmente interesada en comenzar a inmiscuirme en la defensa de los derechos de los trabajadores. Deseo seguir tus pasos".

Mis palabras seguramente lo sorprendieron. Por un lado, el pedido no tenía una correlación directa con mis intereses para con la equidad y la mejora en la calidad de vida de los Ardim. ¿Será que había cambiado? ¿Me habrá pesado lo ocurrido luego de la represión por parte del gobierno de la Base?

Sin embargo, seguramente le hacía 'ruido' mi decisión. Él sabía perfectamente que yo conocía su pasado: el de un sindicalista que había traicionado a muchos de sus compañeros, gestando un poder y una riqueza que le había permitido ser parte de las Elites – suena increíble, pero se las denominaba 'Elites trabajadoras' -, y disfrutar de los placeres de la Base. ¿Por qué entonces querría seguir sus pasos? ¿Para hacer lo mismo? ¿O cambiar y cumplir verdaderamente con la tarea de defender los derechos de quienes luchan por mejorar sus condiciones laborales? En este sentido, nunca había existido un sindicato en la Base; por ende, si mi idea era crear uno, seguramente generaría tensiones entre los Ardim y las Elites.

Suspiró unos segundos y posó su mirada en la ventana. Evidentemente, se encontraba dubitativo ante una pregunta inesperada que lo había descolocado. "Lo voy a pensar", me respondió unos segundos más tarde. "La situación en la Tierra se encuentra muy difícil, pero me alegra que quieras hacerme compañía", prosiguió. Había picado el anzuelo. Su razonamiento no había ido tan lejos como para pensar en todas las acepciones que conllevaría un viaje mío a la Tierra.

Estaba feliz. A pesar de sus aventuras amorosas y la carga ajetreada de trabajo, la posibilidad de que conozca por dentro sus actividades y estar junto a él en sus momentos libres, podría ser importante para lograr una mayor empatía de su parte, un volver a empezar en la relación padrastro-hija.

Aprovechando el momento de 'buena voluntad' de su parte, intenté interiorizarme sobre lo que ocurría en la Tierra, preguntándole si sabía exactamente qué estaba ocurriendo allí. Tomó su cigarro con la mano izquierda, y se dirigió lentamente hacia su sillón. Se acomodó reclinando su espalda hacía atrás, cruzó las piernas y me dijo que me sentará junto a él. "Los grupos subversivos se han multiplicado. La lógica sistémica estabilizadora que promovía un nivel de vida de subsistencia se desmoronó. Los grupos reaccionarios ya no soportan un esquema de consumo permanente cuando no alcanzan a obtener los mínimos bienes básicos para su supervivencia. A los niños les faltan nutrientes, la salubridad escasea de recursos, a las obras de infraestructura se las fagocitó la corrupción...".

Los rasgos de su rostro se iban endureciendo con cada palabra que salía de su boca: "Todo comenzó con esa maldita ley del consumo obligatorio. Las personas no podían pagarlo, y se terminó generando un mercado negro con los comprobantes de pago. Luego intentaron digitalizarlos, pero hackeaban los sistemas permanentemente y reinaban los actos de soborno. Cuando el gobierno lo descubrió, encarceló y maltrató ferozmente a todos los que habían osado cometer delitos. No solo la violencia salió a la luz, – a pesar de que nunca se supo quien entregó los videos de las golpizas a los medios de comunicación alternativos - sino también las escuchas con las conversaciones de los guardiacárceles, quienes hablaban impunemente sobre el sistema perverso que obligaba a las

masas a buscar algún alternativa - la que fuera, aunque sea ilegal -, para poder llegar a fin de mes."

"Pensar que todo esto es para poder cumplir con los pagos de las deudas que las Elites Argentinas habían tomado por décadas con las Elites Chinas, Rusas y Estadounidenses. Los recursos naturales que les entregan ya no son suficientes; y si no exprimen a fondo a la población, incrementando fuertemente los niveles de productividad y acumulación, un día se cansarán de esperar el pago tardío y directamente vendrán a quedarse con nuestros recursos, poniendo bajo su control todo el territorio y sus poblaciones. Incluyendo a nosotros, las Elites". Luego bajó la mirada hasta posarse en la alfombra que abrazaba las medias de sus pies; como si allí pudiera encontrar alguna solución a un verdadero dilema sistémico.

Yo lo observaba cuidadosamente. Su visión podría ser sesgada y acotada, pero los hechos eran objetivos, y la información que tenía era tan interesante como relevante. No quería emitir opinión, la cual solo tenía borrosamente formada, pero pensaba en cómo la historia era devastadoramente cíclica. Pero mientras narraba con malogrado detalle el apocalipsis que parecía no tener vuelta atrás, venían a mi mente las lecturas sobre el nacimiento del nazismo en el siglo XX, el cual se encontraba vinculado directamente a las devastadoras consecuencias económicas derivadas del castigo impuesto a Alemania por parte de los países vencedores en la Primera Guerra Mundial. O mismo la política económica internacional China, ya entrado el siglo XXI, de coaccionar para cobrarse sus deudas 'apropiándose' de los recursos estratégicos de aquellos Estados que no podían cumplir con sus compromisos de pagos asumidos en divisas.

Volvió su cuerpo hacia adelante. Al mismo tiempo que levantaba la cabeza, sus cejas se iban frunciendo en forma de v. Solo le quedaba terminar de descargar todo el dolor y la bronca que tenía adentro: "Los sindicatos han sido tomados por la izquierda radical, y ya ni nos escuchan. No les interesan las mejoras marginales. Mismo yo soy un líder simbólico; solo estoy cumpliendo un rol decorativo para con mis pares de las Elites, que a duras penas todavía me ven como interlocutor válido".

"Por otro lado, los pocos empresarios Pymes que quedan nos piden ayuda, desde subsidios económicos hasta exenciones impositivas. Pero sobre todo buscan orden y protección; lamentablemente, ya no podemos proveérsela. Los métodos de coerción que aplicábamos antes, ahora no les atemorizan. Las masas trabajadoras dicen que los sindicalistas traidores somos los verdaderos 'enemigos del pueblo'; y lo peor es que nos amenazan con que tienen el poder para destruirnos, y que ya falta poco para ello".

Ahora si estaba atónita. Mi padrastro, el todopoderoso 'defensor de los derechos de los trabajadores', se encontraba en la cuerda floja. Internamente, creo que sentía que su pequeño imperio se estaba por desmoronar. "Te pido por favor que todo lo que te dije quede entre nosotros". El quiebre de nuestro micromundo parecía estar cerca, pero el instinto de protección hacia su familia - a pesar de los aún mayores daños que nos podría causar el no estar preparados para la peor debacle -, se encontraba tan firme como las raíces de aquellos árboles que crecían en el desierto en los cuentos que él mismo me contaba cuando era una niña pequeña que no podía dormir de noche.

"Y lo más grave es que ni los asesinatos a mansalva que se produjeron en las manifestaciones de las últimas semanas por más derechos socio-económicos pudieron contener a la turba. Es más, se están realizando intentos de tomas de bases militares y de las fuerzas de seguridad. No solo porque los rebeldes cuentan con líderes preparados; los servicios de inteligencia no responden, y además creemos que ha habido traidores dentro de las Elites que facilitaron las tomas. Y por si fuera poco, los uniformados ganan tan poco que sus familias se encuentran igual de pauperizadas que el resto de la población; por ende, sabemos que se han formado grupos que hasta apoyan a los subversivos".

"Y con esto termino y no te digo más nada. Hace unos días decidimos hacer lo impensado años atrás, algo que siempre hemos tratamos de evitar: pedir ayuda a las Elites de otros Estados que no tienen tanta relevancia a nivel global, lo cual implicaría también generar un vínculo de dependencia con ellos ¿Sabes que respuestas obtuvimos de más de una veintena de países? 'Todos tenemos muchos problemas, lo que les ocurre a ustedes pasa en todos lados.

Así que lo sentimos, pero a las fuerzas del orden las tenemos ocupadas para paliar los dilemas internos. Aunque quisiéramos, no podemos ayudarlos'".

"Contá conmigo para lo que pueda ayudarte", le dije mientras le daba un fuerte abrazo. Luego le agradecí las palabras y su tiempo, me di media vuelta, y subí las escaleras hacia mi habitación.

Pasaron algunos meses hasta que me recibí del secundario. Ceremonia escueta, fiesta de egresados con todas las formalidades de las Elites de la Base – el libertinaje quedaba para después, una vez que viajaran a la Tierra - , y no mucho más. Mi cabeza se encontraba en otro lado. Estaba ansiosa, aunque trataba de no ser demostrativa. Hacía como si nada hubiera ocurrido, no realizaba comentario alguno en los desayunos o cenas familiares, ni tampoco cuando me lo cruzaba solo a mi padrastro en la casa. Solo había que esperar y confiar en que cumpliría su palabra.

Solo habían pasado diez días de mi colación, cuando un Viernes por la mañana, antes de irse a su oficina y como si fuera un tema más de pasada mientras se disponía a buscar las llaves del auto, giró su cabeza y con una suave sonrisa me dijo: "El Jueves que viene viajo, así que te venís conmigo como mi asesora personal". Luego se me acercó, me brindó un cariñoso beso en la mejilla, se dio media vuelta y se fue.

Me sentía feliz; había logrado el primer paso de mi cometido. Ahora quedaba prepararme el bolso y planear mi estadía en la Tierra. Y desde esa noche, y durante cada noche hasta que partimos hacia allí, soñé como sería un potencial encuentro con mis padres, las cosas que aprendería de aquel lugar tan lejano, y qué respuestas podría encontrar a las problemáticas que teníamos aquí en la Base. Estaba cada vez más cerca de lo que había leído del filósofo y sociólogo alemán Jurguen Habermas, quien sostenía que la teoría necesitaba obligatoriamente su complemento empírico para comprender precisa y cabalmente la realidad.

La despedida de mi madrastra y mi hermanastro fue corta y poco sentimental; no hubo mucho más que un "suerte y pásala bien". En definitiva, tampoco era para tanto; solo me iría por unos pocos días. Llegamos al aeropuerto de la Base y, luego de pasar alrededor de media hora curioseando por el afamado 'Free Shop' del

que había escuchado por mis conocidos que ya habían viajado a la Tierra con anterioridad, presentamos la documentación requerida a las autoridades aeroportuarias (el boleto que había adquirido mi padrastro y el pasaporte que demostraba mi pertenencia a las Elites) y subimos a la aeronave interespacial.

El viaje duraba algo más de quince horas. Sin embargo, no tuve tiempo ni para mirar alguna de las películas con las que contaba el catálogo: además de que los asientos estaban preparados especialmente para la comodidad de las Elites, la abundante y deliciosa cena mezclada con la tensión generada por las expectativas de mi primera travesía fuera de la Base, me fundieron en un sueño profundo apenas una hora y media después de despegar.

Llegamos al amanecer - un amanecer natural y no artificial como estaba acostumbrada -, bajo un sol que abrazaba la piel de mi rostro. Desde un cielo celeste despejado, pude apreciar mi primera visión de una gran urbe: A la distancia, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se veía repleta de edificios altos, pegados unos a los otros, los cuales seguramente marcaban el ritmo abrumador de lo que eran la mayoría de las ciudades atestadas del mundo. "Por favor, abróchense los cinturones que estamos por aterrizar", se escuchó por los altoparlantes la voz de una de las azafatas. Era hora de pisar el otro suelo argentino; el original, el que brotaba de la geología del planeta Tierra.

Luego del descenso en el aeropuerto espacial, nos dirigimos rápidamente hacia migraciones y, posteriormente a que chequearan nuestros documentos, traspasamos una puerta doble que indicaba la salida hacia el hall. Allí, un chofer de traje negro con una elegante corbata de seda, nos esperaba sosteniendo un cartel digital en el que se inscribía el nombre completo de mi padrastro. "Buenos días, espero que hayan tenido un buen viaje. Por favor denme su equipaje y acompáñenme", nos dijo con voz firme y una gran sonrisa de oreja a oreja. Estaba listo para llevarnos en un imponente auto al hotel donde estaríamos hospedados durante nuestra estadía en la Tierra.

Tomamos una autopista en dirección recta con destino a esa gran 'jungla de cemento', como se la solía mencionar en los textos que había leído. Durante el recorrido tuve mi primer shock: familias enteras viviendo en condiciones deplorables a la vera de la

ruta, casas de chapa sobre tierra húmeda, carpas improvisadas sin agua corriente ni luz eléctrica. Esto no eran las inequidades entre las Elites y los Ardim que yo conocía: lo que estaba observando era pobreza extrema, marginalidad y miseria. ¿Hice mal entonces en quejarme todos estos años de las injusticias que veía en la Base, que comparado con esto era el paraíso?, pensaba en voz baja. Creo, definitivamente, que no; estoy convencida que una inmoralidad sea más desgraciada que otra, no significa que ambas no deban ser abolidas.

En ningún momento mi padrastro se inmutó. Es más, las pocas veces que quitaba la vista de su computadora, la dirigía hacia mi persona para saber cómo me encontraba; o mismo inclinaba sus ojos hacia el horizonte vacío que implicaba el techo vidriado, creo yo, con el mero objeto de encontrar un momento de relajación.

Por el contrario, yo seguía sin poder dejar de quitar los ojos de la ventanilla. A medida que nos adentrábamos en el centro de la ciudad, cada vez eran más los niños y jóvenes que se asomaban en los semáforos para pedir lo que fuere: desde monedas, algo de comida, hasta cualquier cosa que nos sobrase ¿Tendrán la capacidad de mendigar afecto, comprensión, reconocimiento? ¿O sus mentes, inutilizadas bajo una vida sin educación, salubridad y buena alimentación, serán incapaces de reconocer sus propias necesidades? Dudaba tanto de que entendieran cabalmente las causalidades de su situación; menos aun lo que requerían para con el poder cambiar su realidad.

"¿Siempre es así?", le pregunté buscando alguna respuesta de dubitativo alivio. Sin embargo, mi padrastro, sin mirarme y al tiempo que escuchaba un audio en su teléfono celular, asintió con la cabeza. Y nada más. En solo algunas pocas horas, no solo había visto una pobreza desesperante en una ciudad que parecía en permanente ebullición; también estaba observando con mis propios ojos la desidia de mi padrastro – lo que me causaba aún más dolor -, cuyo poder para cambiar las cosas se diluía en su hipócrita doble discurso.

Habían pasado unos cincuenta minutos hasta que, luego de doblar en 'U', observamos un cartel que indicaba 'bienvenidos a la zona verde'. "Acá se encuentran las instituciones gubernamentales

más relevantes de las Elites; también los restaurantes, bares, y lugares donde nos alojamos los que venimos desde lejos", señalándome el hotel donde nos hospedaríamos.

No sé si me pasaba particularmente a mí porque era la primera vez que iba a un hotel, pero el mismo era realmente muy hermoso. Desde afuera se observaban una infinidad de triángulos vidriados que se superponían formando una especie de pirámide de unos setenta metros de altura. Apenas se ingresa, en el interior se observan unos murales de vitro de autores renacentistas, imitaciones de torres de piedra del período helénico, y dos fuentes circulares de agua con una cascada en el medio, una a cada lado de la puerta central.

Luego de hacer un rápido *'check in'*, un joven nos acompañó por un amplio ascensor hasta el cuarto piso. En el mismo, un visor digital mostraba los diferentes menús para cada una de las comidas del día: desayuno americano, almuerzo con variedad de carnes y pescados, merienda con medialunas y tostadas, cena con pastas y mariscos. Todo presentado por un chef de – teóricamente – renombre internacional.

La habitación era amplia y confortable. Dos somieres de dos plazas, una enorme sala de estar, y un baño con sauna incorporados. "Acomodate y descansá, que debe haber sido muy cansador para vos por ser tu primer viaje", me dijo mi padrastro apenas apoyamos nuestras valijas sobre el vértice izquierdo del armario, como si fuera una niña pequeña a quien debiera cuidar y proteger durante la estadía.

"Andá tranquilo", le respondí mientras acomodaba un par de almohadas al pie de la cama, cuyo objeto era poder apoyar los pies cuando me recostara. El resto fue simplemente poner una suave música de fondo en la tele y cerrar los ojos: después de meses de una gran tensión, lo mejor que podía hacer era disfrutar este momento. Es que la vida se había tornado en un permanente sufrir y luchar, y realmente no puede ser así. El ocio y el 'recreo' mental son fundamentales para con el buen vivir. Pero además, existe otra cuestión: Tal y como diría el antiguo dicho popular de la política argentina de principios de este siglo, 'no es que estoy retrocediendo, solo estoy tomando impulso'.

Sobre una de las mesas de luz había una revista del hotel, la cual mostraba una enorme piscina climatizada que se ubicada en el subsuelo. Automáticamente me incorporé con gran entusiasmo, me coloqué el traje de baño y salí de la habitación para dirigirme hacia ella. No había nadie en los pasillos ni en el ascensor; me gustaba esa sensación desértica, ya que me brindaba aquella paz que tanto necesitaba.

Apenas me adentré, sentí como el agua tibia relajaba cada músculo de mi cuerpo. Tampoco aquí había nadie alrededor, así que aproveché la hora y cuarenta minutos que estuve dentro de la piscina para disfrutar del suave oleaje creado por mis manos. Una vez que sentí que era suficiente y me dieron ganas de ir al baño, salí y fui hasta el bar ubicado en el primer piso, con el objetivo de pedir un sándwich y una gaseosa. "¿Me lo podrían subir a la habitación?", pregunté en un tono que esperaba no suene aburguesado. "Claro señorita, en diez minutos se lo llevamos".

Me parecía que podría ser interesante ver qué tipo de programas de televisión estaban pasando en la Tierra. Para mi sorpresa, y luego de confirmarlo con el personal de administración, me encontré con que la mayoría de los canales se encontraban bloqueados. "Necesita autorización del titular que reservó la habitación", fue la respuesta del conserje a cargo. No pensaba perder tiempo en discutir ni en preguntar por qué. Por ende, me propuse descansar y tomar fuerzas para que, a partir de mañana bien temprano, pueda comenzar a trabajar en los propósitos que me trajeron hasta aquí.

Los libros me habían demostrado que, en diversos ámbitos de la vida, aquellos que habían diversificado sus esfuerzos para cumplir con sus varias finalidades, generalmente no obtenían la misma efectividad en sus resultados. Solo para citar un ejemplo de tinte internacionalista, el mismo 'Tercer Reich' alemán, el cual poseía el control sobre una gran parte de Europa en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, comienza a perder su supremacía cuando decide invadir la Unión Soviética – aunque algunos historiadores sostuvieron que era estrictamente necesario para obtener los vitales recursos naturales -, en lugar de esperar terminar de consolidar el dominio sobre territorio Europeo (sobre todo el doblegar definitivamente al Reino Unido) antes de avanzar definitivamente hacia el Este.

Sin un análisis tan grandilocuente, decidí comenzar buscando a mi familia biológica en detrimento del análisis político; el primero debería ser un proceso más sencillo y menos riesgoso que encontrar a los 'subversivos' que me pudieran ayudar, o al menos entender mejor como 'encausar', a nuestro proyecto en la Base. Además, el moverme para encontrar a mis padres implicaría un mayor conocimiento de la ciudad, su gente, y su dinámica. Es que aunque mi padrastro me había dicho que íbamos a estar en la Tierra una semana, yo tenía mi cabeza otra idea. Todo dependería de cómo se desarrollasen los acontecimientos.

Al otro día nos levantamos bien temprano. "Me voy a trabajar, ¿vamos? ¿Me acompañás?", me preguntó entusiasmado mi padrastro. "Espero que no te enojes. Quisiera ir a dar una vuelta por la ciudad", le respondí mientras desayunábamos en el restaurante del hotel. "Ok, cuidate y llamame cualquier cosa, esto no es la Base. Ya activé tu celular para que funcione aquí en la Tierra. Preguntale además a las chicas del lobby qué lugares seguros podés recorrer", fueron sus palabras mientras me daba una importante suma dinero. Se levantó, tomó su chaqueta marrón y su maletín, me dio un beso en la frente, y se marchó.

Luego de que él se fuera, agarré la mochila y la cargué con una botella de agua, una manzana, y un papel con una lapicera para hacer anotaciones. Si algo había aprendido de mi experiencia – y la de mis padres -, era que nada debía quedar grabado en ningún tipo de dispositivo electrónico. Es que en caso de que exista una 'urgencia', todo debía poder ser quemado rápidamente para no dejar rastros. La otra opción todavía más segura es la que utilizaban los Montoneros o diversas facciones de la izquierda radical durante la dictadura militar que gobernó la Argentina entre los años 1976 y 1983: cualquier dato importante solamente debía ser memorizado, nunca escrito. En este sentido, y a pesar de los avances de la ciencia y la tecnología, la mente humana continuaba siendo uno de los lugares de más difícil descifrado.

Pregunté en el lobby del hotel dónde se encontraba la sede central de alguna de las tres compañías de servicios de cable y telefonía de Argentina. En realidad, de oligopolio tenía poco y nada: era sencillamente un monopolio 'hecho y derecho'. Con el grupo

de la Base habíamos averiguado que las mismas pertenecían a tres hermanos miembros de la Elite política gobernante que, a través de una 'no muy escondida' red de testaferros, manejaban todos los servicios de telecomunicaciones del país. Su poder trasvasaba todos los límites; siendo ellos 'amos y señores' a la hora de negociar las cuotas y los esquemas de distribución del servicio.

¿Mi objetivo? Una vez allí, plantearía que mi teléfono celular había sido hackeado y por ello había perdido los contactos guardados en el chip. Como no recordaba los números telefónicos más importantes – desde su aparición a finales del siglo XX, ya nadie los recordaba dado que todo quedaba grabado y guardado en el pequeño dispositivo -, pediría ayuda mencionando los nombres de mis padres. Sabía que los números eran un asunto privado – por supuesto, para los mortales comunes y corrientes, no para las compañías ni para los miembros de las Elites -, pero apelaría a la buena voluntad de quien me atendiese. No todo puede estar planificado; a veces también se necesita un poco de suerte.

Mientras iba caminando a las oficinas ubicabas a unas veinte cuadras del fastuoso hotel donde estábamos hospedados, observaba atentamente todo a mí alrededor. Hasta la salida de la 'Zona Verde', todo era una especie de 'gueto': un espacio donde se encontraban los más importantes intereses concentrados, custodiados de una manera irracional, por cientos de soldados pertenecientes a las clases medias pauperizadas.

¿Por qué querrían proteger a aquellos que los obligan a trabajar a destajo por un sueldo miserable? ¿Será simplemente, como ocurre en la Base, que han naturalizado su condición de 'clase de soporte'? ¿O se conforman con el hecho de pertenecer al aparato represivo del Estado, a sabiendas que perciben un ingreso relativo un poco mayor que las grandes masas empobrecidas? Poco importaba. Ellos habían nacido predeterminados a obedecer, proteger, y, de ser necesario, reprimir. Por mi parte, sus armas cortas y largas me generaban un enorme temor – más que respeto – del mismo modo que entiendo le provocaría a cualquiera que intente subvertir el orden.

Tomando este ejemplo como fundamento, intenté realizar una elaboración mental que me clarificara algún tipo de escenario proactivo. En este sentido, razoné de la siguiente manera: a una

fuerza negativa, se la contrarresta con una positiva de igual o, de ser posible, mayor magnitud. Por ende, ¿cómo serán, dónde se encontrarán, y qué estarán tramando los grupos a los cuales teme mi padrastro?

Una vez afuera de la 'Zona Verde', solo tuve que caminar unos quince minutos hasta llegar a las oficinas centrales de la empresa de telecomunicaciones. Cuando pasé la entrada del edificio, me esperaban los scanner de seguridad y seis ascensores, enfrentados en dos grupos de a tres, previo paso por cuatro molinetes. Allí se encontraban varios empleados, dialogando muy animadamente entre ellos. Cuando me acerqué, una joven mujer, muy bien arreglada con cuidado maquillaje color miel en su rostro y vestida con el uniforme de la empresa, me preguntó en que podía ayudarme. "Diríjete al piso veintitrés; espero que ahí puedan darte alguna solución", me respondió no muy convencida apenas le comenzaba a explicar sucintamente mi coartada.

Descendí del ascensor y me encontré con un escenario extraño: una veintena de teléfonos digitales – solo había dos ocupados - ubicados en una puntillosa hilera detrás de una mampara de fibra de vidrio, a los que se podía acceder situándose justo enfrente de uno para alzar la voz y explicar el porqué de la presencia allí. Sin seres humanos a la vista, solo había carteles indicativos que explicaban la importancia de ser concretos y didácticos para que, la persona que se va a encontrar del otro lado de la línea, pueda solucionar el problema lo más rápidamente posible.

En la Base te atendían personalmente en todos lados. Y, realmente, para mí era más cómodo hablar cara a cara con la persona; sobre todo en este caso, donde me parecía importante que el interlocutor observara mi teatralizado rostro repleto de angustia con el objetivo que cediera ante mi pedido. Entonces regresé a la planta baja e intenté explicarle esta idea a la misma señorita que me había enviado al piso veintitrés.

"No hay personas brindando soluciones hace casi medio siglo. No recuerdo si era el año 2055 o 2056, pero fue en un momento – uno de los tantos - que la violencia social recrudeció y, con diferencia de pocas semanas, dos clientes perdieron los estribos y asesinaron a empleados que no les brindaban las respuestas que ellos esperaban", se sinceró.

Al ver que la escuchaba con atención, giró su cabeza para ambos lados, como para observar que nadie estuviera prestándole atención a los movimientos de su boca. "Le voy a decir más: los dueños de la empresa estaban muy enojados cuando ocurrieron los asesinatos. En aquella época no era tanto como lo es en la actualidad, que la vida humana no vale nada; la indemnización fue de más de tres millones de Stateras a cada familia".

Después de escuchar aquel relato, no podía dejar de analizar que era más grave: por un lado, que la corporación ponderara todo su libido en la indemnización a pagar en lugar de evaluar, aunque sea, en algún tipo de resarcimiento para la familia del empleado fallecido; o más bien el explícito cinismo irracional de 'hacerse problemas' por algunos millones de Stateras, los cuales no representaban nada en términos relativos para una compañía que ya, en aquel momento, llevaba décadas percibiendo una rentabilidad extraordinaria.

Un hombre con voz amable me atendió al otro lado de la línea: "Por lo que veo su teléfono se encuentra registrado en el Satélite, pero la base de datos de su teléfono se encuentra intacta señorita; la misma nunca ha sido violada en su seguridad", me respondió. "Mire, se lo pido encarecidamente, no sé qué ha ocurrido pero estos números telefónicos son muy importantes para mí. Mi padre es el Secretario General de un importante Sindicato – por las dudas preferí evitar decir cual-, y sabe de esta situación; es más, me dijo que cualquier cosa lo llamara quien sea para resolver el problema, aunque espero que no sea necesario. Sino dígame su nombre y veo la forma de que se comunique con usted", le retruqué con la idea de intimidarlo, pero con la suficiente amabilidad para que no llegue al punto de la irritación.

"Deme un minuto y veré lo que puedo hacer", continuó. Luego hubo un silencio de algo más de dos minutos. Probablemente estaba evaluando la relación costo/beneficio de que un hombre poderoso de la Elite se encuentre verdaderamente involucrado y lo pueda contactar. Finalmente, como el maná que cae del cielo, escuché unas solemnes y débiles palabras del otro lado de la línea: "Pasame los números de identificación o los nombres de las personas".

Lamentablemente, la metodología que había utilizado la había aprendido de los libros que me habían dejado mis padres: en la Argentina, históricamente, siempre era todo por las malas y/o por contactos. El temor que le tenía el ciudadano medio a los miembros de las Elites – cualesquiera sean – parecía ser la llave maestra que debía utilizar para conseguir cualquier cosa que necesitara. Por lo menos por ahora.

Le brindé los nombres completos de mis padres. No solo me dio el teléfono, sino también la dirección de mi madre. "El de su padre no lo encuentro en la base de datos, ¿tiene el número de documento de él?". Obviamente no contaba con ningún otro dato. Le agradecí y me dirigí hacia la puerta de salida. ¿Habrá cambiado su nombre una vez regresados a la Tierra? ¿O estaba separado de mi madre y se había podido escapar del país? Solo esperaba que ambos se encontraran bien de salud. Ahora tenía un dato no menor. Tenía por donde comenzar. Tenía esperanzas.

Instantáneamente, apenas salí del local, intenté recordar mi primera infancia; aquella que, involuntariamente, arrancaron de mi vida. La angustia hizo correr un escalofrió por mis venas. Agarré el teléfono celular para llamarla, pero de repente me dio miedo; miedo de su reacción, miedo a que no quisiera verme, miedo a que se escapara. Miedo a que una vuelta de página hacia el pasado se torne un presente doloroso. Miedo a que pueda causarle inconvenientes en su vida actual. Miedo a que ya no esté. O que ya no tenga la misma capacidad de amarme como la última vez que nos vimos.

Ya estaba jugada. Las decisiones de vida de los últimos meses de mi corta edad habían conllevado a un coherente fortalecimiento de mí ser que me impulsaba a mirar siempre para adelante, perseguir mis sueños, buscar cumplir mis deseos. Y por qué no, podría decir que, en gran parte, fue gracias al espíritu de mis padres, quienes a través del legado de sus textos, me introdujeron sus deseos de mejorar mi vida: de enseñarme que nunca tengo que claudicar mi posibilidad de elegir y ser libre para pensar; pero también de mostrarme que siempre tengo que estar asentada en un cimiento, un plafón ético para lo que depare mi vida.

Tenía la dirección; entonces que mejor que ir hasta allá y de paso continuar conociendo Buenos Aires. Era un barrio en el

conurbano, alejado unos cuantos kilómetros de la ciudad. Caminé unos doscientos metros en dirección Norte, buscando a algún servidor público que me pudiera ayudar. "Disculpe, buen día, ¿cómo puedo hacer para llegar a esta dirección?", le pregunté a un militar que custodiaba uno de los bancos más importantes del país detrás de unas barricadas dignas de una película de guerrillas urbanas. "Siete cuadras para allá se encuentra una estación de tren; tome el ramal verde y, una vez que llega a la autopista, se baja y pregunta que colectivo la acerca", me respondió levantando la empuñadura de su arma con el brazo derecho.

Le agradecí y di media vuelta para marcharme. En el momento que había dado cuatro pasos, escuché su voz ronca en mi espalda: "Señorita, tenga cuidado cuando vaya para allá; aquel barrio no es muy seguro". Cuando giré ciento ochenta grados mi cuerpo para preguntarle por algún consejo más que me pudiera ser de utilidad, ya era tarde: estaba girando su cabeza en aleatorias direcciones para poder evaluar, puntillosamente, los movimientos de los cuantiosos transeúntes que circulaban; aquellos potenciales enemigos del orden establecido.

Una vez que pasé los molinetes con la tarjeta que me dieron en el hotel para que me moviera por los medios de transporte de la ciudad – todos los ciudadanos debían llevar una obligatoriamente con sus datos personales para poder realizarles seguimiento en caso de que fuera necesario -, solo tuve que aguardar unos siete minutos para subir al primer tren. "Guardala bien y quedate tranquila; si la policía te para y pasa el lector digital por la misma, aparecerán solo los datos del hotel. Y seguro no te van a preguntar nada más; no se van a meter con la gente que suele hospedarse aquí", me había dicho con seguridad la recepcionista.

Eso hice, poniendo la misma con recelo en un bolsillo interno de mi bolso apenas ingresé en el cuarto vagón. El mismo venía, literalmente, atiborrado de gente. Quise acomodarme cerca de alguna de las semi-trabadas ventanas, pero me era imposible. Apretujada, solo alcancé a colocar mi delgado cuerpo al final del pasillo, enfrente de los últimos dos asientos sobre la izquierda. Mientras trataba de inhalar el máximo oxígeno posible - ya que además parecía que el aire acondicionado no funcionaba -, miraba

a mi alrededor para cerciorarme de que nadie estuviera mirándome fijamente; es que de tanto que me habían advertido, era lógico que tuviera temor a que me quisieran robar o hacerme algún daño.

Sentada a mi derecha, se encontraba una señora de unos sesenta años, de físico corpulento, con un vestido floreado hasta las rodillas y zapatos marrones que se notaban gastados de tanto andar. "Buenas tardes señora, disculpe que la moleste, ¿cómo llego a esta dirección?", le pregunté ante su inexplicable mirada incisiva. Se veía que estaba de algún modo 'aburrida' y quería charlar con alguien. Había acertado: sin responderme sobre mi recorrido, comenzó a hablarme atolondradamente de su trabajo, de su familia, de lo mal que se viaja.

Luego me preguntó de dónde era. "Del interior", le respondí con una mentira piadosa para salir del paso. Inmediatamente, con el único objetivo de evitar la repregunta, la indagué sobre la situación actual de Buenos Aires. Además, pensé, ella era un fiel reflejo, una muestra del común 'ciudadano de a pie' que me interesaba conocer como parte del análisis situacional.

"Solo para ir a trabajar tengo que gastar el diez por ciento de mis ingresos mensuales. Ni que hablar la calidad paupérrima de este tren, o las largas horas que tengo para trasladarme", me respondió en 'modo descargo', con un claro tono de amargura. "Por lo menos tengo para darle de comer a mis nietos, que no están como todos esos chicos pobres que se ven por todos lados".

Para no seguir angustiándola, cambié de tema y le pregunté si faltaba mucho para llegar a la autopista. "Es la próxima estación nena. Suerte, nos vemos", me respondió con una sonrisa de quien se le notaba el gusto por el 'dialogo sincero' - más bien por haberla escuchado con atención -. Le agradecí sus palabras y me coloqué en una posición cercana a la puerta para descender con facilidad apenas disminuya la velocidad del tren; no sea que me quede atascada entre tanta gente y no pueda bajar.

A unos setenta metros hacia la derecha, se encontraba la colectora, con cuatro paradas contiguas en donde se detienen dos colectivos en cada una. Luego de mencionarle la dirección, un guarda dentro de una garita me indicó el número que debía tomar para ir a la casa de mi madre. Para mi felicidad, el doscientos noventa y dos me dejaría solo a nueve cuadras.

Esperé alrededor de cuarenta minutos que llegase el colectivo. Extrañamente, durante todo ese tiempo ninguna de las personas se quejó de la tardanza; giraban permanentemente sus cabezas entre el horizonte y el suelo – que bien podría ser entre el cielo y el infierno – conjugando un aura de anestesia y resignación. Ello me hizo reflexionar sobre el hecho de que no me había equivocado: hay una necesidad real, tanto en la Tierra como en la Base, de promover la justicia que tanto prediqué desde que decidí comenzar este camino; con algunos sinsabores, pero repleto de esperanzas para con un futuro mejor.

Entonces pensé en mis padrastros y mi hermanastro. Más allá de sus particularidades y características personales, me brindaron salubridad, una buena alimentación, una educación – aunque no haya sido de mi total agrado - acorde a los criterios establecidos. Pero también la posibilidad de que me divirtiese. Y a su manera, también me dieron mucho amor. Todo este marco posibilitó que me formase con tranquilidad y, hasta cierto punto, con libertad. Por ende, la realidad es que, de algún modo, el haber llegado hasta aquí para buscar a mis padres biológicos e intentar conquistar mis sueños, no habría sido posible sin ellos.

Es por ello que apenas subí al colectivo, lo llamé a mi padrastro. Para que no se alterase, le dije que me encontraba cerca del hotel, paseando y mirando locales para comprarme algo para mí. "Me alegro mucho saber que estás bien. No creo que llegue para cenar, pero pedite algo en el restaurante del hotel. Nos vemos mañana en el desayuno". No podía haberme dado mejor respuesta para enfrentar la ardua tarde que me esperaba.

Me bajé en la esquina indicada y, siguiendo las instrucciones de la guía de direcciones de mi teléfono celular, caminé con prisa las cuadras que me separaban de la casa de mi madre. Eran calles desoladas, sucias, carentes de asfalto y una arboleda que al menos pudiera proveer un aire de vitalidad.

Las pocas personas que transitaban por las mismas tenían una apariencia desalineada; más aún, en dos ocasiones pasé por esquinas donde grupos de jóvenes (incluso algunos pre-adolescentes de once o doce años), tomaban alcohol y fumaban marihuana a destajo a pleno sol de mediodía. Y, para ser sincera, no tuve tiempo de sentir

pena por ellos; era simplemente temor cuando giraban sus rostros para mirarme.

Podría ser prejuicioso, algo de lo que habíamos conversado con el grupo en la Base; al respecto, teníamos una posición tajante contraria a cualquier diferencia de clase, de apariencia, de creencia. Sin embargo, ahora que lo vivía en carne propia, el instinto de auto-preservación me interpelaba sobre el cómo debía conjugar las diversas variables que acaecerían en el día a día durante mi estadía en la Tierra.

Esos chicos probablemente fueran los que a principios del corriente Siglo XXI se los denominaba 'Ni-Ni'; o sea que ni trabajan, ni estudian. Un libro de economía social que me habían dejado mis padres demostraba claramente que su potenciación había derivado del desmembramiento de las capacidades del Estado, la depresión de los mercados internos, la precarización laboral, y la expulsión de trabajadores 'inútiles' del sector privado. Un proceso de exclusión social creciente que se reforzaba con importantes carencias en términos de formación y acceso al crédito; pero, y sobre todo, de imposibilidad de ascenso social para poder 'ser alguien' en la vida: el perverso escenario donde abuelos, padres e hijos se encuentran deambulando permanentemente en un círculo vicioso que implica la *sine qua non* dependencia estructural de Programas Sociales, apenas suficientes para con la subsistencia y lejos de cualquier atisbo de dignidad.

En definitiva, el devenir histórico reflejaba inequidades que crecieron y se arraigaron fuertemente en todo el entramado de la lógica ciudadana: las raíces de la naturalización de un escenario que no sería la excepción; sino más bien la regla hasta el día de hoy, casi entrando al Siglo XXII.

La casa no se distinguía del resto de las de la cuadra. Una fachada con un ventanal de madera y una puerta enteramente blanca, corroída por la lluvia, se encontraba enmarcada entre dos pasillos que parecían concluir en algún tipo de patio trasero. En la parte delantera, luego de la reja cuyo objetivo aparente era generar un halo de irreverente seguridad, había un pequeño pastizal, acompañado de un arbusto que parecía haber dejado de crecer hace ya un tiempo.

Me puse triste. Triste de que mi madre habitara en un lugar que me parecía lúgubre, chato, indigno. Y no tardé mucho en sentir además bronca y vergüenza; yo viviendo donde reinaba la opulencia, y mis padres biológicos en una casa que ni se le acercaba a la 'menos vistosa' que había visto durante toda mi vida en la Base.

Justamente recordando a la Base, a diferencia de allí donde la cápsula satelital contaba con un termostato que regulaba siempre la temperatura para oscilarla en valores cómodos para la vida humana, el calor aquí era sofocante. Realmente sofocante. Una cosa era escuchar sobre la porosidad de la capa de ozono y el incremento permanente de las temperaturas en la Tierra, y otra era vivirlo en carne propia. Era tan exasperante que cuando me di cuenta, ya no tenía más agua en la botella que me había llevado bien temprano cuando salí del hotel.

Mientras pensaba que haría cuando lograra dar con mi madre, giraba la cabeza en todas las direcciones para ver si encontraba algún quiosco donde comprar más bebida. Nada a la vista. "No pienso recorrer la zona buscando alguno", pensé dentro de mí, tratando de algún modo de serenarme. Podía aguantar un poco más. Además, a pesar del cansancio, seguramente estaba a punto de enfrentar uno de los momentos más importantes de mi vida. Por ello tomé coraje, y me paré frente a la puerta.

No había ningún timbre visible. Decidí entonces hacer palmas. Una, dos, tres veces. Nada. Golpeé la reja, esta vez con mayor fuerza. Silencio total. Instintivamente, presentí que alguien me observaba. Un hombre, de mediana edad, se asomaba por la ventana de la casona contigua a la derecha. Caminé hasta su puerta y le hablé con voz elevada, simplemente para asegurarme que me escuche: "Perdone, ¿puedo preguntarle algo?" Sin darme respuesta, giró su cabeza para el interior de la casa. Segundos más tarde, se abrió la puerta y salió lentamente una señora septuagenaria, junto a un pequeño perro Rottweiler que se apareaba intermitentemente con su avejentado camisón de algodón grisáceo.

"Buen día señora, disculpe que la moleste, estoy buscando a la mujer que vive acá al lado", le hablé una vez que estaba lo suficientemente cerca. "¿Vos quién sos?", me retrucó frunciendo las cejas. "Soy la hija de una amiga de ella", fue mi furtiva respuesta.

No deseaba mentir, pero no sabía con quién exactamente estaba hablando. Y además, desde un 'rol periférico' sería más sencillo recabar más información.

"Llega todos los días alrededor de las tres de la tarde, así que falta un rato para que vuelva", prosiguió. Ante mi impávido silencio, su rostro se ablandó: "No sé si venís de muy lejos, pero si querés podés quedarte un rato en casa hasta que ella regrese". Realmente estaba extasiada y no tenía 'Plan B'. "Muchas gracias señora, espero que no tarde mucho".

El living-comedor era pequeño. Apenas entraban una mesa con cuatro sillas, un viejo sillón de cuerina tajeado en ambos respaldos, y un mueble de una pieza vertical que solo contaba con algunas fotos y parte de una avejentada vajilla. "Sentate donde quieras, ahora traigo algo para tomar", me dijo muy amablemente. En menos de un minuto había vuelto con dos vasos, una botella de plástico con algún tipo de jugo de durazno, y galletas dulces surtidas.

Intentando romper el hielo, le pregunté si hacía mucho vivía allí. "Treinta y cuatro años. La misma edad que mi hijo". Evidentemente, era el muchacho que se había asomado por la ventana. "Pero prefiere quedarse en su habitación", me respondió apresurando la respuesta. Y sin mediar pausa, continuó: "Cuando con quien por entonces era mi marido fuimos al banco de reproducción gubernamental, nos dijeron que nos iba a tocar un hijo hombre para engrosar las filas de los servicios de seguridad".

Parecía que necesitaba hablar, descargarse. Por ello no quise interrumpirla: "Lamentablemente, algo salió mal. En algún momento del proceso, el código genético fue manipulado de manera equivocada. Nunca se supo si fue un error humano de los biólogos a cargo, alguna cuestión del equipamiento que falló, o mismo un sabotaje. O al menos nunca me lo dijeron. Solo el representante del banco de reproducción me indicó que había habido un inconveniente con nuestro hijo por lo que él quedaba eximido de cualquier tipo de tarea; y como compensación para nosotros, quedábamos exentos de tener que adquirir el regalo semanal de por vida, además de otorgarnos un subsidio mínimo y cancelarnos automáticamente el crédito que teníamos por esta casa con el banco gubernamental. Todo ello fue un gran alivio económico para nosotros".

Esta última oración retumbó con fuerza en mi cabeza: el objetivo del gobierno, de algún modo, se había cumplido. Con un marginal alivio económico para una familia de enormes carencias, lograron tapar el enorme costo y desgaste que tendrían para con el cuidado de un hijo que requeriría cuidados especiales de por vida.

"Cuando el niño era pequeño, yo ya observaba con mi esposo que tenía una especie de retraso madurativo. Y eso mi marido no lo soportaba. Un día, después de muchas discusiones, él simplemente se marchó para no volver. Por supuesto, me tuve que hacer cargo sola de todo: médicos, enfermeros, maestros especiales, vida social".

Luego de tomar un sorbo del jugo, continuó: "Hice todo tipo de reclamos con abogados para que me pase la cuota alimentaria, pero desde el juzgado me dijeron que no lo encuentran, que probablemente haya salido del país. Igualmente me fui arreglando, aunque con el tiempo todo empeoró, sobre todo al comenzar su adolescencia: le diagnosticaron algún tipo de esquizofrenia con brotes violentos. Por ello vive prácticamente recluido en casa todo el día".

Ya con lágrimas en los ojos, me contó que no pudo tener nunca un trabajo estable por todo el tiempo que le insumía el cuidado de su hijo; solo algunas ocupaciones temporarias que complementaban la mísera pensión gubernamental. "Nunca se volvieron a comunicar conmigo desde ningún organismo estatal. Cuando iba a reclamar, en todos lados aparecía en el sistema como que 'mi problema ya había sido compensado, y yo había acordado con mi firma por ello'".

"Mirá niña, no te quiero aburrir más con mi vida. Solo te puedo decir que me enteré, hace no tantos años, que una de las responsables del laboratorio de procreación fue encontrada muerta unas semanas después que nació mi hijo. Por supuesto, el informe indicaba que se había 'suicidado'. Por ende, estoy segura que lo que nos pasó no fue el único caso. Pero la verdad, no valía la pena buscar responsables. Sabía que no llegaría a nada; las órdenes gubernamentales había que acatarlas, sin ningún tipo de objeción. Y, en definitiva, tenía mucho trabajo que hacer con la crianza de mi hijo. Así pasaron treinta y cuatro largos años", concluyó ya cabizbaja y casi sin fuerzas para continuar.

No tenía palabras para llenar ese vacío de silencio provocado por lo que había sido una vida transcurrida mayoritariamente con enorme esfuerzo y tristeza. Entonces me propuse cambiar de tema, algo que la pudiera animar. "Y, cuénteme, ¿tiene alguna actividad recreativa que le guste?" Levantó su mirada y con un rejuvenecido tono de entusiasmo, prosiguió: "Sí, sí, tomó clases de yoga y autoayuda en un centro cultural barrial cercano, siempre y cuando una vecina de enfrente cuide de mi hijo. Y la verdad, cuando voy lo disfruto mucho. Además, son gratuitas, las paga el Municipio".

Una vez más, me encontraba con una de cal y una de arena. En este sentido, su mente se balanceaba permanentemente de un lado hacia el otro; desde el dolor del abandono sinónimo de un Estado ausente, hasta la relajada tranquilidad provocada por el bienestar espiritual derivado del altruismo de las autoridades. Al fin y al cabo, su pensamiento terminaba siempre en un 'sádico pero efectivo promedio', lo que le había permitido al gobierno mitigar, durante toda su vida, las tensiones personales generadas por las políticas perversas e inmorales para con su familia.

Me estaba ofreciendo un té cuando se escucharon unos pasos en la vereda. Había dejado especialmente la ventana abierta para observar a los pocos transeúntes esperando que uno de aquellos sea mi madre. "Es ella", me comentó luego que se asomara corriendo la cortina desde el vértice izquierdo. En ese momento, mi corazón comenzó a palpitar fuertemente. Enseguida me paré para observarla, pero ya había entrado a su casa.

"Le agradezco enormemente la merienda y toda su gentileza, pero voy a aprovechar a hablarle para que no se me haga muy tarde. Seguimos en otra oportunidad sino le molesta", fueron mis palabras de despedida. No tuvo prácticamente tiempo de responderme; mi ansiedad ya me había hecho traspasar la puerta de entrada. Faltaba poco para encontrarme con quien hace casi dieciocho años me había dado la vida.

Caminé hasta la reja colocada en la vereda y volví a hacer palmas. Abrió la puerta, se asomó y, sin preguntar nada, caminó hacia mí. Era una mujer que aparentaba unos cincuenta años, muy flaca, vestida con un jean azul y una sencilla blusa amarilla. Tenía muy poco de maquillaje en su rostro; por el contrario, se destacaban

unos aros grandes de un dorado brillante, los cuales resaltaban aún más en su cara curtida por la enorme cantidad de arrugas que se observaban – inclusive desde una distancia prudencial - en sus ojos y pómulos.

"Hola, ¿en qué te puedo ayudar?". Evidentemente, no me había reconocido; ello a pesar de que, observándola detenidamente más de cerca, le encontré ciertos rasgos físicos que me 'daban un aire' a ella.

"Hola", fue mi instintiva respuesta. Y luego me quedé sin aire, sin palabras. Mi visión se nubló de repente, como si me hubiera bajado la presión. "¿Estás bien?", me dijo apenas observó mi cara empalidecida. Retrocedí unos pasos y me senté en la acera. "Dejame que te ayude"; insistió mientras intentaba darme aire con un rápido movimiento de sus manos. Con la cabeza gacha, y tratando de recuperar la compostura, le respondí: "Quedate tranquila mamá, estoy bien".

Mientras yo intentaba pararme, me di cuenta que me observaba petrificada. "Pasá por favor", me dijo suavemente al oído mientras me sostenía de ambos brazos. Me levanté y caminé a la par de ella los cinco metros que separaban la reja de la puerta de la casa, sin decir ni una palabra más. Tampoco me miraba; su rostro se mantenía erguido, y sus ojos se focalizaban en el picaporte, el cual parecía representar el pasaporte a la tranquilidad del hogar. ¿Quería que entremos rápido para que ningún vecino se entere quién era yo y, ya sea por sacar algún rédito económico o lo que sea, le avise al gobierno de mi presencia allí? ¿Su silencio representaba el miedo a abrir heridas sin cicatrizar del pasado? ¿Sentiría temor a que mis palabras fueran falsas y yo no fuera realmente su hija?

Apenas traspase la puerta, me pidió que me sentara en la silla más próxima a la mesa de madera contigua, ubicada unos dos metros en diagonal a la entrada. Mientras me acomodaba, volvió con un vaso de agua. Mientras le agradecía me di cuenta que, ahora sí, me contemplaba como quien descubre un tesoro.

No sé porqué, pero aquella situación me generó un sentimiento raro, una especie de vergüenza, de no saber cómo actuar. A pesar de que las manos me temblaban, pude finalizar el último sorbo mientras hacía que curioseaba su casa, rotando mi mirada en

diversas direcciones. Cuando observó que ya no había más agua de la cual yo pudiera beber, se me acercó desde el costado izquierdo, me abrazó suavemente utilizando ambos brazos para envolver mi pecho, y se largó a llorar desconsoladamente.

"Ya vuelvo, voy al baño un minuto", me dijo luego de que me soltara muy lentamente, con cierta reticencia, como si sintiera que no podía dejarme ir nuevamente. Cuando regresó arrastró otra vieja silla de madera y se puso a centímetros mío, en una ubicación donde podía hasta sentir su agitada respiración. "Perdoname", murmuró entrecortadamente. Y, otra vez, sus ojos se inundaron de lágrimas.

"Quedate tranquila mamá, todo va a estar bien", fue mi respuesta. Por un momento, los roles se habían invertido en relación a lo que yo había leído en los textos de introducción a la psicología; en este caso, era yo, la hija adolescente, quien intentaba serenar a su madre. Pero sentí que era necesario, que no había libro o dogma preestablecido; era un momento especial para ambas, donde creo que lo importante es darnos fuerzas entre nosotras. Y quería ser positiva: ¿Por qué no pensar que las cosas de ahora en más serían mejores?

A medida que fue disminuyendo la carga emocional de ambas, comenzamos a dialogar. Quería que le cuente todo de mi vida. Así que comencé, tratando de hacer un resumen de mis días en la Base: el hogar que me había cobijado, la escuela, mi pequeño mundo que había creado con los libros que ella y mi padre me habían dejado como legado.

"Quedate tranquila, mis padrastros me dieron todo. Tengo una muy buena vida, no me falta nada", concluí después de algo más de una hora de relato. Y ahí vislumbre por primera vez sus dientes blancos, brillantes, los cuales delineaban finamente la expresión de estrechez de su pequeña nariz aguileña. Su profundo suspiro detrás de aquella gran sonrisa lo decía todo: de algún modo, había logrado en parte su objetivo; aquella mezcla entre cierto bienestar y la tan preciada libertad que ellos tanto habían soñado para mí. Ese estadío que - aunque no fuera exactamente del modo que yo lo pensaba y deseaba -, mis padres entendían que representaba el haber alcanzado la felicidad.

"Ahora contame de ustedes, ¿cómo estás? ¿Cómo está papá?", le pregunté intrigada. Agachó su cabeza, tomó aire y, después de tomarse unos segundos, sentenció: "Tu papá falleció".

Se me cayó el mundo abajo. Con un dolor indescriptible, sentí como si un rayo me hubiera partido al medio. Lo que soñaba de pequeña, el momento de reencontrarme con ambos para besarlos y abrazarlos hasta recuperar el tiempo perdido, se había desvanecido en un instante como arena entre los dedos.

"Dejame que te cuente", prosiguió mi madre luego de agarrarme la mano para consolarme. Su relato comenzó cuando me dejaron en casa con mis padrastros: "No quiero darte detalles escabrosos que no tienen sentido, pero básicamente nos dijeron que habíamos incumplido gravemente los principios de la Base y seríamos enviados nuevamente a la Tierra en el primer vuelo espacial para ser juzgados 'con toda la severidad'. Nunca me he podido olvidar de la forma que me hablaron aquellos agentes; sus palabras presagiaban años de cárcel o, quien sabe, por ahí algo peor".

"Apenas llegamos, nos llevaron a unos 'presidios anti-subversivos'. Estuvimos allí unos días hasta que nos trasladaron a un juzgado. Nos sentaron en el banquillo de los acusados, y dijeron que hiciéramos silencio hasta que llegara el juez. Cuando lo vimos ingresar, no lo podíamos creer: era uno de los jóvenes muchachos que habíamos conocido en la 'casa de la reinserción', previo a nuestro viaje a la Base. Increíblemente, era él quien debía ahora juzgarlos por sedición y traición a la patria. Fue un milagro".

Era una historia digna de novela. Y a medida que mi madre ampliaba su relato, mis ojos se abrían con mayor amplitud. "Fingió que no nos conocía y pidió una audiencia privada con nosotros en exactamente una semana, un día antes del veredicto. Apenas llegamos aquel día, nos estaba esperando en la puerta del juzgado. Le pidió a los guardias que nos dejasen solos y nos llevó a una sala contigua, donde no había cámaras ni micrófonos".

Después de darles un fuerte abrazo a ambos, les habló como si fueran amigos que estuvieron simplemente distanciados por algunos años: "Las tensiones sociales en la Tierra se incrementaron exponencialmente desde que ustedes se fueron; debido a ello, al poco tiempo los reclamos pidiendo el cambio de régimen terminaron

provocando algunas concesiones marginales para 'calmar las aguas' y que las Elites puedan, de este modo, seguir ganando tiempo. Y así están hace años, 'poniendo parche sobre parche'".

"Uno de los beneficios fue asegurarle a los grupos sexuales minoritarios cupos en puestos de relevancia. En mi caso, yo ya estaba separado de la pareja que ustedes conocieron y, en aquel momento, era amante de un importante juez", continuó esbozando una leve mueca que dejaba escapar una tibia sonrisa en su rostro.

"Y no les voy a mentir: lo extorsioné. Si no quería que saliera a la luz su condición sexual - lo cual dañaría su impoluta investidura ante una sociedad que lo veía como un maravilloso y fiel padre de familia heterosexual –, debía darme algo importante a cambio. Y bueno, la presión dio resultado: él a su vez intimó a un político perteneciente a la Elite más encumbrada, quien había sido acusado de violación por la hija de un acaudalado empresario. Lo amenazó infiriendo que si no me otorgaban rápidamente un cargo de relevancia, su causa saldría a la luz. Desde allí fue todo sencillo: en menos de dos semanas me habían nombrado".

"La historia era tan interesante que un momento hasta olvide porqué estábamos allí", me dijo mi madre. Y posteriormente continuó citando a su antiguo compañero de reclusión: "Fíjense las vueltas de la vida; terminé siendo yo quien juzgue los delitos que tanto me flagelaban en mi adolescencia y juventud, aquellos que implican cualquier tipo de transgresión 'contra el sistema'. En cuanto a los demás miembros involucrados de la casta gobernante, solo puedo decir que hubo silencio absoluto, causas cajoneadas y todas las partes satisfechas".

Y finalmente concluyó: "Queda en estas cuatro paredes lo que hablamos. Mañana los voy a absolver; pero prométanme que nunca más van a hablar de todo lo que pasaron, ni van a buscar a su hija, ni mencionarán su vida en la Base. Es por su seguridad, pero también por la mía. Estamos muy expuestos todos. Y ya no van a tener otra oportunidad: con su prontuario, la próxima vez es la cadena perpetua o la muerte".

Sus palabras calaron hondo, pero tan hondo, que mis padres cumplieron con el pedido a rajatabla. Sin muchas fuerzas, lo primero que hicieron fue buscar un lugar donde vivir. Unos amigos de mis

abuelos le alquilaron la casa donde nos encontrábamos ahora. Como eran personas de edad, un par de años más tarde fallecieron con una diferencia de pocos meses; y al no haber tenido hijos – sumado a que ningún familiar cercano reclamó la vivienda a posteriori -, mis padres hicieron de esta su hogar definitivo.

A las pocas semanas mi madre consiguió un trabajo de vendedora en una 'oscura tienda de prendas femeninas' - tal como lo definió ella - en una feria del conurbano. En tanto mi padre, nunca se pudo recuperar de todo lo vivido: tuvo un largo proceso depresivo, donde pasaba la mayor parte del día acostado en su cama, sin siquiera atinar a levantarse para acercarse a la mesa a comer. Tal como le había ocurrido a mi amigo de la Base, el haber puesto tanto ahínco y pasión para con un objetivo trunco, los había acarreado hacia una cuesta descendente que no pudieron o supieron cómo manejar.

Volviendo a mis padres, ambos potenciaron lo que ellos denominaban erróneamente 'fracaso'; perdieron todas las ganas de cambiar las cosas, de hacer lo que deseaban con sus vidas. Nunca pudieron sobreponerse; no llegaron a utilizar los 'paños fríos' de la racionalidad para analizar la situación como un todo, a recomponer esa lógica que seguramente alguna vez tuvieron, y la cual les hubiera permitido vislumbrar que el problema no eran ellos sino del sistema. Les faltó el vigor suficiente para poner la poca energía que les quedase, en volver a autogenerar ese impulso que les pudiera otorgar, aunque sea una última vez, la vitalidad perdida.

La resignación fue definitiva. Ni se les pasó por la cabeza tener otro hijo, menos bajo la lógica impuesta por la misma Elite que ya los había subyugado más de una vez. Seis años después de haber regresado a la Tierra, mi padre falleció de un cáncer de próstata. Mal atendido en las paupérrimas condiciones hospitalarias que les toca a quienes no poseen privilegios, a los desclasados de una sociedad que no da respuestas, se dejó morir.

"De una enfermedad de mierda, la cual tiene un gran componente emocional", fueron las palabras exactas de mi madre, amordazando los dientes para tratar de contener la furia. Me largué a llorar. No pude dejar de pensar que se fue con la tristeza de no haberme mirado a los ojos por última vez, de no saber que yo me

encontraba bien, de que no pudiera recibir un cálido agradecimiento de mis propios labios por haber intentado darme la mejor vida posible, aún antes de que yo naciera.

"Te quiero contar algo más", le dije una vez que había terminado de tragar esa saliva amarga de dolor. "Siempre intenté seguir sus pasos; lo que hicieron por mí no ha sido en vano. Los he tenido presentes en cada momento y, en el fondo, parte de lo que soy como persona y como actuó en todos los ámbitos de mi vida ha sido por aquel legado de escritos que me habían dejado".

Luego le hablé de lo ocurrido en los últimos meses. El grupo de la Base, nuestras ideas, la represión; todo con minucioso detalle. Al principio me miró sorprendida. Creo que no podía creer el efecto que habían tenido aquellos textos sobre mi persona; pero además, la profunda – y para ella sorprendente – vida que había tenido a mi corta edad. Con muchos proyectos y sueños que, de algún modo, eran un desprendimiento, una continuidad de lo que mi padre junto a ella habían intentado décadas atrás.

"Por todo lo que te conté, te quiero agradecer mamá. Y decirte que nunca dejé de extrañarlos". En aquel momento me miró fijamente a los ojos, previo a decirme algo que nunca había escuchado de mis padrastros, ni de nadie: "Estoy orgullosa de vos". Solo atiné a responderle un "gracias mamá". Para que luego, con lágrimas fusionándose en hermosa sonrisa, me diera el abrazo más hermoso del mundo.

Justo en medio de aquel hermoso y memorable instante, sonó mi teléfono. "¿Dónde estás?, son más de las cinco de la tarde", fueron las palabras de mi padrastro del otro lado de la línea, con un tono de clara preocupación. "Quedate tranquilo, me retrasé un poco pero ya estoy volviendo", fue mi rápida respuesta apaciguadora.

Apenas corté, le expliqué a mi madre lo que había arreglado esta mañana con él, como así también los planes que tenía para los próximos días: "Pero no te preocupes; ya veré como hago para quedarme y pasar más tiempo en la Tierra con vos. Mañana regreso para seguir conversando".

Intercambiamos los números de los celulares, me acompañó a la parada de colectivo, y nos despedimos con un fuerte abrazo.

Pero lo más importante fue que nos prometimos mutuamente que íbamos a hacer lo imposible para mantener 'viva' nuestra incipiente relación: un vínculo que había renacido hoy después de tantos años y que, al menos de mi parte, no quería que se volviera a cortar nunca jamás.

El camino que había tomado el colectivo era de una sinuosidad incomprensible para una persona de la Base: los baches provocados por una seguramente 'eterna dejadez' en la pavimentación, hacían dificultoso el mantener el equilibrio, inclusive para una persona joven y sin ningún impedimento físico como era en mi caso.

A medida que avanzaba y se acercaba al anillo de las Elites, las luces se hacían más intensas y la infraestructura mejoraba lentamente. De todas formas, poco me interesaba. Mi mente se había fijado en el padre que nunca podré conocer. Pensaba el porqué era todo tan injusto, por qué no intenté venir antes a la Tierra, por qué no pude ayudarlo y decirle que lo amaba sin conocerlo. Todo ello a pesar de que comprendía que representaban preguntas inertes e indebidamente irracionales para la niña que fui hasta no hace mucho tiempo.

De repente, una brusca frenada me precipitó contra la baranda que se encontraba adyacente a la puerta de salida posterior. Con un fuerte dolor en la costilla, traté de reponerme lentamente. Había algunas personas golpeadas, aunque parecía que ninguna de gravedad. Cuando levanté mi cabeza, observé un grupo de gente, muy numeroso, que había cortado la calle.

El chofer se bajó para ver hasta donde llegaba la manifestación. Al realizar un movimiento de visera con la mano y observar que la columna ocupaba varias cuadras, decidió acercarse a unos de los manifestantes. Intercambió algunas palabras, y luego volvió a subir al colectivo. Con un dejo de resignación y parado enfrente de todos como un maestro escolar, aseveró: "La columna es muy larga y todavía están esperando más manifestantes. No les puedo asegurar cuando vamos a poder continuar el recorrido. Si alguien necesita asistencia médica, me avisa".

Estuve sentada unos minutos en el suelo hasta que me sentí un poco mejor. Como el chofer dejó abiertas todas las puertas, pude bajarme para interiorizarme sobre lo que ocurría. Era impresionante

la cantidad de gente que había; creo que ni en toda la Base junta había tantas personas. Menos reclamando por algo.

Observé diferentes banderas, pancartas y pañuelos; nada que me pudiera parecer familiar. Era un escenario muy colorido y efervescente: saltos, gritos de aliento, y abrazos múltiples componían una escena, desde mi visión, esplendorosa. Pensé – y comparé –, qué importante es cuando el reclamo o la disconformidad pueden aunarse positivamente bajo el aura de un grupo de individuos organizados, aliviando su tristeza y generando un estadío de alegre mancomunión que fortalezca sus ganas de luchar. No importa cuál sea la batalla que decidan dar.

Los reclamos eran variados. Lo interesante es que ninguno tenía una impronta ideológica; solo reclamos sobre temáticas puntuales, como la destrucción del medio ambiente o la escases de alimentos. Un escenario ideal para las Elites: sin una interpelación profunda acorde a una sociedad educada en las ciencias sociales, los cuestionamientos específicos podían ser respondidos con algún tipo de política puntual 'bajo control de daños', con la seguridad de que se imposibilite cualquier tipo de quiebre del *Statu-quo*.

Comencé a caminar junto a ellos hacia el sector de quienes comandaban la columna. A medida que me iba acercando a los primeros planos, escuchaba que los gritos y cánticos tenían como el eje principal la insostenibilidad del micro-endeudamiento.

"Disculpe, ¿podría explicarme cual es el reclamo central de la manifestación?", le pregunté a una joven mujer que marchaba con su pequeña hija de la mano. "Mirá, yo entiendo que se quiere dinamizar el consumo; sin embargo, el que nos obliguen a comprar coercitivamente bienes todas las semanas generó una crisis de crédito cíclico que nos hace imposible devolverlos. Encima viste que existen estas cuatro empresas de préstamos, apañadas por el gobierno, que te seducen fácilmente ante nuestra desesperación; pero después, cuando nos retrasamos en un pago o les explicamos que se nos dificulta continuar con las tasas usurarias que cobran, utilizan su fuerza de choque para perseguirnos y amenazarnos. Son una verdadera mafia temible que opera con total impunidad. Y te repito, la Elite gubernamental cómplice no hace nada", me explicaba abriendo sus enormes ojos verdes. "Mi gran miedo era

no poder salir del círculo vicioso de la pobreza, el no poder educar a mi hija", concluyó.

Un chico de unos veinte años que se había acercado silenciosamente para escuchar atentamente – el cual llevaba puesta una remera de Ernesto 'Che' Guevara y un morral con pines que representaban la diversidad sexual y el respeto por el medio ambiente -, se dirigió a nosotros de una manera muy respetuosa una vez que la chica finalizó su relato: "Perdón que me meta, pero además hay algo peor. Escuché fuertes rumores de que se duplicaría el precio del agua en los días entrantes".

El agua potable, absolutamente necesaria para generar unas mínimas condiciones de salubridad y supervivencia, y que aparentemente ya de por sí era costosa, ahora directamente pasaría a ser – increíblemente - un bien de lujo. Y peor aún, creo que lo próximo iba a ser la privatización del aire que se respira. Más aún, ayer en el hotel había visto un programa donde comentaban, muy al pasar, que en 'algunas áreas del país' - sin determinar cuáles -, ya se vendía oxígeno no contaminado.

Por supuesto, nada se decía de las causales de la falta de agua potable, a sabiendas de que es el ser humano es el principal responsable por la contaminación directa e indirecta derivada de una producción de bienes y servicios desmedida y sin los cuidados apropiados. Sin embargo, la raíz de los problemas parecían siempre poco relevantes; lo determinante siempre era que las Elites minoritarias pudieran continuar haciendo negocios, brindando 'soluciones mágicas' para unas masas desahuciadas.

Cada palabra que escuchaba me generaba más ganas de involucrarme; de aportar mi granito de arena para contribuir con el tan mentado cambio. La situación en sí ya era perversa; pero lo peor de todo era la indiferencia de quienes no se involucraban, los que a pesar de saber lo que ocurría decidían mirar para otro lado ante tan humillantes injusticias.

Ya la historia Argentina lo había demostrado. La tibieza había sido una característica de la mayoría de los argentinos: coercionados por la conjunción de la violencia y la ignorancia propagada por las Elites, habían dejado un tendal de sueños individuales inconclusos mientras soportaban el hundimiento del país como un todo en los casi trescientos años de historia como Estado-Nación.

Cuando alcancé el sector posterior de la manifestación, busqué sigilosamente quienes eran sus líderes. Más visiblemente en el centro y siempre junto a personas que se acercaban a saludarlos y hablarles, se encontraban un hombre y una mujer, de alrededor de unos treinta y cinco años, lo cual me sorprendió a primera vista, ya que los veía demasiado jóvenes para ser las 'cabezas políticas' de tan determinante patriada. Y ello tenía una clara razón: Toda mi vida me acostumbré a vivenciar la transición dirigencial de los miembros de las Elites, quienes solo les traspasaban el 'bastón de mando' a sus sucesores el día que fallecían. Sin embargo, en este caso no me quedaban dudas que eran ellos.

Ella era delgada, de tez blanca y brillantes ojos celestes. Su rostro mostraba una fortaleza determinante, que se complementaba con una musculatura llamativa para su cuerpo diminuto. Él era un hombre más corpulento, con algunas canas y un porte que emanaba generosidad. Llevaba un micrófono, con el cual no solo daba instrucciones sobre el devenir de la marcha, sino que también 'agitaba' a la gente con consignas beligerantes.

Decidida a hablarle, me acerqué lo que más pude al oído de la mujer para no tener que levantar la voz: "Buenas tardes, disculpe que la moleste, entiendo que usted es una de las organizadoras de la manifestación. Quería saber si hay alguna institución detrás de los reclamos porque, de ser así, me gustaría unirme para comenzar a involucrarme". Siempre mirando al frente, como si no pudiera dejar de chequear que todo estuviera en orden, asintió con su cabeza y me dijo que el MRL (Movimiento por la Revolución y la Libertad) era el principal convocante. Y siguió caminando lentamente.

Apuré mis pasos, me volví a poner a su lado y volví a la carga: "Como le decía, quisiera empezar a participar en las reuniones". En aquel momento frenó su paso, giró su cabeza, me relojeó de arriba a abajo, y sentenció: "Mañana a las cinco de la tarde nos reunimos en nuestra casona de la calle Ferradio 2390. Te espero".

Inmediatamente se escuchó el silbido de un joven que la llamaba a la distancia; ella viró rápidamente hacia la derecha, aceleró su marcha y a los pocos segundos le había perdido el rastro entre la multitud. En aquel instante frené y me corrí hacia un costado unos metros; quería asegurarme de estar tranquila para anotar bien la

dirección en la libreta que había llevado. Por lo menos ya tenía algo. Además se había hecho tarde y mi padrastro me esperaba. Tenía que volver lo antes posible al hotel.

Mientras regresaba al colectivo para ver si el conductor me podía ayudar a encontrar el mejor camino para regresar al hotel (¿quién mejor que alguien que conoce bien las arterias de la ciudad para orientarme?), divisé a unos treinta metros a la policía, la cual avanzaba impiadosamente contra la columna. "¡Abran el carril izquierdo para que pasen los vehículos!", exclamó una voz ronca desde un altoparlante ubicado en un camión antidisturbios que se encontraba en la retaguardia de la columna policial.

Justo cuando pasaban a mi lado, unas seis o siete personas se pararon frente a ellos, intentando hablar con algún oficial responsable. "Esperen un poco por favor, dejen que nos organicemos nosotros porque hay muchos chicos y personas mayores", le habló una chica morocha con varios tatuajes a dos uniformados que parecían estar dando órdenes desde un costado.

Ninguno de ellos le respondió. Sin embargo, el más pequeño y jovial giró la cabeza hacia sus camaradas, e hizo un ademán con las manos apuntando hacia aquellos que se encontraban en la primera línea. Sin mediar palabra, uno de los policías ubicado justo en el centro, empuñó su bastón y les habló con un tono de voz poco amigable a todos los manifestantes que se encontraban en un radio menor a unos cinco metros: "Muévanse ya todos, absolutamente todos".

"Bueno, les pido tranquilidad, voy a avisarle a los organizadores para que hablen ellos mismos con ustedes y podamos hacer las cosas bien, como corresponde", le respondió la joven. Apenas se dio vuelta, recibió un fuerte golpe en el cuerpo – extrañamente para mí por parte de una policía mujer -, que la tiró al piso. Rápidamente la intentaron socorrer otros manifestantes que se encontraban con ella, prácticamente arrastrándola hacia el cordón derecho. En el mientras tanto, yo escuchaba desde varios flancos a diversos manifestantes pidiendo por una ambulancia.

Realmente no sabía qué hacer. Volví a levantar la vista y observé que la represión ya no se encontraba focalizada, sino que se había dispersado en varios puntos. Presa del pánico, corrí

hacia el colectivo. Llegué cuando el chofer estaba por arrancar, maniobrando ciento ochenta grados hacia la derecha para salir de allí lo más rápidamente posible. "Por favor, déjeme subir", le transmití con un movimiento de labios mientras golpeaba lo más delicadamente que pude su pequeña ventana.

Me respondió con un movimiento afirmativo en su rostro mientras me abría la puerta. Subí raudamente y me posé a su lado, agarrándome de una baranda para tomar aire y calmarme. "La verdad no sé cómo como agradecerle, me salvó la vida", le dije ya más serena una vez que nos habíamos alejado unas diez cuadras. "Quedate tranquila, todos tenemos miedo. Podrías ser mi hija que tiene tu misma edad; no te iba a dejar abajo".

La tensión y lo movilizante que había sido el día, pesaban sobre mis ojos. Aguanté sin dormirme la media hora que me faltaba para llegar a la parada donde debía descender. Me bajé, caminé las cinco cuadras que me separaban del perímetro de la zona verde, mostré mi credencial e ingresé. Por suerte, esa era la entrada más cercana al hotel; el mismo se encontraba a la vuelta de la esquina.

Llegué a mi habitación y mi padrastro no estaba. Revisé mi celular y no tenía ningún mensaje. A la vieja usanza, me había dejado un cartelito sobre mi almohada: "Perdóname que te falle de nuevo, pero estoy con muchas cosas. No me esperes para cenar, nos vemos mañana en el desayuno". Yo no tenía ni fuerzas para pedir comida en el restaurante del hotel. Me acosté en la cama y quedé de inmediato profundamente dormida.

Me levanté temprano y mientras desayunaba sola esperando a mi padrastro, ingresé en el internet de mi celular a buscar más información de la Organización a la cual me iba a dirigir aquella tarde: 'Separatista, subversiva y comunista', fue lo que encontré en las primeras páginas de los principales buscadores. Cuando me adentraba en los vínculos, los desarrollos no suavizaban para nada las palabras precedentes: 'Sus miembros buscan permanentemente desestabilizar el orden', o mismo 'no aceptan el dialogo racional con ninguna de las principales fuerzas políticas'.

Me extrañó que en ningún lado se mencionen los objetivos que tenía la misma. Solo palabras altisonantes, con un contenido que apuntaba a un potencial escenario anárquico que hasta aquel

momento había sido pragmáticamente inexistente. Sin embargo, sin un halo de reflexión, los fantasmas se acrecientan. Y el miedo paraliza.

Podría decir entonces que aquello que viví en mis pocas horas en la Tierra, había sido un potenciado espejo de la angustiante situación socio-política vivida previamente - por supuesto en pequeña escala - en la Base. Por ende, la enseñanza que me había dejado era univoca: me tenía que cuidar mucho; tanto en mis movimientos, como en lo que decía y con quien hablaba.

Alrededor de las once de la mañana me dirigí al trabajo de mi madre. Me hubiera gustado verla más temprano, pero ella no podía dejar de ir a su empleo: eran muy estrictos con el horario, ya que según las palabras de su jefe - un hombre que, según me había mencionado ayer, parecía más un capataz de fábrica del Siglo XIX que un trabajador que comprendiera las vicisitudes de otro trabajador -, 'mellaría sobre su productividad'.

En uno de los primeros libros con los cuales me decidí a incurrir en el mundo de las ciencias sociales, había leído que con el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo, los dueños – y posteriormente los accionistas – no podían, pero principalmente no querían, tener que lidiar con los dilemas de la producción y la operatividad. Por lo tanto, encontraron en otros miembros de la clase trabajadora, a los que se les abonaba un salario un poco 'mejor' que al resto, para que sean los 'controladores' de sus propios compañeros. En algunos casos, el creerse privilegiado conjuraba contra con la mancomunidad de quienes sufrían las embestidas de las injusticias laborales simplemente por el hecho de tener un trabajo de menor valor; o, mejor dicho, por situarse – generalmente de forma circunstancial - en el último eslabón de la verticalista cadena de mandos.

Lo que más me irritaba de una situación de por sí injusta e inmoral, era que mi madre había sido 'marcada' por su pasado. A veces no sabía cómo, pero me contó que desde que había regresado a la Tierra, todas las personas que interactuaban con ella en términos laborales, en algún momento se enteraban lo que había ocurrido en su juventud – y específicamente su oposición al *Stablishment* -. Como consecuencia, en varias ocasiones habían utilizado aquel

pasado con maldad para denostarla y menospreciarla, a pesar de saber que previo a ello había trabajado como gerente en una de las compañías de mayor relevancia en el país.

Sin embargo, la potente transmisión viral de rumores dañinos entre pares, con la promoción y el aval de las Elites gubernamentales, no debía generarme un escenario de involucramiento micro de imposible solución y riesgos mayúsculos - aunque esté refiriéndome a mi propia madre -, para sí poder concentrarme en ser parte de algo más grande, un colectivo que tenga el suficiente poder para cambiar las cosas de manera estructural.

El almuerzo fue en una pequeña cantina a pocas cuadras de la oficina donde trabajaba. Nos acomodamos en una mesa al fondo para estar tranquilas y además, por las dudas, que nadie nos viera. "Te invito yo", fue lo primero que le dije, a sabiendas de su magra situación económica. "Te agradezco mucho", me respondió con unos ojos brillosos que dejaban traslucir la alegría de verme y mi actitud para con ella.

Me siguió contando de papá y la vida que llevaron juntos. Lo que más me impresionó fueron los cambios en relación al antes, el durante y el después de regresar a la Tierra. Previo a su vida en la Base, tenían una vida normal, con sus luces y sombras; sin embargo les faltaba ese norte, ese proyecto superador. En la Base, a pesar de la lejanía, habían cumplido el objetivo de tenerme: con expectativas, ilusiones, en un espacio de mayor armonía. Luego, el regreso: el dolor de saber que probablemente no me volverían a ver nunca más, entremezclado con el miedo, la oscuridad, la tibieza que implicaba aspirar meramente a sobrevivir.

Quería seguir aprendiendo, tomar lo mejor de su experiencia. Aunque en un contexto diferente, no me sentía lejos de sus sueños de juventud, de la búsqueda de luz al final del túnel, del deseo de superación y de soñar con un objetivo. "Tengo que volver al trabajo, ¿nos vemos más tarde?" me recordó ojeando su reloj. La hora había pasado volando y todavía teníamos mucho de qué hablar.

"¿Puedo ir a vivir con vos un tiempo? Hasta que me acomode un poco", le retruqué. No necesité su respuesta verbal: su sonrisa inmensa fue más que suficiente. "Hoy quiero hacer algunas cosas a la tarde y mañana, después de empacar las cosas del hotel, voy para

tu casa", finalice mi frase mientras la acompañaba hasta la puerta del edificio donde trabaja.

Cuando llegamos, le di un fuerte abrazo y besé su suave mejilla. Creo que se notaba, por lo menos esa fue mi impresión, que desde que nos vimos ayer por primera vez había encontrado algo de paz y felicidad. "¿Mamá, cómo hago para llegar a Ferradio al 2300?", me acordé de preguntarle antes de que ingrese por la puerta giratoria. Por suerte, no era tan lejos.

Sin espacio para moverme en el colectivo abarrotado de gente cansada y nerviosa - como ya me había acostumbrado en estas pocas horas de mi estadía en Buenos Aires -, solo me quedaba reflexionar. Lo primero que se me vino a la mente era pensar cómo iba a decirle a mi padrastro que no iba a volver con él a la Base. Era una decisión tomada. Pocos días no me alcanzaban para todo lo que quería hacer, lo que me faltaba ver, las heridas que debía cerrar. Sentía la necesidad de clarificar muchas cosas sobre mi vida personal pasada, presente y futura; pero también tenía que ahondar sobre qué posibilidades reales había aquí en la Tierra de poder alcanzar los objetivos que nos habíamos propuesto con el grupo allá lejos en el espacio.

No me animaba a llamarlo por teléfono. Mientras hacía malabares retorciendo mis manos entre los apretujones de la gente y las frenadas permanentes, y luego de arrancar y retroceder varias veces en los intentos de escribir algo sensato – aunque suavizado y difuso - sobre el pequeño teclado del teléfono celular, me animé finalmente a enviarle el siguiente mensaje: "Encontré a mi madre. Necesito pasar más tiempo con ella porqué también es parte de mi historia. Quédate tranquilo que te prometo que voy a estar bien".

Solo unos quince minutos más tarde, cuando finalmente divisé que había llegado a la parada correcta y pude bajarme, observé que mi padrastro había leído el mensaje, pero no había respondido nada. Entonces tomé coraje y le envié un audio: "Por favor, no preguntes nada ni me busques porque, por su pasado, el gobierno le podría hacer daño si recibe algún tipo de denuncia en su contra". Mi madre ya había sufrido demasiado en su vida como para tener que pasar nuevamente por cualquier tipo de tormento físico o emocional.

Estaba a siete cuadras y decidí caminar lenta y pausadamente, intentando relajarme un poco después de tanta intensidad, y tratando de disfrutar 'lo nuevo' que implicaba la forma de vida de la cosmopolita Buenos Aires. El barrio se encontraba en la periferia Oeste del lado de la Capital; su aire de arquitectura señorial de época le impregnaba vestigios de 'clase media', lo que me generaba cierta tranquilidad – contraponiéndose a las dificultades 'estructurales' que observaba en el barrio de mi madre -, que me permitía observar con mayor detalle las diferencias entre las fachadas, las sinuosas veredas, y la frondosa arboleda de una hermosa especie que desconocía.

Lo sentía todo muy distante a la homogeneidad de la Base, donde la creatividad para con la edificación de viviendas solo se había focalizado en los barrios las Elites; mientras que, por el contrario, para los Ardim había primado el 'modelo comunista' de formato único. Es que, aunque la lógica socialista había desfallecido hacía más de una centuria, la clase gobernante no era ingenua: entendía que una forma de mantener la paz social era construir casas y departamentos iguales, con características y comodidades similares para asegurar un equitativo confort.

Una cuadra antes de llegar a destino, sentí el sonido del teléfono. Cuando lo agarré, vi que era un mensaje de texto de mi padrastro. "Te comprendo y te apoyo; sacate todas las dudas y disfrutá con tu madre el tiempo que necesites. Yo le voy a avisar a tu madrastra y a tu hermanastro. Lo único, te pido que no pierdas el contacto, queremos saber de vos, que estés bien, feliz, que no te falte nada. Y cuando quieras volver a la Base, te esperaremos con los brazos abiertos. Te vamos a extrañar. Te queremos mucho", fueron sus sentidas palabras.

Fue una grata sorpresa. Y un alivio. A pesar de sus defectos – que no eran pocos, aunque yo no era quien para juzgarlo -, mi padrastro volvió a demostrar otro acto de humanidad y amor hacia mi persona: desde que decidió resguardarme sin conocerme cuando era una niña y mis padres fueron deportados, pasando por el evitarme un castigo derivado de mi responsabilidad en las manifestaciones de la Base, hasta el día de hoy que respetó el deseo de encontrar mis raíces.

Únicamente me ponía un poco triste el tener que ocultarle mi otra búsqueda, la más profunda, la que implicaba el aportar mi granito de arena para hacer de este un mundo un poco mejor. Solo espero que, al final del día y cuando todo esto termine, también sepa comprender y respetar mis elecciones.

Desde afuera, la casa tenía un aspecto de PH de principios de siglo XX, tal cual lo había observado en las revistas que me habían dejado mis padres. Una puerta a dos aguas de madera y un timbre grisáceo, enmarcaban un frente de unos cinco metros de ancho. Unos segundos después que toqué el timbre, la voz gruesa de una señora mayor se escuchó del otro lado de la puerta: "¿Quién es usted?".

Mi respuesta fue instantánea: "Estuve ayer en la manifestación, y me dijeron que podía participar de la reunión que se iba a llevar a cabo hoy". Pidió mi nombre y luego de mi respuesta, se produjo un silencio; seguramente se tomó su tiempo preguntar adentro si alguien me conocía. Después de un minuto, sentí el lento movimiento de la cortina de metal ubicada en la ventana contigua; la mujer se iba asomando lentamente mientras la abría con suavidad. "Pasá", me dijo mientras raudamente le ponía doble cerradura a la puerta tras mi ingreso.

La casa estaba decorada internamente con colores vivos en tonos rojos y naranjas. En las paredes del estrecho pasillo de la entrada había cuadros de Mao Zedong, Salvador Allende, y Lula da Silva. De este último me quedé un poco sorprendida, ya que no había sido un líder netamente de izquierda, que si bien había logrado que millones de brasileños pudieran salir de la pobreza con políticas socio-económicas fuertemente distributivas en relación a las aplicadas por sus antecesores - de algún modo 'revolucionarias' para ese estadío de la historia del Brasil -, con todas las letras se podía afirmar que lejos había estado de desarrollar un gobierno que intentara abolir la propiedad privada.

Aunque, a decir verdad, si me ponía a pensar más fríamente era comprensible que, a la hora de sumar voluntades, la inclusión de los 'aliados grises' progresistas siempre terminaron siendo de utilidad cuando el enemigo pro-sistémico es tan potente. Es más, muchos empresarios que se mostraban reticentes por su pasado

obrero al principio de su primer mandato, 'sorpresivamente' se encontraron enormemente beneficiados con el incremento de la capacidad de consumo del mercado interno.

Luego de traspasar por una modesta cocina, la señora me indicó que ingrese a una habitación contigua. La puerta se encontraba abierta, por lo que primero me asomé a inspeccionar brevemente el lugar: había una gran mesa en el medio, en la cual se apoyaban varias tazas, algunas galletas de agua y una especie de budín de chocolate; mientras que a su alrededor se ubicaban aleatoriamente sillas de madera, bastante maltrechas, en las cuales había sentadas diez personas dialogando entre sí, separadas espacialmente en tres grupos diferentes.

Intenté dirigirme hacía una punta lo más sigilosamente posible. Sin embargo, las pisadas sobre el antiguo piso de madera fueron demasiado agudas como para evitar la intercepción del oído humano; por lo tanto, al cuarto paso automáticamente todos giraron su cabeza en dirección a mi persona. "Buenas tardes", fue lo primero que me salió. Algunos asintieron con la cabeza, otros me propiciaron un saludo seco y uniforme. La mayoría denotaba la lógica inquietud y sorpresa ante una extraña visita, sobre todo porque nos encontrábamos en un ámbito que parecía ser 'sensible' en términos políticos.

Me quedé en un costado parada, cabizbaja, esperando que comenzara la reunión. O al menos para que alguien me dirigiera la palabra. Pero nada. Tuvieron que pasar unos veinte minutos antes que ingresara aquella pareja que había encabezado la manifestación el día anterior. "Hola a todos", dijo el muchacho con voz ronca y apagada. Todos los que se encontraban en la sala apagaron sus teléfonos celulares quitándoles las respectivas SIMs y baterías, acomodaron prolijamente las sillas alrededor de la mesa, y se volvieron a sentar. Yo hice lo mismo con mi celular; pero a diferencia del resto, no quise moverme y decidí quedarme inmóvil donde me encontraba, esperando atentamente el devenir de la reunión.

Ambos líderes se ubicaron en el centro de la mesa. "Contanos quién sos, y cuáles son tus intereses" me preguntó la mujer, una vez que se sentó y acomodó su computadora personal. Me sentí

intimidada. Lo primero que hizo fue poner la atención colectiva en mi persona. No sé el porqué de su decisión, pero ahí estaba yo: tratando de ser alguien en este nuevo mundo para mí que era, ni más ni menos, la Tierra que tan poco meses atrás sentía tan lejana como misteriosa.

Decidí no mentir: si me iba a arriesgar, tenía que confiar en ellos, aunque el riesgo a su traición era sería muy costosa tanto para mi madre como para con mi persona, la hijastra de un miembro de su 'miserable y perversa' Elite. Pero si todo sale bien, y luego se llegan a enterar que los engañe, la construcción de credibilidad de mi nombre se esfumaría en un instante. Además, había llegado a un estadío donde no podía volver atrás. O mejor dicho, no quería volver atrás.

Les conté todo desde el principio. Me descargué. Era extraño; personas que no conocía y yo, tal cual terapia psicológica, trasmitiéndoles, como en un abrir y cerrar de ojos, mi vida entera: mis padres biológicos, mi familia de crianza, los miedos, los deseos, los ideales, el amor. Todos me escucharon atentamente, sin abrir la boca. Sus caras de asombro acompañaban mis momentos de alegría con una esbozada sonrisa; mientras que, por el contrario, los invadía una solemne tristeza cuando relataba mis dificultades y dolor.

"Y aquí estoy", finalicé mi discurso. Si hizo un corto silencio, en el cual yo solo pensaba que ahora era el turno de escuchar. Y esperar instrucciones. El líder tomó la palabra: "Te felicito por haberte explayado tanto, pero especialmente por tu fortaleza. Bienvenida entonces". Luego su compañera continuó: "Estamos en un momento bisagra de la Organización, que ya te contaremos más adelante. Si no te molesta, preferimos que esperes afuera por ahora; cuando salimos hablamos". Tenía cierta lógica: los temas a tratar eran seguramente demasiado importantes como para que una desconocida los escuchara. Primero debían evaluar mi confiabilidad y mi capacidad para con el poder contribuir a la causa.

Luego de una hora en la cual me dediqué a recorrer la casa y a hablar de un popurrí de temas menores con la señora que me había abierto la puerta, salieron todos juntos de la reunión. Los líderes me llamaron haciendo señas con sus manos. Me acerqué

caminando lentamente pero con firmeza hacia ellos. Cuando me puse enfrente, me miraron ambos fijamente a los ojos, para luego comenzar a darme las primeras 'directivas'.

"Gracias por esperar. Para comenzar, involucrate en los temas generales de la Organización para comprender el funcionamiento y cuáles son las temáticas que solemos trabajar – entre las cuales se encontraba la protección del medio ambiente, la salubridad de la población, la necesidad de alcanzar una adecuada alimentación, -. Pero además, creemos que sería importante que brindes charlas explicativas, de lo que puedas y te sientas cómoda, sobre cómo es la vida en la Base; sobre todo el rol de las Elites y su control sobre los Ardim". Les agradecí la oportunidad y les volví a transmitir el deseo de comprometerme con la causa y aprender.

Luego de que nos saludáramos y ellos se retiren a otros salones contiguos, observé mi reloj y me di cuenta que era el momento de irme: como sabía que a estas horas de la tarde mi padrastro seguro no estaría en el hotel, sería una buena idea regresar para empacar mis cosas y realizar hoy mismo la mudanza a la casa de mi madre.

Armé rápido mi valija y terminé de poner todas mis pertenencias valiosas en la mochila. A mi padrastro le dejé una nota diciéndole que ya me iba a la casa de mi madre y que nos manteníamos en contacto. Y el cierre fue con un "Te amo, gracias por todo".

Aquel momento solemne no fue sencillo. Lloré unos minutos pensando en los lindos momentos vividos en mí ahora vida pasada, con la familia que me había salvado la vida y criado durante tantos años. Solo me tranquilicé cuando me prometí algo: en algún momento, volveré a verlos y abrazarlos. No sabía cuándo, pero esperaba hacerlo, como decía el viejo dicho popular, 'más temprano que tarde'. Ahora, solo quedaba enviar un último mensaje antes de dejar, definitivamente, la Zona Verde: "Mamá, esperame que ya estoy yendo para allá".

Apuré el paso cuando bajé del último colectivo, ya que la oscuridad de la noche se entremezclaba con una soledad mentirosa: el temor a que apareciera alguien y pudiera hacerme daño en aquel barrio abandonado a la buena de Dios, era tan intenso como mis ganas de llegar a la casa de mi madre y abrazarla con todas mis fuerzas.

Efectivamente, no me equivoqué. Apenas golpeé la reja salió rápidamente a abrirme, como si hubiera estado esperando hace tiempo mi llegada. Una vez adentro, dijo que me tenía una sorpresa: un juego de llaves de su casa. Y no solo eso: "Sentate y acomodate que te estaba esperando con la cena".

Los días subsiguientes salimos juntas a la mañana: ella a su trabajo y yo a la vieja casona. Más allá de que mi padrastro me había cargado bastante dinero a través de una aplicación del teléfono celular – que para él seguramente representaba una forma de controlarme, ya que de este modo sabría en dónde y en qué gastaba -, había acordado que la agrupación me pague aunque sea un ingreso mínimo para los viáticos, algún expendio para refrigerio, y además me permita contar con un poco de dinero de sobra para colaborar con los gastos de la casa. A cambio, estaría todo el día trabajando allí en lo que se necesitara, tal como me lo habían pedido los líderes.

Al mediodía me iba a almorzar con mi madre, y luego regresaba a su casa a media tarde, donde nos encontrábamos para tomar unos mates y recuperar el tiempo perdido con largas charlas hasta la madrugada, donde divagábamos sobre infinidad de temas. Mientras conversábamos, preparábamos la cena juntas, con recetas que mi madre recordaba de cuando vivía con mi padre e incluso antes, transmitidas por su madre y su abuela.

Para que no faltara nada, una vez por semana, luego de trabajar, me encargaba de comprar los ingredientes en un mercado ubicado a seis cuadras de casa. Es que la mayoría eran demasiado costosos para poder abastecernos de ellos con frecuencia si dependíamos del magro sueldo de mi madre para adquirirlos; y yo, en definitiva, deseaba que ella estuviera segura en el aspecto económico.

Tenía claro que el dinero no era lo más importante en la vida; sin embargo, estaba segura que el no tener que preocuparse por los dilemas financieros le brindaba una considerable tranquilidad para que pudiéramos disfrutar plenamente ciertos momentos de ocio y recreación. Y además, en términos generales, le permitiría tomar las decisiones de relevancia con mayor frialdad.

Extrañaba un poco, no lo puedo negar. Cuando apoyaba la cabeza en la almohada, pensaba en mis padrastros, mi hermanastro. Cada par de días les enviaba mensajes y ellos me contestaban que

estaban bien, para luego preguntarme por mi vida. Por supuesto comentaba una verdad a medias, principalmente que me pasaba la mayor parte del tiempo paseando y disfrutando de mi madre. "Pero quiero que sepan y quede bien claro que ustedes son mi familia, y eso nada lo va a cambiar", les decía siempre antes de concluir la conversación.

Se podría decir que con mi padrastro y mi hermanastro había un diálogo fluido; sin embargo, la dificultad la encontraba con mi madrastra. De algún modo, creo que se sintió relegada bajo una errónea confusión de análisis situacional. Tenía bien en claro que no era así: cuando pasaran unas semanas y se 'enfriara un poco todo', le haría un llamado telefónico y le diría todo lo que la adoraba, además de reforzarle las veces que fuera necesario que nunca nadie la desplazaría.

Por otro lado se encontraba mi (¿ex?) novia, de quien no sabía absolutamente nada. Nunca respondió los cinco o seis mensajes que le envié desde que llegué a la Tierra, ni tampoco contestó los llamados telefónicos. Por su parte, también pensaba en el suicidio de aquel amigo y cómo se encontraría su familia; el no saber cómo poder ayudarlos realmente me dolía, sobre todo porqué, de algún modo, me sentía responsable. Finalmente, también me preguntaba por el resto de los compañeros del grupo de la Base. ¿Cómo estarán? ¿Qué pensarán de mí? ¿Quedará alguna semilla para la reconstrucción luego de la represión que sufrimos? Imposible imaginarlo incomunicados y a miles de kilómetros de distancia.

Los líderes de la Organización no aparecían muy seguido en la casona. Él se dedicaba a todo lo relacionado con la 'operatividad' de los encuentros, las marchas, el lobby político. Ella, su pareja – me había enterado de su relación de casualidad el tercer día que estaba allí cuando, charlando con la chica que se encargaba de la limpieza del lugar, me contó que desde hacía mucho tiempo estaban juntos pero en público no hacían ningún tipo de demostración de cariño -, era la cabeza pensante, la que ponía sobre el tapete el conocimiento y la ideología para abordar los temas más álgidos: centros educativos, sindicatos ilegales y charlas con los medios alternativos, representaban su día a día.

Después de tres semanas, ya bien entrada la tarde de un viernes lluvioso, ella me sorprendió. Venía de una charla clandestina con unos obreros textiles en la zona Sur del conurbano; ingresó a la casona empapada, se quitó los zapatos y las medias, e inmediatamente me pidió amablemente si le podía hacer un té caliente. Mientras estaba preparándoselo, se acercó a mi escritorio con una silla, y se dispuso en ella estirando las piernas hacia adelante, como buscando el punto óptimo de relajación.

"¿Te puedo hacer una pregunta?", se dirigió hacia mí, mirándome directamente a los ojos. "Por supuesto", le asentí con mi cabeza mientras me aseguraba que la taza se centre adecuadamente en el plato apoyado en la mesa para que no se vuelque. "Me quedé pensando en lo que contaste el día que llegaste. Por esas causalidades, ¿tu madre y tu padre estuvieron recluidos un tiempo junto con otras personas antes de ir a la Base?".

Mi madre ya me había hablado del juez, pero sinceramente no profundizó en el lugar donde estuvo alojada, ni tampoco me mencionó quienes eran las otras personas que se encontraban allí en aquel momento. "Creo que sí, ¿por?" le respondí. "Preguntale cuando la veas sí estuvo algunas semanas en una casona grande en el campo, con varias habitaciones, muy custodiada, inmersa en un 'curso' grupal donde se encontraban una señora mayor y una niña".

Estaba intrigada. Apenas regresé a casa, mientras esperaba ansiosa a mi madre me puse a cocinar una salsa de tomate con una cebolla rehogada, al tiempo que hervía unos fideos que había comprado en una feria callejera cerca de mi trabajo. Cuando llegó, nos pusimos a tomar unos mates con tostadas como ya se había hecho costumbre, y decidí preguntarle más sobre aquel episodio. "Sí, también había una señora mayor y una niña, eran abuela y nieta, ¿cómo sabes?", me respondió abriendo con sorpresa sus inmensos ojos azules.

Luego de contarle en qué circunstancias y quién me había hecho aquella pregunta, comenzó a explayarse en los detalles: "Recuerdo que ellas tenían algún tipo de material prohibido, o algo así. Fueron tiempos difíciles para todos, de incertidumbre, pero que a su vez nos dieron la fuerza, el empujón necesario a tu padre y a mí para que nos decidamos a ir a vivir a la Base y proyectar una vida diferente".

La incertidumbre se disipó solo unos días después, cuando me encontré a la líder en un pasillo de la casona: "Sí, aquella pequeña niña era yo". Me quedé callada, mirándola con sorpresa, pero sobre todo esperando que me contara más: estaba ávida de conocer, de saber en detalle que había pasado en aquella época, qué impresión le había quedado de la situación en general, y si tenía algún recuerdo de mis padres en particular. Era una esponja que deseaba absorber todo. Y además, estaba realmente sorprendida de lo que habían sido las vueltas de la vida; de cómo el destino me había puesto en aquel lugar donde confluían vínculos trascendentes para mi presente y, porqué no, de cara a futuro.

"Era apenas una niña que, desde temprana edad, encontraba obstáculos a mi libertad, a mis deseos, al bienestar de mi familia. No entendía muy bien lo que ocurría en aquel entonces. Solo sentía que estaba todo mal" prosiguió con un tono melancólico. Luego de mirar que sus pies habían recuperado su color natural, levantó la vista y continuó: "Disculpame pero tengo una reunión. Después seguimos". Se levantó para dirigirse a la sala de reuniones de la casa y, mientras abría la puerta, se dio medio vuelta y con una sonrisa en el rostro finalizó: "Mándale saludos a tu madre. Estoy segura que sigue siendo una gran mujer. Y decile que tiene que estar orgullosa de la hija que tiene".

Cuando se retiró no pude contener las lágrimas, y recién a los diez minutos pude recomponerme. Algo quedaba claro, y cada vez lo afirmaba más: los revolucionarios, en cualquier espacio físico o temporal, nacen de situaciones de gran injusticia; especialmente, y quedó claro en este caso, donde reina la inequidad, la falta de libertades, y por supuesto la irracional violencia hacia ciudadanos indefensos.

Aquel atardecer estaba realmente agotada: había tenido demasiadas emociones juntas en las últimas semanas que se habían trasvasado hacia un cansancio físico que se reflejaba en todas mis articulaciones. "No te preocupes hija, yo amaso una pizza con un poco de tomate y las fetas de queso que quedan en la heladera", me dijo en un tono tranquilizador mientras me acariciaba el pelo como si fuera una niña pequeña. "¿No te molesta mamá que coma acá?", aproveché para preguntarle mientras me recostaba en el viejo

sillón. En realidad, mis palabras fueron meramente protocolares; yo ya sabía de antemano la respuesta.

"Contame mamá sobre tu vida social, alguna historia interesante que tengas", le pregunté mientras ambas nos poníamos cómodas para cenar. "No tengo mucho para decirte, solo conservo algunas pocas amistades y cierta afinidad con una prima y un tío que veo esporádicamente. ¿Y vos? ¿Algún noviecito?" me miró sonrojándose socarronamente. La verdad que me desconcertó; creo que hasta el momento no me había preguntado sobre el tema para no molestarme, para no invadir mi intimidad. Pero ya después de un tiempo estábamos en condiciones de profundizar sobre ciertos temas importantes. Como madre e hija que somos.

Como me quedé inerte, observándola sin poder emitir palabra, prosiguió: "Mira hija, no te pregunté antes por no querer incomodarte. La realidad es que el miedo a perderte de nuevo me atormentaba: por ello no quiero que pases ningún mal momento, ninguna zozobra, nada que pueda arruinar la hermosa relación que estamos construyendo lenta y armoniosamente. Pero creo que ya tenemos más confianza y se dio la situación, por eso me animé a preguntarte".

Antes de contarle sobre aquel joven que me había declarado su amor, como así también sobre mi noviazgo trunco, le dije claramente: "Quiero que estés tranquila mamá, podemos hablar del tema que quieras, nada ni nadie va a romper el vínculo que estamos cimentando con tanto amor". Me agradeció con un fuerte abrazo, y luego se acomodó nuevamente en su silla para escucharme atentamente. Le conté detalles; abrí mi corazón como nunca antes lo había hecho con nadie.

Cuando terminé mi relato habían pasado algo más de dos horas, tiempo en el cual no dijo nada; solo me miraba, como digiriendo cada palabra para tratar de comprender con exactitud mis sentimientos. "Te amo y estoy orgullosa de vos, la fortaleza que tenés. Ojalá que puedas alcanzar tus sueños, ser feliz con quien desees y te desee. Aquella persona que te quiera bien". Otra vez me largué en llanto; evidentemente, mi sensibilidad estaba a flor de piel. Pero esta vez, era diferente a todos los momentos intensos que había vivido previamente: podía descargar mis lágrimas en los brazos de mi madre.

Con ya casi dos meses en la Tierra, me sentía bastante bien. La rutina me gustaba y, sinceramente, no pensaba mucho en el futuro. Quería conocer con mayor profundidad la ciudad, vincularme con más gente de la Tierra, seguir disfrutando a mi madre.

En cuanto a mí 'trabajo' – si se lo podía denominar como tal -, cada día que pasaba me daban tareas más interesantes, con una mayor participación en los temas relevantes de la Organización. Por ejemplo, hace menos de una semana me habían preguntado la opinión sobre una gacetilla informativa que se estaba preparando. No es que en aquel momento me sentí importante; en realidad, fue un momento en que me auto percibí útil. Y ello no era un tema menor: la variable 'inclusión' era un vector fundamental en mi 'micro-pelea' por un mundo mejor.

Ese martes me atrasé un poco, porque primero pasé por una tienda para comprarle un pantalón a mi madre, ya que los dos que tenía estaban realmente gastados por los años de uso. Cuando ingresé un poco antes de las once de la mañana, inmediatamente me di cuenta que era un día diferente en la vieja casona: había alboroto, toda la gente caminaba raudamente, muy concentrados, algunos con papeles bajo el brazo, otros llevando café; desde los administrativos, pasando por quienes hacían los análisis teóricos, hasta los que armaban la logística en las manifestaciones.

Apenas me adentré en el pasillo para llegar a mi escritorio, la observé a ella: aquella niña que había estado cautiva con mi madre y ahora lideraba un movimiento de cambio, bajaba raudamente por las escaleras posteriores junto a un hombre que nunca había visto previamente allí. Mientras abría una de las puertas de las habitaciones, giró la cabeza hacia donde me encontraba y me hizo una seña con la mano, apuntando su dedo índice hacia la sala de reuniones. El lugar sacro donde se debatían las grandes estrategias.

Generalmente, la puerta de la sala se encontraba entreabierta, salvo alguna reunión puntual de relevancia en horas de la tarde. Extrañamente, hoy parecía estar herméticamente cerrada. Toqué suavemente y entré despacio. Estaba la pareja de líderes, y otros tres hombres más: aquel que esta con ella en las escaleras, y dos de los encargados del armado político y militar, si se lo podría denominar de alguna manera. Una vez más, queriendo denotar respeto, me senté en una de las sillas más alejadas del centro de la mesa.

"Para empezar, te queremos decir que sabemos que 'estás limpia'. Hicimos inteligencia sobre tu persona y hemos comprobado que todo lo que has dicho era verídico. Sabemos que no es 'simpático', pero teníamos que asegurarnos que eras una persona de confianza. Pero ahora hablemos del futuro: queremos que ahora sí utilices todos tus conocimientos y capacidades en pos de la Organización", comenzó hablándome el más morocho de todos, robusto, con unos anteojos que resaltaban por su espeso marco negro.

Siendo sincera, había sido lógico que me hayan investigado, aunque igualmente me dio un poco de escozor al escucharlo. Sin embargo, intenté menospreciar la situación para focalizarme en lo importante, que era lo que estaba por venir: "Gracias por la confianza, espero estar a la altura de las circunstancias".

"Es un momento decisivo para todos. Recibimos visitas inesperadas y necesitamos tomar decisiones fuertes, trascendentes para nuestro futuro como entidad", prosiguió la líder. "Voy a ser breve. Hace diez días vinieron cuatro personas, embebidas en trajes impecables, corbatas de seda y zapatos de cuero. No eran ciudadanos comunes de a pie; esa ropa era exclusiva, diseñada especialmente por los monopolios textiles para quienes detentan exclusivos privilegios", continuó el más joven de todos. Su cuerpo encorvado y sus ojos rasgados tenían un distintivo propio que lo complementaba con su extremada inteligencia: ya había escuchado que era él quien siempre cerraba con un moño las ideas estratégicas que habían tenido mayor éxito en la Organización.

En ese momento, mirándome a los ojos, tomó la palabra el hombre desconocido para mí: "Se presentaron como 'los Efidus', y el primer día tantearon nuestro escenario situacional. Pero ayer volvieron y realizaron una propuesta concreta. Los Efidus son un grupo de ex miembros de las Elites que fueron desplazados por el actual órgano ejecutivo; y su objetivo, liso y llano, es tomar el poder. Están dispuestos a todo. Pero para ello, requirieron de nuestra colaboración. Mejor dicho, de nuestros servicios".

Parecía increíble escucharlo, pero era real. Aunque ya nada me sorprendía. En este caso, las grietas intrínsecas de las Elites, peleándose por el poder y la riqueza, habían dejado 'heridos con sed de venganza'. No importaba la acumulación de activos políticos

y económicos previos: nadie podía darse el lujo de perder todos los privilegios adquiridos. La eternización en el poder era un imán poderoso; una vez que se encontraban allí, no podían concebir el volver atrás. Por supuesto, esto ocurría al mismo momento que la mayor parte de la Argentina se desangraba por la falta de agua potable y aire no contaminado, la escasez de bienes y servicios, y un denigrante sistema educativo y de salud, entre otros.

Vinieron directamente con una hoja de ruta sin atenuantes: ofrecieron armas, dinero, y todo lo necesario para eliminar a 'los enemigos'. Nos querían como 'fuerza de choque' para, de mínima, subyugar a la Elite oficialista. Como contraparte, el objetivo superador, de máxima, era su aniquilación. Tan simple y dramático como sonaba.

Por supuesto, los Efidus no eran revolucionarios ni tenían ningún tipo de ideología. Y para ser sinceros, no les interesaba absolutamente nada de todas las propuestas que teníamos en la Organización. Éramos meros mercenarios, carne de cañón funcional a los poderes reales.

Entonces me acordé de aquellos textos que hablaban del final de la guerra fría y una de sus consecuencias: el nacimiento de los 'señores de la guerra'. Militares o guerrilleros que habían quedado desempleados por los ajustes y la reconversión tecnológica de los aparatos militares estatales, o mismo el desarme de grupos subversivos de todo tipo, gusto y color, conllevaron al nacimiento de empréstitos de hombres dispuestos a pelear sin nación, raza o religión. Ya sea en Medio Oriente, los Balcanes, Europa del Este, el Sudeste Asiático, o el África Subsahariana.

Podría decir que el dinero era el único motivo, pero entiendo que no fue así: el volver a ser alguien, luego de quedar parias de un mundo que ya no los necesitaba, seguramente también habrá sido una razón válida. Sin embargo, como una rueda que gira y finaliza indefectiblemente en el mismo lugar una y otra vez, terminaron siendo utilitariamente descartables bajo esta 'nueva modalidad': con ellos como cara visible, los Estados podían desarrollar sus acciones militares sin ser acusados de asesinatos o violaciones de los derechos humanos. Aquellas perversiones, sin poder lograr que sean naturalizadas por las mayorías, fueron delegadas por las

Elites hacia estos 'hombres inescrupulosos, sin caras visibles y con objetivos difusos'.

Recién bien entrado el corriente siglo XXI, con el fin de los modos y las formas de conducta acatadas como morales y éticas ante los más elementales derechos humanos, sumado a la violencia generalizada, estos grupos se expandieron visiblemente ahora sí, bajo el paraguas del Estado. Sin siquiera cuidar las formas, y con la justificación de la lucha contra los 'terroristas' - palabra aplicada a cualquier ser humano que atente contra el orden establecido o avasalle toda concepción que no implique una necesidad de cambio -, se hicieron cada vez más populares en todos los rincones del planeta Tierra. Más aún, increíblemente el emblema de muchos de ellos era la conjugación de las frases de las banderas nacionales de Brasil y Chile: 'Orden y progreso, por la razón o por la fuerza'.

"¿Cuál sería nuestro beneficio?", pregunté tratando de mostrarme serena. "Lo estamos debatiendo", dijo el líder, luego de unos segundos de silencio y miradas perplejas. "Pensamos que puede ser nuestra oportunidad, una ocasión única e irrepetible para alcanzar el poder. O al menos, llegar a él de algún modo. Una vez que estemos allí, estoy seguro que, en algún momento, podremos desplegar nuestro programa" agregó su pareja, con una voz algo dubitativa y observando el movimiento circular que hacía con la cuchara que se encontraba en su taza de café.

"No fueron claros, es verdad. Pero al final de la conversación de ayer, los Efidus dejaron entrever que seriamos de algún modo participe del gobierno", añadió el hombre más morocho. ¿Seremos algún tipo de 'Elite de segunda'? ¿O más bien al estilo 'capataces' del resto de la sociedad'?, pensé. ¿Para ello se había peleado tanto? ¿Para ser privilegiados en un país donde decenas de millones de vidas continuarán viviendo en la miseria?

No quise ponerme en el rol de opositora, menos en estas circunstancias especiales. "¿Y en base a su ofrecimiento, tenemos ya algún plan?", pregunté sugestivamente, subsumiendo a un segundo plano la centralidad del dilema moral. "Quédate tranquila: además de armas, nos ofrecieron un ejército cuasi profesional, con miles de jóvenes ya reclutados y entrenados que provienen de los submundos de la periferia. La mayoría no tiene más de treinta años y se co-

menzaron a incorporar hace menos de seis meses por migajas – les prometieron algún privilegio económico y una mejora marginal en su denigrado estatus social -, y ya están se encuentran disposición", retrucó el muchacho más joven.

"Pero como los miembros de los Efidus nos dijeron, necesitan de una conducción visible – por supuesto no pueden ser ellos - que pueda sostener un programa ideológico que encuadre en una sociedad empobrecida y carente de futuro. O por lo menos, no actúe como un bumerang contra ellos y se convierta en un obstáculo insalvable para con la consecución de sus metas", continuó la líder.

'No importa como transitamos el camino sino el objetivo final', solían decir muchos dictadores latinoamericanos del siglo XX, cuando se les preguntaba por la violencia social que habían provocado para llegar al poder; era entonces evidente que a lo largo de la historia moderna, al altruismo claramente se lo había llevado puesto el pragmatismo.

"Entendido. Estoy con ustedes", expresé con firmeza mientras realizaba un giro visual por toda la mesa. "Perfecto, entonces sigamos avanzando. Contamos con vos para las próximas reuniones programáticas. Van a ser las decisivas", respondió el líder, con la aprobación gestual de todos al unísono. Y automáticamente, sin mediar más palabra, todos se levantaron y se fueron.

Quedé sola en la sala, con tiempo para reflexionar al recordar las épicas revoluciones del Siglo XX, las que triunfaron y las que fueron abatidas: la Bolchevique, la Maoísta, la Sandinista, la de los Claveles, la Primavera de Praga, la Primavera Árabe. Momentos que fueron un punto de inflexión, una bisagra para millones de hombres y mujeres que se vieron reflejados en aquellas epopeyas. Las que cambiaron – o al menos lo intentaron - la historia.

Después de unos minutos de descanso físico y mental, y ya aprontándome para salir de la habitación, sonó mi celular. Por primera vez desde que había aterrizado en la Tierra, mi madrastra quería hablar por teléfono conmigo. El instinto me dijo que rápidamente le tenía que contestar; temí que algo terriblemente negativo hubiera ocurrido. "Estamos bien, solo que te extrañamos y queríamos saber no solo como estabas, sino si además tenías pensado venir a la Base en las próximas semanas".

Me quedé felizmente sorprendida: el sentimiento era mutuo, la llama del amor familiar no se había apagado. Pero por otro lado, justo en este momento no podía claudicar. "Estoy bien, paseando mucho, conociendo amigos para salir a divertirme, disfrutando las charlas con mi madre. En cuanto a tu pregunta, la idea es quedarme un tiempo más: quiero todavía hacer algunas cosas y luego regresar" le contesté sin brindarle más detalles.

Rápidamente, intenté cambiarle de tema: "¿Cómo están los demás? ¿Me podrías pasar con alguien?". Luego de charlar un par de minutos más sobre un par de temas informales e inocuos, me pasó el teléfono con mi padrastro. Había zafado, al menos por esta vez, de tener que dar más explicaciones de las que podía y deseaba.

Cuando él tomó el teléfono, me preguntó si estaba comiendo bien, si me encontraba en un lugar limpio y seguro, si tenía dinero de sobra – una pregunta que conllevaba su propia respuesta, ya que mi mismo padrastro se encargaba todos los fines de mes de llenar a tope la billetera digital -. "Recordá siempre que si te falta algo, lo que sea, pedímelo sin dudarlo".

Luego de contarle donde solía comer – en realidad eran restaurantes caros donde solo había pasado por la puerta, ya que la mayor parte del dinero que me depositaba iba destinado a los gastos corrientes de la casa - y algunos lugares por donde me gustaba pasear, pude llegar a lo que entendía se podía pretender como un 'estadío cuasi ideal', un elixir para con su relajación que me permitió 'preparar la cancha' con el objetivo de poder realizarle la pregunta que realmente me interesaba.

"Ya que estamos, ¿Qué sabes de los Efidus?, escuche hablar de ellos en varios medios y no comprendo bien quiénes son, ¿vos tenés idea? Porque la verdad, me intriga", lo indagué tratando de poner mi mejor voz de 'inocente curiosidad'.

"Son un grupo marginal, una escisión de los que verdaderamente queremos proteger y desarrollar el país. Solo quieren desestabilizar y causar daño" me respondió tajantemente, sin darle mucha relevancia pero tampoco dándome lugar a la repregunta. Lamentablemente, no podía advertirle que sabía mucho más de lo que él pensaba; pero sobre todo, que los Efidus estaban conspirando y 'jugando fuerte' para derrocar al gobierno,

a la Elite de la cual era parte. Cualquier error, cualquier filtración de información sensible, podría truncar los objetivos ulteriores de nuestra organización.

Sin embargo, el dilema moral que me provocaba implicaba que lejos este de quedarme con los brazos cruzados: decididamente debía hacer algo. En caso de que los Efidus tomaran el poder, tendría que generar algún tipo de salvoconducto para evitar el potencial sufrimiento de mi familia en la Base.

A decir verdad, me era más que difícil asimilar lo que estaba ocurriendo: dejando de lado todo lo que siempre pensé y soné (mis propias 'utopías'), no solo estaba aceptando ser parte de un grupo de mercenarios dispuestos a todo; sino que ahora pensaba egoístamente en salvar a mis padrastros y a mi hermanastro, en lugar de analizar en cómo lidiar con los Efidus, y a su vez construir una política de equidad y desarrollo colectivo en el caso que podamos alcanzar la victoria.

Después que corté con mi padrastro – mi hermanastro no estaba en la casa -, fui hacia mi escritorio y me senté mirando hacia la arboleda que se dejaba traslucir por el amplio ventanal semi-abierto. 'No puedo atacar todos los temas a la vez, sino voy a enloquecer. Además, cuando se abarcan demasiadas cuestiones al mismo tiempo, difícilmente salga todo bien, todo tal cual ha sido planeado', reflexioné cruzada de piernas y con el mate en la mano. Me iba a ocupar de todo; pero a su tiempo, cuando pueda balancear los diferentes escenarios y me recargue con la energía suficiente como para no 'colapsar en el intento'.

Los días posteriores me interioricé sobre el día 'D', tanto en términos de la logística como la operatividad para con el golpe de Estado que estábamos planeando. Por un lado, los Efidus ya habían 'coimeado' a las principales cabezas de las Fuerzas de Seguridad del Estado de segunda línea, aquellos subalternos – especialmente los que se encontraban en los depósitos operativos, donde se hallaba la mayor parte del armamento de todo tipo y calibre - que vivían con resquemor de sus superiores, quienes se vinculaban casi exclusivamente con las Elites. Las promesas eran claras: ellos reemplazarían a los eternos Comandantes, obteniendo su estatus socio-económico y recibiendo todos sus beneficios.

Por otro lado, aquellos miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad que no se les diera aviso – ya sea por prudencia o desconfianza – no tendrán tiempo de procesar el shock del efecto sorpresa; en este aspecto, antes de que pudieran reaccionar nuestros grupos armados ya habrían tomado las Bases donde se encuentran los principales medios aéreos, terrestres y militares, evitando cualquier tipo de movimiento defensivo para quienes deseen defender el *Statu-quo*.

Me centré en este punto, que para mí era clave. Teníamos que asegurarnos que el número de oficiales y suboficiales rebeldes fueran no solo cuantitativamente mayoritarios, sino además lo suficientemente 'desleales' para superar en amplitud a los que sostuvieran el régimen – que seguramente siempre los habría -.

No quería que ocurriese lo que aconteció en Venezuela con el fallido Golpe de Estado a Maduro a finales de la segunda década del Siglo XXI, donde las Fuerzas Armadas rebeldes no solo tenían inferioridad de condiciones en términos de medios y capacidades, sino que además no contaban con el apoyo total de la cúpula militar.

Finalmente, sin el suficiente sostén de los Estados Unidos para contrabalancear el poder Sino-Ruso, el destino de todos los subversivos sería, luego de que los persiguieran incansablemente, los vejámenes en prisión o la muerte. Por lo tanto y volviendo a nuestro presente, sabía que no podíamos fallar. No habría Plan B ni segundas oportunidades.

En la casona se sentía la sed de venganza por tantos años de opresión; de estar aunque sea un poco más cerca de poder llevar a cabo las medidas necesarias para poder gestar un cambio. Sabíamos que estábamos colaborando con unas potenciales 'nuevas Elites'; pero al menos no las conocíamos a la hora de gestionar, lo que nos generaba algún halo de esperanza. Con políticas más progresistas al principio, aunque fueran marginales, podríamos luego darle mayor profundidad si nosotros éramos parte – y tendríamos suficiente espacio para realizar políticas públicas - de aquel gobierno naciente.

En este aspecto, pensaba, mucho de lo ocurrido en la historia electoral de principios del corriente siglo XXI encuentra vigencia a la hora de tener que dirimirse ante esta 'grieta': en aquel momento, no se solía votar en pos de, sino más bien en contra de la posición

oficialista o dominante. Un salto al vacío que, en muchas ocasiones, había terminado muy mal, peor de lo que se estaba previamente. Sin embargo, era la opción con la que contábamos en este momento histórico, el cual podía ser único e irrepetible. Era tomarlo, o dejarlo y continuar esperando hasta vaya uno a saber cuándo. Que podría ser nunca.

Por su parte, necesitábamos que la cohesión social fuese muy fuerte. Al mismo tiempo del ataque, habría que tomar por asalto los principales medios de comunicación y asegurase de difundir, como un virus penetrante, un panfleto electrónico simple y conciso que le llegue a las masas descontentas para que se movilicen en pos del Golpe (o al menos no presenten oposición).

Para potenciar el efecto contagio, el sector 'más político' de nuestra agrupación había preparado toda una discursiva revolucionaria referida al futuro cambio estructural - cosa que los Efidus no sabían, ya que temíamos a que se opusieran a la propuesta y ello genere tensiones innecesarias y contraproducentes previo al gran golpe -.

Es que según como terminara la revuelta, luego pensaríamos en cómo negociar con ellos: tenían el dinero; pero nosotros, teóricamente, teníamos la voluntad. Y una vez que la revolución se hubiera consumado, deberíamos poder convencerlos de que nuestra funcionalidad era mucho mayor de la que imaginaban: podríamos generar un equilibrio pro-positivo entre los Efidus y el resto de la sociedad, donde se puedan conjugar sus intereses con las promesas morales y las potenciales mejoras económicas de corto plazo.

Volviendo al escenario operativo, el ataque relámpago terminaría en la Zona Verde donde se encontraba el aparato de gobierno de las Elites; una vez allí, apresaríamos a las principales autoridades del Órgano Ejecutivo. Rendido el enemigo, automáticamente bridaríamos un primer discurso de tinte revolucionario; posteriormente – podría ser al atardecer, a las pocas horas de la gesta – recalcaríamos la necesidad y la relevancia de lograr un 'Gobierno de Unidad'. En ese momento, los Efidus se sumarían a la 'foto de la victoria'.

Este punto sería decisivo, ya que traería tranquilidad a las Elites del resto de los países – aunque los Efidus nos han dicho que

ya habían comenzado a entablar relaciones diplomáticas '*Off the record*' con algunos líderes de otras latitudes -, de que un gobierno 'totalmente del pueblo y para el pueblo' no sería factible: quedaba bien en claro que 'saldrían unas Elites, pero ingresaban otras'. De este modo se evitaría cualquier tipo de resquemor e injerencia belicista desde el extranjero.

En cuanto a lo que ocurrirá en la Base, habíamos analizado que solía existir una relación cuantitativa bastante equitativa entre los miembros de las Elites que se encontraban allí y quienes, por distintos motivos, estaban en la Tierra. Por lo tanto, la idea principal era incomunicarlos lo antes posible; preferiblemente previo a que queden descabezados totalmente en la Metrópoli. Es que si se enteraban en la Base de lo que había ocurrido en la Tierra con los hechos consumados, no tendrían margen de maniobra y no les quedaría otra opción que la rendición.

El día posterior a que tomáramos el poder, yo comandaría el grupo que llegaría a la Base para instaurar el nuevo gobierno. Ello fue avalado por nuestra Organización y por los Efidus: yo no solo conocía el terreno, sino que además podría generar empatía con todos los actores; inclusive con las Elites enemigas, donde con muchos de sus hijos había entablado algún tipo de relación, ya sea en la escuela o en alguna otra actividad recreativa.

Aparte, pensaba yo, mi nuevo estatus tendría un plus: con mi 'micro-victoria personal', no solo podría resguardar a mi familia de la Base, sino que además llevaría a cabo todas las promesas que soñábamos con la agrupación solo unos meses atrás. Y, por supuesto, no solo me permitiría volver a ver a mi ex novia, sino que también utilizaría todas las herramientas que tuviera a mi disposición para, al menos intentar, remediar los daños que le había causado a la familia de mi amigo que se había quitado la vida.

El plan estaba pautado para el Nueve de Julio, fecha que representaba la independencia del país hace casi tres siglos. Aunque la reflexión histórica había sido borrada de un plumazo por ser sinónimo de raciocinio y por ende potencial subversión, el objetivo era simbólico: los niños en la escuela debían aprender que aquella fecha representaba la fortaleza de la Nación como un todo, incluido el rol de Elites como 'guía' de la sociedad.

Para nuestro interés particular, los feriados de los aniversarios de la Revolución de Mayo, el Día de la Independencia Nacional, o la Guerra de Malvinas, representaban días de poca gente en las calles, tranquilidad general y, sobre todo – emulando la 'Guerra de *Iom Kipur'* del Siglo XX cuando Israel fue atacado en un día sagrado para el judaísmo - Fuerzas de Seguridad con la 'guardia baja'.

Las reuniones eran cada vez más frecuentes, nada podía quedar librado al azar. El trabajo de hormiga que implicaba tejer alianzas – algunas más firmes, otras más endebles - parecía estar dando resultados: miembros de la Sociedad Civil, de las Fuerzas Militares, y políticos de pseudo partidos funcionales al régimen habían pasado por la casona.

También estábamos muy conformes con el trabajo de nuestros Equipos de Inteligencia: en menos de tres semanas habían descubierto dos potenciales infiltrados. Uno era un referente de un partido político proscripto de izquierda, contrario a nuestro acuerdo con los Efidus; el otro, un miembro de los Servicios de Seguridad Interior leal al régimen.

Para ser sincera, nunca pregunté cómo los descubrieron. Tampoco como se procedió a su tratamiento. Sin embargo, creía que no era el momento de discutir aquello, por lo que decidí obviar el tema y continué con mi tarea; tenía una responsabilidad demasiado grande como para ocuparme de lo que, para mí, en este momento tan especial y particular de mi vida, representaba una nimiedad. Solo quedaban días para intentar tomar el poder y debía abocarme a ello con total dedicación.

Me faltaba solo hablar con mi madre. "Escuché que la situación social se encuentra muy complicada; por ende, creo que lo mejor va a ser que te quedes unos días en casa y avises en tu trabajo que no te sentís bien. Yo me voy a encargar de comprar todas las provisiones que nos hagan falta: enlatados, bebidas, frutas, verduras, etc. Lo que quieras", le comenté apenas llegó a casa del trabajo. Mientras le hablaba intentando ocultar la excitación, mi corazón latía más fuerte; estaba esperanzada porque sabía que el cambio social que se venía también le impactaría positivamente en su calidad de vida.

Faltaban tres días y la tensión crecía dentro de la agrupación. Las discusiones pasaban desde meros contrapuntos a elevados to-

nos de voz; con resquicios que, para este momento, parecían insalvables. Los líderes, aquella pareja que me cautivó desde la primera manifestación, ponían paños fríos en cada una de las conversaciones de relevancia, aunque siempre tomaban las decisiones finales: no era momento de horizontalismos ni de permitirnos caer en dilemas de tinte grisáceo; menos aún en términos de concesiones tibias o cambios marginales. Era a todo o nada. El Norte debía ser claro y no debían existir fisuras que se pudieran traducir en obstáculos para con las operaciones que ya se encontraban a la vuelta de la esquina.

Los nervios me acechaban y se habían tornado incontrolables. De noche daba vueltas en la cama tratando de no pensar en nada, pero realmente me era imposible. Quería que todo saliera perfecto, que la rendición fuera automática, que no hubiera pérdidas de vidas humanas. Es que siempre había estado en contra de cualquier tipo de violencia; pero, obviamente bajo esta situación en particular, el evitar el derramamiento de sangre era cuasi imposible. ¿El fin justificaba los medios? Fuese cual fuera la respuesta, excedía mi individualidad. Y eso yo lo tenía bien en claro.

Solo podía imaginar lo que había leído en los libros: personas comunes, con una vida sin altisonancias, que se encuentran de repente bajo circunstancias históricas impensadas; tener que tomar un fusil y matar, observar la destrucción de todo lo que se encuentra a su alrededor, llorar la muerte de un propio ser querido. Con nula o mínima preparación de combate; menos aún, con la psiquis sin el acondicionamiento suficiente como para sobrellevar las desgracias por venir. Era más que difícil, nadie lo puede negar, ¿pero acaso que proceso revolucionario no lo era?

El día de la independencia argentina amaneció como una típica mañana invernal, fría y grisácea. Agarré mi mochila e introduje una botella llena de agua y la pistola que me habían provisto. Las instrucciones eran claras: a las siete en punto nos encontrábamos en las afueras de la Zona Verde. El resto era seguir al pie de la letra el rol que tenía cada uno encomendado.

El avance fue rápido y sigiloso. Las puertas de entrada fueron violentadas. La confusión paralizante de las pocas personas que se encontraban transitando en el perímetro, se conjugaba con un

avance certero de los hombres y mujeres de nuestra agrupación en armas. A los pocos minutos se sumaron los miembros de las Fuerzas de Seguridad previamente corrompidos, los cuales habilitaron el carril central de ingreso para simplificar el desplazamiento.

A posteriori, los mercenarios entraron por los flancos laterales. Desde un primer momento no cumplieron con lo pactado: asesinaban a cada miembro leal al régimen que se encontraba a su paso. Aunque no se resistieran. Hombres que no racionalizaban ningún comportamiento misericordioso; la muerte parecía ser parte del negocio.

Alrededor de las diez de la mañana ya llegaban buenas noticias desde todos los puntos del país. El plan subrayaba el tratar de mantener intacto la mayor cantidad de tanques, drones, aviones, helicópteros, satélites, buques y submarinos de guerra; la lógica indicaba que serían altamente necesarios a futuro. En algunas Bases militares y destacamentos policiales hubo cierta resistencia, aunque por suerte fueron combates menores, nada que denote relevancia. Quedó claramente en evidencia que la compra de voluntades había sido mucho más importante que el factor sorpresa.

A las doce del mediodía, los analistas que habíamos destinado para seguir el devenir de los hechos nos pasaron un informe tranquilizador: un cálculo bastante certero informaba que se había cortado la cadena de mandos, dado que se habían asesinado o capturado a alrededor del ochenta por ciento de los miembros de las Elites, incluido a los Jefes de las Fuerzas Armadas y de Seguridad que habían decidido no deponer las armas.

Era el momento de ir a fondo y terminar todo lo antes posible: se decidió redoblar la apuesta y bombardear con toda la artillería la Base Naval de Mar del Plata, la Base Aérea de Mendoza, tres dependencias de la gendarmería y algunos destacamentos policiales (especialmente en el Sur del país), cuyos Jefes a cargo no querían rendirse y se habían atrincherado junto con algunas decenas de hombres. Preferían ser leales a la Constitución; mejor dicho, a la Constitución vigente, aquella que normalizaba un orden establecido bajo las premisas de la desigualdad y la pobreza.

Interesantemente, no ocurrió lo mismo con un número no menor de miembros de las Elites políticas; rápidamente, al avistar

las hordas de mercenarios y luego de recibir los llamados correspondientes para 'acordar una rendición pacífica' por parte de los Efidus, cerraron filas con el que iba a ser el nuevo gobierno central. Creo que entendieron que no tenían muchas opciones: era la única manera de evitar el destierro, o la muerte.

A nivel internacional, tampoco había sorpresas negativas. Por un lado, las Naciones Unidas que velaban por las democracias pacíficas, habían sido disueltas hace décadas; por el otro, ahora sí a primera hora – incluso antes de empezar la operación - los Efidus se presentaron formalmente ante el resto de las Elites de los principales países del mundo como parte de un mero cambio de régimen que, de ninguna manera, alteraría los negocios vigentes o futuros acordados. Menos aún, los ejes de poder de global. Desde el afuera, se observaba una lógica de enraizadas traiciones intrínsecas entre las Elites trasnacionales, las cuales aparecían con frecuencia cíclica a lo largo la historia, con un beneplácito normalizador que asombraba.

Durante la operación, yo estaba encargada de coordinar la propaganda en los medios de comunicación: canales de televisión, radios, diarios, y todas las plataformas digitales – incluidas las redes sociales -. Todo fue muy rápido: nuestros hombres y mujeres a cargo de difundir las noticias cumplieron con creces su objetivo: en pocas horas gran parte de la población se encontraba completamente exultante por un discurso punzante que pedía a gritos salir a las calles para apoyar al 'nuevo gobierno revolucionario, el cual traería bienestar y justicia social'.

Es que más allá de nuestra lógica más cercana a una izquierda más radical, un poco de viejo Peronismo explicito discursivo para comenzar nunca estaba de más. Sobre todo si íbamos a llevar adelante – al menos en un primer momento - un co-gobierno con los Efidus. Un 'baño de realidad' era indefectiblemente necesario para no destruir rápidamente las cuantiosas expectativas generadas.

Por ello fuimos muy cautelosos y las declamaciones no dejaban en claro que tipo de gobierno iba a tomar las riendas de la nueva Argentina – menos que tipo de políticas llevaría efectivamente a cabo –. La revolución cubana había sido un claro ejemplo espejo de ello: Fidel Castro conquistó el poder con el mero discurso de 'tener

que destronar al salvaje dictador Fulgencio Batista'. Recién un año después de comenzar a gobernar, confirmó fehacientemente su alianza y alineación total con el comunismo soviético.

Alrededor de las cuatro de la tarde, las calles periféricas de la Zona Verde se encontraban colapsadas de gente. Dimos la orden de abrir todas las vallas. Miles de personas que habían llegado desde distintos puntos de la ciudad y el conurbano, rodearon el denominado 'Palacio de Gobierno'; aquel lugar elegido donde las Elites políticas habían ungido su base de poder luego de haber dinamitado la entonces 'Casa Rosada' en el año 2049.

Tal determinación había sido basada simplemente en que la antigua casa presidencial representaba un símbolo de otro país, de otro tiempo. Con sus luces y sombras. Pero para el pensamiento de las Elites, el olvido totalizador era un arma igual o más potente que cualquier idea que se intente llevar a cabo, ya sea por medio del convencimiento o de la coerción.

El actual Palacio de Gobierno era un espectacular edificio espejado – contaba con vidrios reforzados compuestos de una doble capa de titanio -, de enormes dimensiones, tanto en su extensión horizontal como en cantidad de pisos.

A diferencia de la Casa Rosada, no tenía aquellos balcones donde se habían llevado a cabo aquellos memorables discursos políticos o la premiación a las epopeyas deportivas: obviamente, no interesaba, ni era el objetivo, sentir el vitoreo o el calor de la población. Era una locación meramente ejecutiva para determinar los destinos de la Nación. Pero sobre todo, para la 'rosca' y los intereses de aquellos que se pavoneaban diariamente por sus pasillos.

Con algunos asistentes, a las seis de la tarde armamos un escenario improvisado a pocos metros de la puerta principal del Palacio. Se instaló una tarima de madera de un metro y medio de alto por diez de largo, junto con improvisados alargadores desde donde salían largos cables que se pudieran conectar a los tomacorrientes ubicados dentro del edificio gubernamental. En menos de una hora, también estaban colocados y listos para ser utilizados los altoparlantes y micrófonos. Parecía encontrarse todo preparado para comenzar con los discursos previstos.

Faltaban unos minutos para las ocho, y el viento gélido nocturno impactaba de lleno en nuestros rostros. Creo que todos los que nos encontrábamos alrededor de la tarima teníamos la misma sensación; aquella que conjugaba una incrédula sorpresa con una enorme felicidad por la victoria. "Es hora de subir", me dice un compañero mientras me palmea suavemente el hombro.

Éramos nueve. En el centro, la pareja de líderes. Yo me encontraba en el quinto lugar de izquierda a derecha. Estaba emocionada: nunca había visto tanta gente en mi vida; menos aún con aquellos rostros rebosantes de desbordante felicidad.

Quise apreciarlo en todo su esplendor y, antes de tomar asiento, me puse en puntas de pie. En lo más lejano del horizonte, se veían cientos de cuerpos abrazados, saltando, besándose. Familias enteras, gente solitaria, abuelos de la mano. Muchas lágrimas. Se podían palpar los sueños de esperanza en sus rostros. Enormes expectativas después de, para muchos de ellos, una vida entera de desaprensión, falta de respeto, desamor. Entonces, aunque suene increíble, tuve miedo. Temor a fallar, a fallarles, a no cumplir, a no poder llegar a ser lo que siempre quise, lo que deseé, lo que prometí.

"Eternamente agradecida a todos los que apoyaron este cambio", comenzó diciendo nuestra comandante, ya con 'el traje de jefe político' bien puesto. Y continuó con un breve repaso de los acontecimientos históricos que nos habían llevado hasta allí: los procesos políticos y económicos de la historia argentina, la degradante decadencia, la formación de la organización ante tanta apatía y desilusión, el armado de un programa superador, la decisión de tomar el poder. Todo minuciosamente explicado para dejar en claro que no éramos ningunos improvisados.

A los veinte minutos de comenzado aquel discurso, sentí unos ruidos tras mi espalda, un zapateo transformado en algún tipo de zumbido molesto. Discretamente me di vuelta para observar con detenimiento que ocurría a mí alrededor; para mi sorpresa, me encontré con un impresionante séquito de guardaespaldas, un despliegue sorprendente en la primera línea de la retaguardia: compañeros militantes, entremezclados con militares sublevados y algunos otros miembros de organizaciones sociales afines. Apostados a los costados, se encontraban los mercenarios con

ametralladoras en posición de francotiradores. Ahora sí lo había comprendido cabalmente: habíamos tomado el poder, éramos gobierno.

En mi recorrido visual me detuve para saludar a uno de los compañeros, un muchacho de unos veinte años, quien levantó el dedo pulgar mientras me guiñaba el ojo con una sonrisa cómplice. Siempre bien dispuesto a colaborar en todo lo que fuera necesario, se había vestido de fajina especialmente para la ocasión. Me acordé entonces que unos días antes me había contado que estaba practicando tiro y se encontraba feliz por su enorme suficiencia.

"Quiero ser tu asistente personal", continuó con un suave movimiento de labios. Mientras, todavía incrédula, le devolvía una sonrojada gesticulación de halago, visualicé por sobre sus hombros algo que provocó la completa mutación de mis ahora acongojadas mejillas: desde adentro del Palacio de Gobierno salieron cuatro hombres uniformemente vestidos de traje negro, con corbata al tono y zapatos de charol. No me cabían dudas: eran Efidus. Lentamente, con total desparpajo y ante la perpleja mirada de quienes se habían percatado de su presencia, se acercaron lentamente al improvisado escenario.

No podía quitarle los ojos de encima pensando qué actitud podrían tomar. Pasaron entre medio de los guardias, a quienes palmearon con cómplice suavidad, hasta posicionarse estratégicamente a una distancia prudencial de la tarima donde nos encontrábamos. Se cruzaron de brazos y, en total silencio y con absoluta seriedad, observaban con cuidadoso detenimiento a cada uno de los que estábamos sentados allí.

Cuando ambos líderes terminaron de hablar, todos los que estábamos en la tarima nos paramos y saludamos a la población que se había hecho presente con los típicos simbolismos gestuales de victoria. Después de unos minutos de 'populismo', ingresamos todos los miembros de la 'mesa chica', con algunos guardaespaldas y asistentes, al Palacio. Los Efidus entraron detrás nuestro, sin mediar palabra.

Buscamos el salón más grande, ubicado en el primer piso. Mientras la mayoría se iba acomodando en las sillas dispuestas, junto con otros dos asistentes nos encargamos de ir a buscar

algo para beber y comer. Estábamos todos exhaustos y además, una vez que disminuyó el alto nivel de adrenalina con el que habíamos convivido durante todo el día, necesitábamos reposar y alimentarnos con tranquilidad.

Tardamos bastante en encontrar la cocina. Caminábamos por largos y lujuriosos pasillos; todos contaban con enormes lámparas de cristal, pisos de mármol de carrara beige, y un amueblamiento embebido en una especie de pino exótico que brillaba de solo verlo.

Sin embargo, lo que observaba, majestuoso e imponente, me generaba mucha bronca: para poder construir todo aquello se habían destruido maravillosas riquezas del planeta, además de la contaminación provocada en suelos, mares y aire; la expoliación de nuestra tan preciada biodiversidad, los recursos naturales estratégicos, la sustentabilidad de las próximas generaciones.

Nunca debía olvidarlo: habían acumulado y concentrado un nivel de riqueza incalculable mientras millones de personas no tenían los más mínimos estándares de dignidad en su calidad de vida. Solo de pensar en comparar este 'Palacio' con el estado de precariedad con el que vivía mi madre, me generaba una indignación exasperante. Y aunque todavía no tenía bien en claro el cómo, ya quería actuar; necesitaba desesperadamente hacer algo, sentirme útil y a su vez acelerar el proceso de cambio.

Finalmente, encontramos la cocina en el fondo del tercer piso. Había cosas riquísimas y en abundancia, tanto saladas como dulces. Los cocineros y camareros habían huido en medio del ataque, pero todo lo que había allí adentro había quedado intacto, listo y preparado para servir a las Elites. Nos limitamos a llevar lo que era más sencillo de trasladar: en un carrito colocamos agua, café y jugos en la parte superior; mientras que en la inferior ubicamos bandejas de medialunas, algunos sándwiches y galletas diversas.

De regreso al salón, aprovechamos para ir picando en el camino y charlar ya de manera más distendida. "No pensábamos que podía existir tanta riqueza. Pero sobre todo, tan cerca nuestro", me dijo una de las dos chicas que me acompañaban.

Estaba claro que la estructural invisibilidad había daba sus frutos: el no saber nada de esta realidad oculta, se había convertido

en el complemento ideal para terminar de moldear las 'vírgenes mentes' de quienes solo vivenciaban un mundo opuesto como lo único existente y posible de alcanzar. Una política de coerción blanda de enorme efectividad.

Llegamos al salón y la puerta estaba entreabierta. La torné con la mayor amplitud posible para que pudiera ingresar sin problemas, mientras intentábamos maniobrar con el carrito. Una vez que me aseguré que pasaba, levanté la vista; en aquel momento, me encontré con una 'foto' más que interesante, digna de tapa de un periódico de principios de siglo: de un lado de la gran mesa rectangular, se encontraban nuestros líderes, toda la plana mayor que había estado en la tarima durante el discurso. Y sentados del otro lado, enfrentados de una manera acartonada, los Efidus. Sus rostros serios no denotaban festejos de victoria; más bien el comienzo de un proceso de negociación, a solo pocas horas de haber tomado el poder.

Sin que nadie interpelara nuestra presencia, servimos la bebida y la comida en distintos puntos sobre la mesa, para que cada uno tomara lo que desease. Así acostumbrábamos en la casona cuando nos juntábamos entre nosotros: una simple lógica de equidad en un detalle menor.

Sin embargo, parece que nuestra actitud no le agradó mucho a los Efidus que se encontraban allí. Más aún, uno de ellos me miró fijamente a los ojos, como esperando que le ofreciese servirle algo de lo que habíamos traído. Como observó que ni los asistentes ni yo realizamos ningún tipo de movimiento, se levantó a desgano y atinó a servirse una taza de café. Esta situación ya me generaba una 'mala espina'; esperaba que actitudes de este tipo – aunque lo dudaba – no se convirtiesen en un precedente de lo que vendría después.

Creo que esperaban que nos fuéramos; pero, atentos a la situación, ambos líderes nos hicieron un guiño cómplice, como para que nos quedáramos tranquilas que no pensaban resignar los principios más básicos de nuestra organización: el respeto, la igualdad, la fraternidad. Menos aún con cada uno de los hombres y mujeres que habían puesto su cuerpo y alma para lograr la epopeya de la toma del poder.

"Pueden sentarse chicas. Se las presento: dos de nuestras asistentes, y como sabrán, nuestra encargada de los temas de comunicación y la futura Jefa de Gobierno de la Base", soslayó nuestro comandante. Entonces el más veterano de los Efidus tomó la palabra: "Comencemos la reunión. No hay tiempo que perder".

Otro de los Efidus, de contextura pequeña y bigotes en forma de s que le cubrían una parte importante del rostro, tomó la palabra: "Antes que nada, les agradezco que hayan puesto todo para sacar a las viejas Elites. Y como premio al esfuerzo realizado, les vamos a otorgar algunos lugares de relevancia dentro del nuevo gobierno".

A continuación, sin perder ni un instante, nuestra líder 'agarró el guante' y retrucó la propuesta: "Tenemos una plataforma de propuestas superadoras de tinte distributivo que estamos seguros van a mejorar enormemente la calidad de vida de una población que hace décadas sufre fuertes carencias en términos de salud, educación y alimentación. Creemos que es fundamental y necesario llevarlas a cabo, y con la mayor celeridad posible".

"Eso después lo vemos", fueron las escuetas palabras del Efidus más corpulento y de tez parda, ya con la corbata desabrochada y cara de pocos amigos. Luego se produjo un corto silencio. "Bueno, estamos todos muy cansados, creo que lo mejor es que demos cerrada la reunión por hoy. Descansen y mañana a las diez de la mañana nos volvemos a juntar aquí mismo para comenzar a gestionar el país", prosiguió el Efidus más joven.

Rubio, de unos ojos celestes que sobresalían por detrás de unos anteojos enmarcados en un hermoso dorado, entendió perfectamente que había que descomprimir la primera situación 'incómoda': con la tensión a cuestas de un día inolvidable para todos, cualquier roce podría escalar innecesariamente; era un momento que debían descansar los 'corazones calientes', para darle un razonable espacio temporal a la fría racionalidad.

Se levantaron todos los Efidus que estaban en la mesa y se retiraron. Nos quedamos todos mirándonos. Nuestra líder tomó la palabra y, con un tono de solemnidad, se expresó sin mucha convicción: "Creo que debemos mantener la calma y no pelearnos con ellos. Tendremos tiempo para cumplir con nuestra plataforma. Vayamos de a poco, pero con pie firme. Ahora el pueblo se encuentra

exultante y expectante, no podemos mostrarle divisiones, peleas o fisuras a menos de veinticuatro horas de ser gobierno".

Aquel joven que se había ofrecido a ser 'mi asistente personal' estaba esperando que saliera, sentado en las escalinatas de la puerta del Palacio: "Sabía que en cualquier momento ibas a salir, dejame que te lleve hasta tu casa". No pude negarme: "Te agradezco mucho de corazón", fue mi rápida respuesta, después de un suspiro que lo denotaba todo. Como un caballero, de aquellos que solo quedaban en las novelas, me abrió la puerta de uno de los autos oficiales. "Ya pregunté, este te lo asignaron a vos". No quise indagar el cómo, quién, o por qué. Solo me recosté en el asiento trasero, le di mi dirección, y me quedé profundamente dormida a los pocos segundos.

"Llegamos. Si te parece, te paso a buscar mañana a las ocho y media en punto para llevarte de nuevo al palacio". "Muchas gracias, dale te espero", fueron mis palabras de despedida. Intenté hacer el menor ruido posible con la llave al entrar.

Efectivamente, mi madre estaba durmiendo, aunque la tele se encontraba prendida en el noticiero. Seguro sabía lo que había ocurrido. Y, probablemente, también me había visto en aquella tarima. Pero a diferencia de otros momentos de desencuentros y pérdidas en su vida, esta vez estaba segura de que yo iba a regresar.

Por ello en el living me esperaba una mesa con toda la vajilla preparada, un plato que contenía una tortilla de acelga gratinada, junto a un *bowl* en el cual desbordaba una ensalada de lechuga y tomate, con mucho aceite y aceto como a mí me gustaba. Estaba realmente sabroso. Una antesala perfecta para una ducha y luego acostarme: debía estar bien descansada mañana por la mañana.

El despertador me levantó a las seis. Me pegué una ducha rápida y me dirigí a la cocina. Allí estaba mi madre, quien me recibió con una sonrisa de oreja a oreja: "Estoy orgullosa de vos. Desayuná bien que tenés un día largo. Y solo te voy a decir una cosa: por favor cuidate mucho", fueron sus palabras mientras me apretaba con un fuerte abrazo.

El muchacho, 'mi asistente', estuvo quince minutos antes de lo pactado para buscarme. No había prácticamente tráfico, así que en menos de cincuenta minutos estaba en el Palacio. Saludé a los

guardias, quienes inmediatamente me reconocieron y me dejaron pasar. Con paso firme, me dirigí a la sala de reuniones. Llevaba conmigo solo una lapicera y un anotador.

La reunión comenzó unos minutos demorada. A diferencia de lo ocurrido el día de ayer, ambas partes plantearon formalmente sus petitorios. Desde un primer momento, se reflejaron claramente los variados puntos de disenso: la agenda conservadora de los Efidus se centraba casi exclusivamente en quien se haría cargo de los sectores estratégicos, como funcionaría la lógica del nuevo *Statu-quo*, y que políticas productivas pro-acumulación deberían guiar al nuevo gobierno, entre otros.

Por el contrario, nosotros presentamos diez puntos que incluían propuestas de políticas públicas para mejorar, con rapidez, la calidad de la vida de la población. Entre las mismas se destacaban el llevar a cabo un shock macro-distributivo de corto plazo, subsidios a las (mayoritarias) Pymes ahogadas financieramente, e inversión pública para la creación de miles de puestos de trabajo.

Era evidente que la discusión se encontraba en dos niveles diferentes, lo que incluía además espacios temporales totalmente opuestos. Por ende, no se tardó mucho en que se elevara el tono de voz. "Por qué no nos tomamos una pausa de una hora y tratamos de generar una agenda común conjunta, donde trabajemos sobre un documento basal que nos satisfaga a todos", interrumpí raudamente cuando observé que los nervios se apoderaban rápidamente de los presentes. La respuesta fue positiva. Cada grupo se dirigió a salones contiguos diferentes para preparar una estrategia que, entendiendo los intereses del otro, pueda alcanzar ciertos puntos de consenso.

Decidimos entre todos que solo entre la pareja de líderes al salón para que las negociaciones no se atomicen y podamos llegar a un acuerdo razonable. Pasada la hora, teníamos algunos puntos innegociables (provisión de ingentes recursos para la educación y la salubridad, construcción de infraestructura digna para viviendas, etc.), junto con algunas propuestas que podían satisfacer su sed de poder y riqueza (investigación en ciencia y tecnología para lograr procesos de innovación de bienes y servicios que permitan desarrollar nuevos nichos de mercado, o generar previsibilidad política evitando una discursiva revolucionaria, entre otros).

De común acuerdo, también ingresaron a la sala solo dos Efidus. Decidimos esperar en el hall que daba al salón. Primero unos asistentes nos trajeron medialunas de grasa y manteca, compradas en una panadería que se encontraba a pocas cuadras del Palacio. A la hora llegó el café. Mientras tanto, las conversaciones variaban, balanceándose entre los primeros efectos sociales que mostraban los medios, con algunas posiciones personales sobre ciertos procedimientos de tinte coercitivo relacionados con las acciones de ayer.

Cuando observé el reloj, habían pasado casi dos horas desde que comenzaron a dialogar. Evidentemente, no era sencillo trabajar 'en coaliciones con posiciones ideológicas tan diferentes' – para decirlo de alguna manera -; aunque, por lo menos y siendo positivos, no es escuchaban gritos.

De repente se sintió un casi imperceptible ruido proveniente del picaporte. Salieron los cuatro, aunque sin ninguna expresión clara en sus rostros. Los Efidus se fueron a juntar con su gente: luego de ubicarse en círculo y decirse algunas palabras en voz baja, nos saludaron con un secó "Buenos días", y se retiraron.

"Entren chicos", dijo nuestro Comandante una vez que se nos acercó a una distancia prudencial para mantener cierto secretismo. Es que nadie estaba muy seguro donde se encontraban los micrófonos y cámaras ocultas. Por ende todos nosotros, ocho en total los que estábamos a la espera, ingresamos al salón sin decir una palabra y nos sentamos lo más próximo posible a ellos, ansiosos de escuchar cuales eran las novedades.

"Nuestra organización se va a encargar de la gestión operativa diaria de la sociedad. Básicamente, hacer más eficiente la distribución de los ingresos gubernamentales, atender las necesidades básicas, y coordinar la provisión de insumos, entre otros", fueron las primeras palabras de nuestra líder.

Tomo un sorbo de agua y luego continuó: "Los Efidus, por su parte, se encargarán de las cuestiones macro: el control de las finanzas generales, el poder de coerción, la justicia. Ellos sostienen que, de este modo y cumpliendo los axiomas liberales de la economía aplicados a este complejo escenario de co-gobierno político, cada uno se dedicaría a lo que más y mejor sabe hacer".

Su pareja tomó la palabra: "Los Efidus pueden además garantizar el control de las negociaciones con los grandes grupos económicos, políticos, judiciales y diplomáticos; aquella Elite burocrática enquistada de segunda y tercera línea que, siendo sinceros, con la información confidencial que manejan y su capacidad de moverse como serpientes huidizas, no son fáciles de remover y habrá que lidiar con ellas en el corto plazo".

Tomó un respiro, y luego prosiguió: "Por el contrario, nosotros entendemos los pedidos y las urgencias del pueblo: conocemos perfectamente lo que es 'el barro'. Pero necesitamos muchos más recursos; les explicamos que las magras asignaciones dispuestas para los programas sociales hasta el día de hoy, no alcanzan para nada. Quedamos entonces que se duplicarían inmediatamente. ¿Cómo? Los Efidus se comprometieron a poner 'un poco más' de los ingresos gubernamentales (incluido una suba impositiva para ellos mismos, las 'nuevas Elites'); un número que hemos propuesto y es relativamente razonable en base a nuestros análisis previos".

Lejos estábamos entonces del cambio de *Statu-quo* que pretendíamos como agrupación; más bien se proponían retoques marginales, un suave maquillaje para tapar las urgencias de corto plazo. Mi escepticismo no era ilógico: los Efidus, o sea las nuevas Elites, continuaban poseyendo el 'ancho de espada y el de basto': la fuerza y la riqueza. Para el pueblo, continuaba el habitué derivado de las imperfectas democracias generadas por la globalización neoliberal: como diría el antiguo dicho popular, mostrar que todo cambia para que, en realidad y en términos estructurales, nada cambie.

Luego nuestra comandante dijo que tenía un rol asignado para cada uno de nosotros. "Como ya lo hablamos, vos te vas a encargar de la Base. La realidad es que los Efidus no tuvieron problemas en cedernos un lugar que no era eminentemente político, sino más bien de reunión y vivienda", me habló primariamente, sin quitarme la mirada.

"Queremos que te acompañen algunas personas desde la Tierra como asesores. Luego formá vos el resto de los equipos de trabajo. Tenés toda la potestad de hacer lo que consideres necesario; confiamos plenamente en vos. Por supuesto, sabemos la

responsabilidad que ello conlleva, pero podes contar con nosotros en lo que necesites", prosiguió.

A pesar de que era solo un formalismo, una mezcla de emoción y nerviosismo corrió por mis venas. "Quisiera hacer solo una pregunta", balbuceé después de respirar hondo y tomar aire. "¿Qué se sabe de lo que les ocurrió a las Elites de la Base?" Parte de la estrategia de combate había sido dejar habilitadas solo un par de líneas de comunicación con el espacio; por ello la información proveniente desde allí era escasa y la mayor parte todavía estaba siendo procesada. Pero yo necesitaba averiguar desesperadamente que le había ocurrido a mi familia de adopción.

"En cuanto a las Elites derrocadas que se encuentran allí, no tenemos muchas precisiones todavía. Solo sabemos que cuando se filtraron las noticias de la revolución aquí en la Tierra, una horda de Ardim, algunos cientos se estima, se dirigieron hacia la zona de las Elites buscando venganza", me respondió nuestro líder, tratando de evitar el contacto visual a sabiendas de mi situación familiar.

Luego continuó su pareja: "Llegaron versiones que quienes se resistieron al linchamiento han sido asesinados; pero te repito, son solo versiones. Del resto no sabemos bien que ha ocurrido. Queremos que viajes para allá mañana y vos misma evalúes la situación y decidas también que hacer con ellos".

Respuesta lo suficientemente tajante como para helarme la sangre. ¿Qué habrá ocurrido con mis padrastros y mi hermanastro? ¿Qué nivel de odio guardado, que resentimiento tan intenso tenían internamente tantos Ardim, como para llevar adelante una masacre de enorme calibre? ¿Dónde había quedado su mansedumbre embebida en un escenario normalizado bajo la lógica comparativa de sus pares terrestres?

Ya buscaría las respuestas, aunque seguramente no será sencillo: deben estar tan escondidas que seguramente requerirá 'bucear' en las profundidades del alma. Luego de varios meses donde me había acostumbrado a vivir en la Tierra, necesitaba dar cumplimiento a esa fuerte sensación de ansiedad: ahora sí, tenía que regresar, lo antes posible, a la Base.

Terminó la reunión e, inmediatamente, volví a casa en el auto de mi asistente. Mi madre me estaba esperando sentada en el sillón, con un vaso de agua en la mano y sin despegar los ojos de la tele. No dejé que se levantara cuando ingresé: fui hasta donde se encontraba, me agaché, y le di un fuerte abrazo y un beso en la mejilla como preludio de mí monólogo. "Me designaron como Jefa de Gobierno de la Base. Voy a evaluar como quedo todo para, desde un primer momento, comenzar a diseñar políticas de mejora en la calidad de vida, especialmente la de los Ardim; quienes fueron, como vos lo sabes muy bien, relegadas por años como ocurrió aquí para las empobrecidas mayorías en la Tierra".

Su rostro estaba obnubilado con mis palabras. Y su silencio, permitió mi continuidad: "Mañana salgo bien temprano a la mañana. Pero prometo volver apenas pueda. El vínculo que construimos no se va a volver a romper nunca más. Es indestructible. Te lo juro por el amor que te tengo".

Mi madre rompió en llanto; creo que no esperaba que me fuera tan pronto, después de tantos años de ausencia. Pero luego de un par de minutos sentada, tomada de mi mano, se tranquilizó. "Comprendo que es por tu bien. Confío en vos", fue su suave murmullo. Y luego prosiguió, mientras caminaba hacia la cocina: "Vamos a preparar algo rico para comer como solemos hacerlo, nos quedan pocas horas juntas y quiero disfrutarlas". "Perfecto mamá. Voy a armar la valija para dejar todo listo para mañana, y vuelvo a cocinar con vos". Quería que quede todo preparado antes de irme a dormir: a las siete en punto pasarían a buscarme.

Al aeropuerto de despegue espacial me acompañaban cuatro personas: dos muchachos que me harían de seguridad personal – uno de ellos mi asistente -, y otras dos mujeres que cumplirían con el rol de asesoras. Todos ellos sin compromisos, sin ningún tipo de vínculos previos con la Base, y con ganas no solo de conocer algo nuevo, sino también de vivir en un lugar diferente desde donde pudieran ser parte del tan mentado cambio.

Entendí que este contexto era positivo en mi relación para con ellos. Abstraídos de cualquier subjetividad, me aportarían una visión desde 'el afuera de mi propia psiquis', que me ayudaría a contraponer y aislar mis sentimientos. No tenía dudas que yo debía

ser racional, lógica, y probablemente pragmática – al menos en un primer momento -.

"Con ustedes estaré todo el tiempo en la Base. Necesito de su plena confianza", les dije enfáticamente mientras viajábamos por la autopista. "Quédese tranquila, estamos a disposición suya", dijo el joven que se encontraba de copiloto. Unos pocos años mayor que yo, vestía cómodo pero muy formal: pantalones, una chomba azul con escote en v, y zapatos náuticos. Y con único detalle que, en un primer momento me conmocionó: una pistola en su cintura.

Mi asistente haría de chofer y guardaespaldas al mismo tiempo. Por otro lado, y después de varios llamados telefónicos durante la tarde de ayer, conseguí a quienes serían mis asesoras: por un lado reclute a una mujer mayor, especializada en temáticas sociales, economía y políticas públicas, que trabajaba desde hace años en la Organización. La otra era una joven ingeniera industrial – con experiencia en sistemas e infraestructura - que será de gran utilidad para ayudarme con las cuestiones técnicas.

Arribamos al aeropuerto y rápidamente subimos a la nave. Me senté en un cómodo asiento mullido y saqué de mi bolso una barra de cereal, ya que quería comer algo antes de quedarme dormida. Es que a pesar de que me había levantado hace poco, el stress fue tan grande que el cuerpo me pedía más descanso.

Mientras cerraba los ojos me quedé pensando en lo extraño que era contar con custodia personal. Es que lo sentía como una impronta personalista, contraria a lo que siempre habíamos propugnado. Sin embargo, evidentemente esta enorme, hermosa y desafiante oportunidad, podría poner mi vida en peligro. No era muy desacertado si lo pensaba más profundamente. Intentar cambiar el *Statu-quo*, aunque el poder fáctico se encuentre en retirada, conlleva sus riesgos.

Se me hacía difícil conciliar el sueño. Entonces recordé que cuando vivía en la Base, siempre sentía enojo con las políticas livianas o influenciadas para beneficio cuasi único de las Elites. Por ello, mi principio basal sería totalmente opuesto: iba a intentar cumplir con cada uno de los cambios que habíamos trabajado y planteado con la agrupación antes de mí llegada a la Tierra. El cómo lo haríamos efectivo, ya lo vería. Es que aunque tenía muchas ideas

en mente, en un primer momento debía focalizarme en realizar un amplio paneo situacional actualizado a esta situación de post *Coup d'État.*

Necesitaba relajarme; a partir de ahora, cada momento de descanso sería fundamental. Por ello, evité continuar haciéndome la cabeza sobre lo que iba a ocurrir una vez aterricemos en la Base. Entonces solo necesité un par de minutos para quedarme profundamente dormida.

Me levanté apenas sentí descender el tren de aterrizaje. Me estaban esperando un grupo de varias personas, todos ellos Ardim, que se presentaron en el Hall del aeropuerto apenas puse un pie en la Base: "Cuando nos enteramos de la revolución en la Tierra y que usted era la que iba a venir, un gran número de Ardim nos juntamos en nuestra plaza principal y decidimos armar un grupo reducido para, si lo desea, poder asistirla en lo que necesite. Nosotros ocho nos ofrecimos como voluntarios", se dirigió hacia mí una mujer de mediana edad, morocha, con enormes rulos negros que caían desordenados de su voluptuosa cabellera.

Junto con ella, reconocí a dos jóvenes que habían trabajado codo a codo conmigo en la agrupación, sobre todo en la organización de la obra teatral. Los saludé afectuosamente y les dije que no me había olvidado de ellos, que estaba feliz de verlos, sobre todo aquí nuevamente poniéndose a disposición; ello denotaba su gran fuerza interior, sus ganas de volver a empezar, volver a soñar. "Muchas gracias por su ofrecimiento, estaré en contacto con ustedes en caso de que los necesite. Seguramente así será", les respondí mirando a los ojos fijamente a todos y cada uno de ellos, antes de saludarlos y retirarme de la sala de desembarque.

Luego de salir del aeropuerto, nos dirigimos directamente con mis asesores y la custodia a la zona de las Elites donde se ubicaban los edificios gubernamentales. Sorprendentemente, tal cual Estadista venerada por su pueblo, en el trayecto había familias enteras de Ardim saludándome desde la vera de la autopista.

La necesidad y el deseo de cambio parecieran haberse potenciado desde que yo me fui a la Tierra. No sé si tuvo algo que ver la obra de teatro o el día de la manifestación. Pero no era momento de mirar al pasado. No podíamos quedarnos con la teorización

sobre el devenir de la historia; ahora había que gestionar. Teníamos un presente con enormes desafíos.

Lo extraño, eso sí, es que a pesar de que solo había realizado un recorrido relativamente corto, no había visto ningún miembro de las Elites – se los podía reconocer fácilmente por su vestimenta, sus accesorios, sus formas de moverse - en ningún lado. ¿Escondidos por temor? ¿Agazapados en algún lugar específico planeando una contraofensiva? ¿Muertos? Este sería uno de los primeros temas a resolver.

Estacionamos en la puerta de la intendencia. Luego de saludar a un Ardim que parecía encargarse de chequear los ingresos y egresos, entramos al edificio y subimos por ascensor directamente al Quinto piso, donde se encontraba el despacho de quien hasta hacía pocos días comandaba el Poder Ejecutivo de la Base. "Pase señora, todo suyo", se dirigió hacia mí otro Ardim con chaleco militar y borceguíes al tono, esbozando una sonrisa cómplice debajo de sus prolijas canas.

Visualicé el mismo: amplio, luminoso, con todas las comodidades y elementos necesarios para trabajar. "Nos tomamos el atrevimiento de armarle una pequeña agenda para que se pueda presentar formalmente ante la ciudadanía. Creemos que hay un importante nivel de excitación y todos desean verla – y sobre todo escucharla - lo antes posible. El primer encuentro sería mañana a primera hora", me mencionó una de mis asistentes, mientras yo me reclinaba probando la que iba a ser mi silla detrás de aquel brillante escritorio de pino.

"Perfecto, muchas gracias. ¿Algún otro tema que tengamos que evaluar ahora?", les respondí intentando diagramar las actividades de corto plazo en mi mente. "No sabíamos que quería hacer con su vivienda. Pensamos que lo mejor es que se ubique, al menos momentáneamente si es de su agrado, en la casa que poseía el antiguo Jefe de los Servicios de Inteligencia de la Base. Hace un par de horas averiguamos y por lo que nos comentaron los que realizan el mantenimiento en las casas de las Elites, es de las mejor equipadas y con mayores comodidades".

Me agarró descolocada porque no había pensado en el tema del alojamiento. De aquí en más seguramente esto sería así: A este

nivel de responsabilidad, en muchas ocasiones no tendría tiempo para realizar un análisis profundo. Por lo tanto, sobre temas que no son de relevancia, decidí delegar las decisiones en mis asesores: "No hay problema, creo que estará bien, por lo menos hasta que me acomode estos primeros días. Igualmente en un rato voy a pasar por la casa de mi familia. Quiero saber cómo está todo, ya que todavía no he recibido noticias de ellos".

Luego les pedí que llamen a los dos jóvenes de la agrupación que había reconocido en el aeropuerto. "Díganles por favor si pueden venir ahora". En poco menos de una hora, ambos ya estaban conmigo en la oficina. Les pedí a mis asistentes y guardaespaldas si podían esperarme en la sala principal de reuniones, que en una hora estaría allí para charlar cuales serían las primeras medidas que quería implementar. "Pero para que lo vayan teniendo en cuenta: El objetivo central será intentar llevar a cabo la difícil misión de conjugar un escenario de libertad con equidad entre todos los miembros de la Base".

Cerré la puerta con llave de mi nuevo despacho. Para que entiendan la gravedad de la situación, tomé una postura erguida hacia adelante, y los miré directamente a los ojos. "Quiero saber que pasó exactamente en la Base", les pregunté apenas tomaron asiento.

"Me enteré tarde; recién después del mediodía me llegó un mensaje de que el Gobierno había caído y la Base había quedado aislada, sin medios ni órdenes de cómo actuar. Me asomé entonces a la puerta de mi casa y vi, por primera vez en mi vida, algunos Ardim, incluidos tres o cuatro miembros de nuestra agrupación, armados y arengando a los gritos a todo el vecindario que se 'levanten contra la opresión y la tiranía'", comenzó relatando la chica, una joven de alrededor de unos diecisiete años, la cual recordaba muy metódica y organizada.

"Avanzaron hacia las oficinas gubernamentales, las áreas de trabajo, las viviendas de las Elites. Podría decir que por lo menos un tercio de los Ardim de la Base salieron como una tromba furiosa a atacar todo lo que representaba la desigualdad latente'", prosiguió su compañero, un joven un poco mayor, alto y desgarbado, al cual se lo notaba mucho más efusivo y exaltado por la coyuntura victoriosa.

El escenario era entonces más complejo de lo que pensaba. Los Ardim habían actuado como una turba previamente silenciada y temerosa, que había encontrado el momento propicio y explotó. Con un odio que no había sido inculcado por nuestra Organización y estaba segura que tampoco por ningún otro colectivo; solo podía entenderse como aquella sensación de eterna inferioridad que vivía en el interior de cada Ardim.

Era interesante comprender porqué, a pesar de que las Elites utilizaron la coerción física, el aislamiento y sometimiento permanente a través de la violencia verbal, y la utilización del poder blando a través de los medios de información para condicionar el pensamiento, todo ello no fue suficiente para controlar la conciencia y el alma de los Ardim.

Evidentemente, el querer vivir mejor es algo inherente al ser humano: se puede ser doblegado, caerse y levantarse mil veces; pero mientras haya vida, en algún momento ese fuego interior que todos llevamos, a veces más escondido, termina brotando en pos del deseo y la búsqueda de la felicidad.

Me quedé en silencio unos segundos. Luego les agradecí su sinceridad y les pedí que me acompañen a la sala de reunión. Entramos en el salón y me ubiqué en la cabecera, mientras todos los presentes se acomodaban alrededor de la mesa, sin quitarme la vista. "Voy a ser muy breve: quiero paz, consenso, inteligencia. Nada de pleitesías hacia mi persona. La hipocresía no me va a servir para gobernar mejor. Toda crítica constructiva es más que bienvenida", fueron mis primeras palabras.

Todos me escuchaban atentamente. Luego fue el turno de desarrollar los diez principales puntos que quería atacar de entrada. Cuando finalicé mi alocución, les di vía libre para el descanso. Mañana a la mañana llegaría el turno de mi primer gran desafió. Poder trasmitirle a los Ardim lo que tenía planeado para el futuro de la Base.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando ambos custodios me acompañaron hasta lo que hacía pocos meses había sido mi hogar. A pesar de encontrarnos relativamente cerca, el viaje se me hizo lento y tedioso; la intolerancia que me provocaba la angustia se traslucía en mi silencio sepulcral, el cual fue respetado por mis acompañantes.

Una vez estacionados frente a la casa, un gesto de mi mano derecha fue suficiente; ellos entendieron perfectamente que debían esperar afuera, respetar mi tan necesaria intimidad. La puerta de entrada se encontraba sin llave, por lo que decidí entrar sin tocar el timbre. No había nadie en el living, aunque todo se encontraba ordenado. Caminé lentamente hasta la cocina, donde me encontré a mi madrastra y mi hermanastro; ambos con los ojos perdidamente dirigidos hacia la vacía mesada de mármol y dialogando en un tono muy suave. Podría decirse similar a un murmurar casi imperceptible.

Un "hola" fue suficiente. Giraron sus cabezas y al verme, se emocionaron tanto como yo. Corrí hacia ellos y nos dimos los tres un abrazo gigante, con muchas caricias, que duró casi un minuto. Estaba feliz de estar con mi familia de la Base nuevamente.

¿Dónde está papá?, les pregunté con desesperación y angustia, con todo el amor de quien por primera vez no lo llamaba por su nombre. Simplemente "papá". Quien dice, como a él le hubiera gustado que lo nombre hace tiempo.

Ambos se encerraron en un silencio atroz. Mi madrastra no levantaba la vista; mi hermanastro se puso a llorar desconsoladamente. Después de unos segundos, se pudo calmar y comenzó su relato: "A última hora de la tarde del día de la revolución, vinieron tres hombres a buscarlo y se lo llevaron. A mí no me hicieron nada porque me reconocieron de la revuelta infructuosa que realizamos antes de que te fueras".

Sin poder contener el llanto, se tomó unos segundos antes de tomar aire para poder continuar: "A mamá tampoco la tocaron porque se apiadaron de mí: escuché que uno de ellos le murmuraba a otro que la dejaban porque sino me iba a ser imposible poder arreglarme solo. Desde aquel día estamos en casa, comiendo y bebiendo lo que teníamos guardado en la heladera y las alacenas".

Ahora sí tenía un problema mayúsculo. Se había generado una 'caza de brujas' de la cual no se me había informado antes de venir a la Base, y sobre la cual debía de encontrar una solución superadora. Lo primero que se me vino a la mente fue que mi presencia podría, al menos razonablemente, desarrollar cierto orden que pudiera detener la dinámica anárquica que se había generado. Sin embargo, no estaba para nada segura de hasta qué punto tendría suficiente

poder y capacidad de convencimiento para hacerlo a una velocidad que permita detener el descontrol social de manera oportuna, antes que se provoque un desmembramiento social del cual ya no pudiera suscitarse punto de retorno.

"Quédense tranquilos, yo me voy a encargar de la situación", sentencié con firmeza. Llamé a una de mis asesoras y le pedí que me averiguarán inmediatamente donde estaba mi padrastro. A los pocos minutos me respondió el llamado: "Señora, puede quedarse tranquila, su padrastro está vivo en un lugar seguro; dormirá allí la noche y la llevaremos mañana con él".

Respiré hondo y les avisé a mis custodios que se vayan a descansar, que no iría por el momento a la casa asignada. "No me va a pasar nada en la que fue mi casa de toda la vida. Quédense tranquilos, me quedo bajo mi responsabilidad. Solo les pido que mañana me pasen a buscar bien temprano, a las seis en punto", concluí luego de saludarlos desde la puerta. Luego les conté a mi madrastra y a mi hermanastro la noticia para que se quedaran tranquilos. Ahora sí, podía respirar hondo: era tiempo de darme una ducha y relajarme unos minutos antes de bajar a cenar.

Mientras comíamos me desahogué contándoles cada detalle de mi vida en la Tierra. Creo que su respuesta – sin interrupciones ni repreguntas – significaba más indiferencia que sorpresa: solo miradas intercaladas entre su plato y mi rostro, en un contexto donde entiendo que ambos trataban de balancear lo relativamente irrelevante que les resultaba mi relato, con su sentida y profunda problemática existencial.

"Queremos tu felicidad, sea como fuere, como la sientas. Pero realmente ahora estamos preocupados por tu padrastro; y también, por supuesto, el cómo y cuándo podremos volver a nuestra antigua vida", fueron las palabras de mi madrastra una vez terminada mi oratoria. Que difícil, pensaba dentro mío, iba a ser explicarle a una mujer que vivió la mayor parte de su vida en la 'burbuja' que significaba ser parte de las Elites de la Base, que uno de mis objetivos era que nunca más se volviera al paradigma sistémico que mi madrastra tanto añoraba; aquella antigua 'normalidad' que, probablemente sin ella darse cuenta cabalmente, había sido en gran medida causal de esta violencia sin límites.

Luego de un dormitar intermitente, desayuné con tranquilidad mientras planeaba mi intenso primer día de gestión: Racionalidad y pragmatismo, pero sin fallarle nunca a mi corazón, era el gran objetivo. Todavía mi madrastra y mi hermanastro dormían cuando me avisaron que estaban a solo dos cuadras de pasarme a buscar, así que les dejé una nota que los vería más tarde.

"Llévame directamente a donde se encuentra mi padrastro, después arrancamos con el cronograma que prepararon", le dije a una de mis asesoras luego de subirme al auto y saludar a los cuatro. "Vamos entonces al edificio de Recreación Social", replicó ella dirigiéndose directamente al chofer.

Recreación Social era un área gubernamental que, tal como lo indica su nombre, estaba destinada al ocio de los Ardim: desde allí se organizaban juegos lúdicos y deportes, se diseñaba la infraestructura para los recorridos de ejercitación física, como así también se realizaban charlas informales sobre como las familias podían disfrutar del tiempo libre en la Base.

Todo de un modo muy amigable, con el siempre objetivo ulterior de desviar la atención y contener, dentro de un marco de paz y tranquilidad, a los ciudadanos de segunda. "Una servidumbre mansa y feliz, es mucho más eficiente y productiva", había escuchado más de una vez en reuniones o eventos de las Elites en los cuales participé acompañando a mis padrastros. Evidentemente, pensé, la elección del lugar de reclusión no había sido casual: el Organismo destinado a crear 'un paraíso en la Base para los Ardim', se había transformado en el infierno de las Elites.

Cuando llegamos a la puerta del edificio, había dos hombres fuertemente armados; me comenta una de las asistentes que estos Ardim eran custodios de altos miembros de las Elites derrocadas, pero que inmediatamente se pusieron a disposición para cumplir el mismo rol, ahora para el 'nuevo gobierno' que yo encabezaba.

Me saludaron con una aduladora venia militar y, al ingresar, me estaba esperando un hombre añoso – me animaba a decir cuasi octogenario o mayor aún -, de cara angulada, vestido muy prolijamente con un ambo, corbata negra y zapatos al tono.

"Soy el médico del edificio, mucho gusto señorita. Antes de que me pregunte lo que desee, - ya que estoy aquí para responderle, en todo lo que pueda, sus inquietudes -, quisiera decirle algo en privado".

"No hay problema", le respondí al tiempo que nos adelantábamos ambos lentamente unos siete u ocho pasos hacia una esquina vacía de paredes blancas. "Estoy orgulloso de vos, sos digna de tus padres", fueron sus palabras. Asombrada, no entendí a qué se refería, por lo que le pedí que se explayara. "Yo fui el médico que te di a luz. Tus padres fueron enormemente valientes; se amaban y deseaban que ese amor se tradujera en tu libertad y felicidad. Siempre estuvieron dispuestos a dar su vida por ello".

Mientras se me caían las lágrimas, nos dimos un fuerte abrazo. "Contá conmigo en todo lo que pueda ayudarte. Estoy aquí porque, aunque ya estoy jubilado hace años, fui el único médico Ardim que me propuse para chequear el estado de salud de los miembros de las Elites tomados como rehenes", fueron sus últimas palabras.

Le agradecí enormemente por lo que había hecho por mi familia, pero también por ofrecerse de manera altruista a velar por la salud de quienes muchos Ardim consideran, y con la revolución se observó con claridad, sus 'enemigos'. Luego proseguí mi camino hacia la oficina de la persona que habían proclamado 'a cargo de forma temporal' del Organismo.

Con un hablar pausado, comenzó su alocución mientras me ofrecía un café y yo me sentaba en un mullido sillón seguramente preparado para la ocasión: "Buenos días señorita, es un honor tenerla aquí. Soy el Director designado en la reciente asamblea hasta tanto esperábamos el devenir de lo que ocurría en la Tierra y se decidiera como proseguir. Por lo visto, usted será nuestra Jefa. Por lo tanto, si así lo considera, me pongo a su disposición".

"De veras le agradezco, pero recién desayuné. Voy a ir al grano: Quiero saber dónde están los miembros de las Elites. Sé que mi padrastro se encuentra aquí", le explicité en buenos modos, sin vacilar. Su tez blancuzca se empalideció aún más. "Le juro que no decidí nada, solo me aseguré que los alimenten y que cada uno reciba la medicación que necesitara. Tenía en claro que hasta que no recibiera otra orden, iba a llevar a rajatabla el protocolo que hemos

auto-diseñado", me respondió sin darme mayores precisiones de donde provenían las ideas para ese documento, ni en base a que se habían tomado. Igualmente, ello ahora ya no importaba; de aquí en adelante, yo sería quien tomara las decisiones de relevancia en la Base.

Nos dirigimos hacia el segundo piso con el Director, los guardias y mis asesores. Quería que seamos varios; los necesitaba por las dudas como testigos, ya que no sabía con qué me iba a encontrar. Luego de bajar del ascensor y cruzar un largo pasillo, llegamos a un espacio con cuatro aulas, dos de cada lado. Me adelanté y abrí la primera puerta de la izquierda. Había una mesa con sillas para comer; también se visualizaba una puerta en el fondo a la derecha que parecía tener salida a algún tipo de baño interno. En el piso había colchones y frazadas ordenadas en hileras de a tres. Pero lo más impactante fue que me encontré con once mujeres.

Al escuchar el ruido del picaporte, enseguida todas se dieron vuelta y me observaron detenidamente. "¡Exijo nuestra inmediata liberalización!" me gritó una señora de unos cincuenta años, mientras se dirigía con pasos firmes – y cierto ahínco - hacia mi persona. Denotaba fineza en sus expresiones faciales y en sus ropas típicas; no cabía duda que era miembro de las Elites.

Dos custodios, una mujer y un hombre, la abrazaron en su torso y espalda para sostenerla. "Tranquilícese, recién llegué y estoy evaluando la situación", le respondí con más angustia que autoridad. Les pedí inmediatamente que la soltaran e indiqué que todos saliéramos del aula. A las otras tres solo me asomé con las puertas entreabiertas: eran similares, pero a diferencia de la anterior, solo había hombres. La mayoría rondaba entre los cuarenta y cinco y sesenta años: en total sumaban veintitrés. Pero ninguno de ellos era mi padrastro.

"¿Dónde se encuentran el resto de los miembros de la Elite derrocada? Porque faltan muchos de los que tenían gran poder económico y relevancia política", le pregunté con vehemencia al Director, una vez que cerré la puerta de la última aula.

Se encogió de hombros y no respondió. Como yo continuaba fija en mi postura física, la cual era acompañada por una mirada asfixiante que denotaba la urgida necesidad de recibir una

respuesta, se dio cuenta que iba a ser imposible evadirme; debía esbozar algún tipo de comentario. Entonces suspiró unos segundos y luego, titubeando con sus labios flácidos, sentenció: "Sino están aquí, probablemente se encuentren muertos".

"Me habían informado que su padrastro estaría vivo. Lo siento, no sé qué decirle", prosiguió inmediatamente, y sin despegar los ojos del piso, la asesora que me había afirmado que lo encontraríamos hoy allí con vida. Enmudecí y me alejé lentamente hacia un costado, con el único objetivo de tener, en soledad, un momento de congoja. Y me puse a llorar, desconsoladamente, mientras todos me observaban sin decir una palabra. Fue un minuto o algo más, en donde me aparecían sus imágenes en distintos momentos que compartimos durante tantos años juntos. Momentos en los cuales fui muy feliz.

Apenas me recompuse, volví hacía donde se encontraba el resto, le agradecí la información al Director, y les dije a mis custodios y asesores que nos marcháramos. En ese momento los dos muchachos me abrazaron con un gesto de contención, mientras una de las chicas tomaba con fuerza mis manos y la otra me servía un vaso de agua. Era un momento difícil y más allá de su sincero dolor para conmigo, su rol también era el de fortalecerme para que pudiera seguir adelante: Mi cometido institucional era demasiado importante como para que comience a gestionar encontrándome endeble y fuera de foco.

Me tomaría un par de días para pensar que iba a hacer con todos los reclusos; aunque sabía que muchos de ellos estaban allí por el mero hecho de ser parte de las Elites, igualmente debía ser cauta a la hora de tomar alguna delicada decisión que, dado el tenor del dilema, seguramente podría conllevar fuertes cuestionamientos.

"Vamos directamente al lugar donde voy a realizar la presentación oficial; en la semana volveré y analizaré caso por caso", les comenté a mis asistentes una vez que me senté dentro del vehículo oficial. Durante todo el recorrido medité sobre el discurso que iba a dar. Ni el políticamente correcto, ni el condescendiente. No quería repetir los errores del pasado: basta de falsas promesas, mentiras, engaños. Iba a explicitar y explicar mi programa de gobierno, el cual me determinaría a cumplirlo lo que más pudiera; ya me había

quedado claro que en política nada es perfecto y se hace – si se quiere - lo mejor que se puede. Me sonaba hasta contradictorio para conmigo, pero esta era la parada que me tocaba. Difícil, muy difícil. Pero no pensaba abandonar mis sueños ni defraudar a tantos que queremos lo mismo y que esperan lo mejor de mí.

Llegamos al único estadio de la Base, con capacidad para unas cuatro mil personas, el cual se había construido hacía ya varios años para realizar periódicamente una especie de 'Olimpiadas', en la cual la mayor parte de las familias Ardim participaban, y donde cada miembro de la comunidad exponía su mayor destreza en diversos deportes individuales y colectivos que habían aprendido a través de videos deportivos autorizados que llegaban desde la Tierra.

En el centro del campo habían armado un escenario con una altura de aproximadamente dos metros, con un potente micrófono como para que todos los presentes me pudieran observar y escuchar con claridad. La idea era que los Ardim ocuparan todas las gradas, mientras que los que no se quisieran sentar en las butacas, pudieran acercarse a mi posición y ubicarse alrededor mío en el verde césped artificial.

Llegamos unos minutos después de las once y había una multitud ya esperándome en las afueras del estadio. Realmente estaba sorprendida, no me imaginaba que vivían tantos Ardim en la Base; es más, creo que en aquel momento se encontraban casi todos allí presentes. El auto ingresó por una puerta lateral y estacionó cerca de uno de los vértices del campo. Habían preparado un camino con largas sogas de cuero blancas, con personal de seguridad ubicados a lo largo de todo el sendero para que nadie cruzara el perímetro y, de este modo, pudiera llegar con tranquilidad hasta el escenario.

Secundada por mis custodios y asesores, comencé a caminar hacia el escenario. Por un lado, estaba feliz y atónita de observar tanta algarabía de gente sonriente y esperanzada que me saludaba a mi paso; por el otro, me vino a la mente mi padrastro. No estoy segura que pensaría de lo que estaba haciendo. Lo único que si estaba convencida es que, a pesar de ello, me seguiría amando.

"Buenas tardes a todos, gracias por venir a acompañarme en esta presentación. Tanto apoyo me reconforta y me da más fuerzas para trabajar y llevar adelante los cambios que considero necesarios

para mejorar la calidad de vida de ustedes aquí en nuestro hogar, la Base", comencé mi discurso.

Luego de escuchar efusivos aplausos desde todos los costados del Estadio por varios segundos, acerqué el micrófono nuevamente a mi boca y continué: "Para comenzar, deseo 'equiparar para arriba': Quiero que todos los Ardim disfruten de una gran vida en términos materiales; pero también que puedan cumplir sus sueños en términos profesionales y personales. Por ello, las primeras medidas serán, por un lado, otorgarles un importante incremento salarial. Por el otro, se les asignará a cada uno de ustedes trabajos que conllevarán un esfuerzo medido, a tono con la conjugación de sus aptitudes, capacidades, y deseos".

Bebí un sorbo de agua de un vaso que me había alcanzado una de las asistentes para aliviar la garganta, tomarme un segundo para respirar hondo, y así poder continuar: "En este sentido, quiero contarles que no se encuentra en mi ánimo perjudicar a las antiguas Elites; creo que es importante para todos que ellos continúen viviendo en sus hogares y puedan disfrutar de la vida como nosotros. Lo que hay que cambiar es su forma de pensar; tienen que entender que el esfuerzo debe ser balanceado, y que todos nos merecemos tener las mismas oportunidades".

El avanzar hacia la equidad sin castigo tenía que ser un objetivo preponderante; no solo porque lo sentía, sino porque pragmáticamente la historia había demostrado que era lo mejor en una infinidad de ocasiones: la represalia generalizada no solo suele ser injusta, sino que además genera más odio. El Tratado de Versalles después de la Primera Guerra Mundial del Siglo XX ha sido un claro ejemplo: el castigar a Alemania con el pago obligado de deudas infinitas para con el resarcimiento y reconstrucción de los países vencedores, derivó invariablemente en un proceso inflacionario descontrolado que solo potenció la aceleración del advenimiento triunfal del nacionalsocialismo de Adolf Hitler.

Todos me escuchaban atentamente. La mayoría asentía con sus cabezas mis primeros conceptos vertidos. Aunque si uno prestaba un poco de atención, se podían divisar, con algún grado de claridad, dos grandes grupos.

Por un lado, estaban aquellos rostros que parecían más ofuscados, como esperando un castigo ejemplificador para con las Elites. En aquellas miradas se podía vislumbrar desde quienes deseaban una pena de larga estadía en la cárcel a los sobrevivientes, hasta los que seguramente querían que se invirtieran los roles y las antiguas Elites pasaran a ser la 'servidumbre' de los Ardim.

Por otro lado, también se vislumbraba a aquellos que denotaban un alegre reconocimiento al esfuerzo y para con el pensar en un estadio superador de la comunidad toda. Más justo, donde todos pudiéramos disfrutar de las bondades de aquel lugar. Una reflexión que representaba un cambio radical a la idea originaria de creación de la Base solo un par de décadas; aquel ideario de exclusividad para unos pocos privilegiados.

"Bajo este marco, debemos revisar las cuentas públicas. Por un lado, vamos a equilibrar los gastos que se destinaban para las Elites y los Ardim. Ello implicará una mejora de la infraestructura, la salubridad, la educación, y la asistencia social de estos últimos, a través del otorgamiento de mayores recursos económicos. Para cuando las inversiones necesarias requieran un esfuerzo mayor, en este caso si nos financiaremos con una parte del dinero previamente acumulado por las Elites derrotadas", continué.

"Finalmente, el ocio y la escolaridad ahora será compartida: no habrá más divisiones entre las Elites y los Ardim. Debemos estar juntos. No pretendo ser el Mandela del fin del Apartheid, pero debemos generar nuevos valores basados en el respeto y la equidad. Tenemos que poder vernos a los ojos y hablarnos de igual a igual. Y, ojalá pronto, sentirlo. ¿Suena utópico no? Pero piensen que para mí era tan irreal como estar aquí y ahora a cargo de los destinos de la Base".

Ahora sí, el aplauso fue totalizador. Agradecí con varios movimientos continuos de labios hacia todos los ángulos, para luego concluir con ambos brazos emanando un saludo que salía desde mi pecho; más precisamente, desde mi corazón. Después de un par de minutos, comencé mi despedida caminando lentamente por el sendero reverso hacia el vehículo. "Por favor, llevame a mi casa", le pedí a mi chofer.

Cuando llegamos, ambos estaban sentados en el living. "¿Tenés novedades?", preguntó con desesperación mi madrastra. "Papá está muerto, lo siento mucho", balbuceé. E, inmediatamente, los tres nos pusimos a llorar desconsoladamente.

Me llevó alrededor de media hora poder tomar fuerzas para recomponerme. "Quiero que se queden tranquilos. Nada va a cambiar. Ahora estoy a cargo de la Base y les prometo que vamos a intentar mantener una vida similar a la que teníamos antes. Yo no me iré a vivir a ninguna otra casa, me quedaré aquí con ustedes", continué con la serenidad y firmeza que requería el momento. Y no mentía: iba a ser todo lo posible para que, de aquí en más, ellos sufrieran la ausencia de mi padrastro lo menos posible.

En lo que quedaba del día me propuse descansar después de tanto estrés y tensiones acumuladas. A la mañana siguiente, me dirigí temprano a mi nueva oficina y comencé a delinear quienes serían los que se encargarían de cada una de las políticas específicas, los 'Ministros' de la Base, junto con los principales ejes de trabajo para que comenzaran a llevarlos a cabo de forma inmediata.

Por otro lado, finalmente tomé la decisión – después de meditarlo mucho con la almohada ayer a la noche - de liberar a todas las personas que habían sido apresadas para que regresaran a sus hogares. No era el típico 'arresto domiciliario' que asegure que no se escapen: tenía claro que era suficiente con prohibirles salir de la Base – era imposible huir con la custodia que había dispuesto en el aeropuerto - hasta que finalizara el apropiado proceso jurídico."

Por su parte, reflexioné en voz alta ante mis asistentes sobre otro tema central: "Quiero que la revisión de cómo sucedieron exactamente los hechos, junto con el porqué y quiénes fueron los responsables de los asesinatos – tanto de miembros de las Elites como por parte de los Ardim -, quede para más adelante. Es un tema técnicamente complejo – por ejemplo, al no existir la necesidad, nunca se contó en la Base con un equipo forense - y conllevaría además una discusión ideológica profunda y desgastante; por ende, no es el 'momento político' de llevarla a cabo a pocos días de haber asumido".

Estaba segura que, por contexto histórico y escala demográfica, no se podría pensar en un paralelo en espejo de lo que fue la

'Obediencia Debida y Punto final' de Raúl Alfonsín o los 'Indultos' de Carlos Menem. Aunque muchos lo podrían pensar, ahora solo quiero salir adelante y resolver los problemas urgentes de la Base.

Después de almorzar un sándwich en la oficina, decidí tomarme un respiro, un tiempo para mí. Había dado mi vida y meses enteros por esta revolución, la cual sentía como un éxito individual y colectivo – por supuesto, no sin sus inevitables sinsabores –; sin embargo, ahora necesitaba un espacio, aunque fuera limitado, para recuperar algo de mi vida.

Y en la elección, lo primero que sentía era que tenía que volver a creer en el amor. Porque después de todo lo que pasé, me di cuenta que sin pasión, eludiendo los dictámenes del corazón, la felicidad no podía ser completa. Era entonces el momento de buscar a quien había sido mi novia. Siendo sincera, no veía la hora de verla; es que estando aquí nuevamente en la Base, comencé a extrañarla como hace tiempo no me pasaba.

Preferí ir sola a buscarla; necesitaba mi propio espacio de tranquilidad. Mis custodios se negaron con amabilidad, con rostros que denotaban sorpresa y preocupación. El propio chofer me brindó una explicación más que racional: "Usted tiene una enorme responsabilidad, no puede andar sola por las calles de la Base. Estamos en un momento de alta tensión social, donde hay mucha gente armada y puede haber alguien que quiera herirla".

Sin quitar mi mirada de la ventanilla, le respondí: "Tienen razón, acompáñenme, pero les pido que me dejen en la esquina de su casa y me esperen a una distancia prudencial. Quiero intimidad; necesito que cuando me vea no reconozca a la nueva Jefa de Gobierno de la Base, sino a aquella joven que había estado profundamente enamorada de ella".

Al bajarme en la esquina de la casa, inmediatamente se me vinieron un montón de recuerdos felices a la mente. Cada paso que daba hacia su hogar lo disfrute rememorando una anécdota diferente. Había llegado a la puerta. Respire hondo y decidí que era el momento. Unos segundos después de tocar el timbre, su padre abrió la puerta.

"Ella ya no vive más aquí, pero te paso la dirección donde se encuentra y también su nuevo teléfono celular", me dijo después de abrazarme y felicitarme por el nuevo cargo. Luego de agradecerle y despedirme, le avisé a la custodia que iba a dirigirme caminando hacia otra casa, la cual quedaba a unas seis cuadras de allí; y para la tranquilidad de todos, les dije que podían seguirme con el vehículo.

No sé porqué había cambiado su número de teléfono celular, pero preferí sorprenderla personalmente antes de contactarla a través de un frío llamado. Lo que sí me sonaba más extraño es que se haya mudado; jamás mientras estuvimos juntas me mencionó que quería dejar la casa donde vivía junto a su familia.

Sin embargo, decidí no pensar más ni 'hacerme la cabeza': puse la mente en blanco y me relajé. El volver a caminar por las amplias y pacificas veredas, mientras disfrutaba de la frondosa arboleda y observaba aquella arquitectura tan distintiva, era un lujo que solo me podía brindar la Base y que, después de tantos meses de ausencia, no me quería perder.

Cuando llegué, me encontré con una casa sencilla, con el frente pintado todo de amarillo y una puerta de madera centrada en el medio. Al costado derecho, una ventana con las persianas bajas. Por sus asimetrías con la homogénea generalidad de los barrios Ardim, parecía ser de las primeras que se construyeron en la Base; estas habían tenido una habilitación especial para que, quienes las habitaban, pudieran darle su toque personal. Que como todo aquí, se fue perdiendo con el tiempo a medida que la población aumentaba y las instituciones se asemejaban cada vez más a las de la tierra.

Toqué timbre, pero no recibí respuesta. Golpeé la puerta y la ventana, pero nadie contestó. Después de esperar cinco minutos para ver si por casualidad ella estaba volviendo, lo llamé a mi chofer: "Esperame por favor en la esquina, voy para allá. No la encontré, así que voy a volver otro día". A los pocos segundos lo divisé haciéndome señas. Mientras iba caminando hacia allí, decidí marcar su número de celular. Tampoco nadie atendió. Continué entonces a paso firme. Era tiempo de volver a casa.

Solo tenía que cruzar la calle para llegar al vehículo, cuando giré mi cabeza para asegurarme que no viniera ningún auto o

colectivo a contramano. Y la vi. Me quedé helada. Iba de la mano de un joven, al cual reconocí enseguida; creo que solo lo vi un par de veces, pero recuerdo que en una de las últimas reuniones de la Organización, se había quedado hablando largo rato con ella sobre diversas actividades de ocio donde compartían gustos en común. Se notaba que venían dialogando plácidamente. Ambos sonrientes, él llevaba puesto una bermuda y una camisa de manga corta floreada. Ella, un vestido celeste largo que le cubría su imponente abdomen redondeado.

"Hola", fue lo único que atiné a decirle. Ella me respondió lo mismo, en voz baja y entrecortada. "Te presento a mi pareja" prosiguió rápidamente, queriendo evitar más lagunas incómodas. "Te felicito por lo que lograste", continuó él, mientras estiraba su mano derecha para saludarme.

Se me hizo un nudo en el estómago, un sentimiento de tristeza inconmensurable. "Muchas gracias. Solo quería saber cómo estabas, y veo que estás más que bien. Los felicito", respondí con una disimulada falsa sonrisa posando mis ojos en su rozagante vientre.

"Sí, estoy bien, muy feliz. ¿Por qué no venís a nuestra casa así charlamos un rato mientras tomamos unos mates?", continuó. Los miré dubitativamente. Después de unos tensos segundos de silencio, acepté. Con desgano, me ganó la intriga por saber que había ocurrido con ella y el grupo en general durante todo este tiempo que estuve ausente en la Base.

Me acerqué al vehículo y le dije a los custodios que me esperaran un rato, que iba a estar un tiempo en la casa de ellos. Caminamos los tres en sentido inverso los aproximadamente setenta metros que nos separaban de su hogar. Apenas ingresamos, el muchacho se dirigió al fondo de la casa, donde seguramente se ubicaba el dormitorio de la pareja. Nosotras nos quedamos en el living.

"Sentate por favor, charlemos un rato a solas. Ahora traigo algo para comer, ya vuelvo", me dijo mientras caminaba hacia la cocina y me señalaba un único sofá alargado, de un tipo de pana rosada que sobresalía del resto del mobiliario. Luego de traer el mate con unas medialunas de grasa y otras de manteca que parecían recién horneadas, se sentó a mi lado, y me invitó a que me sirva lo que desee.

Sin embargo, no moví ni un centímetro de mi cuerpo; solo la miré fijamente a los ojos. Estaba esperando que me dijera algo, que me explicara donde había quedado nuestro amor, porqué había decidido – si es que había sido conscientemente y bajo la tutela del gobierno – tener un hijo.

Mientras el silencio era el actor principal de la situación, comprendí que yo también tenía que dar cuenta de muchas cosas: mi ausencia física, conjugada con mis decisiones personales, seguramente implicaban – como mínimo -, un escenario de confusión para ella. Y con cierto sadomasoquismo culpógeno, debía además ser honesta conmigo misma: había pensado erróneamente que no existirían olvidos ni rencores en mi regreso triunfal. Que volvería y todo sería como antes.

Pero aquellos segundos solo fueron un lapsus de paz racional; inmediatamente, la bronca obnubiló nuevamente mi ser, dejando otra vez paso a la pasión y al sentimiento de abandono. Había perdido a mi gran amor. Y se notaba en mi rostro, el cual denotaba una tristeza indisimulable.

Tomó aire y comenzó su relato: "Cuando te fuiste, sentí un vacío enorme. Te extrañaba mucho, día y noche; y encima nuestra falta de contacto físico hacía todo todavía más doloroso. En aquel momento, recuerdo haber odiado con todo mí ser la impersonal virtualidad. Pero no te puedo mentir, ello no era lo más importante: la realidad es que la situación aquí en la Base se había vuelto muy difícil después del levantamiento que hicimos; todos los que habíamos participado nos sentíamos perseguidos, desprotegidos. Tuve mucho miedo de responder a tus mensajes, temor a que me secuestren, que me maten". Frenó su oración, pero ya era tarde: sus ojos rápidamente se habían llenado de lágrimas.

Luego de tomar un mate al que utilizó como elemento tranquilizador, continuó más lentamente, como midiendo cada palabra: "Después de un tiempo, luego de que vos te fueras, nos volvimos a juntar a escondidas con los chicos de la Organización. No para planificar o desarrollar algún tipo de estrategia; simplemente necesitábamos desahogarnos, charlar de cómo nos sentíamos. Y en aquel reencuentro, encontré consuelo en él. Se me acercó con mucha dulzura, me tranquilizó, y me brindó esa seguridad que

tanto necesitaba: seguridad de que no me iba a abandonar, que me iba a cuidar pase lo que pase".

Tomo una pausa y giró la cabeza hacia el ventanal, cuyo objetivo seguramente era evitar tener que mirarme a los ojos al momento de continuar su alocución: "Luego vino el embarazo. Fue simplemente el devenir del amor, nada de planificación. Por suerte el padre de él trabaja con uno de los miembros más relevantes de las Elites: ello permitió que nos perdonaran el no haberles informado el deseo de ser padres para que puedan planificar de antemano el deber ser futuro del bebé. Pero bueno, ahora el gobierno cayó, y estoy feliz por ello. Estoy segura que, tal como lo hablamos tantas veces, vos vas a terminar con toda esa legislación arcaica".

Había sido un golpe bajo, pero tenía que admitirlo: yo me había ido intempestivamente, sin insistir, sin intentar quedarme y priorizar mi amor por ella. Ahora quería hablar, decirle algo, pero no me salían las palabras: no tenía ningún argumento sólido para reprocharle nada; tampoco tenía fuerzas para intentar explicarle todo lo que había vivido durante mi estadía en la Tierra.

Cuando observó mi falta de reacción, tomó suavemente mi mano. "No hace falta que digas nada. Solo quiero que sepas que siempre me acordé de vos. Y ahora, con tu enorme corazón y capacidad para ponerte al hombro al nuevo gobierno, estoy segura de que las cosas van a cambiar para el bien de todos. Incluyendo el bebé que tengo en mi vientre; ahora sí, el podrá elegir su propio destino", concluyó.

Aquellas palabras, aunque inocuas para mi inmediato interés personal, me generaron una sensación de paz interior: estábamos a mano y, como aquel famoso libro de mediados del siglo pasado del escritor uruguayo Mario Benedetti, podía decir que con sus sinceras palabras había alcanzado 'la tregua' que me permitiría seguir adelante, guardando en mi corazón el hermoso recuerdo que fue nuestra relación.

Pretendiendo disimular la tristeza, le conté un poco de mi vida en la Tierra y algunas de mis ideas de gobierno. Y después de media hora de charla, ya más relajadas ambas, intenté ser lo más franca posible: "Creo que no son tiempos de cuestionamientos: entiendo que los dilemas del corazón se embeben en los ciclos de

la vida, donde en cada etapa se puede sentir, pensar, razonar, y actuar diferente. Lo importante es que te encuentres bien y feliz. Y quedate tranquila; mientras yo esté a cargo del gobierno, voy a intentar cumplir todos los deseos y objetivos que nos planteábamos cuando charlábamos hasta altas horas de la noche. Ahora es tiempo que te dediques a tu familia, a tu bebé, y disfrutes de este momento que seguramente debe ser mágico".

Ambas sonreímos y nos abrazamos muy fuerte. "Espero que me disculpes, con el nuevo 'cargo' tengo una agenda bastante cargada. Envíale mis saludos a tu pareja de mi parte. Y lo que necesites, sabes que contás conmigo". El chofer me esperaba en la puerta. En menos de media hora estaba en casa, descansando para juntar fuerzas para enfrentar lo que vendría. Que seguramente no sería sencillo.

Durante las primeras semanas, las cosas marchaban más o menos como las había planeado. Como suele suceder, siempre en la práctica surgen inconvenientes que dificultan el accionar programático: desde la adaptación de los recursos humanos a su nuevo rol socio-productivo, pasando por las complejidades que surgen en el ordenamiento económico, hasta las reticencias – no solo de las Elites desplazadas, sino también de algunos grupos de Ardim - a aceptar un nuevo modelo. Tenía claro que ante un cambio de *Statu-quo*, la 'luna de miel' sería más corta de lo que había leído en los libros de historia sobre la mayoría de los procesos de alternancia política.

De la Tierra no tenía novedades, más allá de algún tema burocrático menor. Todos los miércoles a última hora, enviaba los informes de gestión. Sin embargo, nunca recibía respuestas. Tampoco me dijeron que iban a enviar a alguien de las 'nuevas Elites' a trabajar conmigo. Sinceramente, la falta de comunicación me generaba 'ruido', pero pensaba dentro mío que seguramente la tarea de ordenamiento en la Tierra sería exponencialmente ardua; y que, por ende, ya se comunicarían conmigo más adelante.

Por mi parte, yo quería mostrarme autosuficiente; por ende, no quería 'demostrar dependencia' al preguntar porqué nadie daba cuenta de mi gestión en la Tierra. Por otro lado, estaba enfocada en la gestión, en poner en marcha la ejecución de las ideas con

total intensidad; hasta mismo le había comentado en algunas oportunidades a mis asesoras que había dejado de algún modo de lado – al menos momentáneamente - las cuestiones más vinculadas a lo que se denominaría 'hacer política' en sí.

Siendo viernes, decidí volver a casa temprano. Quería preparar el discurso que iba a dar la próxima semana con motivo de mi primer mes como Jefa de Gobierno, y realmente en la oficina no me podía concentrar. No solo quería describir, cuantitativamente, las primeras medidas que habíamos llevado a cabo con el equipo: además estaba convencida que era necesario volver a reforzar la necesidad de un esfuerzo conjunto que, aunque sabía que culturalmente era más que complicado, permitiría darle un impulso al crecimiento y al desarrollo económico de la Base.

Eran las seis de la tarde y me senté a tomar un café con la familia. Después de unos días, tanto mi madrastra como mi hermanastro se encontraban más serenos. Les había intentado explicar que en la historia de la humanidad estas cosas ocurrieron, y que a veces uno se encuentra en determinado momento y lugar donde termina jugando un rol activo, quien dice hasta relevante, que no espera ni desea.

No intentaba filosofar demasiado; solo traté de, con altura, ser lo más directa y franca posible. No sé si me entendieron del todo, pero lo único que les debía quedar claro, más allá de que obviamente el futuro no devolvería a su padre y esposo, es que si continuábamos este sendero de cambio que deseaba yo prevalezca '*in eternum*', probablemente tampoco nunca recuperarían los infinitos privilegios que tenía nuestra familia antes de la revolución.

Me dirigí a sentarme en el sillón de mi padrastro. Quería saber si podía encontrar en él sus olores, su tacto, su aura. Lamentablemente solo fueron unos minutos los que pude cerrar los ojos y recordar los hermosos momentos que pasamos juntos: mi teléfono celular, el cual había dejado cargando en un costado de la amplia mesada de mármol, comenzó a sonar incesantemente con el tono que tenía exclusivamente en el grupo de mis asesores personales.

Al principio me extrañó: le había dicho a mi pequeño 'círculo rojo' que dejáramos todos los temas laborales para el lunes a primera

hora, ya que al no haber nada 'urgente', podíamos disfrutar de un fin de semana de merecido descanso. Durante mis rápidos pasos hacia el teléfono, solo pensaba en que no le hubiera ocurrido nada a mi madre en la Tierra. Ella era lo único que me interesaba que se encontraba fuera de mi inmediato control.

Era uno de mis asesoras: "Disculpe que la moleste a esta hora, pero es muy importante: se comunicó conmigo la Secretaria de los Líderes de la Agrupación desde la Tierra, y están pidiendo que todos los hombres y mujeres del más alto nivel se presenten lo antes posible en la Casa de Gobierno. Parece que algo grave ocurrió, pero no me dieron ningún tipo de precisiones", fueron sus escuetas y titubeantes palabras.

Le dije que me preparara inmediatamente un vuelo chárter nocturno especial que saliera esta noche. Luego di aviso a mi núcleo de mayor confianza para que se prepararan. En el mientras tanto, le pedí al Ministro de Comunicación de la Base que me averigüe todo lo que pudiera sobre la situación en la Tierra. "Nada señora, lo único extraño es que hace dos días no recibimos ningún tipo de comunicación. Con frecuencia envían algún tipo de 'aviso parroquial' o disposición burocrática; a pesar de ello, no se me ocurrió indagar porque simplemente pensé que podía ser algún tipo de retraso por un tema técnico o de personal", se justificó el responsable de la cartera.

Yo sabía – y él también – que había cometido un error. En mi discurso del día de la asunción de todos los Ministros y Secretarios, había dejado bien en claro que no había que perder ningún detalle, que todo podía ser relevante, sobre todo al principio de la gestión hasta que nos podamos asentar y conocer bien a fondo los vericuetos del sistema. En definitiva, ahora ya era tarde. Deberíamos ir a la Tierra desprovistos de un análisis previo. Y eso podría ser una gran desventaja a la hora de enfrentar una problemática seguramente compleja por el tenor del llamado.

"Salimos a las once de la noche", fue el último mensaje de una de las asesoras. Solo tenía tiempo para bañarme, comer algo, y preparar una maleta con alguna ropa y objetos de aseo personal para un par de días. Que en realidad podrían ser semanas o meses; pero no lo sabría hasta que llegáramos a destino. "Me tengo que ir de

urgencia, pero espero volver pronto. Cuídense mucho y cualquier cosa me avisan", les dije a mi madrastra y a mi hermanastro, mientras observaban con asombro la velocidad en la que acomodaba mi ropa desparramada en el living.

A las once de la noche en punto despegamos. El silencio era mortuorio; nadie decía una sola palabra. Tampoco se podía conciliar el sueño. La tensión iba por dentro; sin información sobre lo que estaba ocurriendo, todas eran hipótesis. En mis pocas semanas de gestión ya me había acostumbrado a trabajar sobre hecho facticos, soluciones programáticas con un sustento de causalidad. Por el contrario, acá no había nada en que pensar; las potenciales soluciones eran la nada misma. Por ende, después de cuarenta minutos de pensar sin sentido, se aflojaron mis músculos y me quedé dormida.

Mi asesora de mayor confianza me tocó el hombro suavemente para que me despertara lentamente. Estábamos ya en el tren de aterrizaje. "Estamos llegando. Me acaban de avisar que nos esperan en una hora y media en Casa de Gobierno", me informó mientras yo trataba de despabilarme lo más rápido posible. "Perfecto, salimos del aeropuerto y vamos directo para allá", le respondí mientras redirigía mi mirada al chofer, quien solo atinó a asentir con su cabeza.

Las calles parecían tranquilas, con menguado movimiento, nada extraño. Cuando llegamos a la Casa de Gobierno, estacionamos justo enfrente de la puerta principal. Apenas ingresamos, vislumbré a muchos compañeros de la Organización que se encontraban destinados en diversos Organismos. A los saludos efusivos y las preguntas de cómo iba todo, les siguió la incertidumbre: nadie sabía que estaba pasando, ni porqué habíamos sido citados con tanta urgencia.

"Ambos líderes están terminando una reunión; esperen por favor en la sala contigua que ya van a ir para allá", nos indicó una de las secretarias privadas mientras volvía caminando con cierto apuro desde el largo pasillo que se encontraba en diagonal a la derecha de la entrada principal. Ingresamos rápidamente y nos sentamos los más de veinte funcionarios alrededor de la larga mesa de granito rectangular; a los pocos minutos, tres mozos – que por lo que me habían comentado eran los mismos que se encontraban antes de

la revolución y volvieron a sus tareas -, nos ofrecieron algunos aperitivos y refrigerios varios. No lo podía afirmar con precisión: pero estaba bastante segura que esta bienvenida implicaba cierta distensión positiva en relación a lo que estaba por venir.

Durante la espera, preferí no contar mucho sobre lo que estaba ocurriendo en la Base. "Todo bien, ordenando la economía, redistribuyendo tareas, mejorando procesos. Intento que la dinámica diaria se encuentre bajo control, sin sobresaltos", fue mi discurso en tono monolítico. Palabras que decían poco en términos políticos, pero consistentes con lo que esperaban escuchar. Sin fisuras técnicas, ni 'rosca' - el 'arte de la política', como lo explicaba con enorme solvencia Durkheim - que pueda generar alguna implicancia negativa para con mi gestión en el espacio. Es que aunque los presentes habían sido todos compañeros de militancia, ahora la situación era diferente: bajo los efectos del 'poder' no se podía confiar en nadie, menos sin saber nada de su accionar reciente estando tan lejos de la Tierra.

Habían pasado unos veinte minutos cuando ingresó el líder. Al principio no lo reconocí; su apariencia se encontraba bastante lejana a aquel hombre investido de fajina revolucionaria: un fino traje a rayas marrón, corbata al tono, y anteojos con marco de madera lo asemejaban bastante a un hombre de las Elites. A cualquiera de ellas.

"Buenos días a todos señores y señoras. Muchas gracias por venir. Perdón por el apuro y el abrupto requerimiento, pero la situación ameritaba una reunión presencial", fueron sus primeras palabras. La atención colectiva era total; petrificados, la mayoría confirmábamos la presunción de que algo realmente disruptivo había ocurrido.

"Quiero que sepan que ya no cogobernamos con los Efidus: ahora estamos a cargo de todo nosotros", sentenció con voz firme. No entendía nada. Hace menos de un mes nos habían provisto de armas, estaban detrás nuestro el día de la revolución, habíamos coordinado la transición, los roles, y la división de Ministerios. Además, no creo que se hayan ido por su propia voluntad; en realidad, debía ser justamente al revés, si todo había comenzado con su objetivo de tomar el poder.

"Háganme un favor. Tómense el día con sus asesores y prepárenme para mañana a primera hora un informe del estatus en cada una de sus jurisdicciones de acción. Quiero que sea focalizado y pormenorizado sobre los Efidus que trabajan con ustedes, que ha ocurrido con las antiguas Elites, y cuál es el 'humor social' de la población", prosiguió. Nos saludó y salió rápidamente. De su compañera, ni noticias. Todos los presentes hicimos un paneo mirando indistintamente al resto. Pero nadie decía una sola palabra. Por ende, decidí tomar la iniciativa y salir primera del salón. Todo el resto se retiró raudamente detrás de mí.

Las caras de sorpresa de mis asesoras cuando les comenté textualmente lo que había escuchado, eran irreproducibles. Luego de que concluí, no me quitaba los ojos de encima; necesitaban algún tipo de explicación de mi parte. O al menos alguna reflexión. "Miren, quiero analizar un poco más los hechos para entender que pasó, pero sobre todo qué está pasando en estos momentos. Por ende, cualquier cosa que se enteren, tomen nota. Y en cuanto al requerimiento, preparen una presentación muy general, suavizada, sin alardes ni información comprometedora de ningún tipo. Los espero mañana a las siete de la mañana en punto en la habitación del chofer".

Con toda la comitiva estábamos parando en un hotel a pocas cuadras de la Casa de Gobierno. El pedido de la reunión en la habitación del chofer tenía su razón de ser: estaba segura que en el Lobby, o mismo en mi habitación, había cámaras o micrófonos ocultos. Puestos por las Elites, los Efidus, o quien dice los mismos integrantes de nuestra Organización; es decir, no me sorprendería que también se haya pergeñado algún tipo de 'caza de brujas' buscando traidores. Todo era factible; más aún en un manto de tanta incertidumbre y secretismo.

Decidí pasar el resto del día con mi madre, a la que a pesar de que no hacía tanto había visto por última vez, ya extrañaba enormemente. Le pedí a mi chofer que me acompañara a su trabajo. Iba a llamarla, pero finalmente no le dije nada para sorprenderla al salir. Cuando la observé cruzando la puerta, su sonrisa, con los labios curtidos por los años, tenía una amplitud maravillosa.

"Te amo hija mía. No sabes cuánto te extrañé. Creo que más que antes, cuando ya había perdido las esperanzas de volver a verte; ahora entiendo que estás bien, cumpliendo tus sueños, pero el saber de la posibilidad tangible de poder pasar tiempo con vos es más fuerte. Me alegro tanto que estés aquí". Nos abrazamos muy fuerte. Y no pude contener las lágrimas. "Yo también te amo, mamá".

Me dijo que la esperara en al bar de la esquina aproximadamente una hora, que tenía que terminar unas cosas sin falta antes de salir. Le dije al chofer un horario para que nos recoja, y me senté en soledad a tomar un café. Con la mirada perdida e intentando comprender la 'estupidez humana', como el paciente Rantés en la película 'Hombre mirando al sudeste' – la cual me recomendaron apenas me uní a la Organización en la Tierra para comprender un poco más las miserias humanas y el estado de permanente vulnerabilidad social y psíquica que se encontraba nuestra sociedad -, solo veía a la gente pasar; golpeando, como olas de mar contra las rocas en un atardecer costero ventoso, mi ya lastimado ánimo. Es que la mayoría de los transeúntes continuaba con la mirada triste, como agotados, con paso cansino y vacilante. Lejos estaba de apreciar la alegría revolucionaria que hubiera esperado encontrar a casi un mes de la gesta en la cual tomamos el poder.

Cuando mi madre me hizo un ademán desde la ventana próxima a la mesa donde me encontraba sentada, inmediatamente me comuniqué con el chofer para que nos recogiera. No tardó cinco minutos en llegar y, en menos de una hora y cuarto, estábamos sentadas en el living de su casa.

¿Cómo estás hija?, fue lo primero que me preguntó luego de servirme un café con mucha leche, tal como sabía que me gustaba, mientras ella se acomodaba con un té en su sillón. "Estoy bien mamá, con mucha responsabilidad y trabajo, pero las cosas están mejorando de a poco", le respondí sin más detalles.

Luego fui yo quien preguntó. Estaba muy interesada en saber que había ocurrido en este poco tiempo de ausencia. O, al menos, escuchar cuál era su percepción, que probablemente no era ajena a la media de la sociedad. No sé si me sorprendió; pero se encontraba apática, sin fuerzas, como decepcionada. "No he visto cambios sustanciales. La gente habla con mayor libertad, eso sí. Pero con

respecto al resto de las cuestiones, sobre todo las relacionadas con las mejoras socio-económicas prometidas, han quedado en eso: solo promesas".

Esperó unos segundos como esperando mi reacción; creo que tenía temor a que pudiera sentirme ofendida de cómo hablaba de 'Mi Gobierno'. "Continúa mamá, me es de mucha utilidad lo que me decís", le dije para dejarla tranquila. Entonces retomó la palabra: "Sigue habiendo enorme escases de productos, no han incrementado la asistencia social, he escuchado a algunos pequeños comerciantes decir que los créditos prometidos nunca llegaron; y así podría seguir. Pero no sé si vale la pena; además, estoy segura que nada de ello es tu responsabilidad".

Entendiendo ella que había sido lo suficientemente explicita sobre el contexto situacional, con su mano derecha tomó suavemente la palma de mi mano izquierda: "Tengo miedo por vos. Ahora sos una persona conocida y, para serte sincera, ya me han llegado comentarios sobre tu homosexualidad. La sociedad no se ha vuelto libre de homofobia, racismo, intolerancia y sectarismo de la noche a la mañana. Acordate que venimos de décadas de oscuridad, de retroceso. No estamos más en aquel mundo donde los movimientos de igualdad para con los colectivos de diversidad social habían logrado, con enormes esfuerzos, ser visibilizados y respetados".

Para mi madre – aunque creo que aplica para la mayoría de las madres -, el Mundo entero podría pasar a un segundo plano si tenía que proteger a su hija. Y aunque me dolían sus palabras, entiendo que quería cuidarme: "Te puedo asegurar que en muchas barriadas donde viven miles de hombres y mujeres que buscan respuestas a sus miserias, han florecido pastores que promueven una fe agresiva, sectaria. Estos les inculcan a las mentes y corazones de los fieles que los homosexuales deben ser buscados para ser apaleados hasta su muerte; solo por el mero hecho de que ellos los consideran trastornados psiquiátricos, pervertidores del orden natural".

Yo la escuchaba atentamente. No podía sacarme de la cabeza la vuelta de los Talibanes al poder en Afganistán en el año 2021, veinte años después que habían sido expulsados teóricamente 'para siempre'. Escudados bajo el manto de la tergiversación de una

ideología, una cultura y una religión, nunca les importó siquiera disimular el desprecio y la denigración por el género femenino. A partir de aquel momento comenzó una época oscura, un momento donde los sueños se coartaron abruptamente, donde se perdió el valorar la vida humana como acto de amor supremo; un estadío en el cual la libertad y el desarrollo del deseo, el ocio, y el aprendizaje, dejaron de ser derechos plenos para pasar a ser hechos fortuitos del destino.

"Además, la revolución provocó una ola de inmigrantes que nunca vi en mi vida. Vienen de todos lados pensando que con el nuevo gobierno van a encontrar el paraíso. Pero la realidad es que hasta ahora solo hay miseria. Es duro decirlo, pero la lucha del 'pobre contra el pobre' se ha incrementado drásticamente en las últimas semanas". Cada palabra emitida por mi madre no solo me generaba más bronca, sino que además me traía a la mente un duro recuerdo.

En los meses previos que había estado en la Tierra, se habían acercado a la agrupación algunos miembros de la colectividad sudanesa y me habían contado sus experiencias previas intentando cruzar el Mar Mediterráneo, arriesgando su vida y la de sus familias; si tenían el milagro de tocar tierra firme y que no los deportaran gobiernos cuasi-totalitarios que querían una Europa 'limpia' de personas con otro color de piel, creencias o religión, debían luego trabajar el resto de su vida en condiciones paupérrimas. Todo para 'sobrevivir' en una mejor situación que en sus países de origen; o, dicho de otro modo, para que puedan asegurarse que sus hijos puedan comer diariamente y obtener una mínima educación.

Más aún, yo misma me sentía hija de inmigrantes dentro de un mismo país. Expulsados primero hacia la Base, y luego obligados a retornar por el mero hecho de querer mejorar su vida tal cual lo deseaban, mis padres nunca terminaron de encontrar su lugar. Y ahora pienso donde estará el mío. Lo que estoy segura es que nadie que nace en un lugar medianamente acogedor, con la suficiente libertad para pensar, expresarse y realizarse, y con una calidad de vida que se aproxime a la dignidad, quiere abandonar sus lazos afectivos. Sea en el espacio geográfico que sea.

"Gracias por la sinceridad mamá, no me molesta para nada lo que me decís. Es más, lo que me contás me sirve para que podamos mejorar e implementar lo que vinimos a hacer. Estoy segura de que el nuevo gobierno, del que soy parte, quiere una nueva sociedad. Con valores ligados a la equidad, las relaciones pacíficas, la mancomunión y la seguridad. Una sociedad basada en el bienestar material, el amor y la tolerancia. Por eso luchamos nosotros", le respondí con una sonrisa suave, ahora tomándole yo su otra mano.

Entiendo que había pasado solo un poco más de un mes del cambio de gobierno, pero me hubiera gustado que se tomaran algunas medidas fuertes, aunque sea dos o tres ejes de trabajo altisonantes que hubieran transmitido 'gestión' a la población. Se necesitaba un shock de optimismo, de esperanza. Para ello debíamos asegurar el abastecimiento sólido y constante de información; ya que la ciudadanía, aletargada después de décadas de falta de educación política, no poseía una lectura lo suficientemente aguda para comprender los costos de un cambio estructural de semejante magnitud.

¿Cómo no explicar que la falta de medicamentos o alimentos implica embeber una dinámica histórica que excede al gobierno que recién acaba de asumir? ¿Por qué no se muestra un programa de infraestructuras con un detalle pormenorizado de los tiempos de construcción? No solo era ingenuo, sino además altamente contraproducente: éramos la última esperanza de millones; por ende, nuestro fracaso haría que el proceso de caída sea aún más empinado, con una decepción tal que agravaría exponencialmente la tensión y el descontrol social.

¿Acaso queremos llegar a un nivel de tal frustración, desencanto, que nos obligue al 'gobierno del pueblo' a tener que reprimir a la propia ciudadanía en las calles? Mejor ni pensarlo. Debemos actuar ya: ser muy ilustrativos y dar cuenta, en todos los medios de comunicación existentes, porqué pasa lo que pasa y que es lo que haremos de aquí en más.

Este hipotético escenario me retrotrajo al último libro que leí antes de venir por primera vez a la Tierra: el mismo desarrollaba puntillosamente la historia de los últimos meses y los días posteriores a la crisis de Diciembre del año 2001 en nuestro país.

Aquella Buenos Aires era un hervidero, en un contexto de enorme gravedad económica e inestabilidad social después de años de crisis, donde la recientemente recobrada democracia no había dado las respuestas suficientes para mejorar con asertividad la calidad de vida de las mayorías. Bajo aquel marco institucional, el hartazgo político se había hecho evidente a través del 'que se vayan todos'.

Definitivamente, hoy en día me encontraba con el mismo temor que los miembros de la 'Alianza' gobernante de aquel entonces: ante el enorme halo de esperanza que habíamos traído como una 'brisa de verano' después de décadas de subyugamiento, lo último que deseaba es que, más temprano que tarde, tengamos que 'huir en helicóptero' como el entonces presidente Fernando De la Rúa.

Por ende, estaba decidida: no me iba a quedar con los brazos cruzados. Mañana lo expresaría, con claridad y firmeza, ante los líderes y el resto del gabinete. La pertinencia y oportunidad son variables fundamentales para la toma de decisiones. Había que cambiar, pero de verdad. Aquí y ahora.

Después de una hora intensa, intenté llevar la charla hacia temas banales: cómo se estaba llevando con los vecinos, si había cambiado sus hábitos alimenticios desde que yo me había ido, su dedicación a la actividad física. Después de brindarme respuestas tibias, inocuas, como para salir del paso, se recostó hacia atrás unos cuarenta y cinco grados y redirigió su mirada a la ventana. "¿Te puedo contar algo?", continuó luego de girar sus pupilas hacia mi persona. "Por supuesto mamá, lo que quieras".

"¿Sabes por qué no formé pareja desde la muerte de papá? Porque nunca dejé de extrañarlo. Lo amé con locura, vivimos mucho juntos, ya lo sabés. Deseos, sufrimiento, felicidad. Nadie nunca entendería mi mirada como él".

Mientras la contemplaba en silencio, observaba el caer de pesadas lágrimas sobre sus mejillas. La abracé y le dije que se quede tranquila, que todo iba a estar bien. "Estoy para escucharte, contame todo lo que te pasa, lo que sientas". Entonces respiró hondo, buscando esa fuerza para continuar con el relato: "Muchas veces me sentí muy sola. Por ello tu llegada me hizo realmente muy feliz.

Y cuando te volviste a ir, no quise dejar que la tristeza me invadiera. Porque sabía que era una oportunidad única que te daba la vida. Un desafío enorme que te permitiría cumplir con tus sueños".

Parecía que su expresión sentimental no era todo, que era una introducción, que había algo más detrás de su posterior silencio. Luego bajo la mirada nuevamente: "A los pocos días que vos te fuiste, conocí a un señor, un nuevo proveedor de la empresa en la cual trabajo. Fue muy gentil desde un primer momento, me invitó a tomar un café, y así empezamos a conocernos. Me trata muy bien, y la verdad que estoy disfrutando de nuestros encuentros. Lo único, y no te puedo mentir, tenía un poco de temor a tu reacción. A pesar de los años que estuvimos sin saber nada la una de la otra, no me es cómodo contarte que estoy saliendo con un hombre que no es tu papá".

Más allá de lo que habíamos vivido como familia, como ha sido la separación, el dolor y la muerte, lo que me sorprendió fue la forma de expresarme respeto por parte de mi madre. Cuidar mis sentimientos desde el vamos, aún sin saber cuál sería mi posición al respecto. "Nunca te voy a juzgar mamá; no lo he hecho por lo que pasó conmigo, menos con algo referido a tu vida personal. Los objetivos colectivos generados desde mi lógica política nunca van colisionar con los deseos individuales para con el bienestar del otro; ni tuyos ni de nadie. Más aún, son un necesario complemento: el desarrollo personal, en conjunción con la calidad de vida de toda la población, deben ir de la mano del amor y la pasión. Creo que esta es la mejor forma de acercarse a una felicidad cuasi completa; aunque, por obvias razones, no podría decirte si alguna vez alguien la ha alcanzado", le respondí con tono firme pero suavizado con una enorme sonrisa.

"Justo estuve pensando en los días previos a mi regreso si querías venir a vivir conmigo a la Base, ya que creía que iba a ser bueno para ambas. Vos estarías más tranquila sin trabajar, bajo nuevos bríos, y por supuesto cerca mío. Pero ahora veo que las cosas han cambiado. Por lo que me acabás de contar, lo mejor es que continuemos visitándonos todo el tiempo que podamos. Ojalá que puedas afianzar esta hermosa relación que recién está comenzando", continúe mi alocución.

Una vez más, nos abrazamos y besamos con todo el amor que pueden brindarse una madre y su hija. Y lloramos juntas, sin parar, hasta que sonó mi celular: era el chofer que me avisaba que estaba en la puerta, listo para salir cuando le diera la orden.

Mientras tomaba un último sorbo de café, se me ocurrió una idea: "Mamá, te propongo algo que me acaba de venir a la mente: aunque sea venite conmigo una semana a la Base. Vas a recordar viejos tiempos – los buenos y los no tantos, pero creo que en el balance vale la pena - y te prometo que te dedicaré el máximo tiempo posible. Yo ahora tengo que volver al hotel donde estoy hospedada porque debo organizar varias cosas ya que mañana a la mañana tengo una reunión muy importante", proseguí exultante.

Observé que ambos ojos se le abrieron como dos enormes nueces "Estoy sorprendida, pero muy feliz. Te agradezco hija por pensar tanto en mi bienestar", fue su inmediata respuesta. "No me tenés que agradecer nada mamá. Vos solo estate preparada: armá un bolso, avisá en el trabajo que querés tomarte los días que te deben, y decile a tu pareja que te vas a pasar unos días con tu hija de vacaciones. Apenas solucione mis temas laborales, partimos para allá. Mientras tanto, descansá bien que yo me voy a estar comunicando con vos para decirte cuando el chofer te va a pasar a buscar para llevarte al aeropuerto", proseguí exultante.

A pesar de que iba a volver a aquel lugar que la había expulsado como una paria, no mostró signos de reparo. Tampoco de haber guardado rencores, a pesar de que seguramente existían en su corazón heridas abiertas difíciles de sanar. Pero además, también creo que había otra cosa: Como diría el viejo dicho popular, 'no importa tanto el donde, sino el con quién'. Íbamos a estar mucho tiempo juntas, qué mejor que eso. Sin embargo, ahora era el turno de despedirnos por un rato. El chofer me esperaba con la puerta abierta.

Llegamos al hotel y fui directamente a la habitación. Me pedí por teléfono una ensalada en el bar, tomé una ducha y me puse el pijama. Intenté realizar algunas anotaciones de trabajo para mañana, temas aleatorios que se me ocurrieran. Sin embargo, estaba tan estresada que solo quería estar acostada. Intenté dormir, pero nada. Contorneaba mi cuerpo de izquierda a derecha, pero sin éxito: los nervios me estaban jugando una mala pasada.

A las cuatro de la mañana ya estaba sentada en una de las sillas junto a la mesa ratona, pensando el cómo iba a encarar la reunión y la forma que expresaría lo que yo creía una real necesidad de llevar a cabo algunas políticas de forma diferente. Entre café y café, reflexionaba cuidadosamente cada palabra: debía ser muy prudente con las formas y el contexto situacional. Ahora había muchas personas – sobre todo los que creían en las políticas que estaba implementando en la Base, incluida mi propia familia -, que dependían de mis decisiones. O mejor dicho, yo estaba convencida que mis dichos o hechos podían cambiar radicalmente sus vidas.

A las seis en punto le envié un mensaje a una de las asistentes. Es que necesitaba, además de mis apuntes, tener un escriba. "Quiero que te pegues a mi lado todo el día. Desde la reunión con el resto del equipo en el hotel, hasta lo que pase en Casa de Gobierno y lo que derive después. Todo debe quedar grabado; no se me puede pasar nada por alto".

Cinco minutos antes de lo pactado, toqué la puerta de la habitación del chofer. "Adelante por favor", se escuchó la voz del dueño de la misma del otro lado. Todos estaban esperándome sentados alrededor de la mesa rectangular ubicada en el pequeño living; en la misma había agua, jugo de naranja y una docena de medialunas.

"Buenos días, comencemos ya chicos", les dije apenas apoyé ambos pies en la alfombra verde que cubría el palier de ingreso, mientras los integrantes del equipo se iban reacomodando en los diferentes sectores de la habitación: algunos sentados en la cama de doble plaza, otros en sillas; los guardaespaldas fueron los únicos que permanecieron de pie.

"Realmente no pudimos averiguar mucho sobre lo que pasó. Ninguno de nuestros contactos sabe a ciencia cierta que está ocurriendo. La única información proviene de la propia Casa de Gobierno: algunos empleados de maestranza nos confiaron que en los últimos días escucharon discusiones en elevado tono de voz; hasta gritos en un par de ocasiones. No podemos confirmar mucho más que eso", se expresó una de las asistentes, temerosa por el relativo fracaso de la tarea asignada.

"¿Alguno tiene algún dato más que considere relevante?", continué después de que se produjera un contexto de corroído enmu-

decer. Giré la cabeza ciento ochenta grados y solo pude observar las vistas hacía el piso de todos los presentes; lo cual era una clara confirmación del porqué de los silencios. "Veo que nadie tiene nada más que decir; entonces no perdamos más tiempo: vamos a la reunión".

Ingresamos a la Casa de Gobierno por la puerta principal. Lo primero que nos sorprendió es que observamos muy poca gente en el edificio. Los pasillos se encontraban cuasi vacíos: solo resaltaba la impronta seca del personal de seguridad apostado en las esquinas y algunas personas – probablemente empleados administrativos - que deambulaban con carpetas bajo el brazo.

Quienes se encontraban en Mesa de Entradas nos hicieron esperar una vez más en las sillas ubicadas a metros del salón principal. No habían pasado diez minutos de charlas informales con los compañeros cuando una señora robusta, de unos sesenta años, se me acerca para decirme algo al oído. "Usted ya puede entrar al salón", me susurró en un tono débil, como si fuera un secreto que nadie más pudiera escuchar.

Me paré y, previo a ingresar al salón, me acerqué al resto del equipo: "No era nada, solo me dijo que ingrese. Un protocolo inocuo para alimentar un estúpido secretismo burocrático. Espérenme acá afuera y, como les vengo diciendo, estén muy atentos a cualquier cosa que fuera a pasar".

Fui la primera en entrar. Con el correr de los minutos, de a poco fueron ingresando el resto de los funcionarios al salón. Salvo dos personas a las cuales no conocía – seguramente dirigentes que se sumaron al espacio en las últimas semanas -, el resto era casi la totalidad de la 'mesa chica' histórica de la Organización.

Pasaron unos veinticinco minutos hasta que llegaron los líderes. Él nos saludó a todos con un breve ademán de su mano derecha. Ella, con un halo de soberbia inusitada, ni se dignó a levantar la cabeza cuando expresó un casi imperceptible "buen día".

Mi pensada estrategia era callar hasta encontrar el momento apropiado para hablar. "Primero queremos escucharlos, luego hablaremos nosotros. Comencemos en ronda", fueron las primeras palabras del Jefe. Empezaron dos lugares a mi derecha. La primera

en disertar era la Encargada de las Problemáticas Sociales en la Tierra. Sus inicios fueron dedicados, de manera muy generalizada, a la paupérrima situación en la cual se había encontrado el país cuando comenzó su gestión: números, cifras e indicadores que, si nos alejamos de los tecnicismos y lo trasladamos a la vida cotidiana de hombres y mujeres de carne y hueso, solo podían causarnos una enorme congoja y tristeza.

Solo en las últimas placas presentó alguna de las primeras políticas paliativas. Con gusto a poco y nada. Al concluir, llegó el pedido desesperado: "Por favor, les ruego, sin recursos es poco lo que puedo hacer. Necesito más, mucho más, para llevar adelante todo lo que tengo en mente", concluyó. Luego hubo un mísero silencio. "Muchas gracias. El siguiente por favor", prosiguió la Jefa sin ningún tipo de miramientos.

Quien continuaba y me predecía en la ronda era un muchacho joven que llevaba el atuendo más informal de todos – zapatillas, un jean gastado, un pullover verde -. Comenzó con un discurso vehemente y combativo sobre su Cartera de Educación: "Rápidamente hemos implementado las medidas harto necesarias; el adoctrinamiento tenía que ser inmediato y así se hizo", mencionó con un tono de tupida confianza. Lo conocía de las reuniones; por ende, no me sorprendió cuando concluyó con un "y puedo asegurar que ya estamos obteniendo excelentes resultados".

Había llegado el momento. Todas las miradas se posaron en mí, incluyendo, con un tino filoso, los de la pareja de líderes: Evidentemente, había interés; expectativas sobre lo que iba a decir en relación a la Base. "Agradezco mucho la invitación; la realidad es que me agarró un poco desprevenida. Igualmente estoy muy contenta de volver a verlos a todos", comencé con un tono de cordialidad monocorde. Luego intenté sintetizar mi gestión, banalizando intermitentemente su relevancia en detrimento de lo que estaba ocurriendo aquí en la Tierra.

"No es tan así. Sabemos que estás haciendo un muy buen trabajo; el manejo de tu gestión no es un tema menor para nosotros", me interrumpió la líder, evidenciando lo que ya presumía: tenía algunos colaboradores o allegados en la Base que actuaban como informantes de cada paso que daba, cada política que había intentado implementar en estas semanas de gestión. "Muchas gracias", le respondí con una tenue y disimulada sonrisa.

A pesar de no convencerme nada de lo que estaba ocurriendo - ni en las formas ni de fondo -, y habiendo mantenido hasta el momento cierta distancia - cubriéndome bajo un diálogo que denotaba formalidad y profesionalismo -, había llegado la hora de actuar.

Cuando observé que comenzaba a mover los labios el siguiente expositor a mi derecha, interrumpí, rápida de reflejos para evitar que me obstaculicen el pedido, la dinámica del proceso: "Disculpen; me gustaría, ya que no estoy en la coyuntura de lo que ocurre aquí en la Tierra, hacer algunas preguntas. Sé que probablemente se hable más adelante de ello, pero estoy realmente intrigada en saber qué pasó con nuestro acuerdo con los Efidus. Y lo pregunto ahora para comprender, y después actuar en consecuencia, dentro de mi esfera de gestión, que es la Base".

Un silencio sepulcral invadió el salón. Algunos miraban hacia los costados, otros agachaban la cabeza. Ni los líderes se atrevían a hacerse cargo de la situación. "Hubo algunos inconvenientes", comenzó tomando a desgano la palabra la Jefa. "Su fascismo era insoportable; pero, por sobre todo, querían vaciarnos de poder más rápido de lo que nosotros imaginábamos. Sabíamos que podía llegar a ocurrir, pero no en tan poco tiempo; el doble comando se hizo insostenible hace unos diez días. Eran ellos o nosotros". Sus imprecisas palabras introductorias, las cuales denotaban una enorme intensidad, no lo confirmaban. Aunque tampoco era necesario: los Efidus no existían más.

No pensaba preguntar nada más. Hasta podría ser contraproducente el saber cómo habían acabado con ellos. "Esta situación derivó en la necesidad de redefinir objetivos y ocuparnos de problemáticas que emergieron de esta situación. Por ejemplo, ahora estamos viviendo las consecuencias: los acopiadores y productores de bienes y servicios, parte de la vieja Elite, ya habían sido cooptados por los Efidus y estaban tranquilos conque no se tocarían sus intereses. Pero cuando aniquilamos a nuestros ex socios, el temor a una expropiación masiva se apoderó de ellos. Por ende, decidieron quemar todos sus bienes y huir con el dinero líquido al exterior", prosiguió con un cigarro en la mano el hombre de anteojos negros y abdomen prominente, la 'mano derecha' histórica del Jefe.

"Ya hemos encontrado, juzgado y encarcelado a los miembros de la gendarmería coimeados que les permitieron salir por la Triple Frontera. Seremos muy rigurosos con las Fuerzas del Orden también; no podemos permitir la corrupción de ningún tipo, y menos en esta delicada situación", concluyó la Ministra de Seguridad y Defensa.

Todos los temas se me entrecruzaban a mil kilómetros por hora en mi cabeza. No sabía ni por dónde empezar. ¿Cómo nos abasteceremos? ¿Qué pasará con el tipo de cambio, el control de la inflación, las deudas? ¿En que quedarán los acuerdos, tanto locales como internacionales, que tenían las Elites gobernantes y posteriormente los Efidus?

Es que estos últimos aseguraban una continuidad estructural, al menos en el corto plazo, hasta que podamos realizar los cambios realmente necesarios. Pero ahora, sobre todo después del actual 'doble proceso revolucionario' – primero desplazando a las viejas Elites, y luego terminando con los Efidus -, la confusión socio-económica y productiva podría conducirnos hacia un caos institucional si no se tomaban rápidamente las riendas de la situación.

Por otro lado, no podía dejar de olvidar las muertes. Mejor dicho, los asesinatos. No los realizados por los otros, los 'malos', sino las provocadas por los propios. Avaladas por mis pares, mis compañeros de militancia; una violencia para-estatal desde MI gobierno, del cual yo representaba. Por ello, mientras la ronda y el resto de los encargados de cada área continuaban exponiendo sus penurias, mi mente solo se centraba, infructuosamente, en buscar respuestas éticas. Sin embargo, después de unos minutos me di cuenta que era inútil en aquel entorno tóxico: solo quedaba esperar que la reunión terminara, salir de allí lo más rápidamente posible, y ordenar mis ideas.

¿Alguna pregunta más?, continuó la jefa después que finalizara el último expositor. En el solo movimiento de las pequeñas arrugas en su rostro, ya se le notaba la mala predisposición, el cansancio de haber escuchado un sinfín de problemas de compleja resolución. "Más allá de las dificultades económicas, lo más importante ahora es cohesionar nuestro sistema de Defensa, Seguridad e Inteligencia. Allí no puede haber fisuras. Tenemos que estar listos para defendernos

de quien sea, y como sea", sentenció en 'modo inquisidora' para dar cierre a la reunión. Agradeció protocolarmente la colaboración de todos y, por suerte para con mi psiquis, dio el visto bueno para que nos retiráramos.

Decidí tomarme un último sorbo de agua antes de retirarme. Viniendo desde mi espalda, me agarró de sorpresa una de mis más cercanas compañeras de la casona, quien se acercó para saludarme con un beso. Al mismo tiempo, otro de los muchachos, ahora a cargo de la Cartera de Recreación, me dio una suave palmada en la espalda, para luego desearme éxito en lo que vendría. En el mientras tanto, logré observar de reojo a la líder saliendo del salón; otra vez irrespetuosamente, sin saludar a nadie.

Por el contrario, su pareja se me apersonó cuando quedé sola: "Te pido que continúes como hasta ahora; confiamos mucho en vos, sabemos lo que valés como cuadro político, tu racionalidad para gestionar, tu ética de trabajo. Solo tenenos al tanto como evoluciona todo. Y te repito, contá con nosotros para lo que necesites, de verdad". Finalmente me dio un fuerte abrazo que, dada mi sorpresa, no pude corresponderle con la misma magnitud.

"Te agradezco, espero estar a la altura de las circunstancias", le respondí para luego sí retirarme del salón. Prácticamente no quedaba nadie cuando crucé la puerta: solo un par de colegas funcionarios que se quedaron hablando entre risas, seguramente de algún tema menor o de su vida privada.

Evidentemente, no se encontraban tan afectados como yo; o lo tomaban diferente, o se habían acostumbrado a este nuevo estadío que es la política en todos sus aspectos: las chicanas, los engaños, la violencia. No era todo era hacer para y por el pueblo, dedicar la vida al bien común.

Entonces me di cuenta que los valores de todos los miembros de la agrupación no eran homogéneos. ¿Será porque no dejan de ser seres humanos, con sus egoísmos, sus miserias, su individualista análisis de la realidad? Sea lo que fuera, lo único que me quedaba claro que el amalgamarme a lo que estaba viviendo no me iba a ser nada fácil.

Salí y no encontré a nadie del equipo en el pasillo. De repente, observé que a lo lejos, desde el flanco izquierdo, se acercaba con paso ligero una de mis asesoras. Se puso a mi lado y me avasalló con palabras atolondradas, exaltada como si hubiera observado una figura fantasmagórica: "El equipo está en una oficina contigua. Igualmente, primero quisiera hablar algo importante con usted. Por favor, salgamos a la calle que aquí hay demasiadas cámaras y micrófonos. Luego volvemos a entrar". Asentí con la cabeza. Hasta salir del edificio, no nos hablamos. Tampoco cruzamos miradas: ambas con los ojos firmes hacia el objetivo que representaba la vereda lindera al edificio.

Apenas estuvimos afuera, sus ojos se le pusieron brillosos: "Los mataron a todos. No quedó vivo nadie de la cúpula de los Efidus", fueron sus entrecortadas palabras. No había terminado la frase cuando comenzó a corroer una sensación que helaba mis venas. "Tranquilízate, todo va a estar bien", le pude decir mientras la abrazaba. "Vamos para adentro con el resto para delinear los pasos a seguir", continúe mientras la tomaba con fuerza de su brazo derecho, al sentir que su cuerpo se debilitaba hasta el punto de que tenía miedo que pudiera desmayarse.

Volvimos a entrar y nos dirigimos rápidamente a la sala donde se encontraba el equipo. Abrí la puerta raudamente, ingresamos inmediatamente con mi asesora y cerré con fuerza, asegurándome luego de trabar bien la cerradura. "Ya nos vamos todos al hotel. Organicen la logística para salir a las nueve de la noche en punto para la Base. Ahora descansen; una vez allí hablaremos como encararemos el futuro", les explicité con una vehemencia que se enmascaraba detrás de una voz tenue, tratando de evitar la sutil percepción sonora de los micrófonos que pudieran encontrarse en la habitación.

Una vez que llegamos al hotel, le pedí al chofer que fuera a buscar a mi madre y la llevara al aeropuerto; yo iría con el resto del equipo por mi cuenta y nos encontraríamos todos allí ocho y media. Me dirigí en soledad a mi habitación, sin fuerzas tiré el bolso en una silla y me recosté en la cama. Quise descansar al menos una hora, pero se me hizo imposible: solo pensaba que iba a hacer, que propondría, como gestionaría, con que personas me rodearía; en definitiva, como seguiría mi vida política de aquí en más.

Demasiadas preguntas sin respuesta. Es que lo que había ocurrido era de una gravedad desmedida y excedía por lejos mi proyecto personal y colectivo: la violencia te lleva necesariamente a replantearte todo, a tener que tratar de comprender y vislumbrar el más allá. Te obliga a volver a las fuentes, a repensar la lógica sistémica como una serie de círculos concéntricos que nunca terminan de fijarse en un mismo lugar. A intentar reconfigurar aquel dicho que sostiene que 'Tanto el poder y la riqueza, como la muerte, revuelan permanentemente, como una turbia niebla, sobre todas las sociedades a lo largo del tiempo'. A buscar la raíz, el origen de tus deseos y objetivos de vida; pero sobre todo, si estos se condicen con esta coyuntura que me asustaba de solo analizarla.

De repente, sin razón aparente salvo el motor del inconsciente, imaginé en mi mente el rostro hermoso que tendrá el bebé de mi ex novia. ¿Será libre de elegir su futuro? ¿Habrá un mañana pacífico, de equidad y mancomunidad para él? Poco importa. Porque lo que me queda claro, tal cual explicitaron los líderes, es qué en el corto plazo lo más importante – por no decir lo único - es el asegurar nuestra supervivencia como organización política gobernante. A cualquier precio.

Ahora bien, ¿la aniquilación sistemática no es ir en contra de aquellos derechos humanos que siempre se propició desde la propia Agrupación? ¿Es esta la forma de proceder que hubiera querido mi difunto padre? ¿No terminamos siendo iguales que las Elites y los Efidus; o sea, solo otra cara de la misma moneda? ¿O en realidad es este el precio que debemos pagar por alcanzar un mundo tal como lo soñamos? ¿Un fin que justifica los medios? ¿Entonces no importa el modo que recorremos el camino para alcanzar nuestro objetivo? ¿Y qué ocurriría si lo planeado nunca llega?

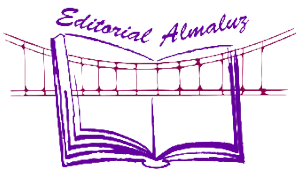
Sentía un fuerte dolor en la espalda que me incomodaba hasta estando acostada en el somier. Entonces decidí levantarme para prepararme un té que pudiera generarme cierto alivio. El efecto del mismo fue tenuemente positivo; pero al menos me relajó lo suficiente como para esperar despierta, sentada en el sillón, hasta que se hiciera la hora de ir al aeropuerto.

Siete y media en punto me llegó un mensaje de texto de una de las asesoras: "Es la hora de salir, la esperamos en el hall de entrada

del hotel". Me hablo a mí misma, me convenzo que tengo el deber de hacer las cosas lo mejor posible, que no me puedo echar atrás. Cargue mis cosas y salí de la habitación. Todos estaban listos para partir.

Llegamos cuando todavía no había oscurecido. Encontré a mi madre en el hall central: estaba hermosa, coquetamente maquillada y vestida con sus mejores ropajes, como si el viaje a la Base fueran sus vacaciones soñadas y debiera encontrarse siempre lista para sacarse fotos.

Sin embargo, a pesar de expresarme con claridad su brillante sonrisa, en seguida notó la indisimulable tensión en mi rostro. "¿Qué te pasa hija? Te noto rara", me preguntó visiblemente preocupada. "No te puedo mentir; tengo miedo mamá. Miedo de convertirme en aquello que siempre odie y contra lo que siempre luche".



Tel: (011) 4952-7082/1982
www.editorialalmaluz.com.ar

Impreso en Docuprint

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de abril de 2022 en DP Argentina
S.A. Panamericana Km 37, 5 Parque
Indrustrial Garin. Calle Haendel, Lote 3
(B1669 IEA). Buenos Aires